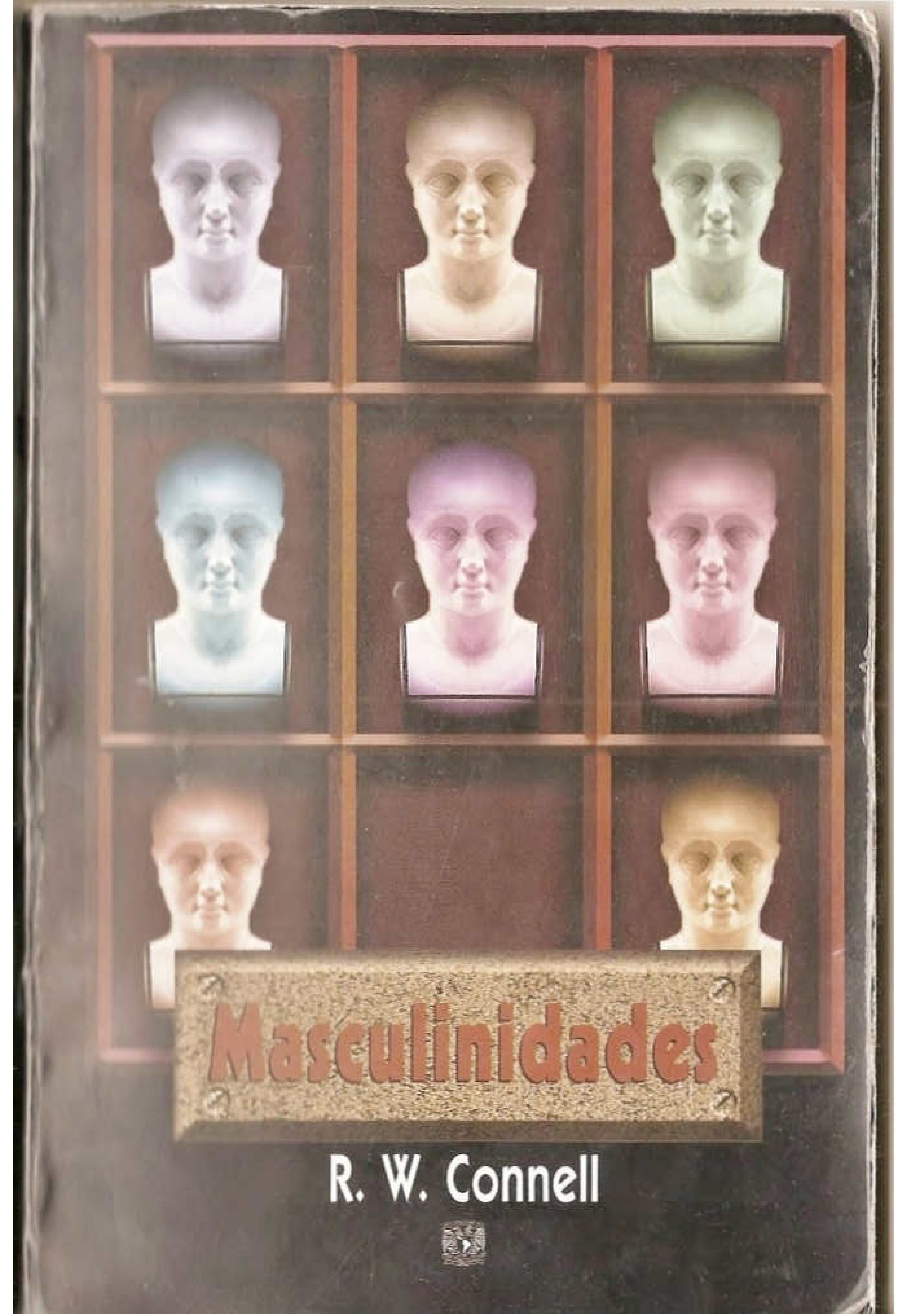

Masculinidades
R. W. Connell

Traducción: Irene Ma. Artigas
Revisión técnica: Lorenia Parada-Ampudia
Cuidado de la edición: Mauro Chávez
Tipografía y formación: Federico Mozo
Diseño de portada: Teresa Guzmán

Primera edición: 1995, University of California Press
Primera en español: 2003, Universidad Nacional Autónoma de México

ISBN 970-32-0712-X

Impreso y hecho en México

PREFACIO A LA TRADUCCIÓN

En la actualidad reconocemos ampliamente que muchas cuestiones sociales incluyen la naturaleza de la masculinidad, y las identidades y prácticas de los hombres. Por ejemplo, muchas cuestiones relacionadas con la salud (desde las lesiones en la industria hasta la prevención del SIDA) incluyen el comportamiento que tienen los hombres derivado del género. En el mismo caso se encuentran cuestiones de población y fertilidad. Ciertas versiones de la masculinidad se relacionan profundamente con la violencia (tanto la organizada, en el caso de los ejércitos, como la personal). Los hombres son piezas clave para conseguir la paz. También hay cuestiones difíciles e importantes sobre la educación de los niños.

En los últimos veinte años la investigación sobre la masculinidad y la conducta dependiente del género de los hombres ha tenido un gran auge. El presente libro describe el crecimiento de este tipo de conocimientos. Entre las conclusiones principales podemos mencionar que existen múltiples formas de masculinidad. En muchas situaciones un modelo de masculinidad domina, es el hegemónico sobre otros. Sin embargo, esto no hace que los demás se desvanezcan. Las masculinidades son colectivas, además de individuales. A menudo están divididas y son contradictorias; además, cambian con el transcurso del tiempo.

La investigación a este respecto es ahora un fenómeno mundial. En Latinoamérica y en España se han hecho importantes contribuciones al respecto.

Este libro proporciona una historia de las ideas que, en el Occidente moderno, se han desarrollado respecto al género de los hombres y las masculinidades; construye un marco conceptual para comprender la investigación y las cuestiones prácticas al

respecto. Este marco teórico se aplica a estudios de caso, desarrollados en mi propia investigación, que se ocupan de hombres involucrados en los cambios que se dan en las relaciones dependientes del género —incluyen a hombres de las clases populares, de movimientos sociales, gays y de clase media—. El libro discute la historia de las masculinidades en el contexto de la historia mundial. Finaliza con un análisis de la política dependiente de la masculinidad y de los debates sobre los métodos para el cambio.

Soy australiano y mi experiencia se relaciona sobre todo con el mundo de habla inglesa. Sin embargo, estoy convencido de que esta experiencia tiene mucho que ver con el mundo de habla hispana, por ejemplo, con la historia del colonialismo, el destino de las sociedades indígenas, las luchas por la independencia cultural, el poder de la globalización y el impacto de los movimientos de las mujeres y de los gays.

Cada vez más, en un mundo que se vincula por el imperialismo y la globalización, compartimos el destino de los demás. En un mundo como éste es fundamental intercambiar ideas y experiencias entre las fronteras del lenguaje y la cultura. Me encanta la idea de que esta traducción de *Masculinities* ayude a dicho intercambio. Además, estoy feliz de que el libro aparezca gracias a los auspicios de la UNAM, en donde existe un vigoroso e innovador programa de investigación de género. He aprendido mucho de colegas y activistas de México, Chile y otras partes del mundo de habla hispana. Espero que el presente libro contribuya aún más al intercambio de ideas y que ayude a conseguir la solución democrática de los problemas dependientes del género —en los cuales los hombres de todas las comunidades y todos los países deben participar activamente.

R. W. CONNELL
Sydney, enero de 2002

PREFACIO

Durante los últimos cinco años, la masculinidad se volvió un tema muy popular en el mundo capitalista desarrollado, especialmente en Estados Unidos. Quienes desde hacía mucho tiempo trabajábamos ya en el tema presenciamos, con cierta sorpresa, cómo los libros sobre masculinidad alcanzaban los primeros lugares de las listas de *bestsellers*, cómo los programas de la televisión se ocupaban del tema y cómo se multiplicaban conferencias, "reuniones" de hombres, artículos en revistas y periódicos.

Las demandas que han capturado la atención de los medios también han causado consternación. En su mayoría, los libros más populares sobre los hombres se encuentran llenos de ciertas ideas que ignoran o distorsionan los resultados de la investigación que, cada vez más, se realiza sobre el tema. La explosión de publicidad volvió a dar importancia a ideas obsoletas sobre la diferencia natural y la verdadera masculinidad. También se ocupó de una campaña neoconservadora que pretendía echar para atrás los limitados avances que durante las últimas dos décadas se habían tenido en la lucha contra la discriminación hacia las mujeres y los hombres gays.

En los últimos diez años, la investigación de las ciencias sociales sobre la masculinidad ha tenido un crecimiento impresionante; sus conclusiones son muy distintas a las de la psicología popular, tan bien vendida. Aunque hago investigación, me niego a escribir otro libro "sobre hombres" —género que en sí mismo supone que existe una unidad en las vidas de los hombres—. Sin embargo, el conflicto que vivimos ahora exige una valoración nueva de la investigación y la teoría sobre la masculinidad; además, también exige nuevos intentos por conectar al conocimiento con las estrategias para el cambio.

Este libro tiene tres partes. En la primera se examinan algunas formas de entender la masculinidad. Se presentan los principales intentos que se hicieron en este siglo para crear una ciencia de la masculinidad, a través de la investigación psicoanalítica y social. Se considera el conocimiento de la masculinidad que surgió de los movimientos políticos y si la masculinidad es o no un objeto de conocimiento coherente. Se examina el gran obstáculo que tiene la ciencia social vinculada al género, el lugar del cuerpo en la vida humana. Finalmente, esta primera parte conforma un breve, pero sistemático, marco teórico para el análisis de las masculinidades, el cual requiere de una *anatomía* del orden estructurado con base en el género en las sociedades occidentales contemporáneas.

Mis ideas respecto a la masculinidad se desarrollaron a partir del estudio de campo que se presenta en la segunda parte de este libro. Se trata de entrevistas, de historias de vida con cuatro grupos de hombres, quienes en diferentes circunstancias se han enfrentado a cambios en sus relaciones estructuradas con base en el género. El proyecto intenta relacionar la vida personal con la estructura social, de manera sistemática, y creo que muestra tanto la complejidad del cambio en la masculinidad como las múltiples posibilidades de dicho cambio.

En la tercera parte se trabaja a una escala mayor. Se examinan la historia global de la masculinidad durante los últimos siglos y, después, las formas específicas de la política de la masculinidad en el "Occidente" contemporáneo. Entre otras cosas, revela el contexto práctico al "movimiento de los hombres" actual y el interés de los medios en la masculinidad. Finalmente, se consideran las implicaciones políticas del conocimiento actual sobre la masculinidad, desde el punto de vista de la justicia social en las relaciones de género.

Me fue bastante difícil escribir el libro. Los temas son explosivos y las posibilidades de obtener respuestas erróneas son muchas. Alguna vez escribí que trabajar con estos temas era como cortarse el pelo con una podadora mal ajustada. Me faltó mencionar que tal podadora también necesitaba aceite.

Sin embargo, se trata de cuestiones muy importantes. Para referirme a ellas tuve la ayuda de gente de ambos lados del mundo. Los consejos y el amor de Pam Benton y Kylie Benton-Connell

fueron vitales. Norm Radican y Pip Martin trabajaron haciendo las entrevistas del estudio que presento en la segunda parte. Les agradezco mucho su ayuda, así como a todos los hombres que participaron en el proyecto. Tim Carrigan y John Lee fueron mis asistentes de investigación en un proyecto teórico sobre el género que constituyó la base del capítulo 1; Mark Davis me ayudó en un proyecto de entrevistas posterior que influenció mi análisis de clase y sexualidad. Marie O'Brien, Yvonne Roberts y Alice Mellian me ayudaron con la mecanografía. La mayor parte del financiamiento de este proyecto vino del Comité de Financiamiento a la Investigación de Australia, y el financiamiento suplementario de Macquarie University, Harvard University y University of California at Santa Cruz. El trabajo intelectual es siempre un proceso social y mucha gente contribuyó directa o indirectamente en el que presento aquí. En las notas indico fuentes específicas, pero quiero reconocer las ideas y la ayuda más generales de Mike Donaldson, Gary Dowsett, Jim Messerschmidt, Mike Messner, Rosemary Pringle, Lynne Segal, Barrie Thorne y Lin Walker. Son parte de quienes conforman una nueva era en la investigación sobre género. Espero que tanto su trabajo como el mío ayuden a conseguir una nueva época en la práctica derivada del género.

Algunas partes de este libro aparecieron en los siguientes lugares: la sección sobre el conocimiento clínico, del capítulo 1, en "Psychoanalysis on masculinity" ("El psicoanálisis en la masculinidad"), en Michael Kaufman y Harry Brod (eds.), *Theorizing Masculinity* (*Teorizar la masculinidad*), Sage Publications, 1994; parte del material de las entrevistas del capítulo 2 de "I threw it like a girl: some difficulties with male bodies" ("La echo como niña: algunas dificultades con los cuerpos masculinos"), en Cheryl L. Cole, John J. Loy Jr. y Michael A. Messner (eds.), *Exercizing Power: The Making and Remaking of the Body* (*Ejercer el poder: la formación y conformación del cuerpo*), State University of New York Press, 1994; el capítulo 4 apareció como "Live fast and die young: the construction of masculinity among young working-class men on the margin of the labour market" ("Vive rápido y muere joven: la construcción de la masculinidad entre los jóvenes de la clase obrera que se encuentran en los límites del mercado laboral"), en *Australian and New Zealand Journal of Sociology*, 1991, vol. 27, núm. 2; el capítulo 5 como "A whole new

world: remaking masculinity in the context of the environmental movement" ("Un mundo completamente nuevo: reconformar la masculinidad en el contexto del movimiento ambientalista"), en *Gender and Society*, 1990, vol. 4, núm. 4; el capítulo 6 como "A very straight gay: masculinity, homosexual experience and the dynamics of gender" ("Un gay muy normal: masculinidad, experiencia homosexual y la dinámica de género"), en *American Sociological Review*, 1992, vol. 57, núm. 6; partes del capítulo 8 en "The big picture: masculinities in recent world history" ("El panorama completo: las masculinidades en la historia mundial reciente"), en *Theory and Society*, 1993, vol. 22, núm. 5. Agradezco a estas editoriales y revistas el permiso que me dieron para reproducir el material.

Bob Connell
Santa Cruz, junio de 1994

PRIMERA PARTE

EL CONOCIMIENTO Y SUS PROBLEMAS

CAPÍTULO 1
LA CIENCIA DE LA MASCULINIDAD

Conocimientos rivales

En un melancólico pie de página, Freud observó que los conceptos de "femenino" y "masculino" "son de los más confusos que pueden encontrarse en la ciencia".[1] En muchas situaciones prácticas, los términos "masculino" y "femenino" no dejan ninguna duda y, de hecho, gran parte de nuestro discurso y de nuestras acciones se basan en el contraste entre ellos. Sin embargo, si los examinamos de forma lógica, la diferencia no es tan clara y nos enfrentamos a conceptos escurridizos y difíciles de definir.

¿A qué se debe lo anterior? En este libro sugiero que se debe al carácter del concepto de género en sí, y a que éste es un concepto que depende del momento histórico y se carga de sentido políticamente. La vida diaria es un ámbito de la política de género, no una forma de evadirlo.

Los términos de género se cuestionan porque discursos y sistemas de conocimiento en conflicto claman como suyo el derecho a explicarlos. Esto puede verse tanto en situaciones cotidianas como en el campo de la teoría más profunda.

Frente a mí, en el escritorio, tengo el recorte de un artículo de un periódico del interior de Sydney, *The Glebe*, titulado "¿Por qué las mujeres preguntan el camino?", que dice así:

> Es más probable que las mujeres, y no los hombres, detengan a alguien en la calle para preguntarle cómo llegar a algún lado —esto se debe simplemente a que los sexos piensan de manera diferente.

[1] Freud, 1953 [1905], 219-220.

El artículo, firmado por Amanda Park, cita a una psicóloga y consejera, Mary Beth Longmore, quien explica que los sexos, al hablar, tienen diferentes propósitos:

> Las mujeres tampoco entienden que, para los hombres, el tener información es una forma de jerarquía —las personas con más información tienen mayor jerarquía—... Según Longmore, ésta es la razón por la cual los hombres preguntan con menor frecuencia a alguien desconocido cómo llegar a algún lugar. Hacerlo sería admitir que son, de alguna forma, inferiores.

El artículo, entonces, invita a aquellas personas interesadas en comprender los diferentes lenguajes que hablan los hombres y las mujeres a asistir a un taller dirigido por Longmore el viernes siguiente.[2]

Aunque los periódicos locales siempre necesitan noticias frescas, el ejemplar me interesó por lo útil que era, por lo menos, para aclarar los tipos de conocimiento respecto al género. En primer lugar se refiere a conocimientos relacionados con el sentido común: los hombres y las mujeres actúan de forma distinta ("Es más probable que las mujeres detengan a alguien en la calle"), y lo hacen porque son distintos ("los sexos piensan de manera diferente"). Si no se aludiera a lo común que es admitir dicha polaridad, la historia no vendría al caso.

Sin embargo, el artículo también critica el sentido común. "Los hombres y las mujeres normalmente no entienden por qué y para qué hablan los miembros del otro sexo... Las mujeres tampoco comprenden..." La crítica se hace desde la perspectiva de una ciencia. A Longmore se le identifica como psicóloga, a sus conocimientos se les llama "descubrimientos", y al final del artículo se presenta una advertencia característica de la ciencia ("sus descubrimientos eran verdaderos para la mayoría, y no para el total, de los hombres y mujeres"). Por lo tanto, la ciencia revisa el conocimiento sobre la diferencia de género debido al sentido común. Esta revisión garantiza una nueva práctica que será explorada en un taller. Nunca se especifica la naturaleza de

[2] *The Glebe and Western Weekly* (Sydney, 7 de julio de 1993).

la ciencia, pero parece que los supuestos de Longmore se basan en su experiencia como consejera.

En este pequeño ejemplo hemos visto dos formas del conocimiento sobre la masculinidad y la feminidad —el sentido común y la ciencia de la psicología— que, en parte, se refuerzan una a otra y, en parte, se encuentran totalmente separadas. También podemos atisbar dos prácticas que producen y aplican el conocimiento psicológico —la asesoría individual y los talleres grupales.

De forma más indirecta, la historia nos conduce hacia otras formas de conocimiento sobre la masculinidad y la feminidad. Los y las terapeutas utilizan ampliamente los talleres en el medio en donde se originó el "movimiento de los hombres" contemporáneo (que se explorará en el capítulo 9). Dicho movimiento supone que posee un conocimiento que va más allá de la ciencia y el sentido común, un conocimiento intuitivo de lo que es lo "masculino profundo".[3]

Ahora bien, si se les presiona preguntándoles sobre las diferencias entre los sexos, quienes practican la psicología y el periodismo seguramente se referirán a características biológicas. Seguramente recordarán investigaciones sobre las diferencias que existen entre los sexos si se consideran los cuerpos y el comportamiento, el sexo cerebral, las diferencias hormonales y el código genético. También los medios de comunicación han prestado atención a estos factores.

Si *The Glebe* intentara hacer un periodismo más profundo y la escritora cruzara Parramatta Road para llegar a la Universidad de Sydney, se daría cuenta de que estos puntos de vista respecto a la masculinidad y la feminidad, perfectamente claros desde el punto de vista de las ciencias biológicas, han sido muy cuestionados desde las humanidades y las ciencias sociales. En esas áreas de la universidad se habla de "roles o papeles sexuales" y "relaciones de género" y se piensa que la masculinidad y la feminidad se "construyen socialmente" y "se forman en el discurso".

Después de salir de la Universidad de Sydney y de doblar a la izquierda en Parramatta Road, quienes se dedican a la biología

[3] Una útil recopilación de estas suposiciones puede verse en K. Thompson, 1991.

y a las ciencias sociales pasarán frente a una iglesia cubierta de hollín. El vicario de St. Barnabas anuncia ante el mundo, en su periódico mural, que el orden de género se debe a Dios y que, como sucede con cualquier otro orden moral, es muy arriesgado modificarlo. El periódico mural divino recibe, a su vez, respuesta de parte de quien se encarga del hotel que se encuentra frente a la iglesia. En este otro espacio se comentan, normalmente, los mensajes evangélicos desde el punto de vista del hedonismo terrenal y la clase obrera.[4]

Podría dar más ejemplos, pero creo que los anteriores bastan para probar que nuestros conocimientos cotidianos respecto al género se encuentran siempre en el centro de fuertes polémicas entre quienes reclaman conocerlo, explicarlo y juzgarlo.

Estas formas de conocimiento, como el artículo en *The Glebe* lo muestra, se relacionan con prácticas sociales específicas. En general podríamos decir que esto es cierto para cualquier tipo de conocimiento, aunque normalmente los debates intelectuales se desarrollen como si las ideas cayeran del cielo. Desde hace dos generaciones, la sociología del conocimiento mostró cómo los puntos de vista globales más dominantes se basan en los intereses y las experiencias de los grupos sociales preponderantes. La investigación de la sociología de la ciencia, gracias a fascinantes acercamientos a la vida en el laboratorio y a las jerarquías de prestigio que se establecen entre quienes se dedican a la ciencia, muestra las relaciones sociales que apuntalan el conocimiento en las ciencias naturales. Las famosas investigaciones de Michel Foucault sobre el "conocimiento y el poder", sobre el estrecho tejido que existe entre las ciencias nuevas (como la medicina, criminología y sexología) y las nuevas instituciones y formas de control social (clínicas, prisiones, fábricas, psicoterapias) refuerzan esta idea.[5]



Las conflictivas formas del conocimiento sobre el género traicionan la presencia de diferentes prácticas relacionadas con el

[4] Quien está a cargo del hotel ha publicado una versión penosamente mitificada de estos intercambios, famosos en la localidad: Elliot, 1992.

[5] El clásico estudio de la sociología del conocimiento se debe a Mannheim, 1985 [1929]. Para un ejemplo de estudio de campo en científicos, véase Charlesworth, *et al.*, 1989. El libro de Foucault (1977) es un soberbio estudio histórico sobre el contexto práctico del conocimiento.

género. Para comprender tanto las explicaciones cotidianas como las científicas de la masculinidad no podemos mantenernos en el nivel de las meras ideas, sino que debemos prestar atención a sus bases prácticas.

Por ejemplo, el cuerpo de conocimientos con respecto al género derivado del sentido común no es, en ningún sentido, fijo. Más bien es la explicación racional de las prácticas cambiantes a través de las cuales el género se "hace" o se "conforma" en la vida diaria —las prácticas que muestra la elegante investigación derivada de la etnometodología—.[6] Los conocimientos desplegados por Sigmund Freud y Mary Beth Longmore con respecto al género se conectan estrechamente con la práctica profesional; esto es, con la práctica de la psicoterapia. El conocimiento ofrecido por el construccionismo en las ciencias sociales tiene una doble genealogía, ya que surge, por un lado, de la política opositora del feminismo y la liberación gay y, por otro, de las técnicas de la investigación social académica.

Es por esto que, cuando discuta los principales intentos de construir el cuerpo de conocimientos sobre la masculinidad, me preguntaré sobre las prácticas que permiten que este tipo de conocimientos emerjan. También me preguntaré cómo las prácticas constituyen y limitan las formas que el conocimiento adquiere.

Las diferentes formas de conocimiento no se encuentran en un mismo nivel. En la mayoría de los contextos, las afirmaciones científicas poseen una fuerza innegable. En al artículo del *Glebe*, un pequeño asomo de cierto carácter científico fue suficiente para establecer el derecho a cuestionar los conocimientos generados por el sentido común; por el contrario, el sentido común no cuestionó a la ciencia. En nuestro sistema educativo y en nuestros medios la ciencia tiene una hegemonía definitiva.

Durante el siglo XX, el desarrollo de las ideas sobre la masculinidad se constituye según estas últimas consideraciones. Todos los discursos dominantes hacen alguna afirmación respecto a su propia cientificidad o a que utilizan "descubrimientos" científicos, aunque la afirmación suene grotesca. Hasta Robert Bly, en *Iron John*, utiliza el lenguaje científico para expresar su idea

[6] Kessler y McKenna, 1978; West y Zimmerman, 1987.

respecto a que una tercera parte de nuestro cerebro es el de un "guerrero" y que en el DNA llevamos definidos también los instintos de combate.

Sin embargo, nuestra orientación hacia la ciencia nos hace dar vueltas en círculos. Se ha probado, con lujo de detalles históricos, que las mismas ciencias naturales tienen características que dependen del concepto de género. La ciencia y la tecnología occidentales se encuentran culturalmente masculinizadas. Y no estamos hablando sólo de que quienes hacen ciencia sean hombres —aunque es un hecho que la gran mayoría de los que se dedican a la ciencia y la tecnología lo son—. Las metáforas que guían la investigación científica, lo impersonal de su discurso, las estructuras de poder y comunicación de la ciencia, la reproducción de su cultura interna, todas ellas, surgen de la posición social de hombres dominantes en un mundo estructurado tomando como base el género. El dominio de las ciencias en las discusiones sobre masculinidad refleja entonces la posición de la propia masculinidad (o de masculinidades específicas) en las relaciones sociales de género.[7]



Entonces, si consideramos que se trata de una forma de conocimiento creada por el mismo poder, que es su objeto de estudio, ¿qué podemos esperar de una ciencia de la masculinidad? Cualquier conocimiento de este tipo tendrá los mismos compromisos éticos que tendría una ciencia que estudiara la raza y que hubiera sido creada por imperialistas, o una ciencia del capitalismo producida por capitalistas. De hecho, existen formas de discurso científico sobre la masculinidad que capitularon ante los intereses dominantes, de la misma manera en que lo han hecho el racismo científico y la economía neoconservadora.

No obstante, la ciencia también tiene otros potenciales. Las ciencias naturales tomaron fuerza a partir de la crítica: por ejemplo, del rechazo de Copérnico a la idea de que el sol giraba alrededor de la Tierra; del rechazo de Darwin a la idea de que la divina providencia creaba individualmente a las especies. Cada gran revolución científica puso en juego una fuerte mezcla de crítica,

[7] Para información sobre el DNA guerrero, véase Bly, 1990, p. 150. Para información sobre la ahora extensa bibliografía sobre género y ciencia, véase Keller, 1985, y Harding, 1991; para información específica sobre masculinidad, véase Easlea, 1983.

información empírica e imaginación. Además, en la investigación científica cotidiana, la prueba de hipótesis y la necesidad de generalizar constantemente conducen más allá de lo establecido y hacen que la ciencia sea algo más que el mero reflejo de lo que existe.[8]

¿Podemos dar un paso más y conectar este elemento crítico con la crítica social involucrada en el análisis de la masculinidad? ¿Podemos relacionar el impulso hacia la generalización científica con la idea de intereses generalizables en la vida social y, por lo tanto, con el concepto de justicia? Estas propuestas se ven sujetas a todo el peso del escepticismo posmoderno respecto a los "grandes relatos" y del escepticismo económico y racionalista hacia la justicia.[9] En la parte final del libro volveré a ocuparme de la crítica de la masculinidad. Por lo pronto, sólo quisiera apuntar las ambigüedades políticas del conocimiento científico. Las ciencias de la masculinidad pueden ser liberadoras o dominadoras, e incluso pueden llegar a ser ambas cosas a la vez.

A lo largo del siglo XX han existido tres proyectos importantes para una ciencia de la masculinidad. El primero se basó en el conocimiento clínico adquirido por terapeutas y sus conceptos conductores se derivaron de la teoría de Freud. El segundo se basó en la psicología social y se centró en la enormemente popular idea del "rol o papel sexual". El tercero incluye las nuevas tendencias de la antropología, la historia y la sociología. En este capítulo examinaré el carácter del conocimiento sobre la masculinidad producido por cada uno de estos proyectos; después me ocuparé del conocimiento producido por los movimientos de resistencia de la política sexual y de género. Las diferencias entre estos proyectos nos hacen preguntarnos de qué se ocupa precisamente el conocimiento de la masculinidad. En la sección final del capítulo intentaré contestar estas preguntas.

[8] La conexión entre la ciencia evolutiva y la crítica social queda clara en la biografía de Darwin escrita por Desmond y Moore, 1992; una proporción clásica del carácter constantemente reconstructivo de la ciencia se encuentra en Lakates, 1970.

[9] En relación con los grandes relatos, véase Lyotard, 1984; para el racionalismo económico, Pusey, 1991.

Los conocimientos clínicos

El complejo de Edipo

El primer intento sostenido por construir una explicación científica de la masculinidad se dio en la psicología profunda y revolucionaria fundada a principios del siglo XX por Freud. El psicoanálisis se desarrolló por caminos tan diversos y tuvo un impacto tan grande en la cultura moderna que es fácil olvidar que sus orígenes están en la práctica médica. Su mismo fundador estaba convencido de que el conocimiento psicoanalítico se basaba en la observación clínica y se probaba con una práctica curativa.

A lo largo de su historia, esta relación con la medicina conectó el psicoanálisis con intentos de normalización y control social. Sin embargo, desde sus primeros años, el psicoanálisis también tuvo un potencial radical.[10] El trabajo inicial de Freud coincidió con el fermento de la intelectualidad europea que produjo la literatura, la pintura y la música de vanguardia, las ideas sociales radicales, los impetuosos movimientos feminista y socialista, y el primer movimiento a favor de los derechos homosexuales. Freud asumió una posición lo suficientemente abierta frente a dicho fermento como para cuestionar —gracias a que su práctica clínica le permitió mantenerse apartado de la ortodoxia profesional— casi todo lo que la cultura europea había dado por sentado respecto al concepto de género.

Por eso su trabajo fue el punto de partida del pensamiento moderno sobre la masculinidad, a pesar de que la mayoría de quienes investigaron el tema más adelante supieron muy poco, o no les importó saber, sobre los detalles de sus ideas. Freud fue quien puso el tema sobre la mesa, fracturó el concepto de masculinidad, que hasta entonces parecía ser un objeto natural, y cuestionó su composición, mostrando que dicho cuestionamiento era posible e incluso necesario.

A pesar de que Freud nunca escribió una discusión sistemática sobre la masculinidad, el tema sí fue uno de los que aparecieron continuamente en sus escritos durante treinta años. Las

[10] Como argumentaron Marcuse, 1955, y Mitchell, 1975.

ideas de Freud se desarrollaron en tres etapas. La primera se encuentra en las proposiciones iniciales de sus principios psicoanalíticos: la idea de la continuidad entre la vida mental normal y la neurótica, los conceptos de represión y del inconsciente y el método que permitió leer los procesos mentales inconscientes a través de sueños, bromas, lapsus del lenguaje y síntomas. Freud comprendió que la sexualidad adulta y el género cambiaban (no estaban fijos por naturaleza), y que se construyen gracias a un proceso largo y lleno de conflictos.

Paulatinamente observó que el "complejo de Edipo", la confusión emocional que se da en la niñez, y que incluye el deseo por alguno de los progenitores y el odio por el otro, era el momento más importante del desarrollo. En el caso de los hombres, la crisis edípica se debía a la rivalidad con el padre y el miedo a la castración. Estas ideas se documentan en dos famosos estudios de caso: "El pequeño Hans" y "El hombre rata", de 1909. En ellos, Freud identificó un momento formativo en la masculinidad y representó la dinámica de una relación formativa.[11]

Sin embargo, en sus escritos teóricos, Freud ya había comenzado a complicar el panorama. Según él, la homosexualidad no era un simple cambio de género: "una gran parte de los hombres invertidos conservan la calidad mental de la masculinidad". Al enfrentarse a los hechos de la inversión, Freud ofreció la hipótesis de que todos los humanos tenían una constitución bisexual y que en cualquier persona coexistían corrientes masculinas y femeninas.

Con ello suponía que la masculinidad adulta tenía que ser una construcción compleja y en cierta forma precaria. La segunda etapa del análisis freudiano de la masculinidad incluyó el desarrollo de una aproximación arquitectónica al género, que apareció con detalle en su historia de caso más larga, "El hombre lobo", publicada durante la primera guerra mundial. En ella, Freud fue mas allá del complejo edípico y encontró una masculinidad narcisista y preedípica que sostenía el miedo a la castración. Al investigar el pasado, Freud rastreó las relaciones entre esta emoción arcaica, el deseo del niño por el padre, sus relaciones con los criados y las criadas, su identificación con las mujeres

[11] Freud, 1953 [1900], 1955 [1909a] y 1955 [1909b].

y los celos hacia su madre. Freud utilizó estas contradicciones para explicar el cambio que se dio, desde una profunda promiscuidad heterosexual hasta la apatía neurótica, entre la adolescencia y la primera vida adulta del Hombre Lobo.[12]

En este caso, que es el más brillante de todos sus estudios, Freud demostró el poder del método clínico para separar las diferentes capas de emoción y detectar las relaciones móviles que se dan entre ellas. Sería difícil encontrar algo más alejado de las fórmulas unidimensionales que siguen presentándose como los "descubrimientos" del psicoanálisis. El caso del Hombre Lobo representa un reto para cualquier otro estudio que se haya hecho sobre la masculinidad. Ninguna aproximación quedaría completa sin aprender la lección derivada del estudio de Freud sobre las tensiones del carácter masculino y sus vicisitudes en el transcurso de una vida.

En los años posteriores a la primera guerra mundial, Freud desarrolló su explicación sobre la estructura de la personalidad, particularmente del concepto del *superyó*, la agencia inconsciente que juzga, censura y presenta ideales. Dicho concepto sería la base de la tercera etapa de su análisis de la masculinidad. El superyó se forma después del complejo de Edipo, a partir de la internalización de las prohibiciones del padre y la madre. Paulatinamente, Freud pudo observar que tenía un carácter ligado al género y que era, sobre todo, producto de las relaciones infantiles con el padre; también determinó que se distinguía más en los niños que en las niñas. En *El malestar en la cultura* y otros escritos sobre la cultura comenzó a observar la dimensión sociológica del superyó, a la cual identificó como el medio por el cual la cultura consigue dominar el deseo individual, especialmente la agresión.[13]

Aunque estas líneas de su pensamiento son especulativas y quedaron incompletas, tuvieron implicaciones muy profundas. En ellas se encuentra el germen de una teoría de la organización

[12] Freud, 1955 [1905], y 1955 [1917]. Quien esté interesado en el caso también puede leer un sorprendente documento: el recuento que hace el Hombre Lobo sobre el mismo Freud: Pankejeff, 1971.

[13] Freud, 1961 [1930]. La Planche y Pontalis (1973, pp. 435-438) resumen la teoría del superyó; para una aplicación a la masculinidad, véase Silverman, 1986.

patriarcal de la cultura, transmitida por generaciones a través de la construcción de la masculinidad. Desarrollar esta teoría significaría llevar hasta los límites el análisis social que Freud y sus seguidores ortodoxos hicieron, límites a los que seguramente ninguno de ellos hubiera querido llegar. El psicoanálisis radical toma justamente esa dirección.

Así que Freud abrió más puertas de las que se atrevió a cruzar. Sin embargo, las que abrió para el análisis de la masculinidad son más que suficientes porque le proporcionó un método de investigación: el "psicoanálisis" mismo; un concepto guía: el inconsciente dinámico; un primer trazo del desarrollo de la masculinidad y una señal de alerta respecto a la complejidad y los límites necesarios de la idea. El aspecto de la masculinidad que más remarcó fue que ésta nunca existe en estado puro: las diferentes capas de emoción coexisten y se contradicen una a la otra; además, cada personalidad es una estructura compleja, llena de matices, y no una unidad transparente. A pesar de que su lenguaje teórico cambió, Freud siempre estuvo convencido de la complejidad empírica del género y de las formas en las cuales la feminidad es siempre parte del carácter de un hombre. Este rasgo crítico y perturbador de su pensamiento sería desechado más adelante, cuando otros psicoanalistas más conservadores abandonaron la teoría de la bisexualidad.

El potencial del trabajo de Freud para una ciencia de la masculinidad se hizo aparente desde el principio. Alfred Adler, cuya teoría de la "protesta masculina" discutiremos más adelante, lo retomó antes de la primera guerra mundial. Durante los años veinte y treinta, psicoanalistas más ortodoxos se enfrascaron en un fuerte debate sobre la feminidad, que más adelante derivaría en un debate menor sobre la masculinidad y se centraría en los primeros años de la infancia. Las primeras investigaciones muestran lo sorprendente que fue descubrir evidencia clínica de una *feminidad* preedípica en los niños, resultando de la identificación con la madre y también caracterizada por celos hacia ella.

Karen Horney, en un trabajo llamado tajantemente "The dread of woman" ("El miedo a la mujer", 1932), le dio un giro feminista al argumento. Para Horney, el miedo a la madre se encuentra más afianzado y más reprimido que el miedo al padre castrante.

La vagina misma es el centro simbólico del proceso. Los sentimientos de inadecuación de los niños los llevan a retirar la energía emocional de su madre y centrarse en sí mismos y sus genitales —con lo cual preparan el terreno para el miedo a la castración—. Ciertas reacciones posteriores entre hombres se ven alimentadas por estas emociones. Entre ellas, la tendencia a elegir mujeres que sean socialmente inferiores a ellos como objetos amorosos y el hábito de debilitar paulatinamente el autorrespeto femenino para mantener "el siempre precario autorrespeto del 'hombre promedio'".[14]

El trabajo de Horney representó el punto culminante de la crítica de la masculinidad en el psicoanálisis clásico. A partir de él cristalizaron dos puntos importantes: el grado en el cual la masculinidad adulta se construye a través de reacciones exageradas contra la feminidad y la relación entre la formación de la masculinidad y la subordinación de las mujeres. Sin embargo, en términos del psicoanálisis tradicional, esto significó un fin y no un principio.

Entre 1930 y 1960, el psicoanálisis se desplazó hacia la derecha en la mayoría de sus conceptos, y la teoría de género no fue la excepción. Cuando, en los años cincuenta, se popularizaron los escritos sobre los aspectos de género de psicoanalistas como Theodor Reik, ninguno de ellos enfatizó el carácter contradictorio del género ni el choque entre el orden social y el deseo. Más bien, sus mensajes identificaban la salud mental con la ortodoxia de género, especialmente la heterosexualidad convencional y el matrimonio. El camino hacia la heterosexualidad adulta, entendido por Freud como una construcción compleja y frágil, se presentaba como una ruta natural y nada problemática del desarrollo. Cualquier otra cosa se declaraba un signo de patología —especialmente la homosexualidad—. Se le consideraba inherentemente patológica, el producto de "relaciones anormales entre los progenitores y los infantes", como anunció en 1962 un equipo de psicoanalistas de Nueva York, dirigidos por Irving Bieber. Con ello, la práctica del psicoanálisis se convirtió en una téc-

[14] Para el debate sobre la feminidad, véase Chodorow, 1978, y Garrison, 1981. Los primeros trabajos sobre la masculinidad son Klein, 1928, Boehm, 1930, y Horney, 1932.

nica normalizadora que intentaba ajustar a sus pacientes al orden de género.[15]

Como puede verse en la espléndida historia de las ideas psicoanalíticas sobre la homosexualidad masculina de Kenneth Lewes, privilegiar a esta supuestamente sana ruta del desarrollo requirió que se alterara de manera radical el concepto del complejo de Edipo.[16] Para Freud y sus primeros seguidores, el complejo edípico debía ser traumático, y sobrepasarlo suponía necesariamente una fractura. Estas características eran fundamentales para su idea de la fragilidad de la masculinidad adulta, basada en el encuentro trágico entre el deseo y la cultura. El psicoanálisis de los cuarenta y de los años posteriores, normalizador y sin asomo alguno de tragedia, perdió la capacidad de crítica de la masculinidad que poseía la teoría clásica. Tendría que pasar mucho tiempo para que se recuperara dicha capacidad.

Arquetipo e identidad

La experiencia clínica es tan compleja que siempre permite varias interpretaciones. Las distintas lecturas de los casos sugieren marcos teóricos diferentes y la historia del psicoanálisis es rica en sistemas que ofrecen lecturas alternas de la vida emocional. Algunas de estas lecturas produjeron teorías de la masculinidad, entre las cuales la más conocida se debe a Carl Jung.

Los cuestionamientos de género fueron centrales en el sistema que Jung comenzó a desarrollar poco después de que se separara de Freud. Jung distinguió entre el *yo* que se construye a partir de transacciones con el medio social, al que llamó "persona", y el *yo* que se forma en el inconsciente a partir de elementos reprimidos, al que llamó "alma". Según él, se trata de contrarios cuyas oposiciones dependen en gran medida del género:

[15] Reik, 1967 [1957]; Bieber, *et al.*, 1962; para un ejemplo de la normalización como método curativo, véase Dolto, 1974.

[16] Lewes, 1988.

> La represión de aspectos e inclinaciones femeninas ocasiona que ciertas demandas contrasexuales se acumulen en el inconsciente.[17]

Al igual que Freud y Klein, Jung se interesaba en la presencia de la feminidad en los hombres. Sin embargo, su explicación tomó poco a poco otra dimensión y se centró en el equilibrio que resultaba de una persona masculina y un alma femenina, no tanto en el proceso de represión.

Jung llegó incluso a argumentar que el interior femenino de un hombre masculino tomaba forma no solamente de la historia de vida de un hombre en particular, sino también de las imágenes heredadas y arquetípicas de mujeres. La idea de los arquetipos en el inconsciente colectivo apareció originalmente en este tipo de argumentos para dar cuenta de las paradojas de la vida emocional. Con el tiempo, el conocimiento clínico se separó de los arquetipos, pero éstos siguieron siendo parte muy importante de la argumentación jungiana posterior sobre el género.

En el pensamiento de Jung, conceptos como los de alma podían ser utilizados sutilmente. Desarrolló una teoría muy interesante sobre la dinámica emocional de los matrimonios patriarcales. Utilizó la idea de una polaridad masculina/femenina para exigir un equilibrio de género entre la vida mental y la social, lo cual, en los años veinte, fue una toma de posición realmente progresista. Incluso comenzó a bosquejar una terapia de masculinidad cuando aseveró que "cierto tipo de hombre moderno" acostumbrado a reprimir su debilidad ya no podía hacerlo. En un pasaje sorprendente que pronosticó las técnicas terapéuticas que se popularizarían cincuenta años después, Jung sugirió métodos en los cuales la persona le hablaba a su alma, como si se tratara de una personalidad distinta, para educarla.[18]

Sin embargo, en otros aspectos, el análisis de Jung se volvió demasiado esquemático y especulativo. Al mismo tiempo que Freud luchaba por superar la polaridad masculino/femenino, Jung no sólo se centró en ella, sino que presentó la familiar oposición como si surgiera de verdades eternas de la *psique* humana.

[17] Jung, 1953 [1928], p. 187. Los temas presentados aquí aparecieron sin muchos cambios básicos en varios libros y ensayos; por ejemplo, Jung, 1982. Para información sobre el rompimiento entre Jung y Freud, véase Wehr, 1987.

[18] Jung, 1953, pp. 199-208.

Cuando no existe una disciplina que estudie casos clínicos es muy fácil toparse con "arquetipos". Los últimos libros de Jung los encontraban en las artes esotéricas o las religiones del mundo; sus seguidores exploraron incluso los sistemas mitológicos. El resultado son textos muy confusos, como el de Marshall Bethal, "The mythic male" ("El hombre mítico"), en donde, a través de mitos griegos y romanos sacados de contexto, se hace una cacería errática en busca de dioses hombres que personifiquen "formas de conciencia masculina" modernas. El libro *Iron John* es un trabajo jungiano que comete los mismos errores; la diferencia es que Robert Bly encuentra sus arquetipos en un cuento popular retomado por los hermanos Grimm, en vez de buscarlo en las páginas de Ovidio, que es un poco más convencional. Bly también ignora los orígenes culturales del cuento y mezcla sus interpretaciones con nociones de la "energía de Zeus" y con otros extravagantes préstamos de tradiciones orales.[19]

La forma en que Jung trata la polaridad masculino/femenino, como una estructura universal de la *psique*, también conduce a un atolladero, ya que supone que no es posible ningún cambio histórico en su constitución; lo único que podría cambiar es el equilibrio entre ambos polos.

La consecuencia es que, en los escritos jungianos modernos, se interpreta el feminismo como una reafirmación del arquetipo femenino y no como una resistencia de las mujeres a la opresión. En el pasado, no fueron los hombres los que dominaron a las mujeres, sino que lo masculino dominó a lo femenino. Es claro entonces el porqué la teoría de Jung se volvió central en el retroceso actual entre quienes antes eran hombres progresistas.[20] La explicación tiene que ver con el hecho de que esta forma de entender el problema conduce inmediatamente a la idea de que el feminismo moderno inclina la balanza hacia el otro lado y suprime lo masculino. La influyente crítica de Bly, que supone que los "hombres débiles" se han hundido en el feminismo y, por lo tanto, han perdido lo "masculino profundo", se basa precisamente en la fórmula jungiana del equilibrio arquetípico.

[19] Bethal, 1985, Bly, 1990, y muchos más, tantos que no puedo mencionarlos a todos.

[20] Por ejemplo, Kaufman y Timmers, 1983, y K. Thompson, 1991.

El fundamento de este argumento en la historia de los primeros años del psicoanálisis se ha ido perdiendo debido a que los textos originales de Jung ya no se estudian. Es bueno recordar lo que se ha perdido: Jung basó su análisis de género en una oposición abstracta entre la masculinidad y la femininidad, oposición que Freud dejó atrás paulatinamente. Las formulaciones de Jung perdieron la mayor parte de la complejidad que poseían en el mapa que Freud trazó del desarrollo psicosexual. Al buscar el determinante principal de género en el inconsciente racial, supuesto depositario de los arquetipos, Jung dio la espalda al camino hacia un psicoanálisis sustentado socialmente, y al que después apuntarían Adler y Horney.

En ciertas psicologías recientes, y populares, de la masculinidad, la principal alternativa a la idea de los arquetipos de género es el concepto de "identidad de género", que surge del trabajo de Erik Erikson, quien es tal vez el psicoanalista más influyente de la generación posterior a la de Freud y Jung. En *Childhood and Society* (*Infancia y sociedad*), Erikson sostiene que las consecuencias cruciales del desarrollo emocional en el siglo XX se relacionan con el establecimiento de la identidad del yo. El término "identidad" se convirtió en un eslogan, y el modelo que suponía etapas en la formación de la misma se volvió muy popular.[21]

La aplicación más importante de los conceptos de identidad al género se deben al psiquiatra estadounidense Robert Stoller, quien centró su trabajo en lo que sería un extraordinario desarrollo de la práctica de género, la invención del concepto de "transexual". La invención de técnicas quirúrgicas para "reasignar género" creó la necesidad de valorar quién debía ser operado, lo cual derivó en la investigación de los reclamos de pertenecer a un género.

Stoller condujo estudios clínicos en hombres adultos que querían ser mujeres y en niños que parecían encaminarse hacia la feminidad —rumbo al cual llamó "transexualismo de la infancia masculina, un desorden bien definido y potencialmente maligno de la personalidad"—. Su investigación no lo condujo hasta el punto de vista clásico freudiano del género como una estructura contradictoria. Por lo contrario, Stoller consideró que ha-

[21] Erikson, 1950.

bía descubierto una "identidad de género nuclear" unitaria que se formaba en los primeros años de vida. La identidad de género se establece por la interacción emocional entre los progenitores y los descendientes —Stoller tenía opiniones muy duras sobre las madres— y llega a ser tan poderosa que supera los hechos físicos corporales. El transexualismo en los hombres queda entonces definido no como el deseo de ser una mujer, sino como la creencia en que uno ya lo es. En los casos normales, claro está, un niño adquiere la identidad de género masculina y todo funciona bien. La teoría de la identidad de género circuló ampliamente como una explicación del desarrollo del género e influenció muchos escritos psicoanalíticos recientes sobre el desarrollo infantil y sobre la homosexualidad, además de discusiones antropológicas de la masculinidad.[22]

A pesar de que se basa en las sensacionales contradicciones de vidas transexuales, se trata de una teoría normalizadora. Localiza la identificación con las mujeres en un grupo específico que se desvía de lo normal y no en el inconsciente de todos los hombres. (No debe sorprender, entonces, que los hombres que quieren someterse a una cirugía que les reasigne el sexo intenten ajustarse —como la socióloga Anne Bolin ha demostrado— a lo que los doctores o doctoras piensan que es la conducta y la forma de vestirse femeninas). Robert May, en lo que es una crítica mordaz, considera que en realidad ni siquiera se trata de una teoría psicoanalítica. Según May, la aproximación de Stoller es una psicología del yo meliorativa y que su "identidad de género nuclear" perdió los conceptos esenciales psicoanalíticos que se relacionan con el conflicto, la fantasía y el inconsciente. Es difícil contradecir a May. Si Jung redujo las contradicciones de género a una dicotomía universal en la psique, la teoría de la identidad de género fue mucho más allá y eliminó por completo la contradicción.[23]

[22] Para la identidad de género nuclear, véase Stoller, 1968, 1976. Para el desarrollo infantil, Tyson, 1986; para homosexualidad, Friedman, 1988; para aplicaciones antropológicas del término, véase Stoller y Herdt, 1982. Para la invención de lo transexual, véase King, 1981, y para una extraordinario estudio en la comunidad, Bolin, 1988.

[23] May, 1986. El trabajo de May sobre género (1980) enfatiza la fantasía, pero se basa en un dicotomía que también resulta rígida.

En consecuencia, en los cincuenta años que siguieron al estudio del caso del Hombre Lobo, el psicoanálisis freudiano y las dos alternativas más influyentes al mismo desarrollaron prácticas de género conservadoras y teorías de la masculinidad normalizadoras —teorías que identificaron la salud psicológica con una estrecha ortodoxia en la sexualidad y las emociones—. Sin embargo, éste no era el único camino que las ideas de Freud podían seguir, y en los márgenes del mundo médico se multiplicaron versiones disidentes y aplicaciones inesperadas del psicoanálisis. Varias de ellas produjeron ideas originales sobre el concepto de género.

El psicoanálisis radical

El primer analista disidente fue Alfred Adler, un doctor socialista convencido de la importancia de los factores sociales en la enfermedad. Adler, al separarse de Freud en 1911, era presidente de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. La ruptura se debió a una serie de ensayos que Adler presentó a la Sociedad, notables porque el tema central era una teoría sobre la masculinidad.

El argumento de Adler partía de la polaridad común entre la masculinidad y la feminidad, pero enfatizaba inmediatamente el punto de vista feminista de que uno de los lados de dicha polaridad se encontraba culturalmente devaluado y se asociaba con la debilidad. A los niños y las niñas se les considera débiles, al compararlos con los adultos, y se les obliga a habitar la posición femenina. El resultado es que desarrollan cierto sentido de feminidad y dudas sobre su capacidad de obtener la masculinidad. Los "juicios de valor infantiles" sobre la polaridad masculino/femenino persisten como motivo en su vida futura.

Durante la vida del niño y de la niña, el sometimiento y la búsqueda de independencia aparecen al mismo tiempo, y el resultado es una contradicción interna entre la masculinidad y la feminidad. Cuando el desarrollo es normal, se alcanza cierto equilibrio; la personalidad adulta se forma a partir del compromiso y siempre está sometida a cierta presión.

Sin embargo, en los casos en los que hay debilidad (y Adler opinaba que la neurosis se debía a menudo a cierta debilidad o

inferioridad físicas) también se presentaría cierta ansiedad que enfatizaría exageradamente el lado masculino de las cosas. Esta "protesta masculina", utilizando la famosa frase de Adler, es un elemento central de la neurosis; resulta en la búsqueda de cierta compensación a través de la agresión y en la necesidad continua de obtener triunfos.

Para Adler, la protesta masculina es activa tanto en la vida mental normal como en la neurótica, con lo que no se situó muy lejos de cuestionar la masculinidad convencional. La protesta masculina resultó ser característica de la psicología de las mujeres y de los hombres, pero se encontró sobredeterminada por la subordinación social de las primeras. Cuando aparecía en los hombres, podía ser una amenaza pública. Adler tomo un punto de vista muy crítico respecto a las masculinidades dominantes cuando comentó que "la excesiva prominencia de la virilidad es enemiga acérrima de nuestra civilización".

Durante la primera guerra mundial, Adler trabajó en hospitales militares austriacos y no le quedó ninguna duda de las conexiones entre la masculinidad, el poder y la violencia pública. Su libro *Understanding Human Nature* (*Entendiendo la naturaleza humana*), de 1927, argumentó a favor de una justificación psicoanalítica del feminismo, lo que no tendría igual sino hasta la década de los años setenta.[24]

Esta explicación de los orígenes de la neurosis se encuentra muy lejos de la teoría freudiana de la libido. Adler consideraba que la teoría de la represión era demasiado mecanicista; para él, el complejo de Edipo constituía sólo una etapa de la dinámica mayor, constituida por "la protesta masculina". Ambas apreciaciones se anticiparon a teorías que vendrían después. Freud rechazó el punto de vista de Adler por considerarlo una simplificación sin

[24] Adler, 1956, p. 55; 1992 [1927]; 1928. El reciente resurgimiento del interés en el psicoanálisis pocas veces considera a Adler. Véase Ellenberger, 1970, para un recuento de su historia. La narración más detallada de sus relaciones con Freud aparecen en Stepansky, 1983; la información que presenté aquí sobre su separación de Freud se deriva de su libro. Sin embargo, Stepansky considera que las observaciones de Adler sobre el género no son análisis "sociales" ni "políticos" y que los numerosos escritos de Adler sobre temas sociales son meros "pretextos" para introducir ideas psicológicas. El que Stepansky niegue completamente el feminismo del entorno de Adler traiciona la amplitud de su punto de vista.

garantías de la neurosis (y tenía razón). Al considerar que ya no necesitaba el apoyo de Adler ni de sus seguidores, Freud los obligó a dejar el movimiento psicoanalítico.

La ruptura fue dañina para ambos lados: Adler perdió el contacto con la maravillosa intuición de Freud sobre los laberintos de la vida mental y nunca volvió a teorizar al respecto. Desde el punto de vista ortodoxo, el psicoanálisis se convirtió en una sistema cada vez más cerrado, que se resistía a tratar los temas del poder social apuntados por Adler. Sin embargo, otros movimientos intelectuales sí los consideraron; por ejemplo, el psicoanálisis marxista, el existencialismo y el psicoanálisis feminista.

Los numerosos intentos de relacionar el marxismo con el psicoanálisis se dieron en torno al tema de la masculinidad, pero no lo trataron directamente. Wilhelm Reich, quien es tal vez el pensador más original de la izquierda freudiana del periodo entre las dos grandes guerras, desarrolló un método de "análisis del carácter" que desplazó la atención desde el síntoma individual hasta el estilo de la personalidad completa. Al intentar sintetizar el análisis económico marxista y la ciencia sexual freudiana consiguió un brillante análisis de la ideología. Así, subrayó que la "familia autoritaria" era el lugar en donde se reproducían la sociedad de clases y el patriarcado. Su libro *The Mass Psychology of Fascism* (*La psicología de masas del fascismo*), publicado tres años después de *El malestar en la cultura*, de Freud, lo sobrepasa por la sofisticación de su ciencia social. El concepto de Reich de la condensación de mayores estructuras de autoridad en la psicodinámica de la familia le proporcionó la dimensión exacta de realismo social que la especulación freudiana y jungiana sobre la masculinidad no tuvieron.[25]

No obstante, el trabajo de Reich nunca consideró al feminismo que iluminó a Adler. En consecuencia, no incluyó a la masculinidad como un problema en sí. Lo mismo podría decirse de quienes integraron la Escuela de Frankfurt durante las siguientes dos décadas —que además tomaron los conceptos de Reich respecto al análisis del carácter, la preocupación por el autoritarismo y el proyecto de reconciliar a Marx con Freud—. En los escritos de Max Horkheimer, Eric Fromm y Theodor Adorno, el

[25] Reich, 1970 [1933], 1972.

"autoritarismo" emergió gradualmente como un tipo de carácter distintivo —es decir, y desde un punto de vista feminista, como un tipo de masculinidad.

Los trabajos de psicología más famosos de la Escuela de Frankfurt, *El miedo a la libertad* (1942), de Fromm, y el colectivo *La personalidad autoritaria* (1950), son en realidad catálogos de masculinidades y de las condiciones que las producen. Fromm sugirió una amplia sucesión histórica de los tipos de carácter, que se extendía a lo largo de varios siglos. *La personalidad autoritaria* particularizó aún más su enfoque e incluyó dos estudios de caso famosos, "Mack" y "Larry", que son los primeros estudios clínicos detallados que vinculan las masculinidades con el contexto económico y cultural en el cual se dan. La masculinidad de carácter "autoritario" se relaciona especialmente con el mantenimiento del patriarcado, y se caracteriza por odiar a los homosexuales y despreciar a las mujeres; además, generalmente se asimila a la autoridad proveniente de arriba y agrede a quienes tienen menos poder. Se determinó que estas características se originaban en familias rígidas, donde dominaba el padre, había represión sexual y una moral conservadora. La masculinidad de carácter "democrático" no está tan bien delineada, pero incluye mucho mayor tolerancia, además de que se origina en relaciones familiares más flexibles y afectuosas.[26]

El libro presentaba evidencia empírica de la diversidad del carácter psicosexual en un mismo, y amplio, contexto social. La antropología, influenciada por el psicoanálisis, especialmente en los estudios del gran etnógrafo Bronislaw Malinowski, ya había mostrado la diversidad de las formas en las cuales las culturas manejaban la sexualidad y formaban el *carácter*.[27] Así quedó claro que la teoría freudiana del complejo de Edipo no proporcionaba un análisis general de la masculinidad. Se trataba, más bien, del mapa de un posible patrón específico, al cual había que considerar en relación con todos los demás. Esta conclusión tuvo serias implicaciones para la teoría de la masculinidad, mismas que exploraré en los capítulos siguientes.

[26] Horkheimer, 1936; Fromm, 1942; Adorno, *et al.*, 1950. Para información sobre la polémica desatada en Estados Unidos sobre *La personalidad autoritaria*, véase Christie y Jahoda, 1954.

[27] Malinowski, 1927; para más información, Parsons, 1964.

Ni Reich ni la Escuela de Frankfurt compartieron las dudas de Adler sobre la teoría de la libido; sin embargo, no puede decirse lo mismo de *El ser y la nada* (1943), de Jean-Paul Sartre. Para él, el "psicoanálisis empírico", como denominaba a la escuela freudiana, era demasiado mecánico y tomaba una forma de vida posible (determinada por el deseo sexual) como la condición de todas las vidas. Sartre esbozó una impactante forma alternativa a la cual llamó "psicoanálisis existencialista", y reemplazó el concepto del inconsciente con un argumento sobre las diferentes formas en las que el autoconocimiento se organiza. El misterio se resolvería al rastrear la historia de vida y establecer los compromisos primarios gracias a los cuales se constituyó la vida de una persona.

Sartre sólo utilizó su método en la biografía literaria. Simone de Beauvoir, en *El segundo sexo* (1949), fue quien aplicó el psicoanálisis existencialista directamente al género. Su argumento más conocido es el que expone que la mujer se constituye como "otro" frente al sujeto masculino. El libro también incluye una serie de ensayos sobre diferentes tipos de feminidad en los cuales otorgaba a los deseos femeninos un sitio más activo. El psicoanálisis existencialista le permitió apartarse de las estáticas tipologías comunes en la psicología. En su trabajo, el género surgió como un compromiso gradual (que se iba desarrollando) con las situaciones y las estructuras sociales. Las diferentes formas del género son formas de vida distintas, más que tipos de carácter.[28]

Hasta donde sé, nadie ha aplicado explícitamente esta aproximación al "primer sexo" para obtener una teoría de la masculinidad. Sin embargo, el trabajo del psiquiatra escocés R. D. Laing podría ser un comienzo. Los estudios en esquizofrenia realizados por Laing produjeron descripciones vívidas de las actividades de los hombres en el interior emocional de las familias, además de algunos estudios de caso individuales de hombres. Entre ellos se incluye el análisis de las excentricidades de David, un estudiante cuya vida, desarrollada completamente a través de roles dramáticos, proporcionó datos importantes. Entre estos roles dramáticos destacan los papeles de mujeres que derivaban su impacto emocional de una dinámica familiar resultado de la

[28] Sartre, 1958, De Beauvior, 1972 [1949].

muerte de la madre. La "esquizofrenia" de David resultaba de su apego a las contradicciones de género que no podía manejar. Para escapar de su identificación con diversas feminidades, David activó series completas de personalidades que formaron un sistema del yo elaborado y falso.[29]

El caso anterior no es un "tipo" de masculinidad; en el psicoanálisis existencialista, las contradicciones de género son variables y su resultado no es una identidad. Se producen socialmente y se vuelven contradicciones precisamente cuando se les considera formas incompatibles de acción. Esta aproximación a la personalidad puede conectarse con las teorías de la estructura social, pero sólo a través del compromiso y la acción, no como mecanismo social.[30]

Desde comienzos de los años treinta hasta finales de los años sesenta, el trabajo de Simone de Beauvior fue el único que relacionó el feminismo con el psicoanálisis. Sin embargo, el radical potencial del psicoanálisis apareció gradualmente en el pensamiento feminista de dos formas.

La primera surgió del trabajo de Jacques Lacan. Algunas feministas influenciadas por Lacan, como Juliet Mitchell, en Inglaterra, y Luce Irigaray, en Francia, se ocuparon más de teorizar la feminidad que la masculinidad. Sin embargo, su trabajo tiene consecuencias implícitas en esta última. La teoría lacaniana se centra en procesos simbólicos en los cuales los modelos de Freud sobre las relaciones emocionales de la familia se inscriben profundamente. La cultura y la posibilidad de comunicación se *constituyen* gracias a la "Ley del Padre". En la teoría lacaniana, la masculinidad no es un hecho empírico (como en el psicoanálisis clásico), y mucho menos un arquetipo eterno (como en Jung). Se trata más bien de algo que ocupa *un lugar* en las relaciones simbólicas y sociales. La represión edípica crea un sistema de orden simbólico en el que quien posee el falo (que es un símbolo que se distingue del pene empírico) ocupa una posición central.[31]

[29] Laing, 1960, p. 73; Laing, 1961, Laing y Esterson, 1964.

[30] Como puede observarse en el último trabajo de Sartre, 1968, 1976. Para su importancia en cuestiones de género, véase Connell, 1982.

[31] El anterior es un resumen drástico de varias posiciones complejas. Para la historia de la escuela lacaniana, véase Roudinesco, 1990. Para los usos que se le han dado en el feminismo, véase Mitchell, 1975; Irigaray, 1985 y Grosz, 1990.

Tratar al género como un sistema de relaciones simbólicas, y no como hechos fijos sobre las personas, convierte a la aceptación de la posición fálica en un hecho profundamente político. Siempre existe la posibilidad de rechazarla —aunque las consecuencias de este rechazo sean drásticas—. Gilles Deleuze y Felix Guattari exploraron el rechazo a la estructura edípica del deseo en su *Anti-Oedipus* (*Antiedipo*), un trabajo oscuro pero muy influyente. Este trabajo fue la base sobre la que Guy Hocquenghem desarrolló la lectura extrema de la homosexualidad masculina como el rechazo a la sexualidad fálica y la represión edípica.[32]

Y mientras que en Europa el feminismo lacaniano supuso una lectura política y simbólica de la masculinidad, el feminismo estadounidense se centró en el mundano tema de las relaciones familiares; el resultado fue un desplazamiento importante del pensamiento respecto al desarrollo psicosexual de los niños. En el psicoanálisis clásico, el drama se centró en la entrada edípica a la masculinidad (tanto en el caso en el que el agente clave era el padre, como pensaba Freud, como en el que lo era la madre, como aseveraba Horney). En los trabajos de Nancy Chodorow y Dorothy Dinnerstein el drama se centra en la separación preedípica de la feminidad y el centro se localiza definitivamente en la madre.

La explicación de Chodorow a esta separación tuvo una influencia muy grande en la bibliografía reciente sobre los hombres. Chodorow cree que a los niños se les obliga a interrumpir su identificación primaria con la madre, en parte debido a la forma en la que la misma madre se instala emocionalmente en la diferencia de género. El resultado son estructuras de carácter que enfatizan lazos entre la gente y que carecen de la necesidad de relacionarse característica de las mujeres. El argumento de Dinnerstein enfatizó con mayor profundidad el miedo preedípico a la madre y la violencia del hombre como consecuencia del "monopolio femenino de los primeros cuidados infantiles".[33]

[32] Deleuze y Guattari, 1977; Hocquenghem, 1978.

[33] Chodorow, 1978, 1985; Dinnerstein, 1976. Craib, 1987, aplica la aproximación de relaciones-objeto con la apreciación, que es más clara, de las bases institucionales del dominio masculino, pero de repente se interrumpe. Para una crítica de esta aproximación para teorizar la masculinidad, véase McMahon, 1993.

En este trabajo el desarrollo de la personalidad se relaciona firmemente con la división del trabajo social. El cuidado infantil se considera un trabajo; la fuerza laboral se estructura de acuerdo al género y tiene implicaciones en el desarrollo emocional. Sin importar cómo modifiquemos los detalles, el argumento anterior resulta simple y poderoso, y debe considerarse para cualquier explicación futura de la formación de masculinidades.

Al mirar atrás queda claro que Freud nos dio una herramienta esencial que, sin embargo, se encontraba radicalmente incompleta; y la ortodoxia psicoanalítica se ha dedicado a defender este carácter de incompleto. En esencia, el valor del psicoanálisis para comprender la masculinidad dependerá de nuestra capacidad de incluir la estructuración de la personalidad y las complejidades del deseo, al mismo tiempo que la estructuración de las relaciones sociales, con todas sus contradicciones y dinamismo. Por lo tanto, debe quedar claro el porqué nos dirigimos directamente a las ciencias sociales.

El rol masculino

El primer intento importante de crear una ciencia social de la masculinidad se centró en el concepto del rol o papel sexual masculino. Sus orígenes se remontan a los debates que se dieron en el siglo XIX sobre las diferencias sexuales, cuando la doctrina científica de la diferencia sexual innata sustentó la resistencia a la emancipación de las mujeres. La exclusión de las mujeres de las universidades, por ejemplo, se justificaba argumentando que la mente femenina poseía un equilibrio demasiado delicado como para manejar los rigores del mundo académico. La perturbación mental resultante sería dañina para la capacidad de ser buenas esposas y madres. La primera generación de mujeres que asistió a las universidades estadounidenses que hacen investigación violó esta doctrina y, además, cuestionó sus presupuestos, ya que se dedicaron a investigar las diferencias en las capacidades mentales de los hombres y las mujeres, diferencias que, por cierto, eran pocas.[34]

[34] Rosenberg, 1982.

El escandaloso resultado desató una ola de investigación que continuó desde la última década del siglo XIX hasta la última década del XX. Incluyó habilidades mentales, además de emociones, actitudes, rasgos de personalidad, intereses, es decir, todo lo que la psicología imaginó podía medirse. El tema de la "diferencia sexual" provocó una cantidad notable de investigación; se trata de un aspecto que técnicamente es fácil de seguir y siempre hay alguien interesado en sus resultados.

Esto último es curioso, ya que los resultados son siempre los mismos. Las diferencias sexuales, incluyendo cualquier aspecto psicológico que se haya medido, no existen o son muy pequeñas. Con seguridad podemos afirmar que son mucho más pequeñas que las diferencias en las situaciones sociales que normalmente se justifican gracias a la supuesta diferencia psicológica social —como salarios desiguales, responsabilidades inequitativas en el cuidado infantil y diferencias drásticas en el acceso al poder social—. Cuando se añaden estudios de grupo por medio de técnicas estadísticas de metaanálisis, la conclusión suele ser que existen *algunas* diferencias sexuales en las características psicológicas; sin embargo, su tamaño es tal que, de no ser porque culturalmente somos propensos a exagerarlas —como en el artículo periodístico que trataba las diferencias en el lenguaje de los hombres y las mujeres que citamos al principio de este capítulo—, apenas si las registraríamos como un fenómeno importante. No por nada, Cynthia Epstein tituló su libro sobre el tema como *Deceptive Distinctions* (*Diferencias ilusorias*).[35]

A mediados del siglo XX la investigación sobre la diferencia sexual se topó con un concepto que parecería explicar su propio tema de una forma acorde con las necesidades del momento: el concepto de "rol o papel social". Este encuentro dio origen al término "rol sexual", que con el tiempo se hizo común en el habla cotidiana.

[35] Epstein, 1988. La vasta recopilación debida a Maccoby y Jacklin (1975) estableció el patrón general de los descubrimientos sobre la diferencia sexual. En la literatura metaanalítica, por ejemplo, Eagly, 1987, se intenta conscientemente sobrepasar esta posición. Aun cuando exagere cada uno de los puntos en cuestión, Eagly no puede establecer que la diferencia sexual determine con fuerza los diversos rasgos.

En la actualidad, la idea de los roles sexuales es tan común que vale la pena enfatizar lo reciente de su origen. La metáfora de la vida humana como una representación dramática no es nueva —Shakespeare la utilizó—. Pero el uso de "papel o rol" como un concepto técnico de las ciencias sociales, como una forma seria de explicar el comportamiento social de una forma general, data de los años treinta, y proporcionó una forma útil de relacionar la idea de ocupar un lugar en la estructura social con el concepto de normas culturales. Gracias al esfuerzo de la antropología, la sociología y la psicología, desde finales de los años cincuenta el término ya era parte del repertorio de términos convencionales de las ciencias sociales.[36]

El concepto de "rol" puede aplicarse al género de dos formas. En la primera, los roles se consideran específicos para situaciones definidas. Por ejemplo, Mirra Komarovsky, en su clásico estudio sobre el matrimonio en las familias estadounidenses de la clase obrera, *Blue Collar Marriage* (1964), describió detalladamente la manera en la cual el cortejo y el matrimonio se desarrollan siguiendo un guión específico.

Sin embargo, la segunda aproximación es mucho más común y supone que ser un hombre o una mujer significa poner a funcionar una serie *general* de expectativas asignadas a cada sexo; esto es, poner a funcionar el "rol sexual". Según este punto de vista, en cualquier contexto cultural siempre habrá dos roles sexuales, el masculino y el femenino. Entonces, la masculinidad y la feminidad se entienden fácilmente como roles sexuales internalizados, productos del aprendizaje social o "socialización".

Este concepto se ajusta perfectamente a la idea de las diferencias sexuales, las cuales se han podido explicar de forma clara gracias a los roles sexuales; es por esto que, desde los años cuarenta, las dos ideas suelen confundirse. Muchas revistas de investigación siguen publicando trabajos en los cuales se *llama* "roles" sexuales a las diferencias sexuales (que, como ya mencionamos, normalmente son muy pocas).

En la mayoría de los casos, se considera que los roles sexuales son la elaboración cultural de las diferencias sexuales biológicas.

[36] Entre quienes utilizaron el término podemos mencionar a Florian Znaniecki, Talcott Parsons, Ralph Linton, Siegfried Nadel, Bruce Biddle. Ya he contado esta historia en Connell, 1979.

Sin embargo, también hay otras opciones. La elaborada proposición de la teoría del rol sexual que desarrolló Talcott Parsons, a mediados de los años cincuenta, en su libro *Family Socialization and Interaction Process* (*Familia, socialización y el proceso de interacción*) presenta un punto de vista distinto. Para Parsons, la diferencia entre los papeles sexuales femeninos y masculinos es una distinción entre roles "instrumentales" y "expresivos" en la familia, a la que se considera un grupo pequeño. Así, el género se deduce a partir de una ley sociológica general sobre la diferenciación de las funciones en los grupos sociales.[37]

La idea de que la masculinidad es la internalización del rol sexual masculino permite el cambio social, lo cual se consideró a veces una ventaja de la teoría de roles frente al psicoanálisis. Como las normas del rol son hechos sociales, pueden transformarse también a través de procesos sociales. Esto ocurrirá siempre que los agentes (los medios) de la socialización —la familia, la escuela, los medios de comunicación masiva— transmitan nuevas expectativas.

El tema del cambio ocupó un lugar central en las primeras discusiones detalladas sobre el "rol sexual masculino", que aparecieron en las revistas de ciencias sociales estadounidenses durante los años cincuenta. Entre los trabajos publicados ahí destaca el de Helen Hacker, llamado "The new burdens of masculinity" ("Las nuevas formas de la masculinidad"), que sugiere que las funciones expresivas se añaden a las funciones instrumentales. En consecuencia, se espera que los hombres muestren habilidades interpersonales, además de seguir comportándose con mucha firmeza —esta idea se convertiría en un cliché durante los años setenta—. Esta teoría de roles podía incluso admitir la idea del conflicto en la masculinidad, que se derivaría de las contradicciones en las expectativas sociales o de la imposibilidad de manejarlas y no de la represión.[38]

Sin embargo, gran parte de la primera generación que se dedicó a teorizar sobre el rol sexual asumió que los roles se encontraban bien definidos, que la socialización ocurría armónicamente

[37] Komarovsky, 1964; Parsons y Bales, 1956. Para un recuento más detallado de esta historia, véase Carrigan, *et al.*, 1985.

[38] Hacker, 1957; compárese con Hartley, 1959.

y que aprender el rol sexual siempre era bueno. La internalización de los roles sexuales contribuía a la estabilidad social, la salud mental y la puesta en práctica de funciones sociales necesarias. En términos más formales, la teoría funcionalista supuso que las instituciones sociales, las normas del rol sexual y las personalidades reales concordaban.

En los años setenta, el feminismo fracturó la aceptación política, además de cuestionar el concepto de "rol sexual" en sí mismo. Es más, gracias al crecimiento del feminismo académico, la investigación sobre el rol sexual floreció como nunca antes lo había hecho. Se asumió de manera general que el rol sexual femenino era opresivo y que su internalización aseguraba que las niñas y las mujeres se mantendrían en una posición subordinada. La investigación del rol se convirtió en una herramienta política que definía un problema y sugería estrategias para la reforma. Los roles sexuales podían cambiarse si se transformaban las expectativas en los salones de clase, así se establecerían nuevos modelos. Estas estrategias de reforma del rol sexual comenzaron a aplicarse en Estados Unidos y, muy pronto, también en otros países, como lo ilustra el notable informe que el gobierno australiano presentó en 1975, *Girls, Schools and Society* (*Las niñas, las escuelas y la sociedad*), y la organización de la Década Mundial de las Mujeres, establecida por las Naciones Unidas.[39]

El fermento que tuvo esta estrategia entre las intelectuales del mundo occidental llegó gradualmente hasta los hombres. A mediados de los años setenta ya había un pequeño, aunque polémico, movimiento de liberación de los hombres en Estados Unidos y una pequeña red de grupos que intentaban aumentar la conciencia en los hombres* en otros países del mundo. Algunos autores, como Warren Farrell, en *The Liberated Man* (*El hombre liberado*), y Jack Nichols, en *Men's Liberation* (*La liberación masculina*), sostenían que el rol sexual masculino era opresivo y debía cambiarse o abandonarse. Se desarrolló un nuevo género de libros que tenía a los hombres como tema central, y lo mismo ocurrió con numerosas revistas de ciencias sociales y otras que

[39] Schools Comission, 1975. Uno de los modelos de reforma del rol sexual más popular es el de la "androginia": véase Bem, 1974; Lenney, 1979.

* Nota a la traducción: grupos de conciencia o pequeños grupos (*consciousness raising groups*).

ofrecen consejos. Su tendencia puede resumirse en los siguientes títulos: "The inexpressive male: a tragedy of American society" ("El hombre inexpresivo: una tragedia de la sociedad estadounidense") y "Warning: the male sex role may be dangerous to your health" ("Peligro: el rol sexual masculino puede resultar dañino para la salud"). Los "estudios sobre los hombres" se lanzaron para acompañar el proyecto feminista de "estudios sobre las mujeres".[40]

El rol sexual masculino descrito por esta bibliografía es bastante convencional, lo cual no debe sorprendernos porque en ese momento se hacía poca investigación nueva. Es más, la bibliografía sobre el rol sexual masculino mezcló elementos comunes, como la crítica feminista de los hombres, las imágenes de masculinidad que aparecían en los medios de comunicación, las pruebas de aptitudes, los descubrimientos sobre las diferencias sexuales, ciertas anécdotas autobiográficas referentes al deporte y, a todo esto, lo llamó "rol".

Casi no se intentó investigar los efectos de las expectativas y las normas en la vida social. Simplemente se asumía que existían y que eran eficaces. Ahora bien, sí hubo ciertos intentos de trazar un proceso de cambio. El psicólogo estadounidense Joseph Pleck, uno de los escritores más prolíficos en el campo, contrastó el rol sexual "tradicional" con uno al que llamó "moderno". La mayor parte de la bibliografía de los años setenta impulsó a los hombres hacia la versión moderna, utilizando terapia, pequeños grupos de conciencia, discusión política, compartiendo roles en el matrimonio y con autoayuda.

Estas discusiones comenzaron con el movimiento de liberación de las mujeres y, durante un tiempo, fueron muy cercanas al feminismo. Algunos de los argumentos tenían posiciones muy claras respecto a la dimensión del poder en el género, como el ensayo "Men's power with women, other men, and society: a men's movement analysis" ("El poder que tienen los hombres con las mujeres, otros hombres y la sociedad: un análisis del movimiento de los hombres"), de Pleck (1977), y la brillante antología *For*

[40] Pleck y Sawyer, 1974; Farrell, 1974, y Nichols, 1975, fueron los primeros teóricos en ocuparse de la liberación masculina. En el capítulo 9 discutiremos cómo Farrell se convirtió en un escritor localizado más a la derecha. Los artículos mencionados son los de Balswick y Peek, 1971, y Harrison, 1978.

Men Against Sexism (*Para hombres en contra del sexismo*), de Jon Snodgrass. Estos textos relacionaron la subordinación de las mujeres con las jerarquías de poder entre los hombres, especialmente la opresión hacia los hombres negros y los hombres gays. Sin embargo, en otras partes de la tipología del rol masculino existía la ambivalencia respecto a las mujeres y se deseaba acallar el compromiso con el feminismo. Algunas investigaciones igualaron la opresión de los hombres con la opresión de las mujeres y negaron que existiera alguna "jerarquía de opresiones".[41]

Esta ambivalencia era inherente al marco del "rol sexual", ya que las presuposiciones lógicas de su análisis suponen que los dos roles son recíprocos y que se definen por expectativas y normas; específicamente, los roles sexuales lo hacen por expectativas relacionadas con el orden biológico. Como puede verse, en ningún momento se incluye un análisis del poder. Por lo contrario, la tendencia básica en la teoría de los roles sexuales es entender las posiciones de los hombres y las mujeres como complementarias —como queda implícito en la teoría de la orientación instrumental (masculina) y expresiva (femenina) de Parsons.

Cuando la opresión aparece en un sistema de roles, lo hace como una presión limitante del rol sobre el yo. Esto puede darse tanto en el rol masculino como en el femenino. El tema ocupó un lugar central en los libros sobre hombres que se publicaron en los años setenta. En ellos se ofrecían muchas anécdotas sobre el poder que ejercían en la juventud mundial los comentaristas deportivos, los padres incapaces de expresarse y los escandalosos grupos de amigos.

Cuando Pleck publicó en 1981 una extensa revisión de la bibliografía sobre el rol masculino, llamada *The Myth of Masculinity* (*El mito de la masculinidad*), la relación entre el rol y el yo era fundamental. Se opuso al paradigma de la "identidad del rol sexual masculino" (término con el cual denominó a la teoría funcionalista del rol sexual), sobre todo porque suponía la concordancia entre la norma y la personalidad —la idea de que adecuarse a las normas del rol sexual ayuda al ajuste psicológico.

[41] Pleck, 1976, 1977; Snodgrass, 1977. Para los comienzos de la oposición al feminismo, véase el argumento del Berkeley Men's Center, publicado en 1973, en Pleck y Sawyer, 1974, p. 174, y Goldberg, 1976.

Su crítica fue muy eficaz. Pleck demostró cómo el discurso funcionalista del rol sexual da por sentadas muchas cosas y que existen pocos sustentos empíricos para dichas ideas. Lo más interesante del caso es que Pleck elabora un argumento casi foucaltiano al pensar que el auge de la teoría normativa de los roles sexuales era una forma política de género. Los cambios históricos en las relaciones de género necesitaban un desplazamiento de la forma en la cual se ejercía el control social sobre los hombres; el cambio debía darse de controles externos a internos.

> El concepto de la identidad ligada a los roles sexuales impide que los individuos que no siguen el patrón tradicional propio de su sexo cuestionen el propio rol; en consecuencia, estos individuos se sienten fuera de lugar e inseguros.[42]

Por lo tanto, podemos decir que la teoría normativa de los roles sexuales desanima el cambio social.

Por su parte, Pleck propuso una teoría de los roles sexuales no normativa, una que no relacionara el rol con el yo. Su idea era construir un modelo del rol sexual masculino que permitiera que la concordancia con el rol sexual fuera psicológicamente disfuncional; que las normas del rol pudieran cambiar y, a veces, que fuera necesario que cambiaran; y que así como hay gente que viola las normas y sufre las consecuencias, también hubiera gente que estuviera sobreadaptada . De esta manera la teoría del rol masculino sería internamente más consistente y se liberaría de los restos del determinismo biológico y de la teoría de la identidad que le quedaran; sin embargo, seguiría relacionada con los límites intelectuales de la perspectiva del rol.

Estos límites se han hecho evidentes una y otra vez.[43] Sin embargo, debido a que las teorías que se fundamentan en los roles casi siempre ignoran este tipo de crítica y a que el término "rol masculino" se utiliza ampliamente, correré el riesgo de aburrir y repetiré sus puntos principales.

[42] Pleck, 1981, p. 160.

[43] Para el concepto general de roles, véanse Urry, 1970; Coulson, 1972, y Connell, 1979. Para la teoría de los roles sexuales, véanse Edwards, 1983; Stacey y Thorne, 1985. Para trabajos críticos sobre su uso en la investigación sobre masculinidad, véanse Carrigan, *et al.*, 1985; Kimmel, 1987.

La teoría de los roles es vaga en términos lógicos. El mismo término se utiliza para describir un trabajo, una jerarquía política, una transacción momentánea, un pasatiempo, una etapa en la vida o un género. Debido a que los roles se sustentan en condiciones que cambian, la teoría que se ocupa de ellos conduce a incoherencias cuando se analiza la vida social. La teoría de los roles exagera el grado en el cual el comportamiento social de las personas se prescribe. Al mismo tiempo, como supone que dichas prescripciones son recíprocas, subestima la desigualdad y el poder sociales. Éstas son las razones por las cuales el rol ha probado ser totalmente ineficaz para establecer un marco de trabajo general para el análisis social.

Mi intención no es concluir que la metáfora dramática del rol sea completamente inútil para comprender las situaciones sociales. Sirve para aquellas situaciones en las cuales: a) haya guiones de comportamiento bien definidos, b) haya auditorios frente a los cuales se pueda representar el rol, y c) no haya mucho riesgo (y, por lo tanto, es posible permitirse el lujo de representar ciertos papeles como si se tratara de la actividad social más importante). Como regla general podemos decir que ninguna de estas condiciones se aplica a las relaciones de género. El "rol sexual" no es una metáfora adecuada para las interacciones de género. (Claro que se puede pensar en situaciones específicas de interacción entre los géneros en las que los roles estén perfectamente bien definidos e interpretados. Por ejemplo, las competencias de baile de salón —como en la encantadora película *Strictly Ballroom*).

En la teoría de los roles sexuales, la acción (esto es, la interpretación del rol) se relaciona con una estructura definida por la diferencia biológica, la dicotomía masculino y femenino —y no con una estructura definida por las relaciones sociales—. El problema es que así se reduce el género a dos categorías homogéneas, traicionadas por la confusión persistente entre las diferencias sexuales y los roles sexuales. Estos últimos se definen como recíprocos; la polarización es una parte necesaria del concepto. Así llegamos a la percepción errónea de la realidad social, en la cual se exageran las diferencias entre los hombres y las mujeres y se oscurecen las estructuras de raza, clase y sexualidad. Resulta revelador que las discusiones sobre el "rol sexual masculino"

de los hombres gays se hayan ignorado y que cuestiones como raza y etnia apenas se hayan discutido.

La distinción entre el comportamiento y las expectativas es básica para la metáfora de los roles, pero la bibliografía sobre el rol sexual masculino no los ha diferenciado y supone que uno evidencia a las otras. El resultado es que no se ha podido comprender la resistencia en la política sexual. Quienes cuestionan el poder (por ejemplo, utilizando una identidad estigmatizada para conseguir solidaridad e impulsar a la resistencia, como la liberación gay lo hizo) no pueden ser representados en las categorías de roles denominadas "norma" y "desviación".

La teoría de los roles sexuales tiene problemas fundamentales cuando se refiere a cuestiones de poder. Explicar las diferencias entre la situación de los hombres y las mujeres refiriéndose a la diferenciación de los roles significa subestimar la violencia y suprimir la cuestión de la coerción al suponer que el consentimiento es general. Ni siquiera Pleck, que era sensible al poder y veía con escepticismo el consentimiento, pudo hacer que estas ideas respecto a los hombres fueran consistentes con el resto del marco de los roles sexuales. Por lo tanto, estas cuestiones no aparecen en sus escritos.

Este problema frente al poder es parte de una dificultad mayor frente a la dinámica social. La bibliografía del rol sexual masculino, aunque consciente del cambio y normalmente entusiasta respecto al mismo, considera que interfiere con el rol desde cualquier punto de vista (como resultado del cambio tecnológico, por ejemplo). No tiene la posibilidad de comprender el cambio como una dialéctica *dentro* de las relaciones de género.

Por lo tanto, la perspectiva del rol sexual masculino es fundamentalmente reaccionaria. No genera una política estratégica de la masculinidad. Creo que ésta es una de las razones subyacentes al hecho de que los hombres que intentaron cambiar el rol sexual durante los años setenta no hayan podido constituir en los ochenta una resistencia efectiva contra quienes rechazaron su modernidad por considerarla "suave" e instituyeron el culto a un pasado imaginario.

La nueva ciencia social

Historias

Los elementos de una nueva aproximación a la masculinidad pueden observarse en diversas disciplinas de las ciencias sociales y han sido impulsados por el movimiento de liberación de los hombres y la psicología de roles sexuales; sin embargo, no fueron limitados por la teoría de roles. La historia y la etnografía proporcionan un elemento fundamental que evidencia la diversidad y la transformación de las masculinidades.

Evidentemente, la bibliografía histórica académica siempre se ha ocupado de los hombres —por lo menos de los ricos y famosos—. Las feministas notaron esto y, en los años setenta, desarrollaron un poderoso movimiento que escribía la "historia de las mujeres" y compensaba el desequilibrio. Considerando la supuesta reciprocidad de los roles sexuales, no es de extrañar que se concluyera que también se necesitaba una "historia de los hombres". A fines de los años setenta, se anunció dicha necesidad y se comenzó a llevar a la práctica.[44]

Sin embargo, ya existía una historia de los hombres. El tema central de una nueva historia tenía entonces que ocuparse de aquello que no estuviera incluido en la historia ya existente, que no consideraba aspectos ligados al género; esto es, la *idea* de la masculinidad. A menudo, a esta historia se le llamó del *rol masculino* y la primera ola de trabajos estadounidenses de este tipo se superpuso a la bibliografía sobre el rol sexual masculino discutida anteriormente. Se caracterizaba por tener el mismo vago alcance y por estar escrita con un alto grado de generalizaciones.

A pesar de que se siguen haciendo investigaciones amplias de las normas culturales de la masculinidad, un nuevo punto de vista, mucho más incisivo, emergió a partir del apogeo de los estudios locales sobre la historia de las mujeres. Una parte de esta bibliografía sigue utilizando el vocabulario de los roles sexuales, aunque muestra que las expectativas son más variadas y más cuestionadas de lo que se pensaba anteriormente. Los mejores

[44] Stearns, 1979, y Pleck y Pleck, 1980, constituyen doctos ejemplos. En realidad existieron muchos otros peores, a los que no voy a citar por caridad.

ejemplos de este tipo de trabajo han llegado más allá de las normas que establecían las instituciones en las cuales se desarrollaron.

Por ejemplo, Christine Heward, en *Making a Man of Him* (*Convertirlo en un hombre*), rastrea el cambio y la diferencia en una escuela privada inglesa. No sólo muestra cómo las prácticas escolares de disciplina, vestido, jerarquías académicas y juegos de equipo construyen masculinidades respetables, sino también de qué manera la institución responde a las estrategias de género y clase de las familias de los niños. Otro ejemplo es el estudio que hizo Michael Grossberg sobre la práctica del derecho en Estados Unidos durante el siglo XIX. Ahí se muestra cómo los márgenes de la profesión se utilizaban en contra de las mujeres mientras que su organización interna (como el "circuito" de audiencias de los juzgados) sustentaba una versión particular de masculinidad —y finalmente la transformó cuando, con el apogeo de las firmas legales, la dinámica de género cambió y permitió la entrada de las mujeres.[45]

La misma lógica puede aplicarse a instituciones mayores, como los mercados laborales. La bibliografía sobre el rol masculino dio por sentado que una parte esencial de la masculinidad era proveer el sustento familiar. ¿De dónde vino esta conexión? Wally Seccombe mostró que esta suposición se había creado recientemente y que no se aceptaba de manera universal. Se produjo en Gran Bretaña a mediados del siglo XIX cuando se realinearon diversas fuerzas sociales. Tanto los capitalistas como los obreros tenían opiniones divididas al respecto. Las uniones gremiales adoptaron poco a poco el concepto del salario de la "cabeza de la familia o proveedor", a cambio de hacer divisiones entre los obreros y las obreras, y entre quienes sabían el oficio y quienes todavía no estaban entrenados.[46]

[45] Para una investigación general, véase Rotundo, 1993; para estudios locales, Carnes y Griffen, 1990, Roper y Tosh, 1991 y, especialmente, Heward, 1988, Grossberg, 1990.

[46] Seccombe, 1986. Este argumento sobre el carácter político del salario familiar se sustenta por estudios regionales detallados debidos a Metcalfe, 1988, sobre quienes trabajaban en las minas australianas, y Rose, 1992, sobre quienes trabajaban en los tejidos británicos.

A partir de estudios como los anteriores queda claro que las definiciones de masculinidad se encuentran íntimamente ligadas a la historia de las instituciones y de las estructuras económicas. La masculinidad no es sólo una idea de alguien ni una identidad personal. Se extiende a lo largo de todo el mundo y se mezcla con relaciones sociales. Para comprender de manera histórica la masculinidad es necesario estudiar los cambios en dichas relaciones sociales organizadas. Para hacerlo, como lo muestra el libro más reciente de Michael Gilding, *The Making and Breaking of the Australian Family* (*Cómo se hizo y se deshizo la familia australiana*), necesitamos descomponer una unidad como la de la "familia" en sus diferentes relaciones —crianza infantil, empleo, relaciones sexuales y división del trabajo—. Estos elementos pudieran cambiar a ritmos variables y generar tensiones en la masculinidad y feminidad.[47]

El estudio histórico más notable hasta ahora sobre masculinidad se centró en las relaciones sociales a la mayor escala posible, la expansión global del poder europeo. Nos referimos a la investigación que realizó Jock Phillips sobre la colonia en Nueva Zelanda, en el siglo XX.[48]

Phillips comienza su estudio con la demografía y economía de los asentamientos que ocasionaron que la población blanca de colonos estuviera constituida por una gran mayoría de hombres y que se formaran nichos en la frontera integrados únicamente por hombres. El resultado fue la formación de una subcultura masculina turbulenta que ocasionó problemas de orden social muy serios. El Estado colonial intentó establecer su control al promover asentamientos agrícolas basados en las granjas familiares. Con ello se intentaba limitar la masculinidad al matrimonio y a un mayor orden.

Con el cambio de siglo, proporciones más equilibradas entre los sexos, una creciente urbanización y la conquista casi total de la población maorí, las exigencias del control social cambiaron: el Estado cambió su estrategia y comenzó a estimular una masculinidad violenta. Primero para la guerra de los Boérs y después para las dos guerras mundiales, los hombres neocelandeses



[47] Gilding, 1991.
[48] Phillips, 1980, 1984, 1987.

se movilizaron para ingresar a las fuerzas armadas del imperio británico. Phillips muestra en fascinantes estudios de caso, tomando como referencia los rituales públicos asociados con las despedidas y bienvenidas, cómo quienes se encargaban de la política y la prensa fabricaron una descripción pública de la virilidad neocelandesa. La descripción relacionaba el *ethos* de los colonos y granjeros con nociones racistas de solidaridad imperial. Los hombres maoríes eran, al mismo tiempo, movilizados en batallones que originaron un mito guerrero distinto.

El deporte organizado, especialmente el rugby, se convirtió en el instrumento que se utilizó para relacionar las contradicciones de la violencia masculina y el control social. El primer ministro del país se reunió, en medio de un entusiasmo masivo totalmente orquestado, con el equipo nacional cuando regresó del viaje que hizo en 1905 a Europa. En ese entonces, el deporte por equipos en el mundo de habla inglesa se desarrollaba como un ámbito estrechamente ligado a convenciones. La ejemplar condición del deporte como prueba de masculinidad, que ahora damos por sentada, no es, en ningún sentido, natural. Se produjo históricamente, y podemos ver en este caso que es un producto deliberado de cierta estrategia política.

A pesar de que los detalles de esta historia son particulares de Nueva Zelanda, la aproximación tiene implicaciones mucho más amplias. Phillips muestra cómo se produjo una masculinidad ejemplar como forma cultural. (Hasta cierto punto, podemos decir que fue una construcción que envió a los hombres a la muerte). Se formó de la interacción entre las cambiantes relaciones sociales de la población de colonos, el Estado local, el sistema imperial británico y la rivalidad mundial entre las potencias imperialistas.

El modelo de género no fue un resultado mecánico de dichas fuerzas; se alimentaba de la respuesta estratégica a una situación dada. Y no fue el único modelo que podía haber surgido de tal situación. El trabajo o el pacifismo pudieron haberse fortalecido; el rugby pudo haberse descartado; las relaciones entre la población blanca y la maorí pudieron haber sido distintas. La producción de un ejemplo particular de masculinidad requirió de cierto esfuerzo político y significó la derrota de alternativas históricas.

ETHOГ.

Por lo tanto, la investigación histórica de la masculinidad conduce, a través de las instituciones, al cuestionamiento sobre la *agencia** y la lucha social. La antropología conduce a una lógica muy similar.

La etnografía del otro

El tema central de la antropología es el estudio de las sociedades, menores en escala, que encontraron los europeos y estadounidenses durante su expansión colonial. A principios del siglo XX la etnografía se convirtió en el método de investigación característico: la detallada descripción de una forma de vida en la cual el investigador participaba basándose en observaciones propias y hablando con informantes en su lengua nativa.

Lo que la etnografía quería conocer era la forma en la cual las culturas colonizadas diferían de las sociedades de Europa y Estados Unidos, sociedades seculares, basadas en el mercado y controladas por el Estado. Se centraba en la religión y el mito, y en los sistemas de parentesco que, se pensaba entonces, proporcionaban la estructura de las sociedades "primitivas". El análisis de dichos elementos proporciona información muy valiosa respecto al género. De esta manera, las investigaciones etnográficas, que se acumularon en las bibliotecas de las potencias imperialistas, constituyeron una mina de información sobre las mismas cuestiones que debatían el feminismo, el psicoanálisis y la teoría de los roles sexuales.

Así, la antropología también dio origen a dichas controversias. Ya mencioné antes el debate desencadenado por Malinowski y basado en la etnografía de las Islas Trobriand sobre la universalidad del complejo de Edipo. *Sex and Temperament in Three Primitive Societies* (*El sexo y el temperamento en tres sociedades primitivas*), de Margaret Mead, escrito en los treinta, es una poderosa demostración de la diversidad cultural de significados de la masculinidad y la feminidad —aunque Mead nunca sobrepasó

* Nota a la traducción: la palabra *agency*, en su uso común en inglés, significa acción, capacidad de acción o intercesión. Ése es el sentido que le estamos dando a *agencia*. Para marcar esta diferencia, de ahora en adelante, cada vez que utilicemos el término lo haremos en cursivas.

la convicción de que bajo todas estas posibilidades existía siempre una heterosexualidad natural.[49]

En los setenta, el feminismo de la segunda ola produjo trabajos muy originales sobre la antropología de género. Como en la historia, la mayor parte del trabajo se debió a mujeres e intentó documentar la vida de las mujeres. Y, al igual que en la historia, después se desarrollaron investigaciones sobre la masculinidad.

Algunos de estos trabajos se centran en las imágenes culturales del concepto *masculinidad*. Por ejemplo, Michael Herzfeld, en su elegante y entretenido libro *The Poetics of Manhood* (*La poética de la masculinidad*) narra el robo de ovejas que se hacía en las montañas de los pueblos cretenses para representar lo masculino. El debate etnográfico sobre el "machismo" latinoamericano —el ideal masculino que enfatiza el dominio sobre las mujeres, la competencia entre los hombres, el despliegue de agresividad, sexualidad rapaz y doble moral— también se ha centrado en la ideología.[50]

En *Guardians of the Flutes* (*Los guardianes de las flautas*), de Gilbert Herdt, la pieza más espectacular del trabajo etnográfico reciente sobre masculinidad, la ideología se implanta más profundamente en la práctica. El libro es una etnografía convencional, incluso conservadora, de la cultura de los altos orientales de Papua Nueva Guinea, conocida como "Zambia". Se trata de la descripción de una economía basada en la recolección y la jardinería, del orden político en una aldea pequeña, de una cosmología y mitología, y de un sistema ritual. La cultura se caracteriza por guerras crónicas, una marcada división del trabajo dependiente del género y una masculinidad notablemente enfatizada y agresiva.

La parte central del relato de Herdt se ocupa del culto a los hombres y sus rituales de iniciación, que incluyen relaciones sexuales intensas —que implican chupar el pene y tragar el semen— entre los niños iniciados y los hombres jóvenes. El semen es la esencia de la masculinidad y debe transmitirse de una genera-

[49] Mead, 1963 [1935]. Su teoría posterior sobre el género se volvió más conservadora: Mead, 1950.

[50] Herzfeld, 1985; para un ejemplo de la discusión sobre el machismo, véase Bolton, 1979.

ción a otra entre los hombres para asegurar que la sociedad sobreviva. Un complejo sistema de historias y rituales (que incluye el medio ambiente natural, el orden social de Zambia y las flautas sagradas que producen la música característica del culto a los hombres) sostiene dichas creencias.

Fue el componente sexual el que dio al trabajo etnográfico de Herdt un carácter escandaloso. Presentó la imagen de una masculinidad violenta y agresiva que, aparentemente, era como la masculinidad común exagerada de nuestra propia cultura, pero que se basaba en relaciones homosexuales —que en nuestra cultura, se piensa, producen afeminamiento—. Además, esta etnografía contradice la fuerte suposición cultural (a menudo expresada por la ciencia y la política) de que la homosexualidad sólo se presenta en una pequeña minoría. En Zambia, casi todos los hombres son homosexuales en cierta etapa de su vida. Herdt denominó este patrón como "homosexualidad hecha ritual" y realizó investigaciones de prácticas similares en otras sociedades melanesias.[51]

¿Qué tipo de ciencia se produce luego de estas investigaciones? Según el modelo positivista de ciencias sociales, partiendo de la colección de casos múltiples se intenta llegar a generalizaciones interculturales y leyes que incluyan a toda la sociedad humana. Éste es el proyecto de David Gilmore en *Manhood in the Making* (*El proceso de la masculinidad*), el intento más reciente y ambiciosos por establecer lo que la ciencia antropológica enuncia sobre la masculinidad.

Gilmore anotó correctamente que la antropología es una mina de información sobre los hombres y la masculinidad. Con la ayuda de una impresionante biblioteca, incluyó al mundo y sumó etnografías de España, las Islas Truk, Brasil, Kenia, Papua Nueva Guinea, Polinesia y Malasia, además de pequeñas porciones de "Asia oriental y meridional", y de todas partes. Quería encontrar fundamentos para hacer generalizaciones sobre la *hombría** y

[51] Herdt, 1981, 1982, 1984. Modjeska (1990) cuestiona el alcance de la "homosexualidad hecha ritual".

* Nota a la traducción: Tradujimos *manhood* como "hombría" y *manliness* como "virilidad" intentando respetar las diferencias que Connell establece entre el uso de términos en inglés. Con *manliness*, Connell sugiere algo más relacionado con lo físico, mientras que con *manhood* acentúa lo moral.

Virilidad – físico
hombría – moral

sus logros, contestar preguntas como "¿existe una estructura profunda de la hombría?, ¿un arquetipo global de la virilidad?"

La respuesta de Gilmore fue que la hombría es difícil de conseguir y que el proceso incluye la lucha dentro de un reino distintivamente masculino, que sus logros requieren marcarse por ritos de iniciación. La función cultural de la ideología masculina es motivar a los hombres para que trabajen:

> Siempre que existan batallas que luchar, guerras que ganar, picos que escalar, trabajo duro por hacer, algunos de nosotros tendremos que "comportarnos como hombres".

Psicológicamente, la masculinidad es una defensa contra la regresión a la identificación preedípica con la madre. Según Gilmore, esto puede decirse de casi todas las culturas, aunque existen algunas pocas excepciones, como en Tahití y los semai de Malasia, en las cuales los patrones de masculinidad son más "pasivos" y relajados.[52]

El hecho de que la investigación etnográfica produjera resultados tan inesperadamente banales no deja de sorprender. ¿Acaso hay algo mal con las etnografías? No lo creo; el problema es el uso que se les dio. El marco teórico de Gilmore es el de la teoría de los roles sexuales y su trabajo incorpora las confusiones y esquemas ya discutidos. En un nivel más profundo, el libro muestra la futilidad de intentar producir una ciencia positivista de la masculinidad basada en la generalización intercultural.

El método positivista presupone un objeto de conocimiento estable, constante en todos los casos. ¿Es la "hombría" o la "masculinidad" dicho objeto? Otras etnografías suponen que no. El complejo análisis que realizó Marilyn Strathern de lo que llamó "logros sexuales" en los pobladores de Hagen, localizado en las partes altas de Nueva Guinea, presenta al género como una metáfora, no como un rol sexual. Cuando alguien en Hagen dice (significativamente) "nuestro clan es un clan de hombres", no quiere decir que no hay mujeres en el grupo, ni que las mujeres adoptan un rol sexual masculino. A lo que se refiere es a la capacidad y el poder del clan como una colectividad. La frase con-

[52] Gilmore, 1990.

tradice la idea de la diferencia sexual y fragmenta la definición positivista de masculinidad.[53]

La etnografía de Strathern nos obliga a pensar sobre un universo de significación del género muy distinto. Lo mismo podría decirse del original recuento de Herdt sobre Zambia, una etnografía conmovedora que otorga al punto de vista occidental algo que le es totalmente ajeno: una experiencia y una práctica profundamente distintas a las nuestras. Ninguna ciencia que intente comprender esta experiencia a través de conceptos que reflejen las relaciones sociales distintivas de la sociedad europea/estadounidense moderna —como los conceptos de masculinidad convencionales lo hacen (véase el capítulo 3)— puede llegar muy lejos. ¿De qué forma, entonces, puede la etnografía participar de una ciencia social ligada al género? Solamente reconociendo las relaciones sociales que condicionan la producción del conocimiento etnográfico.



Cuando Herdt terminó su libro comparativo *Rituals of Manhood* (*Los rituales para llegar a ser hombre*), en 1982, incluyó el trabajo de E. L. Schieffelin sobre el lugar de retiro ceremonial (denominado *bau a*) en donde se alojaban los cazadores de los pueblos kaluli, en la meseta de Papua. Schieffelin hacía una detallada etnografía del retiro periódico de la sociedad mundana que realizaban los hombres jóvenes y mayores. El evento suponía un cambio en las relaciones con el mundo espiritual, evitar ritualmente a las mujeres, un periodo de paz en los endémicos conflictos de la sociedad local y el júbilo creciente que culminaba con la distribución ceremonial de la carne ahumada, producto de la cacería.

En realidad, Schieffelin nunca atestiguó un *bau a*. En 1958, el gobierno colonial australiano comenzó a patrullar regularmente la zona. En 1964 llegaron los misioneros, con un grupo de trabajadores, y comenzaron a construir una misión y una pista de aterrizaje. Sin embargo, justo en ese entonces, dos comunidades kaluli realizaban su *bau a* y los jóvenes estaban cazando en el bosque. Había varias razones por las cuales habría sido desastroso, desde el punto de vista ritual, que los recién llegados entraran al *bau a*. Recordando lo que les había ocurrido con otras

[53] Strathern, 1978, 1981.

patrullas, los kaluli temían que les robaran la carne ahumada. Así que terminaron el *bau a* intempestivamente, distribuyeron la carne y nunca más realizaron el ritual.[54]

La etnografía siempre ha trabajado en el punto de contacto entre las sociedades indígenas y la expansión de los imperios económicos y políticos occidentales. El cuestionamiento reciente sobre dicha ciencia como método enfatiza la presencia de los etnógrafos y sus prejuicios respecto a las relaciones sociales: la mirada del colonizador sobre el colonizado, las relaciones de poder que definen quién es el que investiga y quién el investigado.[55]

La ciencia positivista trabaja suprimiendo esta dimensión histórica. Nos pide que olvidemos a quienes robaron la carne ahumada. Sin embargo, no debemos aceptar la amnesia. Me atrevería a decir que el conocimiento etnográfico sobre la masculinidad adquiere su valor precisamente cuando lo suponemos una parte de la historia mundial, una historia marcada por el despojo, la lucha y la transformación. Conforme los pueblos indígenas exijan su derecho a contar sus propias historias, nuestro conocimiento de la masculinidad *occidental* cambiará profundamente.

La construcción social y la dinámica de género

La sociología, hogar académico de algunos de los primeros trabajos sobre roles sexuales en la masculinidad, fue el lugar en donde se dio el rompimiento más grande con el marco teórico de los roles sexuales. En los últimos diez años, los estudios de campo en los países industrializados se han multiplicado y se han propuesto nuevos lenguajes teóricos. Aunque no exista un paradigma definido para esta nueva investigación, sí hay algunos temas claros: la construcción de la masculinidad en la vida cotidiana, la importancia de las estructuras económicas e institucionales, el significado de las diferencias entre las masculinidades y el carácter contradictorio y dinámico del género.

Una de las más importantes cuestiones estudiadas por la sociología moderna del género —que incluye estudios etnometo-

[54] Schieffelin, 1982.

[55] Clifford y Marcus, 1986; Strathern, 1991.

dológicos muy detallados de conversaciones, además de investigación sobre organizaciones acerca de la discriminación entre los directores de empresa— es que el género no se fija antes de la interacción social, sino que se construye a partir de ella. Algunos ejemplos notables de esta forma de aproximarse a la masculinidad pueden encontrarse en los estudios de Michael Messner, *Power and Play* (*El poder y el juego*), realizado a partir de las entrevistas que hizo a atletas profesionales, y *Little Big Men* (*Pequeños hombres grandes*), producto de la participación y observación en los gimnasios de fisicoculturismo.[56]

Esta rama, al igual que la investigación de roles sexuales, se ocupa de las convenciones públicas sobre la masculinidad. Sin embargo, en lugar de considerarlas normas preestablecidas que se internalizan y ejecutan pasivamente, la nueva investigación explora la forma en que se hacen y rehacen las convenciones dentro de la misma práctica social. De ahí surgió, por un lado, el interés en la política de las normas: los intereses que las movilizan y las técnicas utilizadas para construirlas. El libro *Hockey Night in Canada* (*Las noches de hockey en Canadá*), de Richard Gruneau y David Whitson, muestra con detalle cómo los intereses económicos y políticos construyen el mundo agresivamente masculinizado del hockey sobre hielo profesional. Este tipo de investigación se interesó también en las fuerzas que desequilibran o limitan la producción de una forma específica de masculinidad. Ejemplos tomados del trabajo de Messner y Klein incluyen el papel de las lesiones al limitar las carreras de los atletas y las contradicciones sexuales entre los fisicoculturistas del gimnasio.

La construcción de la masculinidad en los deportes es también un buen ejemplo de la importancia que tiene el ámbito institucional. Messner enfatiza que cuando los niños comienzan a practicar algún deporte competitivo no sólo están aprendiendo un juego, sino que incursionan en una institución organizada. A pesar de que sólo una pequeña minoría llegará a ser parte del mundo del deporte profesional, la producción de la masculinidad en el mundo deportivo se caracteriza por una estructura institucional competitiva y jerárquica. Dicha estructura no es un

[56] Para interacción y género, véase West y Zimmerman, 1987; para masculinidades, Messner, 1992; Klein, 1993.

resultado accidental. Como apunta Gary Fine, no sólo las corporaciones sino el mismo Estado estadounidense organiza el tiempo libre de los niños a través de la liga menor de beisbol. Uno de los miembros del cuerpo organizador gobernante era J. Edgar Hoover.[57]

Lo mismo que dijimos del deporte lo podemos decir de los lugares de trabajo. Las circunstancias económicas y la estructura de las organizaciones influyen en la forma en la cual se construye la masculinidad a niveles muy íntimos. Como observa Mike Donaldson, en *Time of Our Lives* (*El tiempo de nuestras vidas*), el pesado trabajo de las fábricas y las minas literalmente consume el cuerpo de los trabajadores; dicha destrucción, prueba de la rudeza del trabajo y del trabajador, puede ser una forma de demostrar masculinidad. Esto se debe no tanto a que el trabajo manual sea necesariamente destructivo, sino a que se hace de una forma que sí lo es —bajo presiones económicas y control gerencial.[58]

La construcción de la masculinidad de la clase obrera en la fábrica tiene dinámicas distintas a las de la construcción de la masculinidad de la clase media en una oficina con aire acondicionado —aunque, como Collinson, Knights y Collinson muestran en *Managing to Discriminate* (*Dirigiendo para discriminar*), el crear y defender los masculinizados puestos de oficinistas también constituyen procesos conscientes. En Gran Bretaña, la diferencia de clases en las masculinidades se ha estudiado desde que Andrew Tolson, en su pionera investigación *The Limits of Masculinity* (*Los límites de la masculinidad*), la consideró en los años setenta. La diferencia de clases en Estados Unidos se trata en *Masculinities and Crime* (*Las masculinidades y el crimen*), de James Messerschmidt, en donde se muestra cómo los crímenes en la calle y en las oficinas son origen de la construcción de masculinidades específicas a cada clase. En *Black Masculinity* (*La masculinidad negra*), Robert Staples enfatiza el contexto económico e ideológico; se trata de un estudio pionero sobre la diferencia étnica. Staples conecta la situación social de los hombres negros dentro del racismo estadounidense con la dinámica del co-

[57] Gruneau y Whitson, 1993; Fine, 1987.
[58] Donaldson, 1991.

lonialismo en el tercer mundo, aproximación que casi nadie ha seguido.[59]

Es importante reconocer las diferencias en los contextos de clase y raciales, pero no es la única distinción que se ha manifestado. También se ha hecho evidente que el mismo contexto cultural o institucional produce diferentes masculinidades. El primer estudio en el que esto se notó fue *Learning to Labour* (*Aprendiendo a trabajar*), de Paul Willis, realizado en una escuela secundaria de la clase obrera inglesa. Willis mostró cómo los jóvenes "rudos" desarrollaban una masculinidad opositora que los conducía a las fábricas y los apartaba de los *"ear'oles"*, término con el cual se denominaba a los muchachos del mismo medio que se adaptaban a los requerimientos de la escuela y realizaban adecuadamente el trabajo académico. No deja de sorprender que patrones muy similares emergieran en las escuelas de la clase dominante en Australia, y en estudios realizados en otras escuelas.[60]

Observaciones como las anteriores, unidas al trabajo psicoanalítico sobre el carácter ya mencionado y a las ideas del movimiento de liberación gay que discutiremos más adelante, condujeron a la idea de una masculinidad hegemónica. No debe ser suficiente con reconocer que la masculinidad es diversa, sino que también debemos reconocer las *relaciones* entre las diferentes formas de masculinidad: relaciones de alianza, dominio y subordinación. Estas relaciones se construyen a través de prácticas que excluyen e incluyen, que intimidan, explotan, etc. Así que existe una política de género en la masculinidad.[61]

Los estudios realizados en las escuelas muestran patrones de hegemonía claros. En algunas de ellas, la masculinidad exaltada por las competencias deportivas es hegemónica, lo que significa que la destreza deportiva es una prueba de masculinidad, incluso para los niños que odian el deporte. Aquellos que rechazan el patrón hegemónico tienen que luchar por encontrar una salida (o negociarla). La etnografía de James Walker, llamada *Louts*

[59] Collinson, Knights y Collinson, 1990; Tolson, 1977; Messerschmidt, 1993; Staples, 1982.

[60] Willis, 1977; Kessler, *et al.*, 1985.

[61] Carrigan, Connnell y Lee, 1985, definen la masculinidad hegemónica; para una crítica del concepto, véase Donaldson, 1993.

and Legends (*Traviesos y aplicados*) y realizada en una escuela urbana de niños, es un fino ejemplo. En ella se describe el caso de los "tres amigos" que desdeñaban el culto escolar al futbol. Sin embargo, no podían simplemente abandonarlo y tuvieron que establecer otra forma de respeto —se encargaron del periódico escolar.[62]

Por lo tanto, la hegemonía no significa control total. No es automática y puede ser fracturada —incluso fracturarse a sí misma—. Por ejemplo, podría darse el caso de que hubiera demasiada destreza deportiva. Messner cita los casos problemáticos de los jugadores de futbol americano, quienes llevaron la violencia "legal" al extremo. Cuando lesionaron severamente a otros jugadores, la aprobación de la agresión masculina corrió el riesgo de desacreditar al deporte en general.

Estas observaciones muestran que las relaciones que construyen la masculinidad son de tipo dialéctico: no corresponden a la causalidad unidireccional del modelo de socialización. La escuela no produjo intencionalmente la masculinidad de los jóvenes descrita en *Learning to Labour*. Más bien, podríamos decir que la autoridad escolar funcionó como una pared *contra la cual* los muchachos construyeron una masculinidad opositora. En el trabajo de Klein sobre los gimnasios de fisicoculturistas se presentan contradicciones de otro tipo. Algunos de ellos se sostienen económicamente vendiendo sus servicios sexuales (y de otro tipo) a los hombres gays de clase media que los admiran y desean. Sin embargo, la práctica homosexual, en una cultura homofóbica, desacredita la masculinidad que estos hombres literalmente corporalizan. En consecuencia, quienes realizan estas prácticas buscan, y encuentran, formas muy ingeniosas de reinterpretar lo que hacen y negar su propia práctica homosexual.[63]

En consecuencia, para reconocer los distintos tipos de masculinidad no debemos suponer que se trata de categorías fijas. En este caso, la teoría psicoanalítica de los caracteres puede conducir a interpretaciones erróneas, ya que es esencial reconocer el carácter dinámico de las relaciones que constituyen al género. El magnífico estudio de Cynthia Cockburn, *Brothers* (*Herma-*

[62] Walker, 1988.

[63] Para la dialéctica escolar, véase Connell, 1989; en el gimnasio, Klein, 1993.

nos), sobre la construcción colectiva de la masculinidad en los talleres de impresión de Londres habla de:

> el rompimiento de las viejas estructuras en la clase trabajadora y la disolución de algunas de las formas patriarcales de relaciones que gobernaron la tradición artesanal. La autoridad de los ancianos, la supervivencia de los "muchachos" en los rituales de masculinidad de la vida en la imprenta y, sobre todo, la exclusión de las mujeres se van diluyendo.

Cockburn enfatiza el carácter político de la construcción de la masculinidad y de un cambio en ella. La misma conclusión se alcanza en *Recasting Steel Labor* (*Redescribiendo el trabajo del acero*), estudio debido a un equipo de investigación canadiense que resultó ser el primer trabajo importante sobre la masculinidad que combinó la investigación de campo con la etnografía. En las fundidoras de Hamilton se produjo un cambio dramático cuando aceptaron a las mujeres como colegas en el trabajo y se replantearon las ideologías masculinas junto al impulso del sindicato de trabajadores por terminar la discriminación por cuestiones de género. Sin embargo, esto se dio al mismo tiempo que los directivos recortaron personal buscando mayores ganancias; el resultado fue un cambio respecto al género menor al que podía haberse dado.[64]

A pesar del énfasis en las masculinidades múltiples y la contradicción, pocos investigadores dudaron de que la construcción social de las primeras fuera un proceso sistemático, cuestión que se ha enfatizado en Gran Bretaña al intentar desarrollar una teoría general de la masculinidad. Esta investigación se debe a grupos de la izquierda política y muestra un profundo cuestionamiento de las formas tradicionales de la política de dicha facción entre los hombres. Jeff Hearn, en *The Gender of Oppression* (*El género de la opresión*), transforma el análisis marxista y lo utiliza para investigar la manera en la cual los hombres se apropian del trabajo de las mujeres y, de manera más general, del

[64] Cockburn, 1983, pp. 171-172. El trabajo que realiza después enfatiza el carácter político del proceso: Cockburn, 1991. Respecto a las fundidoras, véanse Corman, Luxton, Libingstone y Secombe, 1993.

"valor humano" de las mujeres. Construye un modelo de patriarcado ambicioso (aunque algo arbitrario), una estructura compleja e impersonal de relaciones entre los hombres que dirige la explotación de las mujeres; el resultado es un avance considerable en las teorías dicotómicas del patriarcado. El libro de Victor Seidler, *Rediscovering Masculinity* (*Volviendo a descubrir la masculinidad*), significa para los estudios culturales lo que el de Hearn fue para la estructura social y localiza las experiencias cotidianas de los hombres en un marco amplio del patriarcado. Seidler enfatiza el control de las emociones y la negación de la sexualidad que se dan en la construcción de la masculinidad y las conecta con la exaltación de la razón abstracta en la tradición intelectual occidental. Su trabajo teórico se sigue construyendo, sin embargo, ha mostrado convincentemente que la masculinidad debe comprenderse como un aspecto de estructuras y procesos sociales a gran escala.[65]

Sin considerar a Hearn, la nueva sociología de la masculinidad no ofrece modelos deterministas. Utilizando términos de Sartre, estudia varios proyectos de masculinidad, las condiciones bajo las cuales surgen y las condiciones que producen. Este tipo de conocimientos no apuntalaría una ciencia positivista de la masculinidad; sin embargo, sí iluminaría la práctica social y, al hacerlo, tendría mucho en común con el conocimiento sobre la masculinidad derivado de los movimientos sociales.

Conocimiento político

Hasta ahora hemos examinado las principales formas del conocimiento organizado, producido en la práctica clínica y la investigación académica respecto a la masculinidad. Sin embargo, no son las únicas maneras de conocer la masculinidad. Muchas formas de la práctica, tal vez todas, producen el conocimiento. Las luchas sociales que se derivaron de cuestiones de género produjeron información y comprensión significativas sobre la masculinidad.

[65] Hearn, 1967; Seidler, 1989. Otros investigadores de izquierda en Gran Bretaña se han dedicado a temas similares, por ejemplo, Brittan, 1989; Hearn y Morgan, 1990, y Segal, 1990 (que se discutirá en la siguiente sección).

Se trata del conocimiento organizado de formas muy distintas a las del conocimiento clínico y académico. No se encuentran cerca de los cuerpos, sino muy a menudo a manera de resumen en los programas, polémicas y debates sobre estrategias. A diferencia de los conocimientos académicos, que tienen la forma de descripciones que se ocupan de lo que es o fue, el conocimiento político adquiere una forma activa y se ocupa de lo que puede hacerse y lo que debe sufrirse.

El conocimiento político sobre la masculinidad se ha desarrollado en diferentes contextos. El debate sobre el movimiento de liberación masculina antisexista y sus sucesores (por ejemplo, la Organización Nacional de Hombres contra el Sexismo en Estados Unidos, National Organization of Men Against Sexism in the United States) ha sido constante. En los partidos conservadores y las iglesias fundamentalistas también existe un discurso sobre la masculinidad que intenta restaurar lo que consideran es la familia "tradicional" (desgraciadamente muy moderna).[66] En términos de su originalidad y poder intelectual, los más importantes análisis sobre la masculinidad se deben a dos movimientos de oposición, el de liberación gay y el de liberación de las mujeres.

La movilización que realizaron los hombres gays para obtener derechos civiles, seguridad y espacios culturales se ha basado en una larga experiencia de rechazo y abuso por parte de los hombres heterosexuales. El término "homofobia" se acuñó a principios de los años setenta para describir dicha experiencia. La liberación gay ha mostrado qué tan profunda y perseverante es dicha homofobia y cómo se relaciona estrechamente con las formas dominantes de masculinidad.[67]

Sin embargo, los hombres gays también han notado la fascinación que tienen los hombres heterosexuales por la homosexualidad. Para algunos, la homofobia es la expresión de un deseo secreto, salido del inconsciente y convertido en odio. Dicho punto de vista se encuentra especialmente en los escritores gays in-

[66] Lo anterior puede observarse sobre todo en revistas como *Achilles Heel* (*El talón de Aquiles*, de Gran Bretaña), *Changing Men* (*Cambiando a los hombres*, de Estados Unidos) y *XY* (de Australia). Para escritura fundamentalista "del clero a los hombres" ("Jesús acrecentaba la masculinidad de Bill"), véase Cole, 1974.

[67] Weinberg, 1973; Herek, 1986.

fluenciados por Freud, como Mario Mieli en *Homosexuality and Liberation* (*Homosexualidad y liberación*). Otros han notado que los hombres heterosexuales tienen una extraña fascinación por ser seducidos, dados el tiempo y el lugar correctos; también se ha hablado de lo común que es el sexo homosexual en las instituciones exclusivas para hombres, como las fuerzas armadas o las prisiones. Todo este conocimiento se produjo siguiendo el lema "Todo hombre heterosexual es blanco de la liberación gay", y nos muestra lo extendida y silenciada que está la sexualización de los mundos sociales de los hombres; la investigación académica pocas veces da cuenta de estos aspectos.[68]

La homofobia no es sólo una actitud. La hostilidad de los hombres heterosexuales hacia los hombres gays es una práctica social real que abarca desde la discriminación en el trabajo a través de la difamación en los medios, hasta la cárcel y, algunas veces, el asesinato —espectro al que la liberación gay llama "opresión"—. El objetivo de estas prácticas no es únicamente ultrajar a los individuos, sino trazar límites sociales al definir la masculinidad "real" distanciándola de los rechazados. La primera liberación gay consideraba que esta opresión de los homosexuales era parte de un proyecto más amplio por mantener un orden social autoritario; normalmente suponía que se relacionaba con la opresión a las mujeres.[69]

Para la ideología homofóbica, los márgenes entre los homosexuales y los heterosexuales se borran junto con el límite entre lo masculino y lo femenino; se imagina a los gays como hombres feminizados y a las lesbianas como mujeres masculinizadas. Sin embargo, los hombres gays saben también que el deseo homosexual prevalece entre los que aparentemente son muy masculinos (el guardia de prisión que viola, los "amigos cercanos" en el ejército, la imagen del adulto deportista aniñado). Las tácticas de la liberación gay incluyen el custionamiento directo a las formas convencionales del género (travestis radicales, demostraciones públicas en que parejas homosexuales se besan, reclamando su derecho a hacerlo), como aparecen en la actua-

[68] Véanse Mieli, 1980, para el deseo secreto, y Connell, Davis y Dowsett, 1993, para sexualización.

[69] Altman, 1972; Watney, 1980.

lidad en Queer Nation.* Los estilos en las comunidades gays de las ciudades occidentales han cambiado de autorrepresentaciones feminizadas hasta otras más masculinizadas y pueden estar cambiando nuevamente a patrones más "*queer*", más disruptivos y desafiantes.** El conocimiento colectivo de los hombres gays incluye la ambigüedad de género, la tensión entre los cuerpos y las identidades y las contradicciones dentro y alrededor de la masculinidad.

La liberación de las mujeres compartió con el movimiento gay (y con el movimiento del poder negro en Estados Unidos) el concepto de "opresión", pero con un énfasis distinto. Los análisis feministas enfatizaron la posición estructural de los hombres. La investigación feminista documentó el control que ejercían los hombres en los gobiernos, corporaciones y medios de comunicación; la manera en la cual ellos tenían mejores trabajos, salarios y manejo de la riqueza; el control que también ejercían de la violencia como un medio; y las arraigadas ideologías que obligaban a las mujeres a permanecer en casa y desacreditaban sus exigencias de igualdad. Desde el punto de vista feminista, los hombres heterosexuales eran más una clase en el poder que un blanco para la liberación. El uso del término "patriarcado" se extendió alrededor de 1970 para describir el sistema de dominación a través del género.[70]

Además, existe también un nivel personal ligado al patriarcado. En sus inicios, la bibliografía de la liberación de las mujeres suponía a la familia como el lugar de la opresión de la mujer. Las teóricas y activistas documentaron el trabajo sin salario que desempeñaban las mujeres para sus esposos, la reclusión de las madres en los hogares y las prerrogativas cotidianas del esposo. Lee Comer escribió sobre las mujeres encerradas por el matri-

* Querr Nation fue un movimiento o agrupación que se desarrolló sobre todo en Estados Unidos y que se constituyó como uno de los ataques más directos a las convenciones de género.

** Nota a la traducción: "Queer" es un término que integra diferentes identidades, como gays, lesbianas, homosexuales, transexuales, transgéneros, etc., todo menos la sexualidad legitimada; generalmente tiene connotaciones políticas.

[70] Morgan, 1970; Mitchell, 1971. Para un estudio reciente y útil del concepto, véase Walby, 1989.

monio en *Wedlocked Women*, Selma James y el Power of Women Collective (Colectivo del Poder de las Mujeres) exigieron salarios para el trabajo del hogar. Muchas feministas experimentaron con nuevos órdenes familiares en los cuales, a menudo, intentaban negociar con los hombres una nueva división del trabajo y un nuevo sistema de cuidado infantil.[71]

Sin embargo, al pasar los años, el feminismo occidental desplazó su atención del patriarcado y el trabajo no remunerado doméstico hacia la agresión masculina contra las mujeres. Los refugios de mujeres mostraron la violencia doméstica y las campañas contra la violación suponían que cada hombre era un violador en potencia. El feminismo contrario a la pornografía que se desarrolló durante los ochenta fue todavía más allá y consideró que la sexualidad de los hombres era generalmente violenta, además de que la pornografía constituía un ataque a las mujeres. Este punto de vista que consideraba que la violencia es propia de la masculinidad dominante, y no sólo de un grupo atípico de hombres. Dicho punto de vista se extendió en el movimiento pacifista, en el de las mujeres y en el ambientalista.[72]

Dentro del feminismo se han dado puntos de vistas muy diversos respecto al potencial de cambio de los hombres heterosexuales, sobre si pueden negociarse mejores relaciones o si la misoginia se encuentra tan arraigada que la separación o la coacción son necesarios para el cambio. Las ventajas económicas sugerirían que la mayoría de los hombres sólo está interesada de manera limitada en la reforma. Barbara Ehrenreich, en *The Hearts of Men* (*Los corazones de los hombres*), cristalizó estas dudas con la tesis de la distancia que han tomado los hombres estadounidenses respecto al compromiso desde los años cuarenta. Para el feminismo, la liberación de los hombres se ha considerado a menudo como una forma en la cual los hombres extraen beneficios del feminismo sin renunciar a sus privilegios básicos; en otras palabras, que se trata de la modernización del

[71] Comer, 1974; Dalla Costa y James, 1972. Segal, 1983, documenta los debates que se dieron en Gran Bretaña en torno a reconstruir las relaciones familiares.

[72] Para un estudio sobre este cambio en el movimiento feminista, véase Segal, 1987. Para evidencia sobre la importancia que sigue teniendo, véase Smith, 1989.

patriarcado y no de un ataque al mismo. El feminismo era escéptico ante las ideas del "padre nuevo", el "sensible hombre nuevo" y a otras imágenes de una masculinidad más benévola y gentil.[73]

Sin embargo, muchas feministas aceptan con agrado los signos de progreso entre los hombres, y han apuntado las diferencias entre los hombres y la complejidad de sus relaciones con las mujeres. Por ejemplo, Phyllis Chesler escribió un brillante ensayo, *About Men* (*Sobre los hombres*), que explora la variedad de los vínculos emocionales entre las mujeres y los hombres. El análisis feminista más penetrante y sistemático sobre la masculinidad se debe a Lynne Segal, *Slow Motion* (*Cámara lenta*), y se refiere extensamente a las divisiones entre los hombres y sus consecuencias en la política feminista. Segal enfatiza que el ritmo de la reforma no está determinado solamente por la psicología de los hombres. Circunstancias objetivas, como los recursos económicos accesibles para permitir que un padre cuide a sus hijos o hijas pequeños, también tienen mucho que ver. Es aquí en donde la argumentación política feminista converge con la investigación de la ciencia social que enfatiza la dimensión institucional de la masculinidad.[74]

La teoría gay y la teoría feminista comparten el punto de vista que supone que la masculinidad ligada a la corriente principal (por lo menos en los países capitalistas desarrollados) se encuentra fundamentalmente relacionada con el poder, organizada para la dominación y se resiste al cambio debido a las relaciones de poder. Algunas argumentaciones equiparan a la masculinidad con el ejercicio del poder en sus formas más evidentes.

Para muchos hombres heterosexuales la crítica ha sido difícil de aceptar. La conexión entre masculinidad y poder es el punto que más persistentemente se ha negado en el giro ontofeminista del movimiento de los hombres. Negación reforzada por la psicología popular y las nuevas teorías jungianas acerca de la masculinidad, que niegan consistentemente esta conexión (como veremos con detalle en el capítulo 9). Sin embargo, la relación

[73] Ehrenreich, 1983. Para el escepticismo feminista respecto al movimiento masculino académico, véase Canaan y Griffin, 1990.

[74] Chesler, 1978; Segal, 1990.

tiene una importancia fundamental y a lo largo del libro me referiré a ella y a sus conexiones con la investigación psicoanalítica y sociológica.

El objeto del conocimiento

Después de reconocer la dimensión institucional del género es difícil evitar la siguiente pregunta: en la política de género, ¿la masculinidad es realmente un problema? ¿No será más bien que los arreglos institucionales son los que producen las desigualdades y, entonces, generan las tensiones que han puesto en la mira a la masculinidad?

Es muy importante que aceptemos la dinámica social en sí misma y que no intentemos encontrarla en la psicología de los hombres. Sin embargo, es difícil negar las experiencias emocionales personales de los hombres gays respecto a la homofobia, las experiencias de las mujeres frente a la misoginia o los argumentos feministas sobre la importancia del deseo y los motivos en la reproducción del patriarcado. Todo lo que es realmente importante en cuestiones relacionadas con la masculinidad incluye las relaciones sociales y las de la personalidad; es más, incluye las relaciones entre ambas formas.

Pero, ¿existe entonces un objeto de conocimiento estable en esta relación? ¿Puede decirse literalmente que existe una ciencia de la masculinidad?

Cuando me referí a la etnografía mencioné la evidencia que presentó Strathern de que las categorías de género no se daban de la misma manera en Hagen y en sus análogos de las culturas europeas/estadounidenses. Si un hombre, una mujer o un clan pueden ser "como un hombre" pero no tienen que serlo si sus logros se lo permiten, si "para una mujer es un insulto que se le señale como ejemplo de lo que es característicamente femenino", entonces debe quedar claro que el mundo se maneja de formas muy diferentes según los conceptos de género en Hagen que según los conceptos occidentales. De igual forma, si aplicamos los conceptos occidentales de identidad de género en los procesos sociales de Hagen, obtendremos conclusiones indudablemente erróneas.

Estas discontinuidades regirán claramente cualquier ciencia positivista de la masculinidad. No existe una entidad masculina común a todas las sociedades. El término designa cosas inconmensurablemente distintas.

El positivismo sólo tiene una forma de escapar de estas dificultades. La anatomía y la fisiología de los cuerpos masculinos es lo único más o menos constante en todas las culturas. Podemos hacer una ciencia que estudie a los *hombres*, y definir la masculinidad como el carácter de cualquiera que tenga un pene, un cromosoma y cierta cantidad de testosterona. Un reciente libro francés sobre la masculinidad, que se encuentra entre los libros más populares dedicados a los hombres, se llama únicamente *XY*. Tal vez esto sea a lo que en realidad nos referimos cuando decimos "estudios sobre los hombres".[75]

Con lo anterior parecería que resolvemos el problema lógico pero no obtenemos una ciencia que resulte valiosa, sino una muy vaga: ¿Qué acción de cualquier hombre en el mundo no quedaría incluida en el campo de dicha masculinidad? Con un marco como éste sería imposible explorar una de las cuestiones principales apuntadas por el psicoanálisis, la masculinidad de las mujeres y la feminidad de los hombres. Si suponemos que podemos comprender el mundo gracias a una delimitación biológica estaremos muy lejos de poder comprender la relación entre los cuerpos y los procesos sociales (como lo demostraremos en el capítulo 2).

La masculinidad y la feminidad son conceptos inherentemente relacionales que adquieren su significado de las conexiones entre sí, como delimitación social y oposición cultural. Esta característica se presenta sin importar el contenido variable de la delimitación en las diferentes sociedades y en los distintos periodos históricos. La masculinidad como objeto de conocimiento es siempre la masculinidad en relación con algo.

Tal vez sea más claro decir que las relaciones de género son las que realmente se constituyen como un objeto de conocimiento coherente para la ciencia. El conocimiento sobre la masculinidad surge del proyecto de conocer las relaciones de género.

[75] Badinter, 1992. Kemper, 1990, ha revisado la bilbiografía sobre la testosterona y nos muestra la complejidad de los vínculos causales, sociales y biológicos.

Anticipemos las definiciones que aparecerán en el capítulo 3 y digamos que las masculinidades son configuraciones de la práctica estructuradas por las relaciones de género. Son inherentemente históricas, y se hacen y rehacen como un proceso político que afecta el equilibrio de intereses de la sociedad y la dirección del cambio social.

Podemos obtener conocimientos sistemáticos sobre estos objetos, pero dichos conocimientos no siguen el modelo de la ciencia positivista. Los estudios de una realidad política e histórica trabajan necesariamente dentro de la categoría de lo posible; comprenden el mundo que resulta de la acción social bajo la luz de las posibilidades que no se han realizado, además de las que se realizaron. Estos conocimientos se basan en una crítica de lo real; no son únicamente reflexiones sobre lo que ocurrió.

La ciencia social crítica requiere de una ética que se fundamente empíricamente en las situaciones que se estudien. Nuestro análisis se basa en la justicia social: la posibilidad objetiva de la justicia en las relaciones de género, que algunas veces se consigue y otras no. Dichos fundamentos no suponen que propongamos la preferencia de un valor arbitrario ajeno al acto de conocer. Más bien, se trata de aceptar el carácter inherentemente político de nuestro conocimiento sobre la masculinidad, y hacerlo debe considerarse una ventaja epistemológica y no el motivo de más confusiones.[76]

Ésta es la manera en la cual podremos obtener una ciencia de la masculinidad realmente significativa. Se trata de una parte de la ciencia crítica de las relaciones de género y de su trayectoria en la historia. A su vez, esta última es parte de una mayor exploración de las posibilidades humanas, y sus negaciones; y tanto la ciencia social como la política práctica la requieren.

[76] Mi argumento se basa en la "teoría crítica" de la Escuela de Frankfurt; sin embargo, quisiera enfatizar la importancia del conocimiento empírico en la crítica. El conocimiento crítico debería ser más científico que positivista, y no al contrario: más respetuoso de los hechos, más profundo en su exploración de la realidad social. En los estudios educativos se han desarrollado modelos muy útiles: Giroux, 1983; Sullivan, 1984; Wexler, 1992.

CAPÍTULO 2
LOS CUERPOS DE LOS HOMBRES

LA VERDADERA MASCULINIDAD

Los argumentos que suponen que la masculinidad debe cambiar conducen a menudo a un callejón sin salida, no tanto por el poder de argumentaciones contrarias a la reforma, sino por la idea de que los hombres *no pueden* cambiar, así que intentar que cambien es inútil y muchas veces peligroso. La cultura de masas normalmente supone que detrás del flujo y reflujo de la vida cotidiana existe una masculinidad verdadera, fija. Por eso se repiten frases como "hombres de verdad", "hombres por naturaleza", lo "masculino profundo". Un amplio espectro de disciplinas, que incluye al movimiento mitopoético masculino, al psicoanálisis jungiano, al fundamentalismo cristiano, la sociobiología y la escuela esencialista feminista, comparte esta opinión.

Casi siempre se supone que la verdadera masculinidad surge de los cuerpos de los hombres —que es inherente al cuerpo masculino o que expresa algo sobre el mismo—, ya sea que el cuerpo impulse y dirija la acción (por ejemplo, los hombre son más agresivos por naturaleza que las mujeres; la violación es el resultado de la lujuria incontrolable o de cierto instinto violento), o que la limite (por ejemplo, los hombres no se ocupan por naturaleza del cuidado infantil; la homosexualidad no es natural y, por lo tanto, se confina a una minoría perversa).

Estas creencias son parte estratégica de la ideología moderna del género, por lo menos en el mundo de habla inglesa. Ésa es la razón por la cual la primera tarea del análisis social es comprender los cuerpos de los hombres y su relación con la masculindad.

En las últimas décadas, la discusión sobre el tema se ha concentrado en dos escuelas opuestas. Para la primera, que básica-

mente traduce la ideología dominante al lenguaje de las ciencias biológicas, el cuerpo es una máquina natural que produce la diferencia debida al género —a través de la programación genética, las diferencias hormonales o la diferencia en los roles de los sexos durante la reproducción—. Para la segunda, que ha empapado las humanidades y las ciencias sociales, el cuerpo es una superficie o un paisaje más o menos neutral sobre el cual se imprime el simbolismo social. Al interpretar estos argumentos como una nueva versión de la polémica tradicional entre lo natural y lo que se aprende, otras voces han propuesto un arreglo salomónico: la influencia biológica y la social se combinan para producir las diferencias en el comportamiento debidas al género.

En este capítulo intentaré demostrar que los tres puntos de vista están equivocados. Es posible llegar a comprender mejor la relación entre los cuerpos de los hombres y la masculinidad, pero sin utilizar sólo la argumentación abstracta. Por lo tanto, introduciré, un poco fuera de lugar, cierta evidencia tomada de los estudios de historias de vidas que presentaré con más detalle en la segunda parte del libro.

Máquina, paisaje y compromiso

Desde que la capacidad de la religión para justificar la ideología ligada al género se colapsó, se intentó llenar con la biología el vacío que quedó. La necesidad de dicha justificación puede medirse a partir del enorme interés de los medios masivos de comunicación conservadores en historias sobre descubrimientos científicos relacionados con las supuestas diferencias sexuales. Mi historia favorita es la que se refiere a que la dificultad que tienen las mujeres para estacionar sus coches se debe a las diferencias sexuales en la función cerebral. (Para empezar, ni siquiera se puede comprobar realmente que el estacionarse dependa de una diferencia sexual.)

La especulación sobre la masculinidad y la feminidad es fundamental para la sociobiología, esto es, la disciplina que, durante los años setenta, tomó fuerza para explicar evolutivamente la sociedad humana. Como un ejemplo de este tipo de trabajos, mencionaré a Lionel Tiger, con su *Men in Groups* (*Hombres en grupos*),

en donde se ofrecía una teoría de la masculinidad reducida completamente a lo biológico y basada en la idea de que descendemos de una especie cazadora. Una de las frases de Tiger ha sido acuñada por la terminología popular: "vínculos masculinos".

Según estas teorías, los cuerpos de los hombres son los portadores de cierta masculinidad natural producida por las presiones evolutivas ejercidas sobre la humanidad. Con nuestros genes masculinos heredamos la agresividad, la vida familiar, la necesidad de competir, el poder político, las jerarquías, la territorialidad, la promiscuidad y la formación de clubes masculinos. Esta lista varía según quién hace la investigación, pero la idea es la misma. Según Edward Wilson, decano de la sociobiología, "la cultura amplifica las diferencias físicas y de carácter entre los hombres y las mujeres y las transforma en dominación universal masculina". De manera más específica, otras investigaciones sostienen que el orden social actual se deriva del sistema endocrino: por ejemplo, el patriarcado se basa en cierta "ventaja agresiva", producida por las hormonas, que los hombres tienen sobre las mujeres."[1]

La teoría endocrinológica de la masculinidad, como la del sexo cerebral, también permeó el sentido común de los periódicos. Por ejemplo, consideremos el principio de un artículo periodístico reciente sobre la seguridad al esquiar en la nieve:

> El coctel que ocasiona más alucinaciones y que hace que quien lo consuma pierda totalmente la noción de riesgo no es un zombie, un harver wallbanger, ni el tremendo singapore sling. Se trata de una mezcla explosiva de testosterona y adrenalina que es lanzada a chorro a las arterias de los adolescentes y los jóvenes. Ésta es la razón por la cual más del 95% de las lesiones que ocurren entre quienes esquían en la nieve se presenta en hombres jóvenes menores a 30 años; la edad promedio de los lesionados es de 21.[2]

La explicación de la masculinidad natural construida por la sociobiología es ficticia casi totalmente. Supone grandes dife-

[1] Para la primera investigación de la sociobiología, véase Tiger, 1969, Tiger y Fox, 1971 (sobre los clubes de hombres); para una investigación posterior, Wilson, 1978. Goldberg, 1993, es defensor acérrimo de las hormonas.

[2] *San Francisco Chronicle*, 3 de febrero de 1994.

rencias entre el carácter y el comportamiento de los hombres y las mujeres. Como ya apunté en el capítulo 1, se ha realizado mucha investigación al respecto. Lo normal es concluir que las diferencias de intelecto, carácter y rasgos personales entre los sexos no son cuantificables. En los casos en los que hay diferencias, son muy pocas comparadas con las variaciones que se dan entre individuos del mismo sexo, y muy pocas también comparadas con las diferencias en la forma en la cual se colocan socialmente tanto los hombres como las mujeres. La tesis de la masculinidad natural supone que existe una fuerte determinación biológica en la manera en la cual se dan las diferencias de grupo en los comportamientos sociales complejos (como la formación de familias y ejércitos). No hay ninguna evidencia de que una determinación de este tipo exista. Hay pocos datos que sostengan incluso la idea de que existe una débil determinación biológica en las diferencias de grupo ligadas a comportamientos individuales simples. Ahora bien, la evidencia de la diversidad de género, histórica e intercultural, es aplastante. Por ejemplo, existen culturas y situaciones históricas en las que la violación no ocurre o es muy rara; en donde el comportamiento homosexual es una práctica mayoritaria (en un momento dado del ciclo vital); en donde las madres no tienen todo el peso del cuidado infantil (los ancianos, otros niños o gente del servicio realizan el trabajo); y en donde los hombres no son, normalmente, agresivos.

El poder de la determinación biológica no reside en la evidencia, ya que estudios cuidadosos de esta última, como el de Theodore Kemper, *Social Structure and Testosterone* (*La estructura social y la testosterona*), muestran cómo no es posible sostener la existencia de la determinación unilateral biológica sobre lo social; la situación es mucho más compleja. Como Kempler concluye contundentemente: "Cuando las ideologías racistas y sexistas confirman ciertos órdenes sociales jerárquicos basándose en la biología, resulta que la biología es generalmente falsa."[3]

En realidad, el poder de esta perspectiva reside en la *metáfora* del cuerpo como una máquina. El cuerpo "funciona" y "opera".

[3] Kemper, 1990, p. 221. Para una crítica excelente a la lógica de los argumentos sociobiológicos, véase Rose, Kamin y Lewontin, 1984, cap. 6.

La investigación descubre "mecanismos" biológicos en el comportamiento. Los cerebros están "armados" para producir la masculinidad"; los hombres se encuentran "programados" genéticamente para dominar; la agresividad es nuestro "biograma". Tanto los textos académicos como los periodísticos utilizan ampliamente estas metáforas. Por ejemplo, pocos lectores estadounidenses del artículo citado sobre el esquí en nieve pasarán por alto la metáfora del motor de chorro que se ha mezclado con la metáfora del coctel. Con ella, las exóticas lesiones de los esquiadores se asociarán a los casos familiares de accidentes automovilísticos ocasionados por los inquietos jóvenes —que, a su vez, normalmente se explican biológicamente.

Las metáforas, al establecerse, desplazan la discusión y conforman la manera en la cual se considera o lee la evidencia. Esto es lo que ha ocurrido con la metáfora del mecanismo biológico, que puede encontrarse hasta en investigaciones cuidadosas y bien documentadas (lo cual no podemos decir de la mayoría de las investigaciones sociobiológicas). Como ejemplo consideramos el estudio, ampliamente discutido, de Julianne Imperato-McGinley y sus colegas. Una extraña deficiencia en cierta enzima ocasionó que en dos poblados de la República Dominicana se presentaran dieciocho casos en los cuales pequeños que genéticamente eran hombres tuvieran genitales que parecían femeninos; en consecuencia, se les educó como si fueran niñas. Se trata de una situación análoga a las que describió Stoller en Estados Unidos acerca de la primera parte de las vidas de transexuales; su argumento era que existía cierta "identidad nuclear de género" femenina. En los casos dominicanos, la situación cambió al llegar la pubertad, ya que los niveles normales de testosterona masculinizaron físicamente a los adolescentes. Los autores reportaron que diecisiete de los dieciocho individuos cambiaron a una "identidad de género" masculina y dieciséis a un "rol de género" masculino. Para ellos esto constituyó una prueba de que los mecanismos fisiológicos podían sobrepasar al condicionamiento social.[4]

Si examinamos el estudio con cuidado concluiremos algo muy distinto. McGinley y sus colegas describen una sociedad

[4] Imperato-McGinley, *et al.*, 1979.

en la cual la división del trabajo se encuentra ligada con fuerza al género y con una oposición entre lo masculino y femenino marcada culturalmente —en ambos casos se trata de hechos sociales—. Rastrearon el hecho de que tanto los niños como sus padres reconocieron poco a poco que se había cometido un error en la asignación de género. El error se corrigió socialmente. Los cambios corporales de la pubertad dispararon un poderoso proceso social de reevaluación y reasignación. Lo que la investigación refuta no es tanto la explicación social de género sino la tesis específica de que la identidad nuclear de género formada en la primera infancia siempre tiene prioridad frente al desarrollo social posterior.

El estudio en República Dominicana, sin quererlo, muestra algo más. Se observó que, desde que las investigaciones médicas llegaron a la comunidad, la deficiencia en la 5-alfa-reductasa se identifica desde el nacimiento y los niños que la padecen son educados como hombres. En consecuencia, la medicina normalizó al género: su objetivo fue asegurar que los hombres adultos tuvieran infancias masculinas y se preservara una dicotomía de género consistente. Irónicamente, el trabajo que realizó Stoller con los transexuales estadounidenses hace lo mismo. La cirugía de reasignación de género (que en la actualidad es un procedimiento de rutina, aunque no es muy común) elimina lo inconsistente que es tener una presencia social femenina junto a genitales masculinos. La práctica médica ordena los cuerpos según cierta ideología social ligada a la dicotomía de género.

El análisis semiótico del género predice los mismos resultados. Las aproximaciones que suponen que los cuerpos de las mujeres son el objeto del simbolismo social florecieron en el punto de contacto entre los estudios culturales y el feminismo. Es posible encontrar cientos de estudios sobre las imágenes femeninas y la producción de la feminidad en películas, fotografías y otras artes visuales. Más cercanos a la práctica cotidiana, los trabajos feministas sobre la moda y la belleza, entre los cuales mencionaremos *Adorned in Dreams* (*Adornadas en sueños*), de Elizabeth Wilson, y *Beauty Secrets* (*Secretos de belleza*), de Wendy Chapkis, rastrean los complejos y poderosos sistemas de imágenes que determinan qué cuerpos son bellos o feos, delgados o gordos. Dichas imágenes crean series completas de necesidades

relacionadas con el cuerpo: dietas, cosméticos, ropa de moda, programas para adelgazar y muchos otros.

Este tipo de investigaciones se sostienen, y a veces surgen, de la influencia del postestructuralismo en la teoría social. El análisis de Michel Foucault al "ordenamiento" de los cuerpos es el corolario de su explicación de la producción de verdad dentro de los discursos; los cuerpos se vuelven el objeto de las nuevas disciplinas y las nuevas tecnologías del poder los van controlando poco a poco. La sociología del cuerpo desarrollada por Bryan Turner sigue el mismo rumbo, aunque a niveles más materiales. Al observar que los "cuerpos son objetos sobre los cuales trabajamos —comiendo, durmiendo, limpiando, haciendo dietas o ejercicio—", Turner propone la idea de las "prácticas corporales", tanto individuales como colectivas, que incluyen la variedad de formas en las cuales el trabajo social se relaciona con el cuerpo.

Estas prácticas pueden elaborarse institucionalmente a gran escala, como lo demuestra la sociología del deporte, que también lo conecta a la producción del género. Nancy Theberge, en "Reflections on the body in the sociology of sport" ("Reflexiones sobre el cuerpo en la sociología del deporte"), muestra de manera convincente cómo los diferentes regímenes de ejercicio para hombres y mujeres, las prácticas disciplinarias que se enseñan y que constituyen el deporte, se diseñan para producir cuerpos ligados al género. Si la disciplina social no puede producir cuerpos que se adecuen a la noción de género específica, entonces el bisturí sí podrá hacerlo. La cirugía plástica ofrece ya una extraordinaria gama de formas que producen cuerpos socialmente más deseables: desde los conocidos trabajos en el rostro y los implantes de senos, hasta la más novedosa liposucción, alteración de estatura, etc. Como lo demuestran Diana Dull y Candace West en sus entrevistas a quienes practican la cirugía plástica y quienes se someten a ella en Estados Unidos, la práctica se supone normal en una mujer, más no en un hombre. Sin embargo, la tecnología se extiende hasta la producción quirúrgica de masculinidad, con implantes de penes, tanto inflables como rígidos, entre otros ejemplos.[5]

[5] Para ejemplos recientes de la semiótica visual feminista, véase *Feminist Review*, 1994, núm. 46. Para moda y belleza, Wilson, 1987; Chapkis, 1986. Para

A pesar de que la mayor parte de la semiótica del género se ha centrado en la feminidad, algunas veces la aproximación se ha extendido para incluir la masculinidad. Anthony Easthope, en *What a Man's Gotta Do* (*Lo que un hombre tiene que hacer*), investiga estas cuestiones y demuestra con facilidad la forma en la cual los cuerpos de los hombres quedan definidos como masculinos por las imágenes producidas por los comerciales, las películas y los noticieros. Algunos estudios que se centran en cuestiones más específicas, entre los cuales el más destacado es el de Susan Jeffords, llamado *The Remasculinization of America* (*La remasculinización de Estados Unidos*), rastrean la reconstitución y celebración de la masculinidad en películas y novelas sobre la guerra de Vietnam después de la derrota estadounidense. Últimamente también se han desarrollado ciertos estudios que se centran en la ambigüedad de género. El recuento enciclopédico que Marjorie Garber hace del travestismo en películas, obras literarias y dramáticas, llamado *Vested Interests* (*El interés en el travestismo*), se aproxima a la teoría semiótica del género, y la lleva al límite cuando señala que el desajuste entre el cuerpo y la ropa se convierte en la metáfora de una realidad.[6]

Las aproximaciones del construccionismo social al género y la sexualidad, apuntaladas por un acercamiento semiótico al cuerpo, son antítesis casi completas a la sociobiología. En vez de que los arreglos sociales sean resultado del cuerpo-máquina, el cuerpo se constituye en un campo en el cual la determinación social hace estragos. Este punto de vista también utiliza metáforas, tomadas ahora del campo artístico y no del de la ingeniería: el cuerpo es un lienzo listo para pintarse, una superficie para grabar, un paisaje para delinear.

Este último punto de vista —aunque ha sido muy productivo— tiene un gran problema. Cuando se enfatiza tanto el significante, el significado parece desvanecerse. El problema es particularmente sorprendente en lo que respecta a la actividad corporal por excelencia: el sexo. Los trabajos derivados del construccionismo social fueron mejores que los de la sexología positivista

---

teorías de la regulación, Foucault, 1977; Turner, 1984. Para el deporte, Theberge, 1991; para cirugía reconstructiva y género, Dull y West, 1991; Tiefer, 1986.

[6] Easthope, 1986; Jeffords, 1989; Garber, 1992.

de Kinsey y Master y Johnson, pero descorporalizaron al sexo. Como Carole Vance sugiere,

> cuando la teoría de la construcción social asegura que los actos sexuales, las identidades y hasta el deseo se ven mediados por factores culturales e históricos, el objeto de estudio —la sexualidad— parece desvanecerse y amenaza con desaparecer.[7]

Algo parecido le ocurre al género cuando se le convierte únicamente en una posición del sujeto en el discurso, el lugar desde el cual se habla; cuando se le considera, sobre todo, como una representación; o cuando las contradicciones que aparecen en las vidas, ligadas al género, se convierten en "un producto de las metáforas". Como Rosemary Pringle sugiere en "Absolute sex?" ("¿Sexo absoluto?"), que es una revisión reciente de las relaciones entre la sexualidad y el género, resulta tan discutible una aproximación cultural o semiótica del género como una visión biológicamente reduccionista.[8] La superficie sobre la cual se inscriben los significados culturales no es completamente lisa ni se mantiene fija.

Lo cuerpos, en su carácter de cuerpos, son importantes. Envejecen, se enferman, disfrutan, se reproducen, dan a luz. Tanto la experiencia como la práctica poseen una dimensión irreductiblemente corporal; es imposible no considerar el sudor, por ejemplo. En este punto podemos incluso aprender algo de la bibliografía sobre los roles sexuales. Una de las pocas cosas apremiantes que resultaron de la bibliografía del rol masculino y de los libros que tenían como tema a los hombres fue la catalogación de los problemas a los cuales se enfrentan los cuerpos de los hombres: desde la impotencia y el envejecimiento hasta los peligros a la salud relacionados con el trabajo que realizaban, las lesiones violentas, la pérdida del orgullo deportivo y la muerte prematura. Peligro: el rol sexual masculino puede resultar dañino para la salud.[9]

[7] Vance, 1989, p. 21.

[8] Pringle, 1992.

[9] Harrison, 1978. Para el ejemplo más reciente sobre esta preocupación que aparece en la literatura sobre los hombres, véase Farrell, 1993, cap. 4-7.

¿Es entonces posible encontrar un punto medio que incluya tanto lo biológico como lo cultural en un modelo compuesto del género? En esencia, ésta es la fórmula que siguió la teoría de los roles sexuales cuando, como mostramos en el capítulo 1, se añadieron argumentos sociales a la dicotomía biológica. Las argumentaciones más moderadas de la sociobiología a menudo aceptan la elaboración cultural del imperativo biológico. En los ochenta, Alice Rossi, una de las feministas pioneras en la sociología, toma una posición muy similar:

> La diferenciación de género no es sólo una función de la socialización, la producción capitalista o el patriarcado. Se fundamenta en un dimorfismo sexual que se deriva del propósito fundamental de la reproducción de la especie.[10]

La consecuencia inmediata es que la masculinidad es la elaboración social de la función biológica de la paternidad.

Si consideramos que tanto el determinismo biológico como el social están equivocados, no sería muy lógico esperar que una combinación de ambos puntos de vista fuese adecuada. Existen razones para suponer que estos dos "niveles de análisis" no pueden sumarse de manera satisfactoria porque no se miden de igual manera. A la biología siempre se le considera como *más* real, la parte *más* básica de la dicotomía; incluso la socióloga Rossi se refiere a que el proceso social se "fundamenta" en el dimorfismo sexual y el propósito reproductivo tiene el carácter de "fundamental". La sociobiología siempre da por sentado lo anterior. (Yo sostengo que estas metáforas expresan una idea completamente errónea de la relación entre la historia y la evolución orgánica.)

Tampoco el patrón de diferencia en ambos niveles se corresponde —aunque lo anterior se asume constantemente e incluso algunas veces se hace explícito en proposiciones sobre "el dimorfismo sexual del comportamiento"—. Es cierto que los procesos sociales pueden extenderse hasta incluir diferencias corporales (el brassiere con relleno, las diferentes cubiertas para el pene). También pueden distorsionar, contradecir, complicar, negar, mi-

[10] Rossi, 1985, p. 161.

nimizar o modificar la diferencia corporal. Los procesos sociales pueden definir a un género (la moda "unisex", trabajos neutrales respecto al género), a dos géneros (Hollywood), tres (muchas culturas indígenas estadounidenses), cuatro (la cultura urbana europea a partir de que los homosexuales comenzaron a identificarse como grupo específico, después del siglo XVIII) o a un espectro amplio de fragmentos, variaciones y trayectorias. Los procesos sociales han reformulado nuestra misma percepción de los cuerpos sexuados, como lo demuestra Thomas Laqueur en su extraordinaria historia de la transición del pensamiento médico y popular desde un modelo de un solo sexo hasta un modelo que supone dos sexos.[11]

No importa cómo lo veamos, el compromiso entre el determinismo biológico y el social no puede ser la base de una explicación del género. Sin embargo, tampoco podemos ignorar el radical carácter cultural del concepto de género ni la presencia corporal. Al parecer nuestra aproximación tiene que partir de otras formas de pensar.

La imposibilidad de escapar del cuerpo

El replanteamiento debe comenzar aceptando que, por lo menos en nuestra cultura, el sentido físico del ser hombre y del ser mujer es central para la interpretación cultural del género. El género masculino es (entre otras cosas) un forma de sentir en la piel, ciertas formas y tensiones musculares, ciertas posturas y formas de moverse, ciertas posibilidades en el sexo. La experiencia corporal es a menudo central en la memoria de nuestras propias vidas y, en consecuencia, en nuestra comprensión de quiénes somos y de qué somos. A continuación presento un ejemplo, tomado de una entrevista de historia de vida en la cual la sexualidad ocupa un lugar central.

[11] Para información sobre la multiplicidad de géneros, véase Williams, 1986; Trumbach, 1991. Para la historia de las percepciones científicas del sexo, véase Laqueur, 1990.

* * *

Hugh Trelawney es un periodista heterosexual, de unos treinta años, que recuerda su primera experiencia sexual a los catorce años. De forma poco usual, Hugh sostiene que tuvo relaciones sexuales con alguien más antes de masturbarse. El recuerdo, bastante adornado, ocurre en una semana mágica, con olas perfectas, la primera bebida en un hotel y el "comienzo de mi vida", dice Hugh:

> *La muchacha tenía dieciocho años y era de la playa Maroubra. No puedo explicarme por qué se metió conmigo. Tal vez era un poco retrasada emocional sino es que intelectualmente hablando. Supongo que en realidad sólo le importaban las apariencias. Es que yo era el típico chavo que surfeaba y tenía el pelo largo. Recuerdo que me coloqué sobre ella y que no sabía dónde ponérsela. Sólo pensaba que todavía faltaba mucho... cuando por fin pude metérsela no entró totalmente y pensé que no era suficiente. Entonces ella debe haber movido un poco su pierna y mi verga entró y ahora sí... Después de unos cinco o seis jalones me vine y sentí algo maravilloso porque pensé que me iba a morir... Durante toda esa semana la imagen que tenía de mí mismo cambió. Esperaba —en realidad no sé qué es lo que esperaba— que me saliera más vello púbico, o que mi verga creciera. Toda la semana estuve así. Ya estaba listo para lo que viniera.*

* * *

Se trata de un relato familiar que cuenta el advenimiento sexual. Cada detalle del mismo muestra las intrincadas relaciones que existen entre el cuerpo y el proceso social. La selección y la excitación, según la reconstrucción de Hugh, son sociales (la muchacha en la playa, el muchacho que surfeaba). El desempeño requerido es físico, "metérsela". El joven Hugh no tiene ni el conocimiento ni las habilidades requeridas, aunque estas últimas mejoren al interactuar con la respuesta del cuerpo de su pareja ("ella debe haber movido un poco su pierna"). El mismo sentimiento físico del clímax se convierte en una interpretación ("pensé que me iba a morir") y dispara una secuencia simbólica común —muerte, renacimiento, crecimiento nuevo—. De forma contraria, la transición *social* que Hugh completó al entrar a la se-

xualidad adulta, se traduce inmediatamente en fantasías corporales ("más vello púbico", "que mi verga creciera").

Al bromear, Hugh utiliza la metonimia que supone que el pene representa la masculinidad —fundamento del miedo a la castración y la teoría psicoanalítica clásica de la masculinidad que discutimos en el capítulo 1—, sin embargo, sus recuerdos también van más allá. Su primer intercambio sexual se localiza en un contexto deportivo: la semana de olas perfectas y cultura del surfing. En tiempos recientes, el deporte se ha convertido en lo que define principalmente la masculinidad dentro de la cultura de masas. El deporte proporciona un escaparate continuo de cuerpos de hombres en movimiento. Reglas elaboradas y cuidadosamente revisadas hacen que dichos cuerpos compitan entre sí. En estas competencias cierta combinación de mayor fuerza (derivada del tamaño, la condición física, el trabajo en equipo) y mayor habilidad (derivada de la planeación, la práctica y la intuición) permitirá que alguien sea el ganador.[12]

La corporalización de la masculinidad en el deporte incluye patrones completos de desarrollo y uso del cuerpo, no sólo de algún órgano. Es evidente que dichos patrones requieren habilidades específicas, por ejemplo, el lanzamiento de un "googly" en cricket —esto es, una bola que se lanza, con un movimiento especial de pierna, desde detrás de la mano, manteniendo el codo sin doblar— debe ser uno de los movimientos físicos más exóticos del amplio repertorio humano. A los jugadores que sólo pueden hacer un tipo de movimiento se les considera extraños (*freaks*). El deporte competitivo admira el desempeño integrado de todo el cuerpo, la capacidad de hacer varias actividades maravillosamente bien —consideremos figuras como Babe Ruth en el béisbol, Garfield Sobers en el cricket o Muhammad Ali en el boxeo.

La organización institucional del deporte fija relaciones sociales definidas: la competencia y las jerarquías entre los hombres, la exclusión o dominación de las mujeres. Estas relaciones sociales de género se realizan y simbolizan en los desempeños corporales. Así, la destreza deportiva masculina se convierte en

[12] El deporte como espectáculo masivo utiliza específicamente los cuerpos de los hombres, ya que los medios de comunicación marginan el deporte femenil: Duncan, *et al.*, 1990. Mi argumentación se deriva de la investigación reunida en Messner y Sabo, 1990.

argumento de posiciones contrarias al feminismo y funciona como la prueba simbólica de la superioridad y el derecho a gobernar de los hombres.

Además, los desempeños corporales deben su existencia a dichas estructuras. Correr, lanzar, saltar o pegar de acuerdo con estándares externos a estas estructuras no son considerados deporte. El desempeño es simbólico y cinético, social y corporal al mismo tiempo, y *cada uno de estos aspectos depende de los otros*.

La constitución de la masculinidad a través del desempeño corporal determina que el género sea vulnerable cuando el desempeño no puede sostenerse —por ejemplo, como resultado de alguna discapacidad física—. Thomas Gerschich y Adam Miller realizaron un estudio pequeño pero muy interesante en hombres estadounidenses que se enfrentaban a situaciones como las anteriores, producto de accidentes o enfermedades que los incapacitaron. La investigación identificó tres tipos de respuesta: en la primera, los esfuerzos se duplican para alcanzar los estándares hegemónicos, sobreponerse a la dificultad física —por ejemplo, encontrando pruebas de que la potencia sexual es continua, al tratar de agotar a la pareja—. Otra respuesta reformula la definición de masculinidad al acercarla a la masculinidad que es entonces posible; dando gran importancia al mismo tiempo a aspectos masculinos como la independencia y el control. La tercera respuesta es rechazar la masculinidad hegemónica como un paquete completo —se critican los estereotipos físicos y se tiende hacia una política contrasexista, proyecto del tipo de los que exploraremos en el capítulo 5—. En conclusión, es posible construir una amplia gama de respuestas ante el debilitamiento del sentido corporal de la masculinidad. Lo que ninguno de estos hombres puede hacer es ignorarlo.[13]

Tampoco pueden hacerlo los obreros cuya vulnerabilidad se desprende de la misma situación que les permite definir la masculinidad gracias al trabajo. El trabajo manual pesado exige fuerza, resistencia, cierto grado de insensibilidad y rudeza, de solidaridad con un grupo. El énfasis de la masculinidad del trabajo industrial es tanto una manera de supervivencia dentro de las relaciones

[13] Gerschick y Miller, 1993.

de clase explotadoras como una forma de reforzar la superioridad sobre las mujeres.

Este énfasis refleja cierta realidad económica. Mike Donaldson, al reunir documentos sobre el trabajo en las fábricas, muestra cómo la capacidad corporal de los obreros *constituye* un activo económico, con el que participan en el mercado laboral. Sin embargo, dicho activo cambia. El trabajo en las fábricas, dirigido por el régimen de utilidades, utiliza los cuerpos de los obreros, basándose en el cansancio, las lesiones y el desgaste y la fractura mecánicos. La disminución de la fuerza, que supondría salarios más bajos o la pérdida misma del trabajo, puede disimularse con el desarrollo de ciertas habilidades —hasta cierto punto—. "Es precisamente en esa fase cuando los días laborales de ese hombre —a menos que tenga mucha suerte— se habrán terminado".

Por lo tanto, la combinación de la fuerza y la habilidad cambia. Cuando el trabajo se ve alterado por la falta de habilidades y la causalidad, los hombres de la clase obrera se van definiendo cada vez más a partir únicamente de su fuerza física. Cuando la exclusión debida a la clase social se combina con el racismo, como en Sudáfrica durante el *apartheid*, el proceso se vuelve muy virulento. (La economía del *apartheid* literalmente "reservaba" los trabajos de mano de obra calificada para los blancos y obligaba a la mano de obra negra a trabajar en labores de escala masiva.) Los hombres de la clase media, por su parte, se definen constantemente como quienes constituyen la mano de obra calificada. Esta definición se sostiene en un cambio histórico profundo de los mercados laborales, el crecimiento de la importancia de las cartas credenciales, relacionado con un sistema de educación superior que selecciona y promueve según la clase social.[14]

Este proceso de clase altera la conexión común entre la masculinidad y la maquinaria. La nueva tecnología en computación requiere trabajos sedentarios de oficina, clasificados originalmente como trabajos de mujeres (operadoras de teclados). Sin embargo, el mercado de las computadoras personales vuelve a definir a este tipo de labores como un ámbito de competencia y poder —masculino y técnico, pero no obrero—. Estos nuevos con-

[14] Donaldson, 1991, p. 18. En lo relacionado con Sudáfrica, véase Nattrass, 1992; sobre "clase nueva" y educación, Gouldner, 1979.

tenidos se promueven a través de los textos y gráficas de las revistas de computación, de los anuncios de los productores que enfatizan el "poder" (recordemos que Apple llamó a su computadora móvil "PowerBook", en donde "power" en inglés es "poder") y en la cada vez más poderosa industria de los juegos violentos de computadora. Los cuerpos de los hombres de clase media, separados de la fuerza física por la vieja división de clase, encuentran que su destreza se amplifica espectacularmente en los sistemas hombre/máquina (el lenguaje ligado al género es muy apropiado) de la cibernética moderna.

Concluiré diciendo que es imposible olvidarse del cuerpo al construir la masculinidad; sin embargo, esto no quiere decir que sea algo fijo. El proceso corporal, al insertarse en los procesos sociales, se vuelve parte de la historia (tanto personal como colectiva) y un posible objeto de la política. Sin embargo, esto no nos lleva de regreso a la idea de los cuerpos como parte del paisaje. Varias de sus formas se obstinan en relacionarse con el simbolismo y el control sociales. Eso es lo que trataré a continuación.

Las complejidades del fango y la sangre

El maravilloso poema "Bizancio", de W. B. Yeats, imagina un pájaro mecánico dorado, símbolo del artificio de una civilización que decae, y desdeña "todas las complejidades del fango y la sangre". Imágenes de lo lejano y la abstracción se contrastan con "meras complejidades. La furia y el fango de los humores humanos".[15] La palabra "meras" es irónica. Precisamente es la pluralidad y obstinación de los cuerpos lo que refuerza la ironía de Yeats.

La filosofía y la teoría social a menudo se refieren a "el cuerpo". Sin embargo, los cuerpos es un plural (unos 5.4 cientos de millones en 1994) y éstos son muy diversos. Existen cuerpos grandes y pequeños; cuerpos siempre manchados con grasa y tierra, cuerpos jorobados por haber estado muchas horas frente a un escritorio y otros cuerpos con manos inmaculadas y bien cuidadas. Cada uno de estos cuerpos tiene una trayectoria en el tiem-

[15] "Byzantium", en Yeats, 1950, pp. 280-281.

po; cada uno cambia al crecer y envejecer. Además, los procesos sociales que los engloban y sostienen también cambian.

Lo que es verdad sobre "los cuerpos" en general, también puede aplicarse a los cuerpos de los hombres. En primer lugar, son diversos y se hacen todavía más al crecer y envejecer. En un ensayo anterior sobre los "cuerpos de los hombres" escribí poéticamente cómo la masculinidad corporal se centraba en la combinación de fuerza y habilidad simbolizadas en el deporte; mencioné que:

> Ser un hombre adulto es ocupar un espacio, tener una presencia en el mundo. Al caminar por la calle, estiro mis hombros y me comparo con otros hombres. Al encontrarme una noche con un grupo de jóvenes punk me pregunto si me veré lo suficientemente imponente. En una manifestación, me comparo con los policías intentando ver si soy más alto y más fuerte, por si llegamos a un enfrentamiento —lo que realmente es una consideración ridícula si tomamos en cuenta la técnicas actuales de control de masas, sin embargo, se trata de una reacción automática.[16]

Esto lo escribí hace diez años. Ahora, cuando casi llego a los cincuenta, el cuerpo involucrado es un poco más calvo, bastante más inclinado, ocupa mucho menos espacio y es mucho más difícil que se encuentre en la calle en situaciones como la descrita en la cita.

Los cuerpos de los hombres no son únicamente diversos y cambiantes, sino que pueden ser muy obstinados. Se les proponen formas de participación en la vida social, y a menudo las rechazan. A continuación presento dos ejemplos tomados de las entrevistas realizadas para conocer historias de vida.

* * *

Hugh Trelawney, cuya iniciación sexual ya citamos, emprendió un camino como estudiante que nos es muy familiar. Estaba decidido a convertirse en una "leyenda", así que se convirtió en "el animal del año" de su universidad, envuelto en el alcohol, las drogas y el sexo. Algunos años después, cuando trabajaba como maes-

[16] Connell, 1983, p. 19.

tro de escuela, era casi un alcohólico y se encontraba seriamente enfermo. Abandonó su trabajo, se provocó una crisis emocional inducida por las drogas y terminó en una unidad de desintoxicación. El golpe a su orgullo no era sólo corporal, sino también involucraba una humillación social: "Esto no puede estar pasando. Soy un futbolista de primer nivel".

* * *

Tip Sothern, con una posición de mayor ventaja de clase, festejaba aún más. Su grupo de amigos de la escuela privada a la que asistía se llamaba "La patrulla de la enfermedad", se vestía de forma estrafalaria, irrumpía en las fiestas y terminaba organizando cualquier actividad en las mismas; fumaba mucha mariguana.

> *Éramos jóvenes muy radicales, rebeldes, estábamos enojados. Nuestro único objetivo era festejar todo el tiempo. Al final, todo se volvió borroso. Era una parranda tras otra... Era demasiado, todo el tiempo se nos pasaba la mano, en verdad, estábamos todo el tiempo borrachos pero lo aguantábamos porque también teníamos mucha energía. No te dan crudas cuando eres tan joven y estás acostumbrado a beber.*

Al terminar la universidad, la situación empeoró: se trataba de "fiestas muy pesadas", el ponche se hacía con alcohol industrial, hachís y alucinógenos. Con el tiempo, el cuerpo y la familia de Tip dejaron de reaccionar de la misma forma.

> *Intenté conseguir empleo. "¿Qué sabe hacer?" Nada. No tenía ropa en buenas condiciones porque llevaba demasiado tiempo en fiestas... Así que no conseguí empleo. Mi apariencia no era muy respetable —o sea, no estaba bien alimentado, tomaba muchas drogas, ácidos, bebía demasiado. Me recuerdo metido en mi habitación, escondido de mí mismo, en el peor estado que se pueda imaginar: los ojos rojos e hinchados, un orzuelo en este ojo, y la cara muy pálida. Bebía demasiado, tomaba drogas muy fuertes, ácido... Y estaba demasiado metido en todo. Finalmente decidí que tenía que hacer algo drástico.*

* * *

Historias de crisis como las anteriores muestran cuerpos sometidos a presiones que alcanzan los límites. Michael Messner, al entrevistar a estadounidenses que habían sido atletas, escuchó historias análogas. La presión del deporte competitivo de alto nivel obliga a los jugadores profesionales a utilizar sus cuerpos como si fueran instrumentos, incluso armas. En palabras de Messner, "el cuerpo-como-arma termina siendo una forma de violencia contra el propio cuerpo". Las lesiones propias del juego, los accidentes, la utilización de drogas y la tensión constante gastan hasta al más entrenado y fuerte. El estudio de caso realizado por Timothy Curry con un luchador estadounidense muestra cómo las lesiones deportivas se vuelven parte de las expectativas normales de la profesión. El cuerpo sufre, en verdad, un asalto en nombre de la masculinidad y los logros deportivos. Los ex atletas viven con cuerpos dañados, dolor crónico y mueren jóvenes.[17]

Se trata de casos extremos, pero este principio se aplica casi a todas las situaciones rutinarias, como los trabajos en las fábricas, que discutimos anteriormente. Los cuerpos no pueden comprenderse como medios neutros de la práctica social. Su misma materialidad es importante. Harán ciertas cosas y otras no. Los cuerpos se encuentran *sustantivamente* en juego en prácticas sociales como el deporte, el trabajo y el sexo.

Algunos cuerpos son más que obstinados: fracturan y subvierten los arreglos sociales a los cuales los invitaron. El deseo homosexual, como Guy Hocquenghem argumenta, no es el producto de un tipo diferente de cuerpo. Pero sí es un hecho corporal, un hecho que fractura la masculinidad hegemónica.[18]

El caso del cambio de género es todavía más desconcertante, ya que supone el tránsito a través de las fronteras fundamentales establecidas por el orden moderno de género. Incluso el lenguaje utilizado para hablar de éste en el caso de la medicina, convierte la desesperación y el carnaval en condiciones y síndromes: "travesti" y "transexual". La ciencia social y la teoría posmoderna han criticado este hecho: "la teoría *queer*" celebra las fragmen-

[17] Messner, 1992; Curry, 1992.

[18] Hocquenghem, 1978.

taciones simbólicas de las categorías de género. Sin embargo, tanto la ideología médica como la crítica coinciden al considerar la cultura como el término activo y a los cuerpos como pasivos, meros paisajes. El cambio de género puede entenderse como el triunfo último del símbolo sobre la carne, los "transexuales" literalmente hacen que sus cuerpos se esculpan según la forma de la identidad simbólica que adoptaron.

Los relatos de la gente que cambia de género no muestran que el cuerpo se encuentre bajo el gobierno del símbolo. La autobiografía de Katherine Cummings, australiana inteligente y sensata que cambió de género,* refiere una necesidad incomprensible y sin embargo materialmente innegable, en la cual debían basarse tanto el yo simbólico como las relaciones sociales. Gary Kates, al examinar la clásica historia de cambio de género del Caballero d'Eon, del siglo XVIII, observa que a d'Eon, a pesar de estar convencida de que era una mujer, le disgustaban tanto el simbolismo como las situaciones prácticas relacionadas con las ropas femeninas. D'Eon sólo se las ponía, bajo protesta, cuando las autoridades políticas francesas la obligaban a hacerlo.

Los anteriores no son casos únicos. En los límites de las categorías de género, los cuerpos pueden transitar por derecho propio. El impulso puede ser tan fuerte que transforma la conciencia propioceptiva, con alucinaciones del cuerpo del otro sexo —algunas veces temporal y otras permanente—. En el caso de David, mencionado en el capítulo 1, Laing hablaba de "la mujer que estaba dentro de él y que siempre parecía salir". Creo que se trata de una experiencia corporal y no sólo mental. Dos experiencias corporales de géneros diferentes surgen en el mimso lugar. Así que los cuerpos no son únicamente subversivos, también son bromistas.[19]

* Nota a la traducción: *Gender traveller*.

[19] Cummings, 1992, presenta su propio caso; D'Eon desde la tumba a través de Kates, 1991. Para el caso de David, véase Laing, 1960, p. 73.

El fantasma de Banquo: las prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo

¿De qué manera podemos entender la situación cuando, como el fantasma de Banquo, los cuerpos se rehúsan a permanecer a la intemperie en el ámbito natural y reaparecen, sin invitación alguna, en el ámbito social? La ciencia social tradicional no ofrece ninguna ayuda. Como Turner observó en *The Body and Society* (*El cuerpo y la sociedad*), los cuerpos desaparecieron desde hace mucho tiempo de la teoría social, que en su mayoría opera en el universo creado por Descartes, con una separación muy marcada entre la mente, que conoce y razona, y el cuerpo, irracional y mecánico. Las teorías del discurso no han superado esta separación: han convertido a los cuerpos en objetos de la práctica y el poder simbólicos, pero no los han considerado participantes.

La salida de este universo no es suficiente para afirmar el significado de la diferencia corporal, por muy importante que esto resultara en la teoría feminista reciente. Necesitamos afirmar la actividad, literalmente la *agencia*, de los cuerpos en los procesos sociales. Las historias de crisis mencionadas en este mismo capítulo mostraban la rebelión de los cuerpos en contra de ciertas formas de presión. Se trataba de formas de efectividad, pero no de *agencias* completamente desarrolladas. Quisiera apoyar una posición teórica más fuerte en la que los cuerpos sean considerados como copartícipes de la *agencia* social al generar y dar forma a la conducta social.[20]

* * *

Don Meredith, un narrador extraordinario, contó una larga y cómica historia sobre la búsqueda en la cual se enfrascó en su juventud para tener su primer intercambio sexual. Después de varios fracasos alcanzó su objetivo, inició una relación y se encontró con que no podía eyacular. Con el tiempo, se volvió más sofisticado:

[20] Turner, 1984. Rhode, 1990, presenta el pensamiento feminista reciente en Estados Unidos sobre la diferencia.

> *Tengo una orientación anal importante. Lo descubrí por accidente al estar con una joven y realmente lo disfruté. Metía su dedo en mi ano y para mí era maravilloso. También yo, cuando me masturbaba, solía tocarme esa zona pero nunca la había penetrado. Supongo que la experiencia fue una especie de gatillo para mí. Cuando la joven me tocaba, sentía que me electrificaba, y jamás tuve problemas para eyacular con ella. Realmente descubrió un lugar específico que me excitaba. Entonces se me ocurrió que lo que realmente me gustaría era tener una relación con un hombre en la cual me penetrara. La mera idea me excitaba.*

* * *

La excitación y acción corporal se entretejen con la acción social. Don experimentaba su cuerpo y sus capacidades gracias a la interacción. Podríamos decir que descubrió su cuerpo al interactuar. Su pareja lo condujo a su propio ano. El clímax del primer intercambio sexual fue al mismo tiempo una sensación física y el punto culminante de la narración más larga constituida por la "Historia de la virginidad de Don": "¡Jamás había experimentado esto!"

El carácter social del desempeño físico no depende del marco social que rodea a un evento fisiológico. Se trata de una relación más íntima que opera especialmente en la dimensión de la fantasía —en los matices de la historia sobre la virginidad de Don y, de manera más directa, en la fantasía de una nueva relación social en "la cual me penetrara".

La fantasía comenzó con la penetración con un dedo a que lo sometió su pareja. Surgió de una interacción social, pero fue en su totalidad una experiencia corporal. La respuesta de su cuerpo tuvo una influencia que dirigió la conducta sexual de Don. El término *agencia* no parece ser suficiente para incluir lo que el esfínter, la próstata y los tejidos eréctiles de Don experimentaron.

La investigación en el deporte que enfatizó las prácticas disciplinarias productoras del género no capturó este tipo de cuestiones. Correr, por ejemplo, es una actividad ordenada socialmente. Cada segundo, todas las mañanas cuando me levanto de la cama y me amarro los tenis, me lo repito. Sin embargo, cada agosto, en Sydney, 40 000 pares de pies bajan por William Street hacia Bon-

di en la carrera llamada "City to Surf" y lo hacen por *voluntad propia*. Una carrera como ésta es un muy buen ejemplo del placer de socializar gracias a desempeños corporales compartidos.

La idea de la "resistencia" a las prácticas disciplinarias tampoco incluye lo que ocurre cuando la jaula de acero de la disciplina se golpea contra el suelo y se dobla. Hace dos días, en el autobús que me llevaba a la universidad, me senté frente a una joven que llevaba zapatos y shorts para correr, una blusa de seda, aretes largos de plata, maquillaje completo y un peinado muy elegante. ¿Se encontraba acaso controlada simultáneamente por *dos* regímenes de disciplina, el del deporte y el de la moda, que se articulaban a la altura de la cintura? Por lo menos, hacía algo muy ingenioso con los regímenes y tenía la capacidad de maniobrar con ellos.

Con cuerpos que son tanto objetos como agentes de la práctica, y con la práctica misma conformando estructuras en las cuales los cuerpos pueden ser apropiados y definidos, nos enfrentamos a un patrón más allá de las fórmulas de la teoría social actual. A este patrón podríamos llamarlo prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo.

La electrificación de Don ilustra los circuitos involucrados. El placer corporal de ser penetrado por el dedo de la pareja, que resulta en la estimulación de la próstata, de los esfínteres anales y el tejido rectal, tuvo consecuencias sociales. Condujo directamente a la fantasía de una nueva relación social, con un hombre, "en la cual sería penetrado. La idea realmente me excitaba".

La excitación fue transgresora. Don pensaba que era heterosexual. Había rechazado aproximaciones de un gay cuando buscaba perder su virginidad, "espántalo con un matamoscas". Sin embargo, la experiencia corporal de ser penetrado lo condujo a la fantasía de una relación homosexual y, con el tiempo, a encuentros homosexuales reales. (Don no tuvo mucha suerte, ya que al experimentar un intercambio sexual gay, su pareja perdió la erección).

Ni la relajación de esfínteres ni la estimulación prostática exigen una relación con un hombre. Una mujer puede hacer el trabajo sin problema alguno. La ecuación social entre la penetración anal y la pareja masculina es la que dio pie a la estructura de la fantasía corporal de Don. El sexo anal es una pieza clave de

la homosexualidad masculina occidental, aunque la investigación derivada de estudios relacionados con el SIDA muestra que se realiza mucho menos de lo que la importancia simbólica que se le ha asignado sugiere.[21]

El circuito en este caso va de la interacción corporal y la experiencia, también corporal, a la fantasía corporal estructurada socialmente (que incluye la construcción cultural de las sexualidades hegemónicas y oprimidas), y llega hasta la construcción de relaciones sexuales nuevas que se centran en nuevas interacciones corporales. No se trata sólo de significados y categorías sociales impuestos sobre el cuerpo de Don, aunque dichos significados y categorías son fundamentales en lo que ocurre. La práctica que se refleja en el cuerpo y se deriva del mismo los hace actuar y la práctica corporal —una felicidad sorprendente— carga al circuito de energía.

* * *

Adam Singer recuerda un momento traumático con su padre:

> *Le compró a mi hermano un palo de críquet en Navidad y a mí no quiso comprarme otro. Según él, yo no podía jugar críquet, ni lanzar bolas. Un hombre lanza una bola de una forma distinta a como lo hace una mujer. Evité lanzar bolas cuando mi papá me veía porque sabía que hiciera lo que hiciera nunca podría lanzarla como un niño fuerte debía hacerlo. Alguna vez que lo intenté, se burló de mí diciendo que lanzaba como una niña.*

* * *

En este caso el circuito se condensa con el tiempo. Los significados públicos de género se funden de manera instantánea con la actividad corporal y los sentimientos incluidos en una relación. Aun así, se trata de una percepción escindida. Adam aprende a actuar tanto dentro de su cuerpo (lanzar la bola) como fuera

[21] Para quienes quieran intentarlo, Morin, 1986, ofrece información muy útil. Hocquenghem, 1978, desarrolla con entusiasmo el significado social del asunto; Connell y Kippax, 1990, presentan detalles de la práctica.

del mismo, observando su desempeño ligado al género ("sabía que hiciera lo que hiciera nunca podría lanzarla como un niño").

En la historia de Adam, la práctica deportiva que se refleja en el cuerpo y se deriva del mismo resultó en una declaración sobre la diferencia ("se burló de mí diciendo...") cargada emocionalmente con todo lo que la relación padre-hijo supone. Al pasar los años, Adam reunió más evidencias de que era diferente. Finalmente, de forma deliberada comenzó una relación con un hombre para ver si era homosexual —esto es, para determinar en qué lugar del orden de género podía acomodar su cuerpo y "la rudeza" que venía incluida en él.

* * *

Steve Donoghue sabía perfectamente cuál era su lugar. Era campeón nacional de surfing y ganaba mucho dinero en premios, patrocinios y comerciales. Su apariencia física era perfecta y la trabajaba diariamente durante cuatro o cinco horas en entrenamientos. El cuerpo de Steve realizaba hazañas sorprendentes que dependían tanto de precisión como de resistencia:

> *Puedo hacer que mi energía rinda perfectamente para una carrera de cuatro horas. Puedo comenzar a cierto ritmo y terminar, siempre, con el mismo ritmo. Cuando nado, normalmente recorro 200 metros, esto es, cuatro vueltas de 50 metros. Puedo empezar y nadar los primeros cincuenta metros con una décima de segundo de diferencia del tiempo con que recorro los otros tres tramos de cincuenta metros. Ni siquiera necesito ver un reloj...*

Como muchos otros deportistas, Steve conoce detalladamente su cuerpo, sus capacidades, necesidades y límites.

* * *

La práctica que se refleja en el cuerpo y se deriva del mismo resulta familiar en este caso; no podríamos decir lo mismo de las consecuencias que tiene relacionadas con el género. Steve Donoghue, un hombre joven de los que gustan de la playa, estaba atrapado en las prácticas exigidas a Steve Donoghue, el famoso

ejemplo de masculinidad. No podía manejar si había bebido alcohol, ni pelear cuando se metían con él (para no tener publicidad en su contra). No podía ir a tomarse unas copas (debido a sus entrenamientos) ni tener una vida sexual muy activa (su entrenador se lo prohibía; además, las mujeres debían ajustarse a su horario de entrenamiento). En otras palabras, todo aquello que en su grupo de amigos definía la masculinidad, le estaba prohibido.

Es más, la práctica que se refleja en el cuerpo y se deriva del mismo que construyó la masculinidad hegemónica de Steve también la debilitó. La vida social y psicológica de Steve se centraba en su cuerpo. El carácter competitivo esencial para convertirlo en un campeón se interiorizó. Aunque su entrenador lo incitaba a odiar a sus competidores, Steve se resistía a hacerlo. Lo que sí hacía era referirse a la "fuerza mental" y a su capacidad para "controlar el dolor", y a "hacer que mi cuerpo piense que no me estoy lastimando tanto".

En pocas palabras, Steve terminó siendo un narcisista —a pesar de que la construcción hegemónica y contemporánea de la masculinidad en Australia se enfoca a lo externo y evita cualquier tipo de emoción privada—. Sin embargo, su narcisismo no podía sostenerse en la admiración de sí mismo y el placer corporal, ya que hacerlo significaría destruir el desempeño del cual dependía la trayectoria de vida de Steve.

Su versión de lo que era competir suponía que el triunfo decisivo era sobre su propio cuerpo. Su maravilloso físico sólo tenía sentido cuando lo desplegaba para ganar. Su deseo de ganar no surgía de un "instinto" personal, término común en el discurso deportivo que Steve nunca utilizó, se lo asignó la estructura social de las competencias deportivas; era lo que lo definía, lo que lo hacía un campeón.

En consecuencia, el circuito de la práctica que se refleja en el cuerpo y se deriva del mismo de Steve era complejo y partía del sistema institucionalizado del deporte comercial, de la producción y comercialización de productos de playa y de los medios de comunicación, y llegaba hasta las prácticas personales de entrenamiento y competencia. El sistema está muy lejos de tener coherencia. Es más, se contradice continuamente, traicionado por la masculinidad contradictoria producida por la vida de Steve.

Si esto es cierto de una masculinidad tan ejemplar como la de él, hay pocas razones que indiquen que los circuitos de las prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo de la mayoría de los hombres sean más coherentes.

A partir de todos estos ejemplos, podemos concluir que las prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo no se dan en el interior de los individuos. Involucran relaciones sociales y símbolos; y también pueden involucrar instituciones sociales a gran escala. Ciertas versiones particulares de la masculinidad se constituyen en sus circuitos ajustándose a cuerpos cargados de significado y significados corporalizados. Gracias a las prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo no sólo se forman vidas particulares, sino también el mundo social.

Darle forma al mundo

Gracias a las prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo los procesos sociales se inscriben en los cuerpos y los incluyen en la historia, sin quitarles su esencia de cuerpos. No se convierten en símbolos, signos, ni lugares en un discurso. Su materialidad (que incluye capacidades materiales para engendrar, dar a luz, producir leche, menstruar, abrirse, penetrar, eyacular) no desaparece, sigue siendo importante. El proceso *social* del género incluye el nacimiento y el cuidado infantil, la juventud y el envejecimiento, los placeres del deporte y el sexo, el trabajo, las lesiones, la muerte debida al SIDA.

La semiótica social del género, con su énfasis en el interminable juego de la significación, la multiplicidad del discurso y la diversidad de las posiciones del sujeto, ha sido muy importante para escapar de la rigidez del determinismo biológico. Sin embargo, no debemos quedarnos con la impresión de que el género es como una hoja en otoño, que se mueve con cualquier ligera brisa. Las prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo forman —y se forman por— estructuras que tienen peso y solidez históricos. Lo social posee su propia realidad.

Cuando alrededor de los años setenta el feminismo hablaba del "patriarcado" como el modelo dominante de la historia humana, el argumento se generalizó en extremo. Sin embargo, la

idea entendía muy bien el poder y la intratabilidad de una estructura masiva de relaciones sociales: una estructura que incluía el Estado, la economía, la cultura y las comunicaciones, además del parentesco, la educación infantil y la sexualidad.

La práctica nunca se da en el vacío. Siempre responde a una situación, y las situaciones se estructuran en formas que admiten ciertas posibilidades y no otras. La práctica tampoco actúa en el vacío. La práctica hace al mundo. Al actuar, convertimos las situaciones iniciales en situaciones nuevas. La práctica constituye y reconstituye estructuras. Utilizando el extraño término del filósofo checo Karel Kosík, la práctica humana es ontoformativa, esto es, forma la realidad en la cual vivimos.[22]

Las prácticas que construyen la masculinidad son ontoformativas, según esta definición. Como prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo constituyen un mundo que tiene una dimensión corporal, pero que no está determinado biológicamente. Al no estar fijo por la lógica física del cuerpo, el mundo recién formado pudiera ser hostil al bienestar físico de los cuerpos. Las normas de masculinidad hegemónica decretadas por Tip Southern y Hugh Trelawney eran hostiles de esta forma —eran "ejemplos de heridas infligidas por ellos mismos", como el argot australiano llama a la cruda—. La práctica del sexo no seguro, en el contexto de la epidemia del VHS, es un ejemplo todavía más siniestro.

Tanto Tip Southern como Hugh Trelawney reformaron su masculinidad —reformaron el cuerpo y cambiaron el tipo de relaciones en las que se enfrascaban—. Hugh acudió a una clínica de desintoxicación y decidió hacer "cambios fundamentales" en su conducta. Se decidió a competir menos, a ser más abierto frente a los demás y a tratar a las mujeres como personas, no como objetos del juego sexual. El resultado de estas reformas será analizado en el capítulo 7. Tip dejó las drogas y consiguió un trabajo al aire libre en el cual desempaña labores físicas, lo que lo ayudó a recuperar la salud. Por primera vez fue capaz de establecer una relación duradera con una mujer.

Claro que dos historias no pueden representar los intentos de todos los hombres por cambiar. En el capítulo 5 presentaré otras

[22] Kosík, 1976.

trayectorias. Sin embargo, lo que sí ilustran estos dos casos es un hecho ineludible a cualquier proyecto de cambio: para los hombres, como para las mujeres, el mundo formado por las prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo ligadas al género son territorio de la política —la lucha de intereses en un contexto lleno de desigualdades—. La política de género es una política que depende del cuerpo y de factores sociales. Las formas que adquiere una política corporalizada de la masculinidad serán el tema principal del resto del libro.

CAPÍTULO 3
LA ORGANIZACIÓN SOCIAL DE LA MASCULINIDAD

En el capítulo 1 revisamos las principales corrientes de investigación del siglo XX y vimos cómo fueron incapaces de producir una ciencia de la masculinidad coherente. Lo que mostramos no fue tanto el fracaso de la ciencia sino la imposibilidad de la tarea. La masculinidad no es un objeto lógico a partir del cual pueda producirse una ciencia generalizadora. Sin embargo, sí podemos obtener conocimientos coherentes de las cuestiones que surjan de nuestros intentos. Si ampliamos el ángulo de visión, entenderemos a la masculinidad no como un objeto aislado, sino como un aspecto de una estructura mayor.

Para hacerlo necesitamos una explicación de esta estructura y de cómo se localizan las masculinidades en ella. El objetivo de este capítulo es trazar un marco de trabajo a partir de los análisis contemporáneos de las relaciones de género. Este marco proporcionará una forma de distinguir los tipos de masculinidad y comprender la dinámica del cambio.

Sin embargo, primero debemos aclarar ciertos conceptos. La definición del término básico de la discusión no ha quedado perfectamente clara.

DEFINIR LA MASCULINIDAD

Todas las sociedades tienen explicaciones culturales del género, pero no todas tienen el concepto de *masculinidad*. En la actualidad el término supone que el comportamiento de cada quien es el resultado del tipo de persona que se es. En otras palabras, una persona no masculina se comportará de forma distinta: será pacífica en vez de violenta, conciliadora en vez de dominante, no

podrá patear un balón de futbol, no le interesarán las conquistas sexuales, etcétera.

El concepto presupone la creencia en la diferencia individual y la *agencia* personal. En este sentido se construye sobre la noción de individualidad desarrollada cuando se constituía la Europa moderna, gracias al crecimiento de los imperios coloniales y las relaciones económicas capitalistas (cuestión que exploraré en el capítulo 8).

Sin embargo, el concepto es inherentemente relacional. La *masculinidad* no existe más que en oposición a la *feminidad*. Una cultura que no trata a las mujeres y los hombres como portadores de tipos de personalidad polarizados, por lo menos en principio, no tiene un concepto de masculinidad según la noción cultural europea y estadounidense moderna.

La investigación histórica sugiere que lo mismo podría decirse de la cultura europea misma antes del siglo XVIII. A las mujeres se les consideraba claramente distintas a los hombres, pero la diferencia residía en que se les consideraba representaciones incompletas o inferiores de un mismo carácter (por ejemplo, tenían menor capacidad de razonar). No se pensaba que las mujeres y los hombres portaban caracteres que eran cualitativamente diferentes; esta noción acompañó a la ideología burguesa de las "esferas separadas" del siglo XIX.[1]

En ambos casos, nuestro concepto de masculinidad parece ser un producto histórico bastante reciente, cuando mucho con unos cuantos cientos de años. En consecuencia, cuando hablamos de la masculinidad estamos "construyendo al género" de una forma cultural específica. Cualquier proposición que afirme haber descubierto verdades transhistóricas acerca de la hombría y lo masculino debe considerar siempre lo anterior.

La mayoría de las definiciones de masculinidad han supuesto un punto de partida cultural, pero han seguido distintas estrategias para caracterizar el tipo de persona que es masculina. A continuación mencionaré las cuatro principales que pueden distinguirse en términos de su lógica interna, aunque en la práctica a menudo aparezcan combinadas.

[1] Bloch, 1978, esboza el argumento en las clases medias protestantes de Inglaterra y Estados Unidos. Laqueur, 1990, ofrece un argumento más demoledor que, siguiendo las mismas líneas, se enfoca en el cuerpo.

Las definiciones *esencialistas* normalmente seleccionan una característica que define la esencia de lo masculino y fundamentan su explicación de las vidas de los hombres en ella. Freud jugueteó con una definición esencialista cuando igualó la masculinidad con la actividad, mientras que a la feminidad le asignó la pasividad —aunque sí consideró que sus ecuaciones simplificaban demasiado el asunto—. Los intentos de autores posteriores por capturar la esencia de la masculinidad son realmente variados: capacidad para arriesgarse, responsabilidad, irresponsabilidad, agresividad, energía de Zeus... Tal vez el ejemplo más sofisticado sea el del sociobiólogo Lionel Tiger, quien suponía que la verdadera virilidad, la que apuntala el vínculo masculino y la guerra, se debe a "fenómenos pesados y rudos".[2] Muchos admiradores del "heavy metal" estarían de acuerdo con la explicación.

La debilidad del enfoque esencialista es obvia: la selección de la esencia es demasiado arbitraria. No hay nada que obligue a diferentes esencialistas a estar de acuerdo; en realidad, pocas veces lo están. Las afirmaciones que suponen que existe una base esencial universal de masculinidad nos dicen más sobre el carácter distintivo de quien las afirma que sobre otra cosa.

La ciencia social *positivista*, con un carácter distintivo que enfatiza la búsqueda de hechos, proporciona una definición sencilla de la masculinidad: lo que los hombres son en realidad. Esta definición es el fundamento lógico de las escalas masculinidad/femininidad (M/F) de la psicología, cuyos elementos adquieren validez mostrando que son capaces de distinguir estadísticamente entre grupos de mujeres y hombres. La definición también es la base de las discusiones etnográficas de masculinidad que describen el patrón de las vidas de los hombres en una cultura dada y a eso lo llaman el patrón de la masculinidad, sin importar de qué cultura se trate.[3]

[2] Tiger, 1969, p. 211. Tiger llega incluso a sugerir que la guerra podría ser parte de la "estética masculina", como manejar un auto de carreras a velocidades muy altas... Vale la pena seguir leyendo; al igual que Bly, en *Iron John*, un ejemplo sorprendente de las tontas ideas que pueden desprenderse al considerar la masculinidad, en su caso influenciadas por lo que C. Wright Mills alguna vez llamó "realismo excéntrico" (*crackpot realism*).

[3] Constantinople, 1973, en lo que constituye ya un estudio clásico, mostró la profundamente confusa lógica de las escalas M/F. El positivismo etnográfico so-

Al respecto podemos apuntar tres problemas. En primer lugar y de acuerdo con la epistemología moderna, una descripción no puede existir sin un punto de vista. Las descripciones, aparentemente neutrales, sobre las cuales descansan estas definiciones se ven apuntaladas por las suposiciones sobre el género. Es obvio que para comenzar a formar una escala M/F se debe tener alguna idea de qué es lo que se va a contar o listar para poder hacer los reactivos.

En segundo lugar, para hacer una lista de qué es lo que hacen los hombres y las mujeres es necesario que la gente esté catalogada desde el principio en alguna de las dos categorías, "hombres" o "mujeres". Como Suzanne Kessler y Wendy McKenna demostraron en su clásico estudio etnometodológico de la investigación sobre género, el hecho de que el proceso sea uno en el cual la atribución social utilice tipologías de género derivadas del sentido común es ineludible. Entonces, el procedimiento positivista se basa en las mismas tipologías que supuestamente se estudian cuando se hace investigación de género.

En tercer lugar, definir la masculinidad como "lo que los hombres son empíricamente" es descartar situaciones en las cuales llamamos a algunas mujeres "masculinas" y a algunos hombres "femeninos"; tampoco podríamos explicar algunas acciones a las cuales llamamos actitudes "masculinas" o "femeninas", sin importar quien las ejecute. No se trata de un uso trivial de los términos. Es crucial, por ejemplo, en el pensamiento psicoanalítico sobre las contradicciones en la personalidad.

Es más, este uso es fundamental para el análisis de género. Si habláramos únicamente de las diferencias entre el bloque de los hombres y el bloque de las mujeres no necesitaríamos los términos "masculino" y "femenino". Sólo hablaríamos de lo que es "de los hombres" y "de las mujeres" o de "hombre" y "mujer". Las palabras "masculino" y "femenino" apuntan más allá de la diferencia sexual categórica e incluyen las formas en las cuales los hombres se distinguen entre ellos, y las mujeres entre ellas, en cuestiones de género.[4]

---

bre la masculinidad alcanza su nadir en Gilmore, 1990, quien se balancea entre la teoría normativa y la práctica positivista.

[4] Kessler y McKenna, 1978, desarrollaron un argumento muy importante

Las definiciones *normativas* reconocen estas diferencias y ofrecen una norma: la masculinidad es lo que los hombres deben ser. Esta definición puede encontrarse en los estudios sobre los medios de comunicación, en las discusiones de ejemplos como John Wayne o de géneros fílmicos como el "thriller". La teoría de los roles sexuales más estricta se acerca a la masculinidad justo como una norma social para el comportamiento de los hombres. En la práctica, los textos sobre el rol sexual masculino a menudo mezclan definiciones normativas con esencialistas, como en el trabajo de Robert Brannon sobre la huella de masculinidad de "nuestra cultura": No Sissy Stuff, The Big Wheel, The Sturdy Oak and Give 'emHell (No es juego de Niñas, la Gran Rueda, el fuerte Roble y Llévenlos al Infierno).[5]

Las definiciones normativas permiten que hombres distintos se aproximen de diferentes formas a las normas. Sin embargo, pronto se producen paradojas, como las que se detectaron en los primeros escritos del movimiento de liberación de los hombres. Pocos hombres se ajustan a la "huella" o muestran la rudeza y la independencia de Wayne, Bogart o Eastwood. (Las mismas películas detectan este aspecto en parodias como *Blazing Saddles* y *Play it Again, Sam*). ¿Qué hay de "normativo" en una norma a la que nadie se ajusta? ¿Tendríamos que decir que la mayoría de los hombres son "poco masculinos"? ¿Cómo probamos la rudeza necesaria para ajustarse a la norma de rudeza, o el heroísmo necesario para ser denominado gay?

Otro problema aún más sutil es que una definición meramente normativa no puede convertirse en la base de una masculinidad al nivel de la personalidad. Joseph Pleck identificó certeramente las suposiciones, poco garantizadas, que consideraban que el rol y la identidad se correspondían. Esta suposición es, creo yo, la razón por la cual la teoría del rol sexual suele acercarse al esencialismo.

Las aproximaciones *semióticas* abandonan el nivel de la personalidad y definen la masculinidad a través de un sistema de diferencias simbólicas en el cual se contrastan los espacios masculino

---

sobre la "primacía de la atribución del género". Para conocer una brillante discusión sobre las mujeres masculinas, véase Devor, 1989.

[5] Easthope, 1986; Brannon, 1976.

y femenino. Así, la masculinidad queda definida como la *no feminidad*.

Este modelo sigue las fórmulas de la lingüística estructural en la cual los elementos del discurso se definen por las diferencias que existen entre ellos mismos. Los análisis culturales feministas y postestructuralistas del género, el psicoanálisis lacaniano y los estudios del simbolismo han utilizado ampliamente esta aproximación. El resultado es más que un mero contraste abstracto entre la masculinidad y la feminidad del tipo del que se encuentra en las escalas M/F. En la oposición semiótica entre la masculinidad y la feminidad, la primera constituye un término sin marcar, es el lugar de la autoridad simbólica. El falo es el significante de dicha autoridad y la feminidad se define de manera simbólica como una carencia.

Esta definición de masculinidad es muy útil en el análisis cultural. Se escabulle de la arbitrariedad del esencialismo y las paradojas de las definiciones normativas y positivistas. Sin embargo, su alcance es muy limitado —a menos que se asuma, como cierta parte de la teoría posmoderna hace, que el análisis social sólo puede referirse al discurso—. Para poder manejar el amplio rango de cuestiones relacionadas con la masculinidad necesitamos formas para referirnos a otro tipo de relaciones: a las que se dan en los ámbitos de la producción y el consumo; en ámbitos de las instituciones y el medio ambiente natural; en ámbitos de luchas sociales y militares —ámbitos todos que están ligados al género.[6]

El principio de conexiones sí puede generalizarse. La idea de que un símbolo sólo puede comprenderse dentro de un sistema de símbolos relacionados entre sí bien puede aplicarse a otras esferas. Sólo un sistema de relaciones de género puede producir alguna masculinidad.

En lugar de intentar definir a la masculinidad como un objeto (un tipo de carácter natural, un promedio de comportamiento, una norma), necesitamos centrarnos en los procesos y las rela-

[6] En la bibliografía sobre la masculinidad no es común encontrarse con una aproximación estrictamente semiótica; en general, una aproximación así se encontrará en tratamientos menos específicos de género. Sin embargo, Saco, 1992, ofrece una defensa muy clara de este tipo de perspectiva y su potencial puede dilucidarse de la colección en la cual aparece su trabajo, Craig, 1992.

ciones a través de los cuales los hombres y las mujeres viven vidas ligadas al género. La *masculinidad*, hasta el punto en que el término puede definirse, es un lugar en las relaciones de género, en las prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres ocupan ese espacio en el género, y en los efectos de dichas prácticas en la experiencia corporal, la personalidad y la cultura.

El género como una estructura de la práctica social

En esta sección presentaré, tan brevemente como sea posible, el análisis del concepto *género* que sostiene el argumento del libro.

El género es una de las formas en las que se ordena la práctica social. En los procesos de género, la conducta cotidiana se organiza en relación con un ámbito reproductivo, definido por las estructuras corporales y los procesos de reproducción humana. Este ámbito incluye la excitación y el intercambio sexual, el nacimiento y cuidado infantil, las diferencias y semejanzas sexuales corporales.

Utilicé la frase "ámbito reproductivo" y no "base biológica" para enfatizar, como ya mencioné en el capítulo 2, que estamos hablando de procesos históricos que involucran al cuerpo y no de una serie fija de determinantes biológicos. El género es una práctica social que se refiere constantemente a los cuerpos y a lo que éstos hacen; no es una práctica social que se reduzca únicamente al cuerpo. Es más, podemos decir que el reduccionismo es justo lo contrario de la situación real. La noción de género existe precisamente en tanto que la biología *no* determina lo social y marca uno de esos momentos de transición en los cuales un proceso histórico sustituye a la evolución biológica como forma de cambio. Desde el punto de vista esencialista, el concepto de género es escandaloso, es una aberración. La sociobiología intenta abolirlo constantemente al probar que los consensos sociales humanos son el reflejo de imperativos evolutivos.

La práctica social es creativa e inventiva, no rudimentaria; responde a situaciones particulares y se origina dentro de estructuras definidas de relaciones sociales. Las relaciones de género, las relaciones entre las personas y los grupos organizados por el

ámbito reproductivo forman una de las estructuras principales de las sociedades de las cuales tenemos información.

La práctica relacionada con estas estructuras, que se genera cuando las personas y los grupos se enfrentan a su situación histórica, no se da en actos aislados. Las acciones se configuran como unidades mayores y, cuando nos referimos a la masculinidad y la feminidad, nos referimos a configuraciones de las prácticas de género.

El término configuración es tal vez demasiado estático. El concepto realmente importante es el de proceso de configuración de la práctica. (En *Search for a Method*, Jean-Paul Sartre se refiere a la "unificación de los medios en acción"). Si adoptamos un punto de vista dinámico de la organización de la práctica, llegaremos a comprender la masculinidad y feminidad como *proyectos de género*. Se trata de procesos de configuración de la práctica a través del tiempo, que transforman sus puntos de partida en estructuras de género. En los estudios de caso que presentaré en la segunda parte del libro analizaré las vidas de varios grupos de hombres como proyectos de género en este sentido.[7]

Sin importar la forma en que dividamos al mundo ni la unidad de análisis que elijamos, siempre encontraremos la configuración de la práctica debida al género. La manera más familiar de dividir al mundo es la que se rige por el curso de la vida de un individuo, esto es, la que tiene como base las nociones de masculinidad y feminidad derivadas del sentido común. Se trata de la configuración de la práctica que la psicología tradicionalmente ha llamado "personalidad" o "carácter". Los argumentos psicoanalíticos que discutimos en el capítulo 1 se centran casi exclusivamente en ella.

Una aproximación de este tipo tiende a exagerar la coherencia de la práctica que se sigue en cualquier lugar. Por lo tanto, no debe sorprender que el psicoanálisis, que originalmente enfatizaba la contradicción, se haya orientado al concepto de "identidad". La bibliografía postestructuralista que critica la psicología, como la escrita por Wendy Hollway, ha enfatizado que las identidades de género se fracturan y cambian debido a que múltiples

[7] Sartre, 1968, pp. 159-160.

discursos intersectan la vida de cualquier individuo.[8] El argumento subraya otra área más: la del discurso, la ideología o la cultura. En este contexto, el género se organiza en prácticas simbólicas que pueden abarcar mucho más que la vida de un individuo (por ejemplo, la construcción de masculinidades heroicas en la épica; la construcción de "disforias de género" o las "perversiones" en la teoría médica).

En el capítulo 1 apuntamos la manera en la cual las ciencias sociales reconocieron un tercer espacio para la configuración de género: el de instituciones como el Estado, el lugar de trabajo y la escuela. Para muchos es difícil aceptar que las instituciones se encuentran sustantivamente, y no sólo de manera metafórica, estructuradas tomando como base el género. Sin embargo, éste es un punto clave de nuestra discusión.

Por ejemplo, el Estado es una institución masculina, y decir esto no sólo implica que la personalidad de los funcionarios que lo encabezan se filtre e impregne la institución. Lo que quiero decir es algo mucho más profundo: las prácticas de organización del Estado se estructuran en relación al ámbito reproductivo. La abrumadora mayoría de funcionarios de alto nivel son hombres porque existe una configuración de género en la contratación y promoción; una configuración de género en la división interna del trabajo y los sistemas de control; una configuración de género en el diseño de políticas, de las rutinas prácticas y de las formas de movilizar el placer y el consentimiento.[9]

La estructuración de una práctica tomando como base el género no siempre tiene que relacionarse biológicamente con la reproducción. El punto de contacto con el ámbito reproductivo es social, lo que queda claro cuando se le cuestiona. Recordemos, por ejemplo, el reciente debate que se dio dentro del Estado sobre los "homosexuales en las fuerzas armadas", esto es, sobre las reglamentaciones que excluyen a los soldados y los marinos debido a la elección de su objeto sexual. En Estados Unidos, donde esta discusión fue más severa, los críticos a favor del cambio utilizaron argumentos basados en las libertades civiles y la eficiencia militar, y sostuvieron que, en realidad, la elección del objeto

[8] Hollway, 1984.
[9] Franzway, *et al.*, 1989; Grant y Tancred, 1992.

sexual no tiene nada que ver con la capacidad para matar. Los almirantes y generales defendieron el *statu quo* con una variedad de motivos espurios. Sin embargo, la verdadera razón, que nunca admitieron, era la importancia cultural de una definición específica de masculinidad para mantener la frágil cohesión de las fuerzas armadas modernas.

Gracias al trabajo que realizaron Juliet Mitchell y Gayle Rubin en la década de los setenta nos ha quedado claro que el género es una estructura internamente compleja, en la cual se superponen diferentes lógicas. Este hecho tiene especial importancia en el análisis de las masculinidades. Cada una de ellas, por ser una configuración de la práctica, se sitúa de forma simultánea en varias estructuras de relación, que podrían estar cursando diversas trayectorias históricas. En consecuencia, la masculinidad, como la feminidad, siempre está sujeta a contradicciones internas y rupturas históricas.

Necesitamos un modelo para la estructura de género que actúe, por lo menos, en tres dimensiones, que distinga relaciones de a) poder; b) producción y c) *catexis* (vínculos emocionales). Aunque se trata de un modelo provisional es bastante útil para reflexionar sobre la masculinidad.[10]

a) *Relaciones de poder*: el principal eje del poder en los sistemas de género europeo y estadounidense contemporáneos es la total subordinación de las mujeres y la dominación de los hombres (el denominado "patriarcado" según el movimiento de liberación de las mujeres). Esta estructura general existe a pesar de que la situación a veces se invierte en situaciones particulares (por ejemplo, mujeres que sostienen una familia, profesoras con estudiantes hombres), y se da a pesar de la existencia de diversos tipos de resistencia, articulados ahora en el feminismo. Estas inversiones y resistencias constituyen problemas continuos para el poder patriarcal y definen un problema de legitimidad que tiene gran importancia en la política de la masculinidad.

[10] Mitchell, 1971; Rubin, 1975. El modelo de tres partes puede verse en Connell, 1987.

b) *Relaciones de producción:* la división del trabajo debida al género es muy común en lo que respecta a la designación de tareas y, a menudo, alcanza un extraordinario grado de detalle. (En el poblado inglés que estudió la socióloga Pauline Hunt, por ejemplo, la costumbre era que las mujeres lavaran la parte interior de las ventanas de la casa, mientras que los hombres lavaban la parte exterior). La misma atención debe prestarse a las consecuencias económicas de la división del trabajo debida al género y a los dividendos que pueden acumular los hombres por la desigualdad en la distribución de los productos del trabajo social. Normalmente, la discusión se lleva a cabo en términos de discriminación salarial, pero también debe considerarse el carácter del capital relacionado con el género. Una economía capitalista que se desarrolla a través de la división del trabajo basada en el género es, necesariamente, un proceso de acumulación que también depende del género. Por lo tanto, el hecho de que sean los hombres, y no las mujeres, los que controlen las corporaciones más importantes y las grandes fortunas privadas no es ningún accidente estadístico, sino parte de la construcción social de la masculinidad. Por improbable que parezca, la acumulación de la riqueza se ha vinculado firmemente al ámbito reproductivo debido a las relaciones sociales de género.[11]

c) *Catexis:* como ya apunté en el capítulo 2, el deseo sexual se considera a menudo como algo tan natural, que normalmente se le excluye de la teoría social. Sin embargo, si consideramos el deseo en términos freudianos, esto es, como la energía emocional asignada a un objeto, queda claro el carácter que lo liga con el género. Lo anterior es verdad tanto para el deseo heterosexual como para el homosexual. (Es sorprendente que en nuestra cultura la selección de un objeto sexual sin género, el deseo "bisexual", se considere enfermo, desequilibrado e inestable). En consecuencia, las prácticas que dan forma y actualizan el deseo son un aspec-

[11] Hunt, 1980. Sin embargo, la economía política feminista marcha viento en popa; estas notas se basan en Mies, 1986; Waring, 1988; Armstrong y Armstrong, 1990.

> to del sistema de género. Según esto, podríamos hacernos preguntas políticas sobre las relaciones involucradas: si son consensuales o coercitivas, si el placer se da y se recibe equitativamente. Para los análisis feministas de sexualidad, se trata de preguntas agudas sobre la relación que existe entre la heterosexualidad y la posición de dominación sexual de los hombres.[12]

Debido a que el género es una forma de estructurar la práctica social en general, y no un tipo especial de dicha práctica, se relaciona inevitablemente con otras estructuras sociales. En la actualidad es común decir que el género se "intersecta" —mejor aún, interactúa— con la raza y la clase social. También podríamos añadir que de forma constante interactúa con la nacionalidad o la posición en el orden mundial.

Eso también tiene fuertes implicaciones en el análisis de la masculinidad. Las masculinidades de los hombres de raza blanca, por ejemplo, se construyen no sólo en relación con las mujeres blancas, sino también con los hombres negros. Paul Hoch, en su libro *White Hero, Black Beast* (*Héroe blanco, bestia negra*) apuntaba, hace más de una década, lo penetrante que son las imágenes raciales en los discursos occidentales de masculinidad. El temor de los blancos a la violencia de los hombres negros tiene una larga historia en los periodos coloniales y poscoloniales. El temor negro al terrorismo de los hombres blancos, cimentado en la historia del colonialismo, se basa continuamente en el control que tienen los hombres blancos de la policía, los juzgados y las prisiones de los países metropolitanos. Los hombres afroamericanos están sobrerrepresentados masivamente en las cárceles de Estados Unidos, lo mismo que los hombres aborígenes en las prisiones australianas. La frase "El Hombre", expresión que utilizan los negros en Estados Unidos, funde perfectamente la masculinidad blanca con el poder institucional. Como dice Ice-T, el cantante negro de rap:

[12] Gran parte del mejor trabajo que se ha escrito sobre la política de la heterosexualidad es de Canadá: Valverde, 1985; Buchbinder, *et al.*, 1987. La aproximación conceptual presentada aquí es de Connell y Dowsett, 1992.

> No importa si estás dentro o fuera. El *gueto* y la penitenciaría... todo está institucionalizado. El Hombre los controla... Desde 1976 abandonaron la rehabilitación de nuestros Hermanos (*Brothers*). Ahora sólo se les castiga. La respuesta del Hombre al problema ya no es la educación —son más prisiones—. Dicen: "No vamos a educarlos, vamos a encerrarlos, ¡carajo!" Así que cuando sales, tu cerebro ha muerto y el ciclo vuelve a empezar.[13]

Igualmente, es imposible comprender cómo se forman las masculinidades de la clase obrera sin considerar tanto su clase como su política de género. Lo anterior puede verse claramente en estudios históricos como el de Sonya Rose, *Limited Livelihoods* (*Supervivencia limitada*), realizado en la Inglaterra industrial del siglo XIX. El ideal de la virilidad y el autorrespeto obrero se construyó como una respuesta a las estrategias paternalistas y de despojo de la dirección; dicha construcción se dio al mismo tiempo y utilizando los mismos gestos que la construcción que se definía en contra de las mujeres obreras. La estrategia del "salario familiar", que disminuyó durante tanto tiempo los salarios de las mujeres en las economías del siglo XX, surgió de esta situación.[14] Por lo tanto, para comprender el concepto de género debemos siempre ir más allá del género. Lo mismo podemos decir de la situación inversa. No podemos comprender la desigualdad racial o mundial sin aproximarnos continuamente al género. Las relaciones de género son un componente fundamental de la estructura social como un todo, y la política de género es uno de los principales determinantes de nuestro destino colectivo.

LAS RELACIONES ENTRE LAS MASCULINIDADES: HEGEMONÍA, SUBORDINACIÓN, COMPLICIDAD, MARGINACIÓN

Conforme vamos reconociendo las relaciones que se establecen entre el género, la clase y la raza, también se ha vuelto común reconocer masculinidades múltiples: blancas y negras, obreras

[13] Entrevista a Ice-T en *City on a Hill Press* (Santa Cruz, Cal.), 21 de enero de 1993; Hoch, 1979.

[14] Rose, 1992, especialmente el capítulo 6.

y de clase media. Esto ha sido bueno, pero también se corre el riesgo de simplificar demasiado la situación, ya que es muy fácil, considerando este contexto, hablar de *una* masculinidad negra o *una* masculinidad obrera.

Reconocer que no hay sólo una masculinidad es el primer paso. También tenemos que examinar las relaciones entre las diversas masculinidades. Es más, tenemos que desmenuzar los mundos circundantes a la clase y la raza, y analizar las relaciones de género que operan en ellas. Después de todo, existen hombres negros gays y obreros afeminados, sin mencionar a los violadores de clase media y los burgueses travestis.

Para mantener un análisis dinámico y prevenir que el reconocimiento de la multiplicidad de las masculinidades se colapse en una tipología de personalidades, como le ocurrió a Fromm en *Authoritarian Personality* (*La personalidad autoritaria*), debemos centrarnos en las relaciones de género que se establecen entre los hombres. "La masculinidad hegemónica" no es un tipo de personalidad fija, siempre igual en todas partes. Se trata más bien de la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de las relaciones de género, posición que es siempre discutible.

Un punto de vista que se centre en las relaciones también ofrece mayor realismo. Reconocer masculinidades múltiples, especialmente en una cultura tan individualista como la de Estados Unidos, lleva consigo el riesgo de considerarlas como formas de vida alternativas, esto es, como cuestión de selección por un consumidor. Una aproximación a las relaciones facilita reconocer las fuertes compulsiones bajo las cuales se configura el género, la amargura y el placer derivados de la experiencia dependiente del género.

Considerando estas líneas generales, analicemos las prácticas y relaciones que construyen los principales patrones de masculinidad en el orden de género occidental actual.

Hegemonía

El concepto de "hegemonía", derivado del análisis que hizo Antonio Gramsci de las relaciones de clase, se refiere a la dinámica

cultural por medio de la cual un grupo exige y sostiene una posición de mando en la vida social. Sin importar cuál sea el momento, la cultura siempre preferirá alguna forma de masculinidad. La masculinidad hegemónica puede definirse como la configuración de la práctica de género que incorpora la respuesta aceptada, en un momento específico, al problema de la legitimidad del patriarcado, lo que garantiza (o se considera que garantiza) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres.[15]

Con esto no quiero decir que quienes de forma más visible portan la masculinidad hegemónica sean los más poderosos. Puede tratarse de ejemplos, como los actores de películas, o incluso figuras fantásticas, como los personajes de las mismas. Los portadores individuales del poder institucional o de grandes riquezas pueden estar lejos del modelo hegemónico en sus vidas personales. (Así, un miembro hombre de una prominente dinastía de negociantes fue figura clave del escenario social gay y travesti de Sydney durante la década de los cincuenta debido a la riqueza y la protección que podía dar en los años de la guerra fría contra el acoso político y policiaco).[16]

Sin embargo, la hegemonía sólo se establecerá si existe cierta correspondencia entre el ideal cultural y el poder institucional, colectivo sino es que individual. Así, los niveles más altos en los negocios, la milicia y el gobierno proporcionan una muestra colectiva muy convincente de la masculinidad, poco perturbada aún por las feministas o los hombres disidentes. La principal característica de la hegemonía es el éxito de su reclamo a la autoridad, más que la violencia directa (aunque la violencia a menudo apuntala o sostiene a la autoridad).

Es necesario enfatizar que la masculinidad hegemónica incorpora una estrategia "aceptada actualmente". Cuando las condiciones que defienden el patriarcado cambian, las bases de la dominación de una masculinidad particular se erosionan. Los

[15] Enfatizaré el carácter dinámico del concepto de hegemonía de Gramsci, que no es la teoría funcionalista de la reproducción cultural que siempre se presenta. Gramsci siempre imaginó una lucha social por el liderazgo en el cambio histórico.

[16] Wotherspoon, 1991 (capítulo 3), describe discretamente este contexto, sin mencionar a los individuos.

nuevos grupos cuestionan las viejas soluciones y construyen una nueva hegemonía. Las mujeres pueden desafiar la dominación de cualquier grupo de hombres. En consecuencia, la hegemonía es una relación históricamente móvil. Su flujo y reflujo son elementos clave de la descripción de masculinidad que proponemos en este libro. En el capítulo 8 examinaré su larga historia y en el 9 y 10 me referiré a los cuestionamientos más recientes.

Subordinación

La hegemonía se relaciona con la dominación cultural en la sociedad como un todo. Dentro de ese marco completo, se dan relaciones de dominación y subordinación específicas, entre los grupos de hombres, que se estructuran de acuerdo al género.

El caso más importante en las sociedades europea y estadounidense contemporáneas es la dominación de los hombres heterosexuales y la subordinación de los hombres homosexuales. Se trata de mucho más que una mera estigmatización cultural de la identidad homosexual o gay. Los hombres gays se encuentran subordinados a los hombres heterosexuales por toda una serie de prácticas materiales.

Los textos producidos en los inicios del movimiento de liberación de los hombres, como el de Dennis Altman, llamado *Homosexual: Opression and Liberation* (*El homosexual: opresión y liberación*), enumeran dichas prácticas y algunos estudios las documentan, como el informe de 1982 del NSW Anti-Discrimination Board, llamado *Discrimination and Homosexuality* (*La discriminación y la homosexualidad*). En la actualidad, estas prácticas todavía forman parte de la vida cotidiana de los hombres homosexuales, entre ellas la exclusión cultural y política, el abuso cultural (en Estados Unidos, los hombres gays son ahora el principal blanco simbólico de la derecha religiosa), la violencia legal (como el encarcelamiento bajo la acusación de sodomía), la violencia en la calle (que incluye desde la intimidación hasta el asesinato), la discriminación económica y los boicots personales. Por eso no sorprende que un obrero australiano, al reflexionar sobre su experiencia como producto de una cultura homofóbica, declarara:

No me había dado cuenta en realidad de lo que es ser gay. Es vivir una vida espuria.[17]

La opresión coloca las masculinidades homosexuales en el fondo de una jerarquía entre los hombres que se estructura de acuerdo al género. Para la ideología patriarcal, la homosexualidad es el depósito de todo aquello que la masculinidad hegemónica desecha simbólicamente, incluyendo desde un gusto quisquilloso al decorar la casa hasta el placer anal receptivo. Por lo tanto, desde el punto de vista de la masculinidad hegemónica, la homosexualidad se asimila con facilidad a la feminidad. De ahí la ferocidad de los ataques homofóbicos, desde el punto de vista de algunas teorizaciones sobre lo gay.

La masculinidad gay es la más conspicua, aunque no es la única masculinidad subordinada. El círculo de legitimidad también expulsa a algunos hombres y niños heterosexuales. El proceso se caracteriza por una gran variedad de términos que denotan el abuso: adamado, bujarrón, maricón, invertido, gallina, puto, maricón, mariposón, culero, cuatrojos, afeminado, pato, sodomita y muchos más.* Aquí también puede detectarse cómo los límites se confunden simbólicamente con la feminidad.

Complicidad

Como apunté, las definiciones normativas de la masculinidad se enfrentan al problema de que no muchos hombres se ajustan a los estándares normativos. Lo mismo puede decirse de la masculinidad hegemónica. La cantidad de hombres que practican rigurosamente el patrón hegemónico en su totalidad puede ser muy pequeña. Sin embargo, la mayoría de los hombres ganan con esta hegemonía, ya que se benefician de los dividendos del

[17] Altman, 1972; Anti-Discrimination Board 1982. Citas de Connell, Davis y Dowsett, 1993, p. 122.

* Los términos que utiliza Connell son *wimp*, *wilksop*, *nerd*, *turkey*, *sissy*, *lily liver*, *jellyfish*, *yellowbelly*, *candy ass*, *ladyfinger*, *pushover*, *cookie pusher*, *cream puff*, *motherfucker*, *pantywaist*, *mother's boy*, *four-eyes*, *ear'ole*, *dweeb*, *geek*, *milquetoast*, *cedric*. Decidimos poner algunos de los apelativos que se usan en el español.

patriarcado; en general, el hombre obtiene ventajas de la subordinación general de las mujeres.

Como vimos en el capítulo 1, las descripciones de la masculinidad normalmente se han ocupado de síndromes y tipos, no de números. Sin embargo, a la hora de pensar sobre la dinámica de la sociedad como un todo, los números son muy importantes. La política sexual es política de masas y el pensamiento estratégico necesita ocuparse de los lugares en los cuales se encuentran las masas de gente. Si una gran cantidad de hombres tiene alguna relación con el proyecto hegemónico pero no incorpora la masculinidad hegemónica, necesitamos una forma de teorizar su situación específica.

Esto puede lograrse si reconocemos otras relaciones entre los grupos de hombres: relaciones de complicidad con el proyecto hegemónico. Las masculinidades que se construyen en formas que aprovechan el dividendo del patriarcado, sin las tensiones o riesgos que conlleva estar en la vanguardia del patriarcado, son cómplices, según este punto de vista.

Es grande la tentación de considerarlas sólo versiones sutiles de la masculinidad hegemónica —la misma diferencia que existe entre los hombres que gritan cuando ven los juegos de futbol americano en la televisión y los que corren en el lodo y se tiran—. Sin embargo, la situación es más precisa y está mucho más amañada. El matrimonio, la paternidad y la vida comunitaria a menudo suponen compromisos profundos con las mujeres, y no una dominación evidente o una muestra incuestionable de autoridad.[18] Muchos hombres que aprovechan los dividendos patriarcales también respetan a sus esposas y madres, nunca son violentos con las mujeres, hacen lo que les corresponde en el trabajo de la casa, llevan su salario a la familia y están convencidos de que el feminismo se debe a extremistas como las que quemaban los brassieres el siglo pasado.

[18] Por ejemplo, las familias blancas estadounidenses descritas en Rubin, 1976.

Marginación

La hegemonía, la subordinación y la complicidad, como las definimos anteriormente, son relaciones internas del orden de género. La interacción del género con otras estructuras como la clase y la raza ocasiona nuevas relaciones entre las masculinidades.

En el capítulo 2 apunté la forma en la cual la nueva tecnología de la información se convirtió en un vehículo que redefinía las masculinidades de la clase media, en un momento en el cual el significado del trabajo de los obreros se cuestionaba. El problema no es el de una masculinidad de clase media fija que se enfrenta a una masculinidad obrera, también fija. Ambas se están reconformando por la dinámica social en la cual las relaciones de clase y género interactúan simultáneamente.

Las relaciones raciales también pueden llegar a ser parte integral de la dinámica entre masculinidades. En un contexto de supremacía blanca, las masculinidades negras desempeñan roles simbólicos para la construcción de género de los blancos. Así, los grandes deportistas negros son ejemplo de fuerza masculina, mientras que la figura fantástica del violador negro desempeña un papel importante en la política sexual entre los blancos, papel muy explotado por la política de derecha en Estados Unidos. A la inversa, la masculinidad hegemónica entre los blancos sostiene la opresión institucional y el terror físico que ha contextualizado la conformación de las masculinidades en las comunidades negras.

La discusión de Robert Staples sobre el colonialismo interno, en su libro *Black Masculinity* (*La masculinidad negra*), muestra el efecto de las relaciones de clase y raza en el mismo momento. Como sostiene Staples, el nivel de violencia entre los hombres negros estadounidenses sólo puede comprenderse a través del cambio de lugar que ha tenido la mano de obra negra en el capitalismo estadounidense, y los violentos medios utilizados para controlarla. El desempleo masivo y la pobreza urbana interactúan fuertemente con el racismo institucional para conformar la masculinidad negra.[19]

[19] Staples, 1982. La bibliografía estadounidense más reciente sobre la masculinidad negra (por ejemplo, Majors y Gordon, 1994), se ha distanciado preocu-

Aunque el término *marginación* dista mucho de ser el ideal, no puedo encontrar otro que explique mejor las relaciones entre las masculinidades de las clases dominantes y subordinadas, o de los grupos étnicos. La marginación siempre es relativa a la forma de *autoridad* de la masculinidad hegemónica del grupo dominante. Así, en Estados Unidos, los atletas negros pueden ser ejemplos de la masculinidad hegemónica. Sin embargo, la fama y la riqueza de las estrellas individuales no tienen ninguna consecuencia profunda que se traduzca en mayor autoridad social para los negros.

La relación entre la marginación y la autoridad puede existir también entre las masculinidades subordinadas. Un ejemplo notable es el arresto y condena de Oscar Wilde, uno de los primeros hombres atrapados por las redes de la moderna legislación contra la homosexualidad. A Wilde se le acusó debido a sus relaciones con jóvenes de la clase obrera homosexual, práctica que no fue atacada sino hasta que su contienda legal con un rico aristócrata, el marqués de Queensberry, lo volvió vulnerable.[20]

Estos dos tipos de relaciones —por un lado, hegemonía, dominación/subordinación y complicidad, y, por otro, marginación/autoridad— constituyen un marco en el cual podemos analizar masculinidades específicas. (Se trata de un marco disperso, pero la teoría social debe ser difícil). Quisiera enfatizar que términos como "masculinidad hegemónica" y "masculinidades marginadas" no designan tipos de carácter fijos sino configuraciones de la práctica generadas en situaciones particulares y en una estructura de relaciones mutable. Cualquier teoría realmente útil de la masculinidad debe explicar este proceso de cambio.

Dinámica histórica, violencia y tendencias a la crisis

Para reconocer el género como un patrón social requerimos considerarlo como un *producto* de la historia y también como un

pantemente del análisis estructural de Staples a la teoría de los roles sexuales; no sorprende el hecho de que la estrategia política que favorece es la de los programas de asesoría para resocializar a los jóvenes negros.

[20] Ellmann, 1987.

productor de historia. En el capítulo 2 definí la práctica ligada al género como ontoformativa, como constituyente de la realidad; el concepto exige que se considere la realidad social como dinámica respecto al tiempo. Normalmente pensamos en lo social como algo menos real que lo biológico, en lo que cambia como algo menos real que lo que permanece igual. Sin embargo, en la historia existe una realidad colosal. Se trata de la modalidad de la vida humana; precisamente lo que nos define como humanos. Ninguna otra especie produce y vive en la historia, reemplazando radicalmente la evolución orgánica con nuevos determinantes de cambio.

En consecuencia, reconocer la masculinidad y la feminidad como históricas no significa considerarlas frágiles o triviales. Lo que se consigue es localizarlas de manera firme en el mundo de la *agencia* social. Con ello surge una gran variedad de cuestionamientos acerca de su historia.

Las estructuras de las relaciones de género se forman y transforman con el tiempo. La bibliografía histórica normalmente ha considerado que el cambio se da desde afuera del género —de la tecnología o de la dinámica de clases, la mayoría de las veces—. Sin embargo, el cambio también se genera dentro de las relaciones de género. La dinámica es tan antigua como las relaciones de género mismas. No obstante, durante los dos últimos siglos ha sido definida con más claridad gracias a que surgió una política pública de género y sexualidad.

Con el movimiento a favor del sufragio femenino y los inicios del movimiento homofílico,* el conflicto de intereses involucrado en las relaciones de género se hizo visible. Los intereses se forman en cualquier estructura de desigualdad, lo que necesariamente define a grupos que sacarán ventajas (o se verán en desventaja) de manera distinta al sostener o cambiar la estructura. Un orden de género en el que los hombres dominan a las mujeres no puede evitar constituir a los hombres como un grupo de intereses preocupado por la defensa de la estructura, y a las mujeres como un grupo de intereses preocupado por cambiarla. Esto

* "Homofílico" es un término pasado de moda que fue utilizado en un principio en las organizaciones que luchaban por las libertades civiles y homosexuales. Significa prohomosexual y no sólo se refiere a la sexualidad.

es un hecho estructural, independiente de si los hombres como individuos aman u odian a las mujeres, o si creen en la igualdad o la subordinación extrema, e independiente de si las mujeres en realidad buscan el cambio.

Al hablar de ganancias patriarcales estamos refiriéndonos exactamente a la cuestión de los intereses. Los hombres obtienen una ganancia del patriarcado en lo que se refiere al honor, prestigio y derecho a ordenar. También obtienen una ganancia material. En los países capitalistas ricos, el promedio de los ingresos de los hombres duplica el promedio de los ingresos de las mujeres. (Las comparaciones más comunes de las proporciones de ingresos subestiman ampliamente las diferencias mismas, relacionadas con el género). Es mucho más fácil encontrar a hombres que controlen grandes bloques de capitales, como directores ejecutivos de grandes corporaciones o como dueños directos. Por ejemplo, de 55 fortunas estadounidenses con más de un billón de dólares en 1992, sólo cinco estaban en manos de mujeres —y en todos los casos, excepto uno, se debía a que lo heredaron de hombres.

Es mucho más común que los hombres tengan el poder estatal: por ejemplo, es diez veces más fácil encontrar a hombres como miembros de parlamentos que a mujeres (en promedio considerando a todos los países del mundo). ¿Será porque los hombres hacen casi todo el trabajo? No: en los países ricos, los estudios de tiempo y presupuesto muestran que las mujeres y los hombres trabajan en promedio más o menos el mismo número de horas al año (la diferencia está en qué tanto de este trabajo se paga).[21]

Si consideramos estos hechos, resulta que la "guerra de los sexos" no es cosa de broma. La lucha social surge de desigualdades como ésta. La conclusión es que la política de la masculinidad no puede preocuparse únicamente de la vida personal y la identidad. También tiene que plantear cuestiones de justicia social.

[21] Para los patrones de riqueza, véase la investigación sobre los millonarios estadounidenses de la revista *Forbes*, 19 de octubre de 1992. Sobre parlamentos, véase la investigación de 1993 de la Unión Interparlamentaria, incluida en el *San Francisco Chronicle*, del 12 de septiembre de 1993, y el United Nations Development Programme 1992, p. 145. Los resultados de los estudios que consideran los tiempos y presupuestos sorprenderán a más de una persona; véase Bittman, 1991.

Es difícil imaginar una estructura de la desigualdad a esta escala, que incluye el despojo masivo de recursos sociales, sin violencia. Lo que resulta sorprendente es que el género dominante es el que tiene y utiliza los medios de la violencia. Es mucho más común ver hombres armados que mujeres. Es más, en muchos regímenes estructurados con base en el género, a las mujeres se les prohíbe portar y usar armas (regla que, por si fuera poco, muchas veces se mantiene en los mismos ejércitos). Las definiciones patriarcales de la feminidad (dependencia, miedo) resultan en un desarme cultural que pudiera ser tan eficaz como uno físico. Los casos de violencia doméstica a menudo muestran a mujeres maltratadas, quienes, aunque físicamente son capaces de valerse por sí mismas, han aceptado las definiciones de quien las maltrata y se consideran incompetentes e indefensas.[22]

La situación ocasiona dos patrones de violencia. En primer lugar, muchos de los miembros del grupo privilegiado utilizan la violencia para sostener su dominación. La intimidación de las mujeres va desde los silbidos en la calle, el acoso en las oficinas, la violación y el asalto domésticos, hasta el asesinato cometido por el "dueño" patriarcal de la mujer —por ejemplo un marido separado—. Los ataques físicos van normalmente acompañados por el abuso verbal a las mujeres (en la música popular reciente que recomienda golpear a las mujeres se les llama putas). La mayoría de los hombres no atacan ni acosan a las mujeres; pero quienes sí lo hacen no se consideran desviados. Por el contrario, normalmente sienten que tienen una justificación plena, que ejercen un derecho. La ideología de la supremacía los autoriza a comportarse así.

En segundo lugar, la violencia se vuelve un elemento importante en la política estructurada con base en el género entre los hombres. La mayoría de los episodios de violencia grave (incluidos el combate militar, el homicidio y el asalto a mano armada) son transacciones entre hombres. El terror se utiliza como una forma de trazar límites y excluir, como en la violencia heterosexual contra los hombres gays. La violencia puede convertirse en una forma de reclamar o asegurar la masculinidad en las luchas

[22] Este argumento se basa en Russell, 1982; Connell, 1985; Ptacek, 1988 y Smith, 1989.

de grupo. Cuando el grupo oprimido obtiene los medios para la violencia, el resultado es un proceso muy explosivo —como lo atestiguan actualmente los niveles de violencia entre hombres negros en Sudáfrica y Estados Unidos—. La violencia de las pandillas de jóvenes en las calles urbanas constituye un ejemplo notable de la afirmación de masculinidades marginadas en contra de otros hombres, análoga a la afirmación de la masculinidad en la violencia sexual en contra de las mujeres.[23]

La violencia puede utilizarse para reforzar una política de género de características reaccionarias, como en los recientes ataques con bomba y los asesinatos en las clínicas de abortos en Estados Unidos. También debemos mencionar que la violencia colectiva entre los hombres puede abrir posibilidades de progreso en las relaciones de género. Las dos guerras mundiales del siglo XX produjeron transiciones muy importantes en el trabajo de las mujeres, resquebrajaron la ideología de género y aceleraron la formación de comunidades homosexuales.

La violencia es parte de un sistema de dominación, pero al mismo tiempo es una medida de su imperfección. Una jerarquía que estuviera fuertemente legitimada tendría menos necesidad de intimidar. La proporción de violencia contemporánea señala tendencias hacia la crisis (para usar un término de Jürgen Habermas) en el orden de género moderno.

El concepto de *tendencias a la crisis* tiene que distinguirse del sentido coloquial en el cual hablamos de una "crisis de la masculinidad". Como término teórico, *crisis* presupone un sistema coherente de algún tipo, que se destruye o restaura gracias a lo que la crisis produce. La masculinidad, como hasta ahora hemos visto, no es un sistema según este sentido. Más bien es una configuración de la práctica *dentro* de un sistema de relaciones de género. No podemos hablar de forma lógica de la crisis de una configuración; en su lugar hablaremos de su fractura o transformación. Sin embargo, sí podemos hablar lógicamente de la crisis de un orden de género como un todo, y de sus tendencias hacia la crisis.[24]

[23] Messerschmidt, 1993, pp. 105-117.

[24] Para el concepto general de tendencias hacia la crisis, véase Habermas, 1976; O'Connor, 1987; para su relevancia en el género, Connell, 1987, pp. 158-163.

Este tipo de tendencias a la crisis siempre incluirán a las masculinidades, aunque no necesariamente las fracturarán. Las tendencias hacia la crisis provocarán, por ejemplo, intentos de restablecer la masculinidad dominante. Michael Kimmel ha notado esta dinámica en la sociedad que vivió el cambio del siglo XIX al XX en Estados Unidos, en donde el miedo al movimiento a favor del sufragio femenino enfatizó el culto al hombre que trabaja al aire libre. Klaus Theweleit in *Male Fantasies* (*Fantasías masculinas*) analizó el proceso, aún más salvaje, que produjo la política sexual del fascismo después del movimiento por el sufragio y la derrota alemana en la primera guerra mundial. Más recientemente, la liberación de las mujeres y la derrota en Vietnam avivaron nuevos cultos a la verdadera masculinidad, en Estados Unidos, desde violentas películas de "aventuras", como la serie de Rambo, hasta la expansión del culto a las armas y lo que William Gibson, en un aterrador estudio reciente, llama "cultura paramilitar."[25]

Entonces, para comprender la forma en la cual se construyen las masculinidades actuales debemos rastrear las tendencias hacia la crisis del orden de género. No se trata de algo sencillo, pero se puede comenzar utilizando como marco contextual las tres estructuras de las relaciones de género que ya definimos en este mismo capítulo.

Las *relaciones de poder* muestran la evidencia más visible de tendencias hacia la crisis: el colapso histórico de la legitimidad del poder patriarcal y el movimiento mundial por la emancipación de las mujeres. El argumento se mantiene vivo gracias a la contradicción subyacente entre la desigualdad de los hombres y las mujeres, por un lado, y la lógica universalizadora de las estructuras del Estado moderno y las relaciones de mercado, por el otro.

La incapacidad de las instituciones de la sociedad civil, especialmente la familia, para resolver esta tensión provoca que el Estado actúe (desde la legislación familiar hasta en la política de población) de manera amplia, aunque incoherente, lo cual, a su vez, se convierte en el foco de la turbulencia política. Las masculinidades se reconfiguran alrededor de esta tendencia a la crisis

[25] Kimmel, 1987; Theweleit, 1987; Gibson, 1994.

a través del conflicto sobre las estrategias de legitimación y de las divergentes respuestas de los hombres al feminismo (capítulo 5). La tensión conduce a algunos hombres a los cultos a la masculinidad que acabamos de mencionar, pero a otros los lleva a apoyar las reformas feministas.[26]

Las *relaciones de producción* también han sido un lugar en donde se dan los cambios institucionales masivos. Es notable el gran crecimiento que tuvo, en los años de posguerra, el empleo de mujeres casadas en los países ricos y la aún mayor incorporación de la mano de obra de las mujeres en la economía monetaria de los países pobres.

Entre la contribución equitativa de los hombres y las mujeres a la producción y la apropiación de los productos del trabajo social, estructurados con base en el género, existe una contradicción esencial. El control patriarcal de la riqueza se sostiene por mecanismos hereditarios que, sin embargo, convierten a ciertas mujeres en dueñas dentro del sistema de propiedad. La turbulencia del proceso de acumulación estructurado con base en el género crea una serie de tensiones y desigualdades en las oportunidades que tienen los hombres para beneficiarse del mismo. Algunos hombres, por ejemplo, son excluidos de los beneficios por ser desempleados (capítulo 4); otros más obtienen ventajas de sus relaciones con las nuevas tecnologías físicas y sociales (véase capítulo 7).

Las *relaciones de catexis* han cambiado visiblemente al estabilizarse la sexualidad gay y lesbiana como alternativas públicas dentro del orden heterosexual (véase capítulo 6). Las demandas de las mujeres, relacionadas con el placer sexual y el control sobre sus propios cuerpos, que afectaron tanto a la práctica heterosexual como a la homosexual, sostuvieron este cambio.

El orden patriarcal prohíbe formas de emoción, afecto y placer que la sociedad patriarcal misma produce. Las tensiones se desarrollan alrededor de la desigualdad sexual y los derechos de los hombres en el matrimonio, alrededor de la prohibición del afecto homosexual (dando por sentado que el patriarcado constantemente produce instituciones homosociales) y de la amenaza que las libertades sexuales simbolizan para el orden social.

[26] Respuesta ampliamente documentada por Kimmel y Mosmiller, 1992.

Este esbozo de las tendencias hacia la crisis es una breve descripción de un tema muy extenso, pero tal vez sea suficiente para mostrar los cambios en las masculinidades desde una perspectiva bastante cercana a la realidad. El panorama es mucho más amplio de lo que las imágenes del rol sexual masculino modernas o el renacimiento de lo masculino profundo suponen. La economía, el Estado y las relaciones globales están involucradas, lo mismo que las relaciones personales y domésticas.

Las amplias transformaciones que las relaciones de género han sufrido alrededor del mundo producen cambios extremadamente complejos en las condiciones de la práctica a las que los hombres y las mujeres se tienen que enfrentar. En este ámbito de cambio, nadie puede ser únicamente un espectador ingenuo. Todos estamos comprometidos a construir un mundo de relaciones de género. La forma en la cual este mundo se construye, las estrategias que diferentes grupos siguen, los efectos que se obtienen, son cuestiones políticas. Los hombres, al igual que las mujeres, están encadenados a los patrones de género que han heredado. Los hombres también deben tener opciones políticas en un nuevo mundo de relaciones de género. Sin embargo, dichas opciones siempre se presentarán en circunstancias sociales concretas que limitarán aquello que puede intentarse; las consecuencias no son fáciles de controlar.

Comprender un proceso histórico tan profundo y complejo como el anterior no es una tarea para la teorización *a priori*. Requiere de una investigación concreta; de forma más exacta, de una serie de estudios que puedan ilustrar la dinámica mayor. Ése es el proyecto de la segunda parte del presente libro.

SEGUNDA PARTE

CUATRO ESTUDIOS SOBRE LA DINÁMICA DE LA MASCULINIDAD

INTRODUCCIÓN

En el capítulo 3 describí el marco conceptual del pensamiento sobre la masculinidad, que utilizaré en los siguientes cuatro capítulos. Presento el estudio de las historias de vida de cuatro grupos de hombres australianos, seleccionados para explorar las diferentes posibilidades de cambio en la masculinidad.

Reunir historias de vida es uno de los métodos de investigación más viejos en las ciencias sociales. Las historias de vida proporcionan documentación muy valiosa sobre la experiencia personal, la ideología y la subjetividad. Se trata de una justificación usual del método, detallada en *Documents of Life* (*Documentos de vida*), de Ken Plummer. Sin embargo, paradójicamente, las historias de vida también documentan estructuras sociales, movimientos sociales e instituciones. En otra palabras, ofrecen evidencias valiosas sobre los procesos impersonales y colectivos, además de sobre la subjetividad.

El argumento filosófico de *Search for a Method*, de Sartre, explica esta paradoja. Una historia de vida es un proyecto, una unificación de la práctica a través del tiempo (véase la discusión del psicoanálisis existencialista presentada en el capítulo 1). El proyecto documentado en una historia de vida es, en sí mismo, la relación entre las condiciones sociales que determinan la práctica y el mundo social futuro que la práctica conforma. Esto es, el método de la historia de vida siempre se ocupa de la formación de la vida social a través del tiempo. Literalmente, es historia.

Por esto, la historia de vida es un excelente método para el estudio del cambio social. William Thomas y Florian Znaniecki la utilizaron en *The Polish Peasant in Europe and America* (*El campesino polaco en Europa y Estados Unidos*), un sobresaliente clásico de la sociología empírica. En la actualidad es usada de la

misma manera, por ejemplo, en el estudio único que se realizó durante tres décadas Bob Blauner sobre las relaciones raciales en Estados Unidos, *Black Lives, White Lives* (*Vidas negras, vidas blancas*). Sin embargo, esta capacidad no es gratuita. La historia de vida además de ser uno de los métodos más valiosos de la ciencia social es también una de las que lleva más tiempo. Usarla para estudiar cambios sociales a gran escala requiere de jaloneos entre la profundidad y el alcance. Una historia de vida de la masculinidad, por ejemplo, no puede tomar como muestra a una gran población de hombres y al mismo tiempo profundizar extensamente en la comprensión de situaciones particulares.[1]

En lugar de extender demasiado la investigación, decidí concentrarme en algunas pocas situaciones en las que el rendimiento teórico fuera alto. Utilizando el análisis de las tendencias hacia la crisis en el orden de género (capítulo 3) intenté identificar grupos de hombres cuya construcción o integración de la masculinidad se encontrara bajo presión.[2] Este proyecto se centra en cuatro grupos en particular, seleccionados por las siguientes razones.

Las tendencias a la crisis en las relaciones de poder amenazan la masculinidad hegemónica directamente. Estas tendencias se destacan en las vidas de los hombres que viven y trabajan con feministas en espacios en los cuales la jerarquía estructurada de acuerdo al género ha perdido toda su legitimidad. Un espacio así es el del movimiento ambientalista. De una manera o de otra, los hombres que forman este movimiento tienen que lidiar con exigencias de reconstrucción de su masculinidad.

En el orden de género establecido, las relaciones de catexis se organizan principalmente a través de la pareja heterosexual. Éste

[1] Para defensores del método de historia de vida, véase Plummer, 1983; Mc Call y Wittner, 1990. Para el cambio social, Thomas y Znaniecki, 1927; Blauner, 1989. La discusión de Sartre del "método progresivo-regresivo", la teoría más importante del método de historia de vida (aunque no la más conocida en la ciencia social) está en Sartre, 1968. Estoy consciente de que la aproximación de Sartre al tema está estructurada de acuerdo al género; al usarla he considerado trabajos postestructuralistas sobre la subjetividad y el género como el de Weendon, 1987.

[2] A esta muestra podríamos llamarla estratégica, en lugar de representativa. La aproximación es común en la historia oral. En la sociología es común como "muestra teórica", según la explicación de la "teoría fundamental" (*grounded theory*), de Glaser y Strauss, 1997.

es el sentido supuesto del término *amor* en la cultura popular y tiene el apoyo masivo de las instituciones. La masculinidad se cuestiona necesariamente en las vidas de los hombres cuyo interés sexual está en otros hombres. Los hombres en las redes gay y bisexual se enfrentan a cuestiones relacionadas con el género tan serias como las de los ambientalistas, aunque la estructuración sea distinta.

En las relaciones de producción, la masculinidad se ha asociado con la idea de ser el proveedor, el que se gana el pan. Esta definición se ve presionada cuando a los hombres les es imposible ganar un salario. El desempleo estructural es ahora una realidad para porciones considerables de la clase obrera, especialmente entre los jóvenes. Por eso, el tercer grupo estuvo formado por jóvenes de la clase obrera sin trabajos regulares.

Otras tendencias a la crisis pueden detectarse en la corriente hegemónica. La masculinidad hegemónica se relaciona culturalmente tanto con la autoridad como con la racionalidad, temas fundamentales en la legitimación del patriarcado. Sin embargo, la autoridad y la racionalidad pueden ser puestas a un lado si se dan ciertas relaciones económicas y tecnologías mutables. Los hombres que ocupan puestos de clase media basados en el conocimiento técnico, pero sin la autoridad social del capital y las antiguas profesiones —hombres de "clase nueva", como ciertas teorías los llaman—, deben también iluminarnos sobre los cambios en el patrón de la hegemonía.

Las entrevistas siguieron el mismo plan general, con gran flexibilidad en cada conversación. Quienes hacían la entrevista pedían una narración ("La historia de su vida"). Nos centramos en las prácticas en las cuales se construían las relaciones, esto es, en lo que la gente en realidad hacía en los diferentes escenarios de su vida. Utilizábamos las transiciones que se daban entre instituciones (por ejemplo, el ingreso a la preparatoria) como pretexto para disparar recuerdos, aunque también pedíamos descripciones de las relaciones en las instituciones, como las familias y los lugares de trabajo. Buscamos evidencias para cada una de las estructuras del género (poder, trabajo y catexis) en distintos periodos de la vida. En una entrevista de campo no habría sido posible explorar los motivos del inconsciente. Sin embargo, buscamos las claves de la dinámica emocional al preguntar sobre

los primeros recuerdos, las constelaciones de familia, las crisis en las relaciones y los deseos para el futuro.

Cubrir esa agenda en una sesión y entrevista grabada rindió, en la mayoría de los casos, narraciones fascinantes y valiosas. En las discusiones de método recientes existe la tendencia a considerar cualquier historia como una ficción; a "leerla" considerando las figuras retóricas, los silencios motivados y las herramientas narrativas con las cuales el narrador, como autor, construye una narración con significado. Quien investigue con seriedad las historias de vida debe estar consciente de estas características de los relatos. Sin embargo, si lo único que vemos es el lenguaje, perdemos de vista el punto principal de las historias de vida —y menospreciamos el esfuerzo que quienes contestaban la entrevista hacían para contar la verdad—. Una narración autobiográfica es evidencia de lo que se encuentra más allá de su propio lenguaje. Esta evidencia no es necesariamente sencilla de usar; se necesita tiempo y esfuerzo para examinar la narración desde diferentes ángulos y compararla con otra evidencia. Mi trabajo en estas historias lo realicé en tres fases:

En la primera fase del análisis escuché las cintas, leí las transcripciones, hice índices y escribí sobre cada entrevista como si fuera un estudio de caso. En cada uno de ellos examiné al entrevistado desde tres puntos de vista: a) la secuencia narrativa de eventos, b) el análisis estructural, utilizando un esquema proporcionado por las tres estructuras de las relaciones de género, c) un análisis de dinámicas, rastreando la forma en que se hacían y deshacían las masculinidades, intentando aprehender el proyecto de género incluido. La escritura de cada estudio de caso fue tanto un intento de retratar a una persona como una reflexión del sentido del retrato como evidencia del cambio social.

En la segunda fase volví a analizar los estudios de caso en grupos. El objetivo era explorar las similitudes y diferencias en las trayectorias de hombres en ciertos lugares sociales y comprender su localización colectiva en el cambio a gran escala. Seguí un esquema derivado de la teoría de género para hacer que estas comparaciones fueran sistemáticas. Abstraje y volví a indexar los casos para que, al analizar cada tema, la totalidad del grupo fuera incluida, mientras que la forma narrativa de cada vida se preservara. Escribí el análisis para cada grupo, individualmente,

intentando hacer de cada reporte un retrato colectivo de hombres que se encontraban en procesos específicos de cambio. Estos reportes son la base de los siguientes capítulos.

Desmenucé este procedimiento tan laborioso,[3] en lugar de saltar directamente a las entrevistas, para enfatizar que los argumentos que siguen tienen una base sistemática. Las historias de vida son maravillosamente variadas, y es fácil dejarse llevar por personajes vívidos y episodios notables. El procedimiento que seguimos enfatiza de nuevo los lugares comunes y las rutinas prácticas de la vida social. A veces resulta aburrido, pero es esencial si queremos comprender los cambios que ocurren a gran escala.

No pretendo que estos cuatro estudios constituyan por sí mismos un mapa del cambio a gran escala. Su propósito es ilustrar situaciones particulares —las cuales, por las razones mencionadas, pudieran ser estratégicas—. Por esto, utilizo lo que descubrieron al discutir cuestiones más amplias en la tercera parte del libro. Los estudios se alimentan de los argumentos teóricos que aparecen en la primera parte.

No todo el proyecto resultó iluminador; la investigación no puede garantizar sus resultados desde el inicio. Algunas personas pensaron desde el principio que no valía la pena estudiar el

[3] Más detalles: las historias se reunieron en Nueva Gales del Sur, la mayoría, pero no todas en Sidney, 1985-1986. Algunas de estas historias no son parte de los grupos discutidos aquí. Las entrevistas duraron de dos a tres horas y se grabaron. Los participantes sabían cuál era el objetivo de nuestra investigación: explorar los cambios en la masculinidad y la vida de los hombres. Utilizamos un formato de "entrevista focalizada", con una agenda de temas definida, pero quien realizaba la entrevista tenía la flexibilidad para introducir los temas y hacer las preguntas como mejor considerara. Eran tres personas las que entrevistaban: una mujer y dos hombres (yo era uno de ellos, aunque fui quien realizó menor número de entrevistas). Las grabaciones se transcribieron completamente. Para preparar los estudios de caso utilicé tanto las transcripciones como las cintas, para tener así una idea completa del significado y las emociones involucradas. Completé 36 estudios de caso, cuya escritura me llevó hasta finales de 1988. Escribí los cuatro estudios de grupo, y algunos textos centrados en temas específicos entre 1989 y 1992. Para escribirlos tomé como ejemplo el trabajo de científicos y científicas sociales que utilizaron material de la historia de vida, como el de David Riesman, *Faces in the Crowd* (*Rostros entre la multitud*, 1952), pero también el de novelistas que escribieron sobre historias de vida, especialmente la maravillosa *Group Portrait with Lady* (1973), de Heinrich Böll.

conocimiento sobre este tema, como esta investigación lo mostró. El Australian Research Grants Committee (Comité Australiano de Becas de Investigación) financió el trabajo de campo puesto que era la institución encargada de hacerlo en ese entonces. Antes de publicar los descubrimientos, el proyecto fue atacado por el "Comité de Desecho" parlamentario federal de los partidos Liberal y Nacional (la coalición conservadora), por considerarlo un conspicuo desperdicio de los fondos públicos.

Tengo la alegría de poder publicarlo para que quien lea el libro pueda decidir libremente.

CAPÍTULO 4
VIVE RÁPIDO Y MUERE JOVEN

La discusión reciente sobre el cambio en la masculinidad se ha centrado en profesionales de clase media. Mucha de la discusión supone que los obreros y los trabajadores manuales son conservadores en lo que respecta a la política sexual, si no es que de plano reaccionarios.

Sin embargo, como muestra Judith Stacey, la clase obrera estadounidense ha sido la primera en constituir nuevas formas familiares. Los partidos obreros y laborales, según Lynne Segal, normalmente han sido más liberales en su política ligada al género que los partidos que tienen votos asegurados en la principal corriente.[1] Además, otras investigaciones influenciadas por análisis socialistas de las relaciones de clase ofrecen descripciones de la discriminación que sufre la masculinidad obrera.

Sus argumentos enfatizan el trabajo manual, las relaciones en el lugar de trabajo y el salario. Andrew Tolson, por ejemplo, argumenta que "en nuestra sociedad, el principal foco de atención es el salario". Un poco inconsistente, Tolson hace de la lucha en el lugar de trabajo el centro de su análisis de las emociones y la política masculinas. Paul Willis relacionó la masculinidad con la cultura de los lugares de trabajo y la forma salarial. Más recientemente, Mike Donaldson argumenta que "la conciencia de los obreros se forma en esencia a partir de las experiencias que viven en la familia y la casa, además de en el lugar de trabajo"; sus masculinidades se forman y debilitan a partir de la interacción entre estos ámbitos.[2]

[1] Stacey, 1990; Segal, 1990, pp. 294-319.
[2] Tolson, 1977, pp. 58-81; Willis, 1979; Donaldson, 1991.

Las condiciones del lugar de trabajo capitalista afectan la construcción de la masculinidad de los empleados. Pero las economías capitalistas no garantizan el empleo. Se estima que, al comenzar la debacle económica de los años setenta, treinta millones de personas se encontraban desempleadas en los países del OECD. El desempleo y el subempleo son crónicos en los países con economías menos desarrolladas. Muchos jóvenes crecen sin ninguna esperanza de obtener un empleo estable, alrededor del cual pueda organizarse algún modelo de masculinidad obrera tradicional. A largo plazo tendrán que enfrentarse a empleos intermitentes y a la marginación económica; en el futuro más inmediato sufrirán severas carencias. En condiciones como éstas, ¿qué le ocurre a la formación de la masculinidad?

El grupo y el contexto

Nuestra discusión se centrará en cinco jóvenes con quienes entramos en contacto a través de una agencia que trabaja normalmente con jóvenes desempleados. Sus nombres son Jack Harley (22), *Anguila* (c. 21), Patrick Vincent (17), Alan Rubin (29), Mal Walton (21). Todos reciben la retribución que les corresponde como desempleados y tienen una experiencia de empleo intermitente. Abandonaron la escuela a los 15 o 16 años, uno por expulsión y otros dos después de mostrar muy mal comportamiento. Uno es analfabeta y otros dos casi lo son. Considerados como un conjunto, se encuentran en los márgenes del mercado laboral.

También han tenido problemas con el Estado. Casi todos odiaban la escuela y las relaciones con sus profesores eran antagónicas y, a veces, violentas. De los cinco, cuatro han sido arrestados y dos de ellos estuvieron por lo menos dos años bajo custodia. Aunque su contexto es angloaustraliano, su estilo personal y su historia pasada los colocan en las "afueras" de la clase obrera "respetable". Tres de ellos montan en motocicletas y dos sienten pasión por el motociclismo.

Compararé sus experiencias con las de tres hombres de edades similares, con contextos de clase muy similares, que en la actualidad tienen una posición muy distinta en el mercado laboral. Stewart Hardy (24) es el experto en computadoras de un banco;

Danny Taylor (23) trabaja en las oficinas de una organización ambientalista; Paul Gray (26) trabaja temporalmente en las oficinas de una agencia de asistencia pública.

Los ocho son hijos de obreros y varios de ellos crecieron en hogares muy pobres. En este tipo de familias, la división entre quien lleva el dinero a la casa y quien se ocupa del hogar no tiene ninguna relevancia. En la mayoría de los casos las madres trabajaban cuando ellos eran pequeños. En algunos casos, y en diferentes momentos —en esta sección del mercado laboral normalmente se presentan pocos buenos tiempos y malos tiempos bastante pronunciados—, las madres eran quienes llevaban la parte más importante del dinero a la casa. Esto se acepta con facilidad; sólo uno de los ocho jóvenes expresa molestia por el hecho de que las mujeres ganen un salario.

Ninguno de ellos tenía una idea clara de que existiera alguna división instrumental y expresiva dependiente del género. Al igual que las jóvenes de clase obrera mencionadas por Linley Walker, estos muchachos no consideran a las mujeres especialistas emocionales o personas más expresivas y más preocupadas por los demás que los hombres.[3]

Las familias en las cuales crecieron presentaron dos patrones económicos contrastantes. En uno de ellos, la familia funcionaba como una cooperativa muy unida. El padre de Stewart Hardy era un obrero manual con muchas aptitudes, que trabajaba en el interior del país, viajando de propiedad en propiedad para encontrar trabajo. Su esposa viajaba con él y aumentaba el alcance de su trabajo. Por ejemplo, lavaba en las granjas en las que su padre trabajaba. Cuando Stewart estudiaba la preparatoria, su padre y su madre tenían contratos para limpiar casas y Stewart trabajaba también con ellos.

Los padres de Mal Walton ejemplifican el otro patrón. Mal jamás conoció a su padre, quien abandonó a la madre cuando estaba embarazada. Ella sostuvo a su propia madre y a Mal con el salario que obtenía como obrera en una fábrica y, después, en un parque de remolques.

Como las familias de obreros estadounidenses mencionadas por Stacey, éstas parecen haber sido posmodernas antes de que

[3] Walker, 1989.

la clase media lo fuera. No quiero decir que escogieran conscientemente estos patrones como formas alternativas de familia; es evidente que dos salarios son mejor que uno, pero algunas veces un hogar solamente puede arreglárselas para tener uno. El patrón de salarios dobles se dio en la familia de la señora Walton cuando su amante se fue a vivir con ella, dejando a su esposa e hijos. Mal se rehusó a aceptarlo como un padre sustituto, aunque sí aceptaba los regaños de su abuela.

El trabajo abstracto

Las entrevistas documentaron claramente las formas en las cuales el grupo se enfrentaba a cada una de las estructuras de las relaciones de género. Comencemos con las relaciones de producción. El punto crucial que las historias de vida revelaron fue que la masculinidad no se conforma en relación con *lugar de trabajo*, sino en relación con el *mercado laboral como un todo*, que conforma su experiencia como la alternancia de momentos de empleo y desempleo. Las historias específicas lo muestran más claramente.

Alan Rubin, el mayor del grupo, tiene más experiencia que los demás. Dejó la escuela a los 15 años, a pesar de que sus padres no estaban de acuerdo, después de tener problemas de conducta constantes. Consiguió un trabajo en una encuadernadora, tal vez gracias a su madre. Después consiguió un trabajo en el municipio local porque conocía a alguien ahí. Entonces viajó a Nueva Zelanda y se dedicó al surf. Se le acabó el dinero, entró a trabajar en una planta que ensamblaba automóviles, que odiaba —no porque no le gustara el trabajo manual, dice, sino porque los trataban como si estuvieran en un campo de concentración; quienes manejaban el lugar eran unos cretinos y quienes trabajaban ahí eran "hormigas robots"—. Cuando regresó a Australia viajó con algunos tahúres profesionales, después trabajó como clasificador de correo; "fue mi trabajo intelectual", dice sarcásticamente. Después de eso trabajó dos años pintando contenedores y ahorró dinero para viajar a Europa. De regreso en Australia, volvió a la misma rutina, sin "hacer nada fuera de lo normal", con su asignación como desempleado y, algunas veces, con algún tra-

bajo ocasional que no duraba mucho tiempo. Vive con su padre y su madre para ahorrar dinero.

Aunque ésta es la historia de trabajo más larga, su contenido es característico. Alan no tiene ninguna habilidad que pueda ofrecer, ninguna calificación o poder debido a su posición, y por lo tanto no tiene ninguna ventaja en el mercado laboral. Lo único que puede vender es precisamente lo que Marx denominó trabajo abstracto, el denominador común más bajo, la capacidad de hacer lo que casi cualquiera puede hacer:

> Se convierte en una fuerza de producción monótona y simple que no necesita utilizar ninguna facultad intelectual o corporal intensamente. Su trabajo se convierte en el trabajo que cualquiera puede hacer. Por lo tanto, siempre tendrá competidores.[4]

Desde el punto de vista de quien lo emplea, cualquier otro puede hacer el trabajo de Alan. Desde el punto de vista de Alan, cualquier actividad puede intercambiarse por otra —por lo menos en lo que al trabajo respecta—. Las relaciones humanas pueden hacer la diferencia. Ha trabajado en lugares al aire libre o cerrados. La descripción que hace de ellos muestra lo aburridos que fueron para él, su alienación parece poder cortarse con un cuchillo.

La reacción no es sorprendente si se considera que la capacidad para ganarse la vida depende del impersonal mercado laboral y de patrones que no tienen ningún interés en el obrero como individuo. La subsistencia es esencial para los adolescentes obreros, como Bruce Wilson y Johanna Wyn mostraron en su investigación en Melbourne.[5] Esta experiencia, al ingresar a la fuerza laboral, debe tener efectos fuertes. "La vulnerabilidad del mercado laboral" es una frase demasiado amable si consideramos que para estos jóvenes, y para las personas que forman parte de sus vidas, se trata de una realidad aplastante.

Por ejemplo, Jack Harley trabajó como esquilador, obrero, impresor, barman y conductor de camiones. No intenta ampliar sus habilidades porque ni siquiera siente que tiene alguna. To-

[4] Marx, 1969 [1849], p. 171.
[5] Wilson y Wyn, 1987.

dos sus trabajos han durado poco, y sólo toma lo que puede. Su esposa *de facto*, Ilsa, trabajó como telegrafista en un poblado, pero Telecom automatizó el trabajo y la despidieron. Consiguió empleo en una tienda. Después de tres meses, la actividad disminuyó y la despidieron otra vez.

El amigo de Jack, *Anguila*, intentó alejarse del trabajo abstracto y comenzó a aprender un oficio. Su primer patrón, después de tres meses de prueba —en los cuales le pagaba muy poco—, despidió a todos los aprendices, con excepción de uno, que por cierto no era *Anguila*. Volvió a empezar con otro patrón y esta vez conservó el trabajo. Después de tres años de trabajar ahí, la firma tuvo que cerrar. Como no fue capaz de conseguir otro empleo en las seis semanas que las reglas del oficio marcan como límite, otra vez se quedó como al principio.

Situaciones como las anteriores no lo hacen a uno optimista respecto a la economía. Jack Harley nunca ha tenido un trabajo duradero ni cree que pueda conseguirlo. Espera vivir de la asistencia pública y conseguir un trabajo de vez en cuando. Para él, el Comonwealth Employment Service (Servicio de Empleo del Estado) no sirve para nada, quienes trabajan ahí son "basura" y no tienen el menor interés en jóvenes sin habilidades. Es más fácil conseguir ayuda de la familia y los amigos.

La gente subsiste en el mercado laboral impersonal gracias a que mueve sus relaciones personales. Los primeros dos trabajos de Alan Rubin, como apuntamos, se debieron a sus relaciones. Jack trabajó para la tía de su esposa como barman, y para el padre de ella en un grupo familiar que viajaba alrededor del país esquilando por contrato. Su propio padre lo llevó en un viaje en motocicleta alrededor de Australia y le organizó un trabajo temporal como obrero en el distrito minero de Pilbara. Casi todas las historias laborales del grupo muestran la importancia de las relaciones personales, especialmente las familiares, al negociar el mercado laboral.

Al margen de lo anterior, Jack desarrolló lo que suavemente llamaremos un pragmatismo radical respecto a lo que representa ganarse la vida. No le importa en lo más mínimo si su esposa puede obtener un mejor trabajo que el suyo. Con el mismo tono de voz dice que, si puede conseguir un trabajo mientras le siguen pagando lo que le toca por no tener empleo, lo hará utilizando

otro nombre (lo que va contra las leyes). Cuando se relacionó con algún sindicato, sólo fue para manipularlo. Le gustaba el de transportistas, pero como perdió su licencia de manejo lo corrieron. No le gustaba el sindicato de esquiladores porque siempre había problemas, así que lo corrieron. Tomó un trabajo como rompehuelgas en una imprenta porque "necesitaba el dinero", así que ahora el sindicato del gremio lo tiene vetado.

Ninguno de los cinco jóvenes siente algún compromiso con los sindicatos. Considerando que el sindicalismo normalmente se basa en la solidaridad que se desarrolla con el tiempo en las industrias, no es difícil adivinar el porqué. Como forma de movilización obrera, el sindicalismo hegemónico no tiene ninguna relevancia para gente tan marginada por el mercado laboral.

Para algunos integrantes del grupo el pragmatismo radical se extiende hasta el crimen. En él encuentran cierto elemento que los divierte y emociona, especialmente el robo de autos, en el caso de los más jóvenes. Sin embargo, para la mayoría de ellos se trata de un tipo de trabajo. Mal Walton describe sus primeras experiencias, y lo que obtenían a cambio:

> Solíamos robarnos el dinero para la leche que se dejaba en las puertas de las casas . Abríamos coches y nos robábamos los estéreos para venderlos. Lo hacíamos porque... bueno, en realidad no me drogué sino hasta que dejé la escuela. Tal vez porque estaba aburrido ya que no tenía nada que hacer. No tenía trabajo... Perdón, sí trabajaba, pero me quedé sin nada algunas semanas después. Buscábamos estéreos, buenos estéreos... Valían como 500 dólares [australianos], algo así. Se los llevábamos a nuestro *dealer* y le decíamos "toma, danos un toque" o "danos dos toques", o lo que sea. Siempre hacíamos lo mismo. Tuvimos suerte porque nunca nos atraparon. Sí nos persiguieron, pero nos escapábamos; nunca nos atraparon. La única vez que me atraparon fue por robar un libro de cocina.

Es evidente que era mejor ser el *dealer*. Por lo menos uno de los del grupo lo fue y dice que ganó 300 dólares [australianos] a la semana. (La cantidad es muy alta considerando sus estándares de vida; posiblemente fue la mejor semana). Probablemente otros dos distribuyeron a menor escala. La venta de drogas no tiene nada de particular para ellos. Básicamente se trata de una

forma más de ganar algo de dinero, tan intermitente y arriesgado como cualquier otro empleo. La indignación moral del programa gubernamental llamado Drug Offensive (título militar con el cual se denominó al programa iniciado en 1986, que se basaba en una campaña antidrogas estadounidense) les tenía sin cuidado. También se puede pensar que quien vende muebles de segunda mano robados comete un delito.

La violencia y el Estado

La característica más sorprendente de la experiencia del grupo en las relaciones de poder es la violencia. Para un observador protegido por la academia, sus vidas parecen ser muy violentas. Las entrevistas mencionan abusos y palizas en la escuela, agresiones a un maestro, peleas con hermanos y padres, riñas en parques y fiestas, arrestos, agresiones en los reformatorios y en las prisiones, palizas a mujeres y homosexuales, peleas a golpes y con cuchillos. Otras formas de intimidación incluyen correr automóviles, camiones o motos a gran velocidad, por lo menos alguna persecución policiaca, bloqueo de caminos y un choque serio.

Los primeros recuerdos violentos de Pat Vincent comienzan en su familia. Su padre le daba fuertes palizas, por las cuales él no guarda resentimiento, aunque todavía tiene miedo de que su padre "llegue a niveles graves". Su hermana mayor lo trataba de la misma forma: "Si me molestas te pego en la cabeza". Tal vez para desquitarse, Pat se volvió agresivo con sus profesores, "lanzándoles una bola" [de insultos], excepto a dos que le caían bien. Finalmente, a uno de sus maestros le lanzó una silla y lo expulsaron de la escuela.

Relata que era violento con sus amigos —se peleaba todos los días cuando, a los doce años, asistía a su primer año en una escuela de educación media católica—. Sentía que la escuela no se interesaba en él, y quería "ser alguien; es mejor que te castiguen en la escuela a no ser nadie". "No era un don nadie". Entre los otros niños, pelearte daba cierto prestigio: "Si te peleabas y ganabas eras un héroe".

Sin embargo, dicho prestigio tenía sus límites. Pat nunca fue el líder de su grupo de amigos. Tal vez era demasiado violento, so-

bre todo cuando el grupo de amigos creció un poco más. El número de peleas disminuyó y con el tiempo "se le quitó la costumbre de pelearse". Ahora evitaría hacerlo, especialmente en contra de alguien "que te haría pedazos". Sin embargo, cuando lo mandaron a una institución juvenil tras arrestarlo por robo de auto, tuvo dos peleas en las que "los hice pedazos", tal vez intentando establecer una reputación de hombre peligroso en el reformatorio.

Pat Vincent, Jack Harley y *Anguila* expresan conceptos sobre las peleas tan similares que es evidente que se trata de un tema ideológico común en su contexto. La violencia está bien cuando se puede justificar, y siempre puedes hacerlo cuando el otro empieza. Para *Anguila* se trata casi de una ley:

> Estoy en contra de la violencia innecesaria. En aquella violencia que fue provocada, si alguien la provocó, creo que se merecen lo que encontraron.

De aquí puede deducirse cierta ética: existe la obligación de contestar la violencia. Sin embargo, en lo que respecta a la violencia contra las mujeres las opiniones se dividen. *Anguila* cuenta con cierto gusto cómo su grupo de motociclistas se libró de una mujer agresiva:

> No eran muchas, ni pocas. Está mi mujer, su hermana; algunos de los tipos jóvenes tenían novias. La mayoría de ellas eran muy calladas. A una puta que hablaba mucho... le dieron un puñetazo en la boca y desde entonces no sabemos de ella. Se le pasó la mano con uno de mis amigos. Él le dijo que si no se callaba le iba a dar una paliza. Pero ella siguió, así que él le pegó. Ella comenzó a resoplar, trajo a un fulano para que le pegara pero todos lo defendimos. Así que nos libramos de ellos rápidamente.

Es lógico que en su grupo no haya muchas mujeres. El mismo trato hacia ellas puede encontrarse en los grupos de motociclistas que creen en la supremacía masculina, en Estados Unidos.[6]

Sin embargo, Pat Vincent no está de acuerdo con este comportamiento. Para él, los hombres que golpean a las mujeres son

[6] Hopper y Moore, 1990.

"putos", término severo, ya que "cuando los chavos les pegan a las chavas" ellas no pueden defenderse. Se supone que las mujeres no pueden competir en el mundo violento de los hombres y no son participantes legítimas en un intercambio de agresiones físicas. Las peleas a golpes en la familia, o con las novias o esposas *de facto*, ocurren a menudo. Pero no se trata de algo de lo que se pueda estar orgulloso.

El poder institucional y la violencia organizada aparecen en la forma del Estado. El primer recuerdo de Paul Gray nos ilustrará este tipo de relación. En Navidad, su familia acostumbraba invitar huérfanos a su casa. En una ocasión, Paul tenía seis o siete años, iba con su familia por la carretera cuando:

> Vimos a un policía en su motocicleta, y entonces él [el huérfano] vociferó con todas sus fuerzas: "¡Cerdo!" Así que el policía nos persiguió y nos metimos en un hotel para ricos —y el policía se siguió de largo.

Sin embargo, son pocas las veces que los pobres se pueden hacer pasar por ricos; además, el brazo coercitivo del Estado castiga con fuerza a quien lo hace.

Sobre todo, estos jóvenes se enfrentaron al Estado en la forma de la escuela. La dinámica resultante es fundamental para el resto de sus vida y para el fracaso del sistema educativo público.

Para casi todos ellos, la escuela no es una experiencia que les dé algún tipo de poder. La autoridad escolar es una potencia extraña por lo que comienzan a definir la masculinidad en su contra. En ciertas circunstancias (por ejemplo el ataque a un maestro) el enfrentamiento los lleva hasta la policía y los juzgados. En otras circunstancias, abandonan la escuela o los "expulsan", siguiendo el esquema que Linley Walker ya había documentado respecto a las jóvenes de clase obrera, sin ningún tipo de calificación útil. El patrón es demasiado familiar en las escuelas que se ocupan de los jóvenes en desventaja, como la escuela en Nueva York estudiada por Michelle Fine.[7]

A Pat Vincent, debido a su violenta trayectoria escolar, lo expulsaron de dos escuelas y terminó su educación a los diez años.

[7] Walker, 1989; Fine, 1991.

Desempleado, comenzó a meterse con las drogas y discutió con sus padres debido al ultimátum que le pusieron. Su padre, un operador de excavadoras, le consiguió un empleo como aprendiz. (Debido a que se trata de una ocupación que no tiene un esquema organizado para un aprendiz, seguramente el significado de lo anterior es que llegó a un arreglo informal para que lo entrenaran). Pat cuenta lo que pasó entonces:

—*¿Cuánto tiempo duró tu aprendizaje?*

—Siete semanas.

—*¿Qué pasó?*

—Me encerraron, así que perdí el trabajo.

—*¿Por qué te encerraron?*

—Robo de autos y allanamiento. Me atraparon.

—*¿A dónde te mandaron?*

—A Alpha [un centro penitenciario juvenil], estuve una semana y media y me escapé. Me atraparon y me mandaron a Beta [una institución de mayor seguridad], estuve cuatro o cinco semanas y salí con una sentencia alternativa [una orden de servicios a la comunidad].

—*¿Por tu edad?*

—No, lo que pasa es que... me habían atrapado varias veces, pero tenía como dieciséis cargos... Me escapé tres meses, me dieron tres meses de sentencia... pedí una sentencia alternativa y... desde entonces no me he metido en problemas. Sigo afuera.

El relato incluye lacónicamente un año de entrar y salir de custodia, dos arrestos, lapsos de libertad bajo fianza, vigilancia, pactos legales y una educación rápida en los tecnicismos del sistema de justicia juvenil y las costumbres de los centros penitenciarios.

Pat no siente ningún rencor hacia la policía. Cuando lo arrestaron por primera vez, después de una persecución en un auto robado, pensó: "¡Carajo! ¡Se acabó! Pensé que me iban a matar". Pero la policía no fue tan dura como esperaba. Tampoco quienes trabajaban en los centros penitenciarios. Nunca lo violaron ni apalearon, como cuentan los rumores. Es más, describe al centro Beta como: "Vacaciones, chavas todas las noches". En realidad sólo estaba alardeando —se trata de ser rudo, lo que es parte imprescindible del estilo personal de Pat—. Está aprendiendo a moderar esta exhibición masculina. Pronto cumplirá dieciocho

años y, entonces, tendrá que enfrentarse a las prisiones para adultos, lo cual es una proposición distinta. Así que, por el momento, se mantiene al margen de problemas.

Sin embargo, entre una cosa y otra, Pat ya perdió algo. Desde el centro penitenciario escribió a su madre una carta muy punzante y ella ya no quiere hablar con él. La madre de Pat trabaja en una fábrica; es quien gana normalmente el salario para la familia, tiene la responsabilidad de la casa y posiblemente (el lenguaje de Pat es vago) sea la delegada del sindicato. Parece que ha intentado mantener a los hijos en su lugar y sacarlos de la pobreza. Los problemas policiacos de Pat y las quejas en contra de la familia, después de la expulsión de la escuela, fueron más de lo que ella estaba dispuesta a soportar. Pat vive con su hermano mayor.

Las experiencias de los otros son distintas en algunos detalles, pero la esencia es la misma. Jack Harley pasó de las instituciones juveniles a la prisión. A Mal Walton lo arrestaron por robo y salió bajo fianza. *Anguila* ha estado encerrado por lo menos una vez y a sus fiestas normalmente asisten policías. De los que no tienen empleo, sólo Alan Rubin no menciona haber sido arrestado; sin embargo, parece ser el mejor estratega. Entre los que tienen empleo, Paul Gray parece haber seguido los mismos pasos que Jack Harley, pasando de una institución juvenil a una prisión debido a cargos relacionados con las drogas.

Para esta clase social el poder estatal no es ninguna abstracción. Se trata de una presencia material en su vida. La fuerza del Estado no puede incorporarse al intercambio de violencia del grupo de amigos, aunque al inicio Pat Vincent así lo consideraba. La policía es el Gran Poder de la política callejera, y uno no puede contestarle enfrentándolo personalmente, por muy rudo que seas. La táctica que se debe aprender es la que los padres de Paul Gray utilizaron en la carretera —la evasión—. Así que los jóvenes aprenden a evadir la justicia, manipular el sistema de asistencia pública, encontrar las opciones legales más suaves, mientras pueden, sin convertirse en "putos".

Ninguno de los que estaban desempleados pudo aprovechar de alguna forma sustancial al Estado, pero uno de los que tienen empleo sí lo hizo. Stewart Hardy, después de abandonar la escuela y viajar a la ciudad, decidió que sus padres tenían razón

y que necesitaba alguna capacitación. Se inscribió en una escuela técnica, obtuvo el certificado de preparatoria y está tomando un entrenamiento de tercer nivel.

El factor decisivo fue la capacidad de Stewart para utilizar el sistema educativo en lugar de enfrentarlo. Su punto de vista proviene de la preparatoria. Stewart dedicó algún tiempo a ser un "rufián", pero no siguió por ese camino. A la mitad de su adolescencia construyó relaciones más pacíficas con sus maestros. Con algunos tropezones, consiguió mantenerse en el camino para tener un oficio y su masculinidad se organizó alrededor de conocimientos y cálculos, en vez de la confrontación.

La heterosexualidad obligatoria para los hombres

El despertar sexual de Paul Vincent se dio cuando tenía once años; se refiere al acontecimiento como "cosas de niños". No recuerda la primera vez que oyó hablar de esto, al parecer simplemente sabía cómo, pero sí recuerda su primer intercambio sexual, como a los trece años: "Me subí en una chava y cuando me di cuenta ya estaba dentro de ella. Nada más seguí y seguí". Para él, el sexo es algo casual y fácil de conseguir, es algo que siempre está a su disposición. La imagen que Pat tiene de sí mismo siempre incluye el sexo. No ocurre lo mismo con Alan Rubin, quien se burla de pláticas como: "¿has hecho esto, y esto otro, y esto, y esto otro?" Su primera cogida fue a los quince años:

—¿Quieres saber qué opiné del asunto?

—*Sí.*

—Pues no sé qué le ven... Resultó que era un tanto aburrido.

Sin embargo, su posición es la de la minoría. *Anguila*, como Pat, se entusiasma por "metérselas", aunque él empezó un poco más tarde, como a los diecisiete. Su primera vez fue con una mujer mayor que él, quien le "enseñó un chingo". Después comenzó relaciones con mujeres de su edad:

Salía con otra y se mudó a Gamma [otra ciudad]. Seguíamos andando mientras vivía allá, algo así. Tenía planeado ir a verla, más o me-

nos un mes, para ver cómo le iba y todo eso. Mientras tanto conocí a esta otra con la que estoy ahora. Sólo para calentar la cama, me entiendes, ¿no?... Una semana antes de que fuera a Gamma, ésta me dice que está embarazada. Me enfurecí. En fin... Me fui a Gamma y no iba a regresar. Al final regresé y dos meses después terminé con la de Gamma. De todas formas siempre estoy cerca por el niño.

El antagonismo de *Anguila* hacia las mujeres es claro. Habla con dureza de su madre: "Me hace la vida imposible y yo, pues se la hago también imposible"; de la nueva mujer de su padre opina: "Es una puta"; de la madre de su esposa: "Es una pinche puta", lo mismo que de su esposa:

—Bueno, es mi mujer, pero en la primera oportunidad que tenga me deshago de ella.

—*¿Por qué?*

—No puedo vivir con ella. Llevamos juntos, ¿cuánto?, tres años, pero ya estoy harto.

—*¿Qué es lo que hace?*

—Pues... es lo que dice, cómo hace las cosas, cómo se preocupa de pura mierda... siempre quejándose de que no la llevo a ninguna parte.

¿Por qué las mujeres soportan este tipo de trato? Sin duda, el sexo debe ser excitante y placentero. Sin embargo, probablemente la respuesta es que no tienen otra alternativa. Gayle Rubin (obligatory heterosexuality) y Adrienne Rich (compulsory heterosexuality), llamaron "heterosexualidad obligatoria" a las presiones sociales y culturales que se imponen las mujeres para hacerse sexualmente disponibles a los hombres, sin importar lo que reciban. Lo que falta añadir es que, como puede verse en estas historias de vida, la heterosexualidad obligatoria también se aplica a los hombres.[8]

Y se aplica hasta el nivel en el cual se relacionan con sus propios cuerpos. Mal Walton aprendió accidentalmente a masturbarse, y le gustó:

[8] Rubin, 1975; Rich, 1980.

Entonces comencé a masturbarme mucho —demasiado—. Se te mete y no puedes dejarlo. De verdad. Leí un libro que decía que si te masturbas demasiado es porque tu mano es más dura que una vagina y te acostumbras a esa dureza. Entonces, cuando vuelves a ir con una mujer, pues ya no te gusta.

—*¿Te pasó eso a ti?*

—Sí. Por eso tuve que dejar de masturbarme. Ya no me pasa. En cuanto me di cuenta de lo que podía pasarme, me asusté.

Así que el cuerpo masculino tiene que disciplinarse para la heterosexualidad. Y eso incluye no sólo el cuerpo propio, sino el de los demás. *Anguila* tiene un amigo, Gary, que "es casi como un hermano... hacíamos todo juntos; nos encerraron juntos, peleamos juntos, nos divertimos juntos". Una noche, Gary casi mata a *Anguila* con un rifle calibre 22 cuando, borrachos, discutían porque *Anguila* había insultado a una ex novia de Gary. Sin embargo, su opinión respecto a cuidar la sexualidad masculina es la misma:

Hay muchachos con los que me cuesta relacionarme... solíamos gritar y golpear a los que estaban en Cross, Gary y yo, y otros fulanos [King's Cross se encuentra cerca del centro de la vida social gay en Sydney].

Anguila tenía problemas al respecto porque su hermano mayor "se volvió raro". *Anguila* posee un sentido del humor bastante agudo y reconoce las habilidades de su hermano para manejar el contexto homofóbico:

Todos sus amigos son invertidos y *yuppies*, maricones. Viene a visitarnos a mí y a mamá. Y mis amigos están en casa —todos son como yo—. Él se siente tan raro cuando está en casa y están mis amigos, como yo cuando voy a su casa. Pero lo sabe llevar bastante bien. Cuando viene a la casa, intenta disimularlo y como que está de los dos lados al mismo tiempo. Cuando mis amigos no están, él vuelve a ser como es normalmente. No exagera tanto como cuando no están. Para no tener problemas, ni meternos a mí o mamá en problemas.

El hermano creció en la misma escuela de agresiones que *Anguila*, pero era más grande y más fuerte: "Me levanta y me gol-

pea si me meto con él —¡y duele!—". Así que *Anguila* ya no va a King's Cross. "Mientras se mantengan fuera de mi camino, no me interesa lo que hagan".

La sexualidad que los cinco reconocen es exclusivamente heterosexual. Pero, en la clase obrera, como lo ha mostrado la investigación que se realiza sobre el SIDA,[9] las posibilidades homosexuales son muchas. Paul Gray se encontró con estas posibilidades: a una edad muy temprana tuvo encuentros sexuales con un amigo en la primaria. Su primera cogida y su primera relación fueron con una mujer, fueron crudas y poco satisfactorias: "se la metía y la sacaba, se la metía y la sacaba, nada más". Entonces descubrió los lugares a los cuales los hombres acuden para establecer contactos homosexuales anónimos:

> Después de eso descubrí los baños, el sexo era los baños. Vi lo que estaba escrito en las paredes. Y exploré ese mundo. Me gustaba. Pero cuando se acabó quise irme. No quise nunca quedarme toda la noche.

Es posible que ganara dinero con este tipo de actividades. A pesar de haber establecido varias relaciones con hombres, jamás adoptó una identidad social gay. Sin embargo, tampoco adoptó una masculinidad heterosexual. Con el tiempo encontró una solución más radical, que discutiremos más adelante.

La masculinidad como una práctica colectiva

Las respuestas a las circunstancias de la vida de estos hombres son tanto colectivas como individuales, como puede observarse en la discusión que *Anguila* hace de su grupo de motociclistas:

—No era una pandilla, en realidad

—*¿O sea que no eran como los Hell's Angels?*

—No, nada como ellos. Sí nos divertíamos tanto como ellos, pero no éramos tan famosos. Solíamos ir en *rallies* de fin de semana, viajábamos de día, de noche, íbamos a fiestas y todo eso.

[9] Connell, Davis y Dowsen, 1993.

—¿Todos se drogaban y armaban escándalos?

—Sí, nos divertíamos mucho. Conseguíamos algunas onzas y las compartíamos... algunos gramos de *speed* estimulantes o lo que fuera. A veces alguien llevaba un poco de heroína, o cocaína, y la compartíamos, nos poníamos idiotas. Alguna vez demolimos una casa que yo rentaba, destruimos el lugar. Había fiestas cada noche. Yo me había salido de mi casa y rentaba un lugar con un tipo del trabajo —otro tipo más vino a vivir con nosotros, y dos chavas—. Nos echaron del lugar y conseguimos otro en Delta Road. Teníamos fiestas todas las noches. Siempre llegaba alguien con algo de beber, o algo de *nieve*. A veces los policías llegaban y tomaban las placas de nuestras motos. Había unas veinte motos estacionadas frente a la casa cada noche, todos los días de la semana. Era como una gran fiesta, ya que muchos de nosotros estábamos normalmente desempleados y no teníamos otra cosa mejor que hacer.

A menudo las fiestas eran violentas. Ya cité la descripción que hizo *Anguila* de cómo en una de ellas callaron violentamente a una "puta que hablaba mucho". La mayoría de las veces las broncas eran entre los hombres.

No se trata de violencia psicótica, sin control. Se define e incluso controla socialmente. *Anguila* y sus amigos echaban a quienes eran demasiado agresivos para mantener un buen ambiente en el grupo:

—¿Cómo se lleva la gente en el grupo?

—Muy bien, normalmente era fantástico. A veces había alguien que sólo abría la boca para joder, siempre. Pero enseguida los echábamos. Fuera de eso, todos nos llevábamos bien. Todavía nos llevamos bien.

La violencia real normalmente queda confinada al grupo para que no llame la atención de la policía. La violencia hacia fuera es bastante simbólica, como cuenta *Anguila*:

—¿Se peleaban mucho?

—No, la verdad eran pocas... La mayoría de la gente nos veía y se iba. Nada muy emocionante. Cualquiera que fuera tan valiente para responder, terminaba haciéndose para atrás y yéndose.

—¿Sólo eran con gente rara o...?

—No, creo que se debía a cómo nos vemos. Muchos de nosotros teníamos aretes y tatuajes, íbamos en motocicletas. Con eso basta para asustar a la gente normal. Así que, en realidad, casi todas las peleas eran entre nosotros —más bien eran desacuerdos.

Las excepciones eran ciertas excursiones que hacían para golpear homosexuales y, tal vez, inmigrantes asiáticos.

Anguila menciona explícitamente que su grupo no es el de los Hell's Angels, ni siquiera los Comancheros o Bandidos, los dos grupos involucrados en la "masacre del día del padre", en 1984, en Milperra, en los suburbios de Sydney. Sin embargo, sí se trata del mismo medio, una red de grupos de motociclistas "fuera de la ley" que se desarrolló en las décadas posteriores a la guerra en Australia y Estados Unidos. Chris Cunneen y Rob Lynch rastrean el conflicto creciente entre estos grupos y la policía, que culminó con los desórdenes anuales en las carreras de motos en Bathurst. Sus análisis del papel que desempeñó el poder estatal en estos conflictos son analogías muy cercanas a estas historias de vida.[10]

Como vimos en el capítulo 1, la ciencia social ha reconocido cada vez más la dimensión colectiva de la masculinidad, y la evidencia presentada aquí apoya este concepto. Evidentemente la práctica individual también es importante. *Anguila* usa aretes, lleva el pelo largo recogido en una coleta, tiene tatuados los dos brazos y posee una moto. Si estuviera solo, esto no significaría gran cosa. El *grupo* es el que porta la masculinidad, en pocas palabras. En un medio distinto, *Anguila* lleva las de perder. En la actualidad toma un curso corto en una escuela técnica y sus experiencias ahí son un buen ejemplo de la importancia de su medio.

Se me hace difícil hablar con las mujeres, especialmente con las de la escuela. Hay una con la que no me molestaría involucrarme. No me gustaría decir algo que no debiera decirle... Son de una clase totalmente distinta... A veces me vuelvo loco porque le doy un aventón a ella, a otra y a [un amigo] a sus casas, y ella es la última que dejo

[10] Cunneen y Lynch, 1988; Hopper y Moore, 1983, sobre Estados Unidos.

cuando voy al trabajo. Podemos estar quince minutos en el coche sin decir ni una palabra. Es que no se me ocurre qué decirle ni cómo.

Como se ve, la situación es distinta a la que se presenta cuando sólo "era cuestión de calentar la cama", situación en la que sí se siente cómodo.

En otros casos, los grupos de amigos no son tan cerrados. Pat Vincent, por ejemplo, no es motociclista y su grupo social es más variado. Se lleva muy bien con su mejor amigo, van juntos a surfear, salen a "divertirse" y pasan mucho tiempo hablando —aunque, aclara Pat, no hablan de nada personal—. Parece tratarse de una relación rutinaria en la que puede sostenerse una masculinidad aceptable. Pat es homofóbico ("¡Deberían matarlos!"). Su amigo y él están de acuerdo en que su relación jamás debe conducirlos a ningún "homoerotismo".

Las entrevistas muestran que en el amplio contexto en el cual crecieron todos estos jóvenes existen tensiones significativas en la ideología sexual. Una misoginia estrecha y desdeñosa, en la cual las mujeres son esencialmente receptáculos de semen, coexiste con un punto de vista que es mucho más respetuoso y que, incluso, llega a admirar la fuerza femenina. Algunas veces estos dos puntos de vista coexisten en la misma cabeza. La homofobia es común pero no universal. Algunos de los jóvenes aceptan que lo mejor es "vivir y dejar vivir". Temen a la paternidad porque significa compromisos, pero también la desean, especialmente en el caso de un niño. El enojo en contra de las novias por embarazarse —nunca piensan que ellos tienen la culpa— se enfrenta a cierto deseo práctico por vivir juntos y compartir el cuidado infantil. La denuncia ritual a las extremistas feministas que podíamos esperar de la mayoría de los hombres que entrevistamos camina al lado de proposiciones directas e inconscientes a favor de la igualdad sexual. Pat Vincent, por ejemplo, no sabía qué significaba el feminismo; pero cuando quien le hacía la entrevista se lo explicó, estuvo totalmente de acuerdo:

Creo que las mujeres deberían tener los mismos derechos. Creo que los tienen. Aun así todavía hay tipos con prejuicios que dicen que las mujeres no pueden hacer esto, o lo otro. Creo que pueden hacer lo mismo que nosotros.

Estas tensiones ideológicas se sobrepasan de diferentes formas por diferentes hombres, y no parece haber ninguna relación evidente con la posición social. Parece que no se está formando ningún proceso colectivo que las resuelva.

La masculinidad que protesta

Volviendo al nivel de la personalidad, exploré las historias de vida con todo detalle, buscando patrones de emociones. Las ideas psicoanalíticas ortodoxas no fueron de mucha ayuda. En comparación con una familia burguesa convencional y considerando el orden económico en este contexto, parecía menos probable que la identificación primaria se diera con la madre; sin embargo, tampoco había un patrón claro de identificación con el padre.

Lo más sorprendente es que hay pocas indicaciones del vínculo emocional derivado de las diferencias de género que esperaríamos de los análisis de masculinidad.

Por ejemplo, a Jack Harley, un motociclista con un historial violento y criminal, no le molesta quedarse en casa encargado del cuidado infantil si su esposa puede conseguir un trabajo mejor pagado que el de él. Varios de sus amigos lo hacen también. Espera poder prepararse para trabajar en un bar. Lo que le gusta del asunto es la dimensión humana, la oportunidad de conocer gente y escuchar sus problemas. No suena verdaderamente masculino; es más, podría considerarse trabajo de mujeres, la clásica función de una mesera en un bar.

Lo que puede observarse de esto es una combinación de límites muy precisos determinados por el género y una notable indiferencia (desde el punto de vista burgués) a su contenido psicológico. La diferencia se confina a la sexualidad y la violencia, funciones inmediatas del cuerpo. Jack es homofóbico y está preocupado porque ahora hay más gays y lesbianas que antes. Pero tiene la solución. El sexo con un hombre está bien si el hombre quiere convertirse en una mujer (lo cual implica una cirugía transexual), pero no es lo correcto si se sigue siendo un hombre.

Este punto de vista respecto a la diferencia, en el contexto de pobreza en el que estos hombres viven, tiene una lógica psicodi-

námica que otra teoría puede explicar. Consideremos una trayectoria personal con más detalle.

Mal Walton es hijo único y su padre lo abandonó antes de nacer. Hasta hace muy poco, siempre vivió con su madre y su abuela:

> —*¿Cómo fue vivir con tu mamá y tu abuela?*
>
> —Difícil.
>
> —*¿Por qué fue difícil?*
>
> —Eran dos mujeres. Nunca tuve a un hombre que me pusiera en mi lugar. Siempre hice lo que quise, pero sí me hubiera gustado tener un papá. Para que me diera mi merecido y me dijera: "Te portaste mal". Siempre he hecho lo contrario. Le daba a mamá su merecido y le decía: "No, quiero hacer esto".

Sin embargo, rechazó los esfuerzos de su madre para que aceptara la autoridad de un padrastro. A la única que escuchaba era a su abuela. Al inicio de su adolescencia ya era incontrolable desde el punto de vista de la madre; fuera toda la noche, cogiéndose a las chicas. En la escuela tampoco pudieron con él, a pesar de que lo castigaban de forma salvaje. Mal se rehusó a aprender; se le consideró un destructor y se le mandó a una clase especial con los más atrasados. Paulatinamente dejó de asistir a la escuela. En cuanto su situación legal se lo permitió, la abandonó por completo sin haber aprendido a leer. Esto lo coloca en una situación desesperante en el mercado laboral. Trata de ocultar su analfabetismo a la oficina de empleos y a sus patrones.

En su adolescencia cometió delitos menores. Cuando dejó la escuela cometió robos más serios para poder pagar su marihuana. Lo arrestaron a los quince años, pero salió bajo fianza y consiguió mantenerse alejado de los juzgados. Después de pasar tres años a la deriva, principalmente cobrando su asignación como desempleado, decidió cambiar y consiguió varios trabajos de corto plazo, incluyendo "dinero sucio". Así pudo comprarse una moto y hacerse tatuajes; después chocó y se lesionó gravemente. Ahora vive con su novia en lo que es su primer hogar lejos de su madre y le cuesta conservarlo. Debe 2 000 dólares [australianos] e intenta conseguir un trabajo ilícito para pagarlos.

La práctica ligada al género en este caso es la misma que la de Pat Vincent, Jack Harley, *Anguila* y Paul Gray (hasta la mitad

de la adolescencia): violencia, resistencia a la escuela, delitos menores, drogas pesadas y alcohol, trabajos manuales ocasionales, motocicletas o coches, relaciones heterosexuales cortas. Hay algo llamativo y extraño en el asunto. *No* se trata sólo de adoptar el estereotipo convencional de masculinidad, como Paul Willis apunta de manera muy perceptiva en su estudio de caso a los motociclistas de Gran Bretaña.[11] Por ejemplo, a Mal no le interesa el deporte, lo encuentra "aburrido". Lo mismo opina Pat Vincent, aunque no *Anguila* —su apodo se debe a que en su infancia era un seguidor fanático de las Anguilas, un equipo de la liga de rugby de Parramatta.

Esta práctica tiene mucho que ver con lo que Alfred Adler denominó "protesta masculina". El concepto de Adler (discutido en el capítulo 1) define un patrón de características que surgen de la experiencia infantil de la impotencia, y resultan en un reclamo exagerado del poder que la cultura europea vincula con la masculinidad. Entre estos jóvenes también se presenta una respuesta a la impotencia, un reclamo a la posición del poder estructurada con base en el género, una exageración presionada (golpear tipos, manejar de forma salvaje) de las convenciones masculinas.

La diferencia es que se trata de una práctica colectiva, no de algo que está dentro de una persona. Patrones muy similares se presentan en la práctica colectiva de las pandillas callejeras, de clase obrera y especialmente de minorías étnicas, en Estados Unidos.[12] No parece existir ningún patrón de desarrollo igual, excepto, claro, el nivel de tensión ocasionado por la pobreza y un medio violento. A través de la interacción con este contexto, el niño que crece aprende a mostrar una fachada tensa, extraña, reclamando un poder en donde es evidente que no hay recursos reales para obtenerlo.

Estos jóvenes tienen una gran preocupación por mantener dicha fachada, gastan muchas energías en exhibir cierto aspecto. En el caso de Patrick Vincent siento que estoy en presencia de un sistema falso del yo, una personalidad aparentemente rígida y condescendiente con las demandas de su contexto; sin embargo,

[11] Willis, 1978.

[12] Messerschmidt, 1993, cap. 4.

detrás de ella, no se tiene organizado carácter alguno. Me da miedo. Tanto *Anguila* como Mal Walton hablaban de que, cuando tenían algo ahorrado, lo gastaban en parrandas que llegaban al límite. *Anguila* se asustó de sí mismo:

—En dos meses llegué tres veces al límite, sólo con *speed*. Estaba hasta atrás. Perdí dos meses. No sabía si iba o venía.

—*¿Lo disfrutaste?*

—Sí, lo disfruté, todavía me gusta, pero ya no llego tan lejos como antes.

—*¿A qué se debe este cambio?*

—Después de dos meses me di cuenta de cuánto había cambiado. Me enojaba mucho. Si alguien decía lo que no debía decir me enfurecía. Le pegaba a la gente y rompía las cosas en mi casa. Rompí las paredes a puñetazos, rompí las ventanas y otras cosas, así que...

La masculinidad que protesta en este sentido no es sólo la adecuación a un rol masculino estereotípico. Es también compatible con el respeto y la atención a las mujeres (en el caso de Mal Walton, a diferencia de la misoginia de *Anguila*), con puntos de vista que aceptan la igualdad de los sexos (Pat Vincent), con el afecto por los niños y las niñas (Jack Harley) y con una necesidad de exhibirse que en términos del rol convencional es decididamente femenina. Mal Walton es una obra de arte viviente. Su cuerpo está adornado con tatuajes, mismos que planeó y financió a lo largo de los años con el mismo cuidado que si se tratara de un guardarropa de *Vogue*.

OTRAS TRAYECTORIAS

Alan Rubin se salió de control cuando era niño, holgazaneó algún tiempo y abandonó la escuela a los quince años. Ha permanecido en el mismo medio social y las mismas circunstancias económicas que los hombres mencionados. Sin embargo, construyó un estilo personal "bohemio" (utilizando su palabra), intelectual, irónico. Critica a los "güevones" de clase obrera, borrachos e ignorantes, y a las "putas", pero su posición no es antagónica res-

pecto a los gays. Creo que ha reconocido la masculinidad que protesta y se ha distanciado conscientemente de ella.

Ya describí la carrera educativa interrumpida de Stewart Hardy. Su padre, un "luchador", no tuvo mucha comunicación con él, con excepción de las ocasiones en que le pedía dinero. Stewart se sentía más cercano a su madre, pero también se peleaba con ella, especialmente cuando el padre llegaba borracho y Stewart se le enfrentaba.

En este espacio había poco que valorar, así que construyó su vida en otro lugar, social y geográficamente. Se distanció de las pandillas de la escuela, después de compartir su estilo agresivo. Su siguiente salida fue la religión. Se involucró, gracias a unas jóvenes, con una iglesia fundamentalista que absorbió sus energías durante varios años y lo separó de sus rudos compañeros de escuela. Después vino a la gran ciudad. Consiguió un trabajo en una oficina, se apartó de su religión, estudió computación, fue a una escuela técnica y ahora se prepara para entrar a la universidad. Sostiene una relación con una chica seis años más joven, pero con más experiencia sexual. Se sorprende de lo sofisticado que es el grupo de amigos de su novia y se pregunta qué dirán de él a sus espaldas.

Paul Gray y Danny Taylor también comenzaron cerca de la trayectoria de la protesta masculina. Paul se involucró en la violencia familiar, el robo, las instituciones juveniles y la prisión. La masculinidad de Danny era algo más convencional, alentada por un hermano y un padre "locos por el futbol". Paul y Danny, como Stewart Hardy, se apartaron de esta trayectoria, pero más drásticamente, intentando negar la masculinidad hegemónica y salirse de las clases bajas. En el capítulo 5 discutiré la ruta de Danny, así que aquí seré breve. Se acercó otra vez a su madre, se relacionó de una forma muy dependiente con una muchacha, buscó una forma de olvidarla y se involucró con la política ecologista. Le ofrecieron un trabajo en una organización ambientalista y ha intentado aceptar, a nivel personal, la crítica feminista de la misoginia masculina.

La ruta de Paul Gray es más sorprendente. Su primera expulsión de la escuela, la forma en que se involucró en delitos menores, su arresto y relaciones con las instituciones penitenciarias, la agresión hacia su madre y hermana, y su primera relación sexual

con una muchacha son casi iguales a las de las historias de Jack Harley, Patrick Vincent y Mal Walton. Sin embargo, Paul también se relacionaba con hombres gays en los lugares que describimos anteriormente. Al final de su adolescencia se encontraba en los márgenes del mundo gay, se vestía con ropa de mujer en secreto y sentía nostalgia por una relación heterosexual. Viajó alrededor de Australia, estuvo preso por posesión de drogas y casi lo violan en la prisión; con el tiempo estableció una relación con una mujer, que duró un par de años, y viajó al extranjero.

Al regresar a Australia comenzó a vestirse como mujer regularmente y ahora intenta vivir como una mujer. Así pudo resolver su "confusión", como él la llama. El travestismo lo libera de "tensiones", pero es evidente que también le cuesta mucho trabajo:

—*¿Sales así en público?*

—Sí, durante el último año y medio normalmente salgo a la calle como mujer.

—*¿Y notas alguna diferencia?*

—Sí. Porque es diferente. Me vuelvo más consciente de quien me rodea. Sigue siendo difícil. Pero sólo es cuestión de obligarme a hacerlo. Tengo algo así como una regla, en cuanto atravieso la puerta de mi casa no puedo regresar hasta que cubro lo que tengo que hacer y se acabe la noche. En realidad principalmente voy a bares gays y lugares así. Voy mucho al cine, a muchos restaurantes. La mayoría de mis amigos, una gran mayoría, ya lo saben. El tipo con quien trabajo lo sabe desde esta semana. Fue chistoso decírselo.

Las consecuencias que tiene que pagar son grandes. Debido a que no pasa completamente inadvertido (pocos travestis lo hacen), existen riesgos físicos y sociales. Es más, el proceso terminó con la relación más larga que había tenido. Su pareja no aceptó lo que hacía.

La bibliografía psiquiátrica acerca del travestismo y transexualismo los trata como síndromes patológicos, que se explican gracias a cierta anormalidad en el desarrollo temprano.[13] Paul Gray sí tenía un padre distante, pero lo mismo podemos decir de

[13] Stoller, 1968; véase la crítica presentada en el capítulo 1.

los otros hombres del grupo. Su situación infantil estaba dentro de lo normal en su medio. Lejos de tener una identidad nuclear femenina, en la mitad de su adolescencia se relacionó con la violencia, crímenes menores e intercambios sexuales con muchachas. La psicopatología convencional ligada al género no incluye los elementos estructurales ni la *agencia* involucrados en esta historia. El resultado de las relaciones y los afectos contradictorios de la vida de Paul difícilmente podía haber estado predeterminado. Paul construyó un resultado *que tiene la forma de una práctica*, y todavía tiene que trabajarla, y pagar el precio.

Masculinidades divergentes y política de género

Las historias de vida muestran trayectorias divergentes que se derivaron de puntos de partida sustancialmente similares. Las masculinidades construidas representan, en su mayoría, dos posiciones definidas en el capítulo 3. La masculinidad que protesta es una masculinidad marginada, que retoma temas de la masculinidad hegemónica de la sociedad en general y los reconforma en el contexto de la pobreza. Stewart Hardy y Alan Rubin, de modos distintos, construyeron masculinidades cómplices y se distanciaron de la exhibición directa del poder, aunque aceptando los privilegios de su género.

Danny Taylor y Paul Gray rechazaron este privilegio. Vale la pena apuntar que Paul no ha tomado la decisión de cambiar de sexo. No quiere "la operación"; lo que quiere es "vivir como una mujer" de forma cotidiana. Su práctica es sobre todo una ruta de salida de la identidad masculina. A este respecto —aunque en apariencia espectacularmente diferente— su lógica es similar al intento de Danny de liberarse de su conciencia masculina. Estos dos casos rompen las fronteras de una clasificación de masculinidades. No podemos definir sus personalidades como tipos de masculinidad; sin embargo, sí podemos comprender lo que hacen en términos de la política de la masculinidad.

El proceso activo que se enfrenta a cierta situación y construye formas de vivir en ella es central en la conformación del género. El carácter político del proceso resulta ser una clave de las diferencias entre estos hombres.

Todos sus proyectos se conforman por las carencias debidas a su clase social. Construyeron el género desde el punto de partida de la pobreza y con poco acceso a recursos económicos y culturales. El enojo de los "motociclistas" en contra de la gente "común"* se debe al resentimiento de clase, y a la exhibición de la masculinidad colectiva. El rechazo de Stewart Hardy a la masculinidad que protesta se relaciona íntimamente con su movilidad hacia clases más protegidas (movilidad que se ganó a pulso, por cierto), con el descubrimiento de una práctica ligada a la clase social que intenta subir de nivel a través de la educación, la religión y el empleo.

Alan Rubin, quien no exhibe la masculinidad que protesta, tiene un punto de vista aún más radical que el de los motociclistas respecto a la autoridad y las convenciones. Considera que el sistema económico y político es "totalmente corrupto" y que la religión es "puro rollo". Critica a la "gente plástica" que "sólo existe" y no sabe qué es lo que pasa en realidad. Alan rechaza trabajar en donde "recibe órdenes de una bola de cretinos" y en donde obtendría ganancias para dueños que ya son millonarios. El código de la venganza —"si alguien me hace pasar malos momentos, yo también lo hago pasar malos momentos"— alcanza mayores profundidades cuando se le considera una proposición debida a la clase. Sin embargo, en la práctica, Alan no se defiende. En una investigación que es ya clásica, Richard Sennett y Jonathan Cobb escribieron sobre "las escondidas lesiones debidas a la clase social" de los hombres estadounidenses.[14] Junto al enojo social, en este caso también existen lesiones debidas a la clase social, un sentimiento de que se tienen opciones limitadas y una práctica constreñida.

Stewart Hardy, a pesar de haber expandido su educación, sigue siendo homofóbico y misógino. Manipula a las mujeres en sus relaciones; sus respuestas a las preguntas sobre el feminismo son largas, confusas y llenas de enojo. Y, en contraste con Pat Vincent y Jack Harley, posee una hostilidad convencional a la idea de que su esposa gane más que él, ya que dañaría su autoestima.

* Nota a la traducción: En este caso, debido al contexto tradujimos "straight" como común.

[14] Sennett y Cobb, 1973.

Sin embargo, aunque Stewart y Alan desean los beneficios de la supremacía masculina, no se preocupan por pagar el precio de la misma. Optan por mantenerse al margen de la confrontación física, el trabajo emocional, el mantenimiento de la vida con amigos. Ven con desprecio a los "tipos" y "basuras" —gente como *Anguila* y Patrick— que hacen el trabajo sucio relacionado con la política sexual.

Así que, a pesar de que Alan y Stewart se encuentran genuinamente distanciados de la masculinidad hegemónica, su masculinidad es cómplice del proyecto colectivo del patriarcado. Es más, como estos hombres pagan menos del precio que sostiene al patriarcado, su práctica podría generar menos resistencia y cambio que la masculinidad que protesta.

El proyecto de la masculinidad que protesta se desarrolla en una situación de clase marginal en la que el reclamo del poder, central para la masculinidad hegemónica, se niega constantemente debido a la debilidad económica y cultural. Mal Walton puede ser muy fuerte y sus tatuajes pueden asustar, pero ni siquiera sabe leer. *Anguila* puede ser el alborotador más rudo de sus amigos, pero la policía como institución es más ruda que todos ellos juntos, y lo saben.

Debido a su situación de clase y de práctica (por ejemplo, en la escuela) estos hombres han perdido la mayor parte de los dividendos del patriarcado. Por ejemplo, perdieron lo que resulta de la ganancia económica de los hombres con empleo; las mejores opciones de ser promovidos, las mejores clasificaciones en el trabajo, frente a las mujeres. Si aceptan esta pérdida, aceptarán la justicia de su propia carencia. Si tratan de resolverlo con acciones directas, el poder estatal los detendrá.

Una manera de resolver esta contradicción es por medio de exhibiciones espectaculares, asumiendo la marginación y el estigma y mostrándolos. A nivel personal, esto se traduce como una preocupación constante por la fachada o la credibilidad, lo que no es necesariamente defender la masculinidad obrera tradicional. Jack Harley, como ya mencionamos, no se molesta si su mujer gana más dinero que él. Pero sí se enoja si se le presenta al hijo o hija de otro hombre como si fuera de él, o si su mujer se acuesta con alguien más. Su preocupación reside en parecer una amenaza, en que se vengará, en evitar que lo lastimen haciendo que los

demás piensen que él los lastimará más. En la entrevista repite frases como: "Si me sacan un cuchillo, les saco un cuchillo".

A nivel del grupo, la práctica colectiva de la masculinidad se convierte también en una representación. Las fiestas de *Anguila* están plagadas de testigos —las mujeres silenciadas, los policías que están afuera—; de igual forma, a los motociclistas los observa siempre la gente común. Pensemos lo que pensemos sobre este guión, no podemos negar que es una producción hábil, armada de manera muy fina, que se representa con muy pocos recursos.

El problema es que la representación no conduce a ningún lado. Ninguno de los cinco tienen un sentido muy claro de algún futuro individual o compartido; lo único que pueden imaginarse es más de lo mismo. *Anguila* está tomando un curso de computación corto y cree que le va bien; sin embargo, la imagen se trunca inmediatamente:

> —No pienso mucho en el futuro, tomo las cosas día a día. Con suerte, algún día seré un analista de sistemas. Si me va bien con el curso y consigo empezar algo con él, podré trabajar como operador, programador, y después como analista de sistemas. Mi futuro será eso, a menos que muera antes de los cuarenta.
>
> —*¿De qué?*
>
> —No sé. Dicen "vive rápido y muere joven", ¿no? Me encantan las motos. Estaría en una hasta el día que muera. Moriría en una moto. No voy a dejar de divertirme. Es una forma de vida, ¿no? Los rastafaris. Creo en esa religión.

Estas declaraciones no son tan casuales como parecen. El tema de la muerte, especialmente el de la muerte en motocicleta, es recurrente en la cultura de las motocicletas en todo el mundo.[15]

Las entrevistas con Pat Vincent y Mal Walton, normalmente menos elocuentes que las de *Anguila*, incluyen pasajes inquietantes sobre qué es lo que les dejarán a sus hijos e hijas. Pat se imagina a un niño, y en su visión le enseñará a boxear y levantar pesas para que cuando tenga dieciocho años pueda darle su merecido a quien se meta con él. Mal quiere a un niño, para conservar el nombre, y a una niña ("porque las puedes vestir y ha-

[15] Congdon, 1975; Willis, 1978.

cer que se vean muy bonitas"). Quiere que el niño sea lo que él no pudo ser. También quiere dejarle lo que considera son sus conocimientos más valiosos, es decir:

> Pues, si quiere fumar mota, que la fume conmigo. Si yo no estoy fumando, pues que la fume cerca de donde yo estoy. Lo que no quiero es que su primera experiencia con drogas sea una verdadera... es como si alguien va y consigue *speed* y lo corta con vidrios, lo que algunos hacen, y se lo mete sin filtrarlo, entonces realmente habrá metido la pata. Quiero que venga y me diga "papá, quiero probar tal cosa", o "quiero fumar esto", o "quiero ponerme hasta atrás". Mientras venga y me diga, entonces sabré qué es lo que hace y de qué se trata.

La masculinidad que protesta parece ser un callejón sin salida. Realmente se trata de una respuesta activa a la situación y se construye sobre cierta ética de solidaridad derivada de las condiciones de ser un hombre proveniente de la clase obrera. Sin embargo, se trata de un solidaridad que separa al grupo del resto de la clase obrera. La pérdida de la base económica de la autoridad masculina conduce a una conciencia dividida —igualitarismo *y* misoginia— y no a una nueva dirección política.

Los caminos que alejan a Danny Taylor y Paul Gray de la masculinidad hegemónica son tan dramáticos, en sus propios términos, como las exhibiciones de poder de los motociclistas. La diferencia es que son marcadamente individuales. Danny niega, de manera directa, la masculinidad hegemónica a través de una búsqueda personal que toma la forma de una reconformación del yo. No se trata de un proyecto compartido.

Paul se encuentra todavía más absorto en sí mismo. Está a punto de usar ropa de mujer frente a sus amigos y su familia, y acaba de hacerlo en el lugar de trabajo. Está aprendiendo a negociar espacios públicos con su nueva ropa, intentando asumir lo que significa vivir como una mujer en su vida sexual, reinterpretando su pasado. No es un transexual convencional[16] y no repite el reclamo clásico de que él es "en realidad una mujer". En su vida se desarrolló una contradicción que ha dividido aunque no ha terminado con su sentido de masculinidad. Lo más que se

[16] Por ejemplo, como el que se define en el grupo que estudió Bolin, 1988.

imagina es ser una mujer en construcción, y tiene fantasías contradictorias en las cuales se imagina su futuro como el de un hombre o el de una mujer con genitales de hombre. Sea cual sea el resultado, por el momento su proyecto se encuentra totalmente individualizado.

La práctica ligada al género en el caso de Paul elabora, mientras que la de los motociclistas atenuaba, la dimensión cultural del género. En su caso podemos ver posibilidades políticas difíciles de cristalizar, pero implícitas en los múltiples espacios que ha ocupado en las relaciones de género durante los últimos años. La política estructurada con base en el género parece complicar y autofertilizar, en lugar de encoger, la esfera en la que el género se expresa o representa.

Sin embargo, es muy difícil poder esperar que las actividades a favor del medio ambiente de Danny o los zapatos de tacón alto de Paul sean los precursores de un movimiento de masas entre los jóvenes obreros. Las únicas esperanzas residen en aspectos de la situación que opacan la masculinidad que protesta, pero que siguen presentes en las historias de vida de los hombres sin empleo. Se trata de la lógica económica que apuntala los hogares equitativos, la experiencia individual de la fuerza de las mujeres y el interés que varios de los hombres tienen en los niños y las niñas (interés que pocos de ellos sintieron de parte de sus padres). Estos detalles sugieren una equidad de género en el ámbito doméstico que contradice la exhibición hipermasculina en las carreteras y las fiestas.

Estamos hablando de lo que podrían ser posibilidades fascinantes y, tal vez, importantes. El que se vuelvan realidad depende de una respuesta política más explícita a las cuestiones dependientes del género, que emerja de los hombres de la clase obrera. Como han probado los Acereros Unidos de América (en Canadá) y la Federación de Trabajadores de la Construcción (en Australia), tal respuesta puede provenir de los sindicatos dominados por hombres.[17] Sin embargo, en una época en la cual el sindicalismo declina, y la mayoría de las batallas para defender el empleo se pierde, es difícil imaginar una forma en la cual se desarrolle una respuesta más amplia.

[17] Corman, Luxton, Livingstone y Seccombe, 1993; Burgmann, 1980.

CAPÍTULO 5
UN MUNDO COMPLETAMENTE NUEVO

En este capítulo se discutirá una experiencia radicalmente distinta a la de la masculinidad que protesta. Se ocupa de un grupo de hombres que han intentado reformar su masculinidad, en parte debido a la crítica feminista. Se trata exactamente del tipo de hombres "débiles" despreciados por el movimiento mitopoético masculino y por otros que quisieran que la masculinidad hegemónica resurgiera. Visto con detalle, su proyecto es más difícil y su historia más interesante que lo que el desdén antes mencionado sugeriría.

En el capítulo 4 enfaticé la divergencia de proyectos ligados al género que surgían de la misma situación. En este capítulo analizaré sólo un proyecto, ya que las trayectorias de género de los hombres en cuestión son esencialmente similares. Sin embargo, lo haré con mayor detalle y prestando más atención a las contradicciones internas del proyecto.

En primer lugar, es necesario describir el espacio en el cual se dio el encuentro con el feminismo. Al igual que en Estados Unidos al comienzo del movimiento estudiantil, en Australia se desarrolló también una contracultura. A finales de los años setenta el movimiento del "regreso a la tierra" creó una red de comunas rurales y hogares contraculturales que se esparcieron en los estados orientales. Sin embargo, la mayor parte de la contracultura siguió siendo urbana.

Con el declive del radicalismo político de mediados de los años setenta, el foco de la vida de la contracultura se desplazó hacia la introspección y las relaciones personales. A principios de los ochenta existía ya un medio terapéutico bien desarrollado que se centró en el crecimiento y el saneamiento personales. Se trataba de un interés en la meditación, conectado, a través de la ali-

mentación vegetariana y las filosofías holistas, con la preocupación por la naturaleza.[1]

Al mismo tiempo surgió un nuevo activismo que se ocupaba de cuestiones ambientales. Grupos como el Movement Against Uranium Mining (Movimiento Contra la Extracción de Uranio), Friends of the Earth (Amigos de la Tierra), Greenpeace y otros grupos de campañas *ad hoc* se volvieron vehículos del activismo juvenil. Obligaron a grupos establecidos, como la Australian Conservation Foundation (Fundación para la Conservación Australiana), a militar más activamente. A principios de los años ochenta, el movimiento tuvo la fuerza suficiente para organizar el bloqueo a la construcción de una presa hidroeléctrica en Tasmania, en el lejano río Franklin. Esta acción de defensa de la selva, muy publicitada y popular, ayudó a derrotar al gobierno federal conservador en las elecciones de 1983.[2]

A finales de los años sesenta, un movimiento de liberación de las mujeres surgió del radicalismo de las universidades y desplazó a las organizaciones femeninas establecidas. Su escala y visibilidad crecieron muy rápidamente. En 1975, Año Internacional de la Mujer, el nuevo feminismo era ya tema de atención de los medios de comunicación. A finales de los setenta, el feminismo consolidaba los servicios de las mujeres en la burocracia, la vida académica, entre los y las estudiantes y en la contracultura.[3]

A principios de los ochenta tuvo un gran impacto en el movimiento ambientalista. El ecofeminismo había surgido en el mundo como una corriente importante del pensamiento feminista; en él resonaban las críticas ecologistas al desarrollo destructivo. Aunque sí se dieron ciertos conflictos con los hombres que dirigían los grupos de acción ambientalista, muchos de ellos fueron muy receptivos a las ideas feministas. En pocas áreas de la política australiana la presión feminista tuvo tanto éxito como en ésta. Los hombres involucrados con la política ambientalista, sin

[1] Para el contexto de la contracultura en Australia, véase Smith y Crossley, 1975.

[2] Las acciones llevadas a cabo en la presa Franklin se documentan en Wilderness Society, 1983. El movimiento ambientalista australiano se describe en Hutton, 1987; para un excelente estudio de la estrategia y la realidad rurales, véase Watson, 1990.

[3] Para la historia del movimiento, véase Curthoys, 1988.

importar sus historias personales, no pueden evitar la política de género como queda definida por el feminismo.

Los seis hombres que discutiremos en este capítulo se involucraron en el movimiento ambientalista y la mayoría de ellos tenía una experiencia amplia de la contracultura. Se trata de Barry Ryan (22), estudiante de enfermería; Danny Taylor (23), trabajador en la oficina de un grupo de acción ambientalista; Bill Lindeman (28), fotógrafo empleado ocasionalmente; Nigel Roberts (31), desempleado; Tim Marnier (33), empleado público, y Peter Geddes (50), periodista empleado ocasionalmente.

Todos son heterosexuales; dos tienen hijos. Todos vienen de contextos urbanos, aunque como resultado de su política ambientalista o contracultural la mayoría ha vivido durante algún tiempo en granjas o en el bosque. Tres estuvieron directamente involucrados en la acción contra de la presa Franklin. Todos han participado en campañas ambientalistas en otras partes del país, en acciones de protección al bosque tropical.

El momento del compromiso

Lo que podemos concluir de los primeros recuerdos de estos hombres, y sus descripciones de las relaciones familiares, es que vivieron experiencias infantiles convencionales. En los seis casos quien cuidaba directamente de los hijos era la madre. En cinco de los seis casos, la madre se ocupaba del hogar de tiempo completo cuando el niño era pequeño. Las condiciones para la identificación preedípica con la madre se encontraban más claramente presentes que en la mayoría de los casos de los hombres discutidos en el capítulo 4; es claro que los mayores ingresos de casi todas estas familias se ven reflejados en el asunto.

La teoría feminista de las relaciones/objeto (capítulo 1) nos alerta respecto a las presiones que obligan a la separación en este tipo de relaciones, y estas presiones pueden rastrearse en los recuerdos infantiles de casi todo el grupo. Algunas veces se relacionan de manera directa con los padres, y en esto podemos encontrar el clásico patrón de identificación postedípico con el padre, distante y poderoso. Barry Ryan es el que más se identifica con su padre; le sigue Tim Marnier. Ambos padres eran pro-

fesionistas, portadores de una autoridad social reconocida y sus hijos los presentan como algo distantes. Sin embargo, ni siquiera en estos casos podemos hablar sólo de identificación. Los Ryan se separaron cuando Barry tenía doce años. A diferencia de sus hermanos y hermanas, Barry decidió vivir con su papá, no con su mamá, y las circunstancias sugieren que una corriente de deseo edípico sustentó la identificación.

Otras historias muestran que tenemos que ir más allá del estrecho enfoque del triángulo edípico madre/padre/hijo. El padre no es el único portador de la masculinidad desde la visión de un niño pequeño. Es más, pudiera ser que el padre fuera menos visible, en ciertas configuraciones familiares, que un hermano mayor. Así, el hermano de Danny Taylor fue quien lo llevó de la mano y le enseñó sobre el sexo, quien era su " mejor amigo" durante el final de su niñez y el principio de su adolescencia. "Salíamos juntos, jugábamos juntos todo el tiempo, solíamos tener el mismo cuarto y compartíamos muchas cosas". En consecuencia, el hermano era un modelo para desarrollar la masculinidad. Y se trataba de una masculinidad hegemónica, puesto que era muy buen jugador de futbol, impulsado por el padre, que estaba "loco por el deporte". Así que Danny también jugaba futbol.

En este caso podemos ver dos versiones de la reproducción social de la masculinidad hegemónica: de padre a hijo, de hermano mayor a hermano menor. Estos eventos se describen en términos psicoanalíticos como "identificación" o, en términos de los roles sexuales, como "aprendizaje social exitoso". Sin embargo, estas lecturas son demasiado mecánicas. También se dio una apropiación activa de lo que se ofrecía, una construcción que tenía como propósito una forma de ser en el mundo.

Definiré esta apropiación como el *momento del compromiso* con la masculinidad hegemónica, el momento en el cual el niño asume el proyecto de la masculinidad hegemónica como propio. Este momento aparece en cada una de las seis historias de vida. Ninguno de estos hombres había nacido, por decirlo de alguna manera, feminista. Cada uno se comprometió sustancialmente con la persona que se estaba desarrollando hacia la masculinidad hegemónica. Las historias de vida muestran elementos tan familiares como la competencia, la orientación hacia una carrera, la supresión de las emociones, la homofobia.

Como argumenté en el capítulo 2, el sentido corporal de la masculinidad es central para el proceso social. Una parte fundamental del momento del compromiso es, pues, el desarrollo de una experiencia específica del cuerpo y una sensibilidad física particular. Barry Ryan, preparándose para ser enfermero, cuenta que llegó a valorar características femeninas como la sensibilidad, la expresividad y el cuidado, y terminó rechazando las cosas "masculinas" que le enseñaban en la escuela. Sin embargo, al mismo tiempo:

> Sigo siendo muy masculino y definitivamente siento que soy un hombre, y me gusta. Me gustan ciertos aspectos de ser hombre; me gusta mucho la fuerza física, me gusta mi cuerpo; esa fuerza mental que los hombres aprenden a tener y con la cual pueden elegir hacer a un lado sus sentimientos por un momento me parece muy bien.

Este proceso de masculinización se extiende hasta incluir la percepción y la excitación sexual. Pone en primer plano experiencias corporales que definen a las mujeres como "lo otro", y conforma el deseo como un deseo por lo otro. La heterosexualidad obligatoria que discutimos en el capítulo 4 toma forma al nivel de la experiencia corporal como un patrón de sensación o una capacidad para sentir (por ejemplo, la excitación sexual como una respuesta que se obtiene sólo frente a mujeres). A este patrón lo llamaré "sensibilidad heterosexual", término extraño que denomina a un concepto importante.

Una sensibilidad heterosexual puede presentarse como la capa contradictoria de la conciencia en una práctica social que construye a la feminidad. El sentido que Barry Ryan tiene de sí mismo como un enfermero ilustra el concepto. De forma más común para los hombres, subyace en las prácticas sociales que construyen la masculinidad. Es la razón principal por la cual el deseo heterosexual se siente como algo natural, como algo relacionado aparentemente con un cuerpo experimentado como masculino.

Durante la adolescencia, la construcción de la heterosexualidad era una práctica colectiva que se realizaba normalmente en grupos de amigos. Esto es común en estudios realizados a jóvenes, así que no necesito comentarlo. Peter Geddes recuerda irónicamente una técnica social común en los hombres australianos:

> Cuando eras adolescente salías y te emborrachabas para no sentirte intimidado, tímido o nervioso. Y te ibas con cualquiera, en realidad con cualquiera, en especial con la más bonita, sin embargo, si no era la más bonita no importaba, siempre y cuando te acostaras... Mi vida sexual de adolescente y la mayor parte de mi vida de casado ha seguido este patrón: me ponía hasta atrás, se la metía y tenía un orgasmo... daba las gracias, le decía que la había pasado muy bien y me iba a casa o me quedaba dormido.

La familia y el grupo de amigos proporcionaban apoyo suficiente para que el muchacho se comprometiera con la masculinidad hegemónica y su estructuración del deseo.

El distanciamiento

Sin embargo, las mismas relaciones sostienen tensiones que pueden conducir en otras direcciones. Por ejemplo, la ruta que siguió Danny Taylor hacia su vida adulta no fue tan directa como su punto de partida sugeriría. De sus intentos por imitar a su hermano y apropiarse de la masculinidad, se desarrollaría cierta dialéctica.

Jugaba futbol para impresionar a su papá, pero esto no le funcionó. La solidaridad entre su hermano y su padre era demasiada. Danny estaba muy celoso de su hermano y comenzó a resentir el hecho de estar dominado por él. Se acercó a su madre, quien se dio cuenta de lo que pasaba y le proporcionó "más cariño". Cuando llegó a la mitad de su adolescencia —Danny ubica el momento exacto a sus quince años— los vínculos emocionales se habían reconfigurado y la familia se encontraba dividida y enojada.

> Hace unas pocas semanas discutí con mi hermano y me dijo —así nada más, sin motivo alguno—: "¡Mamá se cree que eres maravilloso!", y recordé todo lo que sentía entonces. Estábamos totalmente divididos, mi padre y mi hermano, mi madre y yo; nos separaba un vacío. La relación entre mi hermano y mi madre era muy ríspida... Y mi padre y yo nos llevábamos muy mal. Yo le gruñía y si era agresivo o se enojaba con mi madre, yo sentía que también era conmigo. Además, si mi padre me regañaba por algo —lo que algunas veces se justificaba— mi madre corría a defenderme.

Así que parece que la separación edípica entre un niño y su madre puede ser vuelta a negociar y, hasta cierto punto, puede ser revertida en la práctica posterior. No fue un cambio superficial. A partir de esta solidaridad retrabajada con su madre, Danny se solidarizó, y hasta se identificó, con otras mujeres. La historia de vida de Danny sugiere con claridad que la reconfiguración de las relaciones familiares en su adolescencia fue la base emocional de la política de género disidente que caracteriza los primeros años de su edad adulta.

El mismo distanciamiento puede encontrarse en otras vidas, aunque de manera menos dramática. Bill Lindeman, quien tenía una relación cálida con su padre, le tenía lástima y se refería al curso "trágico" de su vida: "gran parte de su vida fue devorada por los 35 años, o los que fueran, que pasó trabajando para ganar dinero". Nigel Roberts era más amargo al describir a su padre; lo consideraba una persona pálida y derrotada que "nunca llegó a ser un hombre". Aunque la carrera como estudiante activista de Nigel lo llevó a confrontaciones físicas con la policía y a ser arrestado, no sostuvo la militancia. Se describe como incapaz de relacionarse con chicas a finales de su adolescencia porque, aunque no era ningún macho, no sabía presentarse ante ellas de otra forma.

Ninguno de estos episodios fue una buena estrategia para formas alternativas de masculinidad. Se trató de momentos de negación, cuando mucho de maneras de distanciarse dentro de un marco dependiente del género aceptado. Recordemos la queja de Nigel respecto a que su padre "nunca llegó a ser hombre".

Sin embargo, el mismo orden de género es contradictorio y la experiencia práctica puede debilitar las convenciones patriarcales. Cinco de los seis hombres describieron algún encuentro cercano con la fuerza femenina en el transcurso de su formación personal. Por ejemplo, el padre de Peter Geddes, incapaz de poner los pies en la tierra después de la segunda guerra mundial, parece haber sido desplazado por su esposa. A Peter no le gustaba el carácter presuntuoso de su madre, pero sí reconocía que era la fuerza de la familia. Nigel Roberts, a la deriva después de salir de la escuela, convirtió la relación con su novia en su principal sostén mientras vagaba por la contracultura rural. Cuando más tarde se enfrentaron al feminismo, las imágenes feministas

de la fuerza de las mujeres resonaron en relación con cierta parte de su propia experiencia.

El movimiento ambientalista

Los seis se relacionaron con la política ecologista siguiendo rutas distintas. El activismo ambientalista de Nigel Roberts fue un aspecto de su radicalismo juvenil. En el caso de Peter Geddes se trató del punto final de una odisea que comenzó con la crisis de su carrera como periodista. El interés de Bill Lindeman por el medio ambiente comenzó con el gusto familiar por los bosques y los campamentos vacacionales.

Tim Marnier se relacionó con las cuestiones ambientalistas más como administrador que como militante, aunque su familia participó en el liberalismo progresista de los años sesenta y setenta, y él vivió en una comuna con un grupo de mujeres feministas. Se "hartó de trabajar como taxista, recogiendo borrachos por las noches". Alguien que conocía le ofreció un trabajo de medio tiempo en un proyecto de investigación ambiental, que se convirtió en un empleo de tiempo completo que "cambió mi vida".

Danny Taylor se relacionó con las cuestiones ambientalistas como parte de su exploración de la contracultura, buscando recuperarse de una crisis en su vida sexual. Para Barry Ryan, igual que para Bill Lindeman, las simpatías ambientalistas fueron probablemente resultado del pensamiento social progresista de su familia y de la escuela. Cuando tuvo la oportunidad de participar en el río Franklin, mientras hacía un viaje en motocicleta alrededor de Australia con un amigo, su decisión fue muy sencilla.

Los hombres encontraron en el movimiento ambientalista una potente combinación de relaciones personales e ideas culturales. La política ecologista comprometió sus vidas en más de un nivel y satisfizo varias de sus necesidades —de solidaridad con otros, claridad moral, sentido del valor personal—. El compromiso fue importante para producir una política estructurada tomando como base el género. El movimiento sostenía, por decirlo de alguna forma, la vida emocional de sus participantes.

La descripción que hace Barry Ryan de su iniciación nos aclarará lo anterior:

Así que, viajando, llegamos a Tasmania. Se realizaba el bloqueo del río Franklin. Sólo iba a pasar un par de semanas, llegué y descubrí a todas estas personas maravillosas… eran muy amables, se la pasaban bien y hacían algo valioso. Aprendían mucho. Pensé que se trataba de una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla, así que me quedé con ellos…

Estuve como seis meses en Tasmania. Pasé mucho tiempo en el bosque, tomando fotos de los trabajos en la presa, participé un poco en el bloqueo (enfrentándome a los constructores y al transporte que llegaba a la presa), trabajando un poco en las oficinas. Estuvo muy bien. Fueron los mejores años de mi vida…

Descubrí formas maravillosas de trabajar en grupo y establecer relaciones. Tuve lo que consideré mis relaciones más valiosas con mujeres… Relaciones realmente buenas porque se trataba de gente muy consciente de sí misma, con mucha confianza —para involucrarte en algo así tenías que serlo—, casi todos eran mayores que yo… Después de seis meses tuve relaciones amistosas buenas, realmente muy buenas, con mujeres, además de relaciones sexuales con mujeres. Comencé a darme cuenta de que la mayoría de mis amistades eran mujeres y que no me interesaba tanto la amistad con hombres.

Es evidente que existen otras formas de activismo político que involucran emociones y cubren muchas necesidades personales. Sin embargo, el movimiento ambientalista lo hacía de una forma que suponía un reto a la masculinidad hegemónica, gracias a sus propias particularidades y sus prácticas de organización.

Este desafío estaba implícito en varios de los temas del movimiento, como pudimos concluir de las entrevistas:

1) *Una práctica e ideología de la equidad.* El sentido común del movimiento incluye estos principios: nadie manda sobre nadie; los lugares de trabajo son democráticos; ningún grupo tiene derechos sobre los otros; las decisiones se toman por consenso. Se trata de una crítica aguda a las jerarquías y el autoritarismo.
2) *Énfasis en la colectividad y la solidaridad.* Lo que Barry Ryan llamó "formas maravillosas de trabajar en grupo" en el río Franklin no se debieron a la casualidad. Bill Lindeman recuerda cómo se relacionaban:

Trabajaba en uno de los talleres de no violencia como preparador, lo que significaba que trabajaba con mucha gente en grupos pequeños. Esto era maravilloso, te permitía relacionarte y sentirte bien al conocer gente... creábamos el tipo de talleres que queríamos y aprendíamos como un grupo, muy rápido. No lo aprendíamos de nadie. Leímos todos los libros de Gandhi y del Movimiento para una Sociedad Nueva, de Estados Unidos, y constituían nuestra base. Sin embargo, teníamos que adaptar y desarrollar formas de trabajar con la gente, ayudarlos a funcionar mejor en la situación en la que estábamos, individualmente y en grupos, esto es, en el bloqueo.

3) *Una práctica y una ideología del crecimiento personal.* Los seis hombres del grupo consideraron la forma en la cual se involucraron con la política ambientalista como parte de una superación para ser mejores personas, más sabias. En los casos de Peter Geddes y Danny Taylor, la búsqueda de un crecimiento personal ocupaba el primer lugar y el ambientalismo surgió de ahí. La contracultura les proporcionó técnicas de meditación y desarrollo personal. Una técnica muy importante es la que Bill Lindeman llamó "trabajando en relaciones sociales", a través de la crítica mutua y los intentos de reformar las relaciones sexuales, de amistad y de trabajo. Fuera del contexto del activismo ambientalista, este tipo de trabajo se funde con terapias grupales, conferencias y talleres que nutren el movimiento.
4) *Una ideología de totalidad orgánica.* Este tema se encuentra muy difundido en la contracultura, unido a su crítica de la civilización occidental, mecánica y alienante. En el caso de los ambientalistas, se centra en la conexión con la naturaleza. Para Peter Geddes y Bill Lindeman, especialmente, el tiempo transcurrido en el bosque fue una experiencia transcendental. Como Bill Lindeman lo describe

La experiencia de estar solo, vagando y haciendo cosas, apreciándolas y disfrutando un lugar hermoso puede realmente hacerme sentir puro, maravillosamente transparente.

Las drogas sólo nublarían la experiencia. Aunque todos estos hombres han probado los psicotrópicos, la mayoría los ha dejado.

La dieta es parte importante de su relación con la naturaleza. Peter Geddes puso una tienda de comida naturista; Danny Taylor era vegetariano, y tal vez otros también lo eran.

Aun sin el feminismo, estos temas de la política y la cultura ecologistas representarían por sí solos un desafío a la masculinidad hegemónica, por lo menos al nivel de las ideas. La dominación se cuestiona por el compromiso con la equidad y la democracia participativa. El individualismo competitivo se desafía con formas colectivas de trabajo. Las ideologías orgánicas no son necesariamente contrasexistas, como pueden testificarlo muchas mujeres de la contracultura que fueron definidas como madres-tierra y fueron abandonadas al cuidado infantil y al lavado de la ropa. Sin embargo el énfasis en el crecimiento personal suele debilitar el estilo defensivo de la masculinidad hegemónica, especialmente su control estricto de las emociones.

En conclusión, el movimiento ambientalista es terreno muy fértil para la política de la masculinidad. Pero no incluye al género y produce una política de masculinidad explícita, sin ayuda, que sí requiere del impacto feminista.

Encuentros con el feminismo

La mayor parte del grupo se encontró con el feminismo directamente en la contracultura o en los grupos de acción ambientalista. Barry Ryan fue la excepción. Aprendió de la política de género de su madre, feminista, y de un curso antisexista que le dieron en la escuela, lo que debilitó su participación en la masculinidad de amigos adolescentes. Sin embargo, incluso en su caso, fue la política ambientalista la que produjo el encuentro clave con la práctica feminista.

Considerando el compromiso inicial con la masculinidad hegemónica, el encuentro con el feminismo tuvo que ser tenso. Barry Ryan recuerda haber leído libros feministas:

> Al terminar la universidad me encontraba en un punto en el cual podía comprender la bibliografía académica, y leí cosas tremendas que me hicieron sentir muy mal respecto a ser hombre durante mucho tiempo. Recuerdo que me fue difícil, porque tenía estas necesi-

> dades en conflicto. Necesitaba sexo y relaciones, y necesitaba dejar a un lado mis ideales (es decir, sus deseos) y mi propio sexismo. No podía reconciliarlos. Así que me sentía muy culpable.

La culpabilidad es un tema clave. Para Barry el feminismo era una acusación. El lenguaje de la política de género que aprendió se centraba en el término "sexismo", por el cual entendía las actitudes personales de los hombres hacia las mujeres. Su tarea, como respuesta al feminismo, era cambiar su mente, adoptar actitudes de apoyo a las mujeres y criticar las actitudes de otros hombres.

Los otros hombres del grupo compartían el punto de vista de Barry respecto al feminismo. Bill Lindeman, por ejemplo, hablaba de "las mujeres sintiendo su fuerza" como feministas, haciéndose "fuertes, independientes, activas". Sus actitudes respecto al feminismo eran muy positivas, a diferencia de los otros grupos que investigamos aquí. Sin embargo, su comprensión del feminismo era limitada.

Esto podemos verlo en la descripción que hace Nigel Roberts de su experiencia con el feminismo. No era muy real, recuerda, hasta que comenzó a vivir con una mujer feminista:

> Aunque tenía cierta conciencia al respecto, de las lecturas que había hecho y de pensar en el asunto. La lógica no hacía pensar que mujeres, que eran seres humanos también, ocuparan ese rol que las hacía tan distintas y les quitaba valor. No me parecía lógico. Así que Kathy y yo intercambiábamos roles —ella salía a trabajar mucho tiempo y yo me quedaba en casa... me encargaba del trabajo doméstico, que me gusta mucho—. Así que lo aprendí a un nivel práctico. Lo aprendí de hablar con la gente y con mi sentido común. Como en realidad nunca acepté los preceptos normales de esta sociedad no tuve que luchar contra ellos... Aprendí el feminismo a través de la práctica, no de libros sobre el tema; esto probablemente lo hace más real, más importante. Significó un gran cambio para mí, ponerme en contacto con él porque me hizo darme cuenta de que había otro lado. El lado femenino de la vida, algo que no había experimentado, ni considerado. (Y que incluye) dar a la gente, cuidarla, ese tipo de cosas.

Este fragmento es típico del discurso masculino sobre el feminismo y la política sexual. Se centra en expectativas y actitudes,

en estilos personales e interacciones frente a frente; casi no presta atención a la desigualdad económica ni al patriarcado institucionalizado, ni al feminismo como movimiento político.

El momento de la separación

Sin embargo, dentro de su propia esfera, esta forma de entender el feminismo representa una fuerza muy potente. En combinación con las particularidades del radicalismo ambientalista, y de una variedad de eventos personales, es suficiente para lanzar a estos hombres a un proyecto de reforma. El proyecto era separarse de la corriente principal de la masculinidad, con la que estaban familiarizados, y reconstruir la personalidad para producir un nuevo *yo*, no sexista.

Su política sexual, con el tema de la culpabilidad sobre la masculinidad, era parte de una agenda mayor de cambio personal. La idea de un nuevo yo no es meramente retórica. Tres de los seis sentían que pasaban una crisis personal o se sentían inútiles. Por ejemplo, Nigel Roberts, a la edad de veinte años, sentía que "había fracasado en todo", en su educación, en sus relaciones familiares, el sexo y la política. Tenía una fuerte necesidad de cambiar su forma de vida.

Este proyecto es compatible con ideas generales sobre el crecimiento y el cambio personales en la contracultura; a veces se exige que se renuncie a la sociedad "normal". En muchas partes de la contracultura el núcleo del nuevo yo es espiritual. También se establece una relación importante con alguien que ayuda a acurar —por ejemplo alguien que enseña yoga o practica la acupuntura—, quien muchas veces es una mujer. La reforma es total: el nuevo yo se revela en cada esfera de la vida. Se espera que la práctica cotidiana exprese la realidad interna, como Bill Lindeman lo explica:

> Cambié mis códigos morales y las formas de hacer las cosas; y mis actitudes sociales, la dieta, cosas así. En lo posible, quisiera que los cambios se den en las cosas que siento... Creo que es importante estar en contacto con mi cuerpo —gracias a la dieta y los ejercicios, el aire libre—; mi cuerpo debe decirme qué cosas hacer.

¿Qué ocurre cuando se utiliza esta aproximación para reconstruir la masculinidad? El tema de la renuncia es crucial. Peter Geddes abandonó una carrera exitosa y una forma de vida estresante cuando tenía treinta años:

> Salimos del hotel a las nueve de la mañana y a las cuatro de la tarde estábamos en la playa, viendo cómo se iba el avión. Mi esposa llevaba tacones altos y un traje; nos despedíamos. Tomamos un camión que nos llevó a una pequeña choza. No teníamos electricidad. Y fue el comienzo de un mundo completamente nuevo.

Menos dramáticas, pero también muy serias, fueron las renuncias de Bill Lindeman y Tim Marnier al comienzo de su vida profesional y de preparación, y de Nigel Roberts a sus estudios en la universidad.

De esta situación surgen consecuencias prácticas y simbólicas. Renunciar a una carrera separa a los hombres de las prácticas masculinizantes de los lugares de trabajo convencionales, discutidas en el capítulo 1. El resultado es que se obtienen ingresos menores, con los cuales es difícil sostener a una familia convencional. La subsistencia depende entonces de prácticas en las que se comparten los ingresos en casas colectivas. La renuncia también supone abandonar los privilegios y los estilos de interacción masculinos cotidianos, por ejemplo, al intentar de manera consciente no dominar las discusiones ni las decisiones.

La renuncia también tiene consecuencias importantes en la sexualidad y la expresión emocional. Al considerar que el núcleo del patriarcado son las actitudes sexistas y el comportamiento con las mujeres, según ellos, la mayor contribución que un hombre puede hacer es abstenerse de cualquier acción o declaración sexista. Barry Ryan consideraba que dicha abstinencia se encontraba en el núcleo de su política de género. Se enfrentó a pruebas inesperadas cuando se dio cuenta de que era incapaz de establecer relaciones sexuales.

En una relación la estrategia de renuncia obliga a los hombres a sentirse culpables si toman la iniciativa sexual; esto es, significa una exigencia masculina más para la mujer. Tanto Nigel Roberts como Barry Ryan se sintieron incómodos en sus relaciones sexuales hasta que encontraron mujeres feministas heterose-

xuales, que tomaban la iniciativa y controlaban la relación. Nigel se cambió a vivir con una mujer que era toda "fuego y energía" y que se las arreglaba para transmitirle un poco de decisión; le dio, por ejemplo, dos días para decidir si quería involucrarse en la educación de un bebé o una bebé.

El momento de separación de la masculinidad hegemónica incluye principalmente la elección de la pasividad. Como estos hombres se encontraban comprometidos con una masculinidad que se definía por la dominación y la asertividad, esta decisión suele ser difícil. Danny Taylor, al enfatizar el "gran trayecto" que significó cambiar su propio sexismo, dijo: "Es difícil no ser agresivo a veces". Al mismo tiempo, la renuncia puede expresar un deseo muy arraigado por la pasividad, normalmente reprimido (es más, negado con furia) en la masculinidad hegemónica, que ahora salía otra vez a la superficie. Sin embargo, en este hecho hay algo muy problemático, que se expresaba en acciones ambiguas. La renuncia de Peter Geddes a su carrera masculina fue un acto muy masculino. Entre otras cosas, no le dijo a su esposa que lo había hecho sino hasta después de haber comprado su granja. La renuncia puede conducirse como un poder de voluntad individual, lo que presupone el yo masculino que el acto mismo intenta negar.

Sin embargo, la renuncia y la negación no son el meollo del asunto. Intentan proporcionar el espacio en el cual las nuevas cualidades personales puedan crecer. Los seis hombres estaban de acuerdo en las cualidades que admiraban y deseaban desarrollar.

Dos son centrales. La primera es la capacidad de ser expresivos, de decir la verdad, especialmente respecto a los sentimientos. Danny Taylor contó una historia que ilustra su apertura:

> Ahora soy mucho más abierto, y muy honesto. La gente siempre me dice: "Eres muy abierto, nos desarmas"... [Sobre una nueva compañera de trabajo, muy extrovertida"] Cuando llegó por primera vez, preferí mantener mi distancia. Todos los demás eran muy amistosos con ella, excepto yo. Entonces comencé a hablarle cuando ya se había instalado. Y fui muy honesto respecto a cómo me sentí el primer día, lo que me preocupaba, mis problemas y cosas así —también sobre lo que me gustaba [se ríe]—. Y entonces ella también

empezó a contarme todas sus cosas. Se sentía desarmada porque yo había pasado por alto todas las superficialidades, los manierismos y esas cosas, y fui justo a lo importante, al alma. Ahora mantenemos esta relación y ella se encuentra más cercana a mí que a nadie más.

La otra cualidad más admirada es la capacidad para tener sentimientos que valga la pena expresar: ser sensible, tener emociones profundas, preocuparse por la gente y la naturaleza. La experiencia de la soledad en el bosque es una dimensión de este aspecto; la preocupación por los compañeros de acción política, del hogar, de los lugares de trabajo o del sexo es otra. A quienes estos hombres criticaban más duramente era a la gente que no se preocupaba por los demás; quienes, por ejemplo, manipulaban para su propia ventaja los procesos colectivos del lugar de trabajo o de la casa.

Los nuevos modelos de relaciones personales suponen que estas cualidades de apertura y preocupación deben ponerse a funcionar. En el caso de las relaciones sexuales y domésticas con las mujeres, esto significa ser "muy cuidadoso" y no actuar presionando a los demás, no dominar la conversación ni utilizar lenguaje sexista. Todas las entrevistas suponían que los hombres debían adoptar los buenos modales feministas y conducirse con cuidado cuando estuvieran entre mujeres —lo que significa la mayor parte del tiempo, si consideramos el medio en el que se mueven.

Es evidente que un problema mayor se relacionaba con el proyecto de un nuevo modelo de relaciones con los hombres. La mayoría de los seis expresó un deseo por tener mejores relaciones con hombres y apuntaron que les era difícil conseguirlas. Bill Lindeman describió cierto progreso:

—Siempre me fue más fácil relacionarme con mujeres que con hombres. No era cosa de decir, "bueno, me voy a relacionar con hombres", porque no era lo que pasaba. Así que significó un proceso en el cual tenía que decidir pasar mi tiempo, aunque al principio el tiempo que gastaba no me la pasaba bien. Así he estado seis meses o un año. Me ha ayudado a cambiar mucho, tengo más amistades con otros hombres. Ahora la amistad que tengo con algunos de esos hombres es más importante para mí que la que tengo con mujeres.

—*¿Cómo han cambiado tus relaciones con hombres?*

—Ahora puedo ser más abierto, acercarme más a ellos, confiar más, preocuparme más. Los toco más, los abrazo más.

La barrera clásica para la amistad entre los hombres heterosexuales es la homofobia. Los seis miembros del grupo son heterosexuales; en la cultura australiana, una parte estándar de la heterosexualidad hegemónica es el rechazo a los hombres gays y el miedo a ser considerado homosexual. En el capítulo 4 mostré cómo este factor aparece en los jóvenes de la clase obrera. De los ecologistas, tres mencionaron breves encuentros homosexuales, ninguno con entusiasmo y uno de ellos con franco desagrado. Su línea política era a favor de los gays y algunos describieron amistades cálidas con hombres gays; sin embargo, algunos mostraron un toque homofóbico. Habían aprendido un feminismo que cuestionaba directamente el "sexismo", pero que no daba ninguna línea clara respecto a la homosexualidad entre los hombres. Su práctica ligada al cambio no cuestiona la sensibilidad heterosexual de sus cuerpos. Así que no se enfocan en las dificultades que conlleva el nuevo modelo de relaciones entre hombres.

Su proyecto se dirige al cuerpo sólo hasta el punto descrito por Bill Lindeman: escuchando ciertos mensajes corporales o cuidando el cuerpo mejor, alimentándose más sanamente y evitando el estrés. A pesar de que su intento de reconstruir sus relaciones puede ser considerado una forma de adquirir feminidad, ninguna parte de su proyecto incluyó las cuestiones mencionadas en el capítulo 2, las prácticas a través de las cuales la masculinidad se inserta en el cuerpo.

Al cuerpo se le considera un objeto natural y se cree que está en armonía ideal con otras partes de la naturaleza. La forma del discurso de Bill Lindeman, que habla de "mi cuerpo" y de "mí mismo" como si dos personas distintas estuvieran conectadas por una línea telefónica, es muy significativa. No se considera que el yo reformado esté corporizado. Al mismo tiempo, la masculinidad se separa en convenciones sociales, que pueden desecharse, y características corporales naturales, que no pueden desecharse. Los hombres operaban en una especie de teoría de roles sexuales que no les permitía llegar muy lejos.

Los temas de apertura y honestidad incluían otro problema más para quienes adoptaban la pasividad, basada en ciertos principios, en relación con las mujeres. La honestidad exige a veces hablar amargamente, y las relaciones en el trabajo, las sexuales y las tensiones al cambiar generan enojo. Y ningún principio feminista ni sentimiento comunal pueden evitarlo. Así que el resultado es un compromiso doble, en el cual, por un lado, los hombres se sienten presionados para expresar sus emociones y, por el otro, se supone que deben suprimirlas.

La sensación de estar en un callejón sin salida se refuerza porque estos hombres sienten que el tiempo se ha detenido. Aunque tenían claro qué cualidades querían desarrollar, no les ocurría lo mismo respecto al futuro al cual los llevaría su reconstrucción. Su renuncia a carreras "normales" había borrado las imágenes convencionales del curso de una vida y, hasta ese momento, no había nada que ocupara su lugar.

La aniquilación de la masculinidad

A veces el momento de separación parece depender sólo de la voluntad. El proyecto de rehacer el yo masculino requiere bastante fuerza de voluntad si consideramos que otros hombres se burlarán de esta idea, la homofobia, que todavía está presente, y la ambivalencia hacia las feministas. Sin embargo, no es lo único involucrado. El proyecto se confunde con las relaciones y emociones a través de las cuales la masculinidad se formó inicialmente. En estas relaciones y emociones existen motivos que sostienen el nuevo trabajo emocional, además de ciertas razones que lo conforman y limitan.

En su niñez, todos crecieron en hogares donde la división sexual del trabajo se daba de acuerdo con las normas convencionales, así que podemos deducir una identificación temprana con la madre. Todos los hombres del grupo (con configuraciones distintas) atravesaron un proceso de masculinización edípica bajo la influencia de padres, de hermanos o del patriarcado simbólico. En varios casos se dio cierto distanciamiento de la masculinidad hegemónica debido a una realineación con la madre o al reconocimiento y admiración de la fuerza de las mujeres. Sin

embargo, en general, al final de la adolescencia la mayoría de estos hombres parecía seguir el camino que produciría masculinidades hegemónicas, o por lo menos cómplices.

En vez de esto, se involucraron en un proyecto de reforma del yo que se dirigía a deshacer los efectos de la masculinización edípica. Es muy posible que este proyecto se sostuviera gracias a corrientes emocionales de las relaciones preedípicas: fundamentalmente la relación primaria con la madre.

Es difícil obtener evidencias directas de estos niveles de personalidad arcaicos, pero en nuestras entrevistas pudimos observar ciertas indicaciones bastante interesantes. Por ejemplo, en la primera parte de su entrevista, Peter Geddes nos hizo un relato claramente periodístico, respondiendo a las preguntas con una historia muy vívida y ordenada cronológicamente. En la segunda mitad de su entrevista, al hablar de su vida en la contracultura y describir su reconstrucción del yo, su estilo de discurso cambió. Sus respuestas no tenían pausas, ni estructura cronológica, no seguía ningún orden para introducir temas o asociaciones y sus ideas, eventos y comentarios se interrumpían unos a otros. Si seguimos el argumento de Julia Kristeva de que la separación de la madre y el advenimiento de la conciencia de castración edípica se conectan con una fase específica del lenguaje, en la cual el sujeto y el objeto se encuentran separados y surgen proposiciones y juicios (la fase "tética"), entonces el cambio en el discurso de Peter tendría lógica como el signo de un intento por deshacer la masculinidad edípica.[4]

La mayoría de estos hombres adoptaron filosofías holistas como parte de su concepto ambientalista y contracultural. Enfatizar la totalidad indiferenciada, especialmente cuando se relaciona con una actitud pasiva-receptiva hacia una naturaleza que abarca todo, recuerda tanto las relaciones primarias con la madre que hasta la bibliografía de la contracultura se refiere al hecho. El sentido de comunión con la naturaleza descrito por Bill Lindeman, tan puro y maravillosamente claro, recuerda el sentido "oceánico" sugerido por Freud, que se derivaba de las primeras etapas de la vida.[5] El deseo por la pasividad, expresado en la re-

[4] Kristeva, 1984.

[5] Freud, 1961 [1930], pp. 65-68.

nuncia a la rivalidad masculina, también puede basarse en los placeres de esta relación.

De forma similar, la apertura, la honestidad total y la vulnerabilidad emocional son precisamente modos de remover barreras, revertir la separación y la diferenciación y restablecer la conexión primaria —esto es, recorrer en sentido contrario el camino que formó la masculinidad edípica—. La insistencia en resolver las tensiones del poder y la sexualidad estableciendo una relación con una mujer fuerte que tome la iniciativa y proporcione la energía también posee características indiscutibles, similares a las de las primeras relaciones con la madre.

Al apuntar estas consideraciones no quiero sugerir enfáticamente que el activismo ambientalista o el proyecto de reconstruir la masculinidad signifiquen una regresión psicológica. Si acaso, estas conexiones son una forma de medir la seriedad del proyecto. No se trata de hombres que juegan a ser el *sensible hombre nuevo*. Están comprometidos con una política ligada a la personalidad que es real y tiene gran alcance. Lo que pienso es que la forma específica que toma su proyecto se sostiene por respuestas emocionales derivadas de niveles arcaicos de la personalidad.

En la vida adulta estas emociones incluyen riesgos considerables. El proyecto de poseer un yo abierto, pacífico, puede derivar en no tener un yo alguno; puede inducir a la aniquilación: "Me sentía como si hubiera perdido mi centro", explicó Nigel Roberts al referirse a su relación con una mujer feminista. Danny Taylor construyó una relación pasiva y dependiente con una mujer a la que admiraba, lo cual lo colocaba en un posición que las feministas ya habían criticado en el caso de las mujeres:

> Me sorprendía de que yo le gustara. Supongo que durante algún tiempo fui como un perrito faldero... Como que me identificaba con ella, y sus logros eran míos, sus éxitos eran míos. Yo no tenía ninguno. Sentía como que me encogía y que si la relación terminaba explotaría.

La relación terminó, en efecto, con una separación difícil y, en el caso de Danny, con un sentimiento de insatisfacción consigo mismo.

Para estos hombres, la aniquilación de la masculinidad era un objetivo y algo a lo que temían. La masculinización edípica, como en el caso de la mayoría de estos hombres, les estructura el mundo y el *yo* en términos que dependen del género. Deshacer la masculinidad significa perder la estructura de la personalidad, lo cual puede ser realmente aterrador: se trata de una especie de vértigo dependiente del género.

En consecuencia, existen motivos poderosos para imponer límites a la pérdida de la estructura. Tales límites son visibles en la afirmación paradójica del yo masculino en el acto de renuncia. También son visibles al mantener la sensibilidad heterosexual y la selección del objeto heterosexual.

El vértigo dependiente del género puede impulsar a los hombres a alcanzar otras formas de estructurar el mundo. Es importante considerar aquí uno de los puntos más sutiles de Freud sobre las relaciones edípicas. Según él, el complejo edípico "completo" incluye la superposición de dos patrones de atracción y miedo eróticos. Uno conduce a la identificación con el padre; el otro a la selección del padre como objeto erótico y a la rivalidad e identificación con la madre.

No necesitamos aceptar el pansexualismo de Freud para estar de acuerdo en que las relaciones de poder y las dependencias emocionales de la familia patriarcal crean la posibilidad de la identificación edípica con la madre, un patrón distinto de la identificación primaria y la representación de un rol diferente en la política estructurada con base en el género. Se trata de una relación dependiente del género, que se encuentra muy estructurada —de ahí que sea una respuesta posible al vértigo—. Seguramente incluirá la experiencia de cierta vulnerabilidad compartida en vez del sentimiento de la omnipotencia materna, como enfatizan las explicaciones de Karen Horney y Dorothy Dinnerstein sobre la identificación primaria.[6] Puede significar rivalidad con la madre para obtener el afecto del padre, y no una solidaridad fácil con ella. Ya comenté que Barry Ryan, en la crisis de la separación familiar, se fue a vivir con su padre. En su edad adulta, Barry seguía buscando el afecto de su padre más que los otros hombres que investigamos.

[6] Horney, 1932; Dinnerstein, 1976.

En los casos en que se presenta, la identificación edípica con la madre proporciona una base emocional para manejar la pérdida de la estructura en la demasculinización. Puede afirmarse con cierta convicción la solidaridad con las mujeres y el distanciamiento con los hombres, especialmente con los hombres convencionalmente masculinos. En las entrevistas este tipo de emociones eran comunes.

Los seis casos muestran que esta solidaridad con las mujeres no tiene que modularse en una feminización completa. No se trata de una ruta a la transexualización. Más bien, la identificación edípica con la madre parece coexistir con la masculinización edípica, a nivel del inconsciente, como una contradicción en la personalidad.

En la vida adulta, la política de género activa esta contradicción, especialmente alrededor del tema de la culpabilidad. En el psicoanálisis clásico, la culpabilidad en los hombres se conecta íntimamente con la masculinización edípica, una identificación con el padre que es la base del superyo. Según este modelo, el material que obtuvimos en por lo menos dos de nuestros casos es paradójico. Había gran cantidad de culpabilidad, pero se vinculaba con el cumplimiento de la ley del padre, no tanto con su transgresión. Barry Ryan se sentía culpable sólo "por ser hombre". Bill Lindeman se sentía culpable por un episodio específico de un vínculo inequitativo ("la utilicé", nos dijo, en una frase que tiene doble sentido) y también sobre la agresividad masculina en general.

Una corriente importante de la bibliografía feminista, que Barry y Bill leyeron cuidadosamente a principios de los ochenta, presenta un punto de vista muy crítico de los hombres en lo que respecta a la violencia sexual, la pornografía y la guerra. Creo que la culpabilidad que cada uno sentía se relacionaba con una contradicción entre la masculinización edípica y la identificación edípica con la madre, recién activadas por este contexto político.

No todo el grupo reportó sentimientos masivos de culpabilidad. Nigel Roberts, expuesto a la misma bibliografía, respondió de forma más serena. Criticó la reacción efeminista* causada por la culpabilidad:

* Nota a la traducción: *effeminist*.

> Creo que muchos hombres que apoyan el feminismo siguen juzgando a otros hombres, lo que dicen y lo que hacen, como las feministas. Cuando aprendes sobre el feminismo tiendes a atravesar un periodo en el que no quieres ser hombre y no te gustan los otros hombres; sólo quieres escuchar a las mujeres y estar cerca de ellas. En cierto sentido, todavía te sientes amenazado por los otros hombres, y como que no quieres que sean tan buenos feministas como tú eres; algo así.

Tal vez haya una razón por la cual Nigel no respondió al feminismo sintiéndose culpable. Su familia y su vida sexual durante la adolescencia enmudecieron el tema de la diferencia de género. Por lo tanto, cualquier contradicción en las identificaciones de su personalidad sería más débil que las contradicciones de los demás.

Más bien, Nigel parece estar desconcertado respecto al feminismo, como si estuviera en una posición de desventaja. Reconoció la inequidad de género y aceptó el principio de equidad de género. Después fue más allá para revalorar el "lado femenino de la vida". Pero no pudo hacer que esta respuesta se volviera un proyecto habitable. Se sentía fuera de control ("que perdía el centro"), o que estaba en peligro, por lo que evitó el riesgo que representaban las mujeres feministas. La aniquilación de la estructura involucrada en el proyecto del feminismo para los hombres (en el cual se había comprometido desde antes que cualquiera de los otros) pareció dejarlo a la deriva o fuera de lugar. No había encontrado la forma de encauzarse a través de la identificación con las mujeres o con los hombres feministas.

En resumen, el proyecto de rehacer la masculinidad puede configurarse emocionalmente de diversas formas. Ninguna de ellas parece resolverse bien o de forma particularmente estable. Creo que esto se debe a que estos dilemas emocionales no se resuelven sólo al nivel de la personalidad. Para conseguir llevar más allá la reconstrucción del género es necesario moverse a otro terreno, en el cual sea posible aludir directamente las fuentes estructurales de la contradicción emocional. Es necesario moverse hacia la práctica colectiva.

EL MOMENTO DEL DESAFÍO

Entre el carácter social de las cuestiones de género y las prácticas individualizadas con las cuales la contracultura las maneja existe un desajuste. Los métodos terapéuticos para reformar la personalidad tratan al individuo como una unidad que debe cambiar y proponen que la manera de mejorar es acentuando dicha individualidad, buscando un "yo real", el "verdadero yo".

Considerando este enfoque, el proyecto de rehacer el yo puede representar una contención, no una revolución, a propósito del orden de género patriarcal. Por ejemplo, Danny Taylor no ignoraba los hechos de la estructura social y económica. Los describía claramente, refiriéndose a las mujeres como "las esclavas de los esclavos". Sin embargo, lo importante para Taylor era cambiar su mente, y nada en ese proyecto incluía una revuelta de esclavos y esclavas. Danny puede encontrar su verdadero yo, puede crear una masculinidad que incorpore la consideración hacia las mujeres, la apertura emocional y la pasividad sexual que busca. Esta masculinidad puede fracturarse en un orden patriarcal reconstituido, que no se admita como forma hegemónica pero que ocupe una posición subalterna segura y bien reconocida.

El riesgo político de un proyecto individualizado de reforma de la masculinidad es que al final ayudará a modernizar el patriarcado en lugar de abolirlo. El sensible hombre nuevo es ya una figura de los medios, utilizada por los anunciantes del primer mundo para vender ropa hecha por mujeres del tercer mundo con salarios ínfimos.[7] El hecho de que la reforma sea únicamente de aparador ha obligado a muchas mujeres feministas a ver con escepticismo a los hombres feministas.

Otra postura parece alinear a los hombres más cerca del feminismo: la culpabilidad, el antagonismo a los hombres y la completa subordinación al movimiento de las mujeres, postura llamada "efeminista", durante los años setenta.[8] Este punto de vista acepta la lógica individualizante que localiza la fuente de la opresión

[7] No se trata de una figura retórica. Para los salarios y las condiciones de la industria internacional del vestido, véase Fuentes y Ehrenreich, 1983; Enloe, 1990.

[8] Postura instituida en el "Manifiesto efeminista"; Dansky, Knoebel y Pitchford, 1977.

en el sexismo personal de los hombres, y ofrece una reforma moral, en vez de práctica. Ya citamos la crítica que Nigel Roberts hacía en contra del efeminismo. Repite lo que ahora es ya una broma convencional sobre lo masculino que resulta competir para ser el mejor feminista. Visto con más detalle, su comentario señala el antagonismo que existe entre los hombres, lo que apuntala su respuesta, en donde la relación de los hombres con el feminismo se construye sobre el individualismo moralizante.

Dos de estos seis hombres llevaron su práctica política más allá de sólo rehacerse a sí mismos (al yo) y culpar a los hombres. Barry Ryan se preparaba para ser enfermero. En el hospital se enfrentó, como era de esperarse en una institución tan enfática respecto al género, a la ideología y la práctica patriarcales.[9] El mero hecho de estar ahí y subvertir ciertas convenciones masculinas le encantaba. Lo más importante es que deliberadamente desarrolló cierta conciencia en el lugar de trabajo:

> Ahora mi papel como estudiante en edad madura es organizar a los estudiantes, dar algunas clases y enseñar de manera informal. Entre las cosas que hago está señalar a la gente el hecho de que los hombres ya hablan más cuando están en grupos, y preguntarnos por qué pasa eso.

Barry sintió que este tipo de trabajo colectivo requería que detuviera su radical proyecto de reconstrucción personal. Así que estaba dispuesto a buscar un feminismo más habitable y moderado.

Bill Lindeman también hizo esfuerzos para reconformar sus relaciones con hombres, de una forma que iba más allá del individualismo. Describió esta práctica así:

> Sintiendo una fuerte energía que me impulsaba a involucrarme con otros hombres que también estaban intentando cambiar de la misma manera; involucrarme con grupos de autoconciencia de hombres y cosas así. Leyendo. Hay pocos libros escritos por hombres para

[9] Como se documenta, en el caso de los hospitales australianos, en Game y Pringle, 1983. Para una excelente discusión de los hombres que trabajan en este tipo de situaciones, véase Williams, 1989.

> hombres; hombres con cuestiones de "cambio". Leyendo mucha bibliografía feminista. Para mí, el feminismo —y la manera en que lo encuentro en mis relaciones— es un poderoso catalizador para el cambio, mi cambio. [pausa] Leo mucho y gano mucho.

Bill intentó combinar un rol en los grupos contrasexistas de hombres con el activismo ambiental. Intentaba definir a otros hombres con una combinación similar de compromisos, y ponerlos a trabajar con él en proyectos que utilizaran la fotografía y otras formas artísticas para impulsar el cambio. Sin embargo, no era una empresa fácil:

> ...conseguir hombres que sientan así [esto es, que quieran cambiar la masculinidad] y que también estén involucrados en cuestiones ecologistas... Son pocos los grupos de gente con los que me siento bien al trabajar. Así que todo parece ir muy lentamente, hay mucho más dificultades.

El alcance de estos dos proyectos es muy limitado. En el momento de la entrevista, Barry Ryan seguía preparándose para su trabajo. Tratar de influenciar a alguien que está en un programa de entrenamiento, desde la posición de un estudiante, aun un estudiante maduro, no tiene muchas esperanzas. Bill Lindeman intentaba hacer algo más allá de sus posibilidades, pero definía a la gente con la que podía trabajar como aquellos que ya participaban en dos movimientos políticos al mismo tiempo. En consecuencia, su campo de acción inmediato era realmente estrecho.

Aunque estas dos iniciativas eran tentativas y a pequeña escala, representaban, en términos de su propia lógica, un nuevo momento en el proyecto de cambio. Los gestos de individualización, en los cuales un hombre intenta separarse del proyecto de masculinización, se trascienden en la dirección de la movilización política, proceso en el cual el orden social patriarcal se cuestiona.

En capítulos posteriores analizaré otras formas de desafío. Estos dos casos son sólo bases muy frágiles sobre las cuales construir. Sin embargo, quiero subrayar su importancia conceptual, la transición que señalan. Los proyectos colectivos de transformación operan al nivel de lo social. Se orientan al orden institucio-

nal de la sociedad, además de dirigirse a la organización social de la personalidad. Incluyen la creación de unidades mayores a las de la vida individual (desde grupos en los que las personas trabajan frente a frente hasta movimientos sociales). A este respecto, el momento del desafío es muy diferente al del proyecto de reconstrucción del yo.

También quiero volver a enfatizar la forma en la cual el movimiento ambientalista ayuda a la política de género. En este movimiento, muchos hombres se comprometen con procesos colectivos que proporcionan nivelación social en las masculinidades convencionales, en parte debido a la presencia del feminismo en la acción ambientalista. Estos procesos también ofrecen modelos de la práctica política muy relevantes, como se observó en la acción de la presa Franklin.

Sin embargo, la historia cultural del movimiento ambientalista limita la transformación de la masculinidad, aunque la haga posible. Esto se debe a que el movimiento ambientalista, como la contracultura en general, intenta trabajar con una base que no se encuentra estructurada en el género. Incluso trata de desvincularse del género, de deshacer la diferenciación ligada al mismo. Su ideal más común es cierta fusión de los principios femeninos y masculinos. Cada uno de los seis hombres de este estudio consideraba como meta una especie de androginia.

El problema es que una práctica que no se estructure tomando como base el género, en una sociedad que todavía es patriarcal, puede desmovilizar, aunque sea progresista. Una respuesta que sólo niegue la masculinidad de la corriente principal, que siga en el momento de rechazo, no necesariamente se mueve hacia la transformación social. Para ir más allá, frente al vértigo ligado al género que documentamos más arriba, parece necesario que los hombres que rechazan la masculinidad hegemónica practiquen una política de género contrasexista. En el capítulo 10 discutiremos lo necesario para conseguirla.

CAPÍTULO 6
UN GAY MUY NORMAL

En el mundo occidental contemporáneo ninguna relación entre hombres está cargada con tanto peso simbólico como la que se establece entre los heterosexuales y los gays. Se trata de una relación colectiva, no meramente personal, que afecta el género a escala social. Este capítulo explora sus consecuencias para la formación de la masculinidad.

La cultura patriarcal interpreta de una forma muy simple a los hombres gay: son hombres a los que les falta masculinidad. Esta idea se expresa en una extraordinaria variedad de formas que incluyen desde los viejos chistes sobre, por ejemplo, su cintura o la ropa que utilizan, hasta investigaciones psiquiátricas sofisticadas de la "etiología" de la homosexualidad en la niñez. La interpretación se relaciona evidentemente con la suposición común en nuestra cultura de que existe un misterio en la sexualidad, de que los opuestos se atraen. Si alguien se siente atraído por lo masculino, entonces debe ser femenino —si no en el cuerpo, en alguna parte de su mente.

Estos conceptos no son coherentes en ninguna forma particular (por ejemplo, les cuesta trabajo explicar por qué los hombres gays se atraen unos a otros), pero sí se mantienen. Se ven en problemas cuando tienen que explicar la masculinidad de hombres que se sienten atraídos por otros hombres.

Estos problemas se han hecho más y más públicos desde el ascenso de las comunidades gays en los países ricos, durante los años setenta y ochenta. La investigación en Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá y Australia muestra las raíces históricas de estas comunidades, las redes (subterráneas o no) que formaron las generaciones anteriores para ofrecer apoyo a los hombres homosexuales. En los años sesenta y principios de los setenta se

dio un cambio dramático. La cultura general se sexualizó aún más; el movimiento a favor de los derechos civiles en Estados Unidos, la nueva izquierda y la contracultura cuestionaron abiertamente la ortodoxia; surgió el movimiento de liberación de las mujeres y los hombres y las mujeres gays se movilizaron políticamente en la liberación gay.[1]

En el espacio que estos movimientos abrieron, los asentamientos gays de ciertas áreas urbanas (entre los más famosos se encuentran las zonas que rodean Castro Street, en San Francisco, y Christopher Street, en Nueva York) pudieron crecer e institucionalizarse. Adquirieron una serie de negocios (bares, tiendas, clubes nocturnos, saunas) y formaron agrupaciones políticas (liberación gay, política cultural gay, grupos de acción relacionados con el SIDA). Desde entonces, ser un hombre homosexual podía significar, y cada vez significó más, estar afiliado a una de estas comunidades gays.

No es sorprendente que el punto de vista científico y social de la homosexualidad masculina también cambiara. Se apartó de la preocupación psiquiátrica por la etiología y el tratamiento, y de la perspectiva sociológica de la homosexualidad como una forma de "desviación" que debía enlistarse junto al tartamudeo, el alcoholismo y la falsificación de cheques. En Estados Unidos se desarrolló una nueva psicología que consideraba la homosexualidad como una "identidad" y rastreaba las huellas a través de las cuales esta identidad se construía e integraba al yo. Esta psicología se fundió con una nueva aproximación de la sociología que trataba a esta homosexualidad como una "subcultura" que se sustentaba (al igual que otras en una sociedad plural) en la socialización de nuevos miembros y la negociación de vínculos con la sociedad de la corriente principal.[2]

Estas vertientes produjeron una explicación más respetuosa de la homosexualidad masculina que el cuadro hostil de mentes torcidas y desviaciones furtivas que tomó la forma de ciencia tan sólo treinta años antes. Sin embargo, el acercamiento estadounidense a la identidad y la subcultura apartó la atención de la polí-

[1] Para el caso de los países citados, véanse Weeks, 1977; D'Emilio, 1983; Kinsman, 1987; Wotherspoon, 1991.

[2] Para identidad, véanse Troiden, 1989; Cass, 1990; para subcultura, véanse Epstein, 1987, y Herdt, 1992.

tica derivada de la sexualidad y el género. En Gran Bretaña, por otro lado, se ha discutido con más profundidad si la comunidad gay es un espacio de subversión y cambio cultural o de conservadurismo dependiente del género. Gregg Blachford argumenta que las comunidades gays proporcionan cierta resistencia, pero no constituyen un desafío significativo a la cultura de dominación masculina en la sociedad como un todo. Jeffrey Weeks, tomando una posición postestructuralista del orden social, considera que las subculturas sexuales son más diversas y tienen mayor potencial para el cambio.[3]

Estas cuestiones no están todavía establecidas, debido en parte a la epidemia de VIH. Para quienes luchan contra una nueva ola de prejuicios, se enfrentan a la enfermedad y la muerte relacionadas con el SIDA y mueven recursos para su cuidado, tratamiento y prevención, las preguntas teóricas estructuradas tomando como base el género no están precisamente en el primer lugar de su lista de prioridades. Sin embargo, las preguntas siguen ahí y son muy importantes para comprender las respuestas de la sociedad al SIDA.

Este capítulo se basa en entrevistas a ocho hombres relacionados con la comunidad gay en Sydney. Algunos otros hombres de esta investigación tuvieron experiencias homosexuales (incluyendo a tres que discutimos en el capítulo 5 y por lo menos dos del capítulo 4), pero ninguno de ellos se vinculó con las redes gays; sólo uno tenía alguna relación con dichas redes (Paul Gray, quien pasa por gay cuando decide travestirse).

Estos ocho hombres son: Mark Richards (de entre 20 y 25 años), enfermero; Dean Carrington (de alrededor de 25), conductor de camiones pesados; Alan Andrews (cerca de los 30), técnico en una industria al aire libre; Jonathan Hampden (cerca de los 30), asistente comercial; Damien Outhwaite (entre 30 y 35), desempleado, que a veces trabaja como taxista; Adam Singer (entre 30 y 35), profesionista en el despacho urbano de una gran organización; Gordon Anderson (entre 40 y 45), director de una compañía; Gerry Lamont (cerca de los 50), profesionista en el sector privado.

La mayoría ha tenido relaciones sexuales con mujeres, aunque en la actualidad todos, excepto uno, centran su atención sexual en

[3] Blachford, 1981; Weeks, 1986.

hombres. Dos son padres, otros creen que podrían serlo. Tres vienen del campo (uno del extranjero) y su migración a la ciudad se relaciona con su incursión en las redes sociales gays. La mayoría proviene de contextos obreros y varios de ellos han ascendido en la escala social. Uno comenzó en el mundo privilegiado y asistió a una escuela privada de la élite.

El momento del compromiso

Los discursos anteriores relacionados con la homosexualidad se ocupaban de su origen. Richard von Krafft-Ebing, fundador de la sexología moderna, la definió como "un instinto sexual... el opuesto exacto al característico del sexo al cual el individuo pertenece", y consideró que su causa principal era la degeneración hereditaria. En este siglo, la psiquiatría supuso que la causa era cierto grado de anormalidad en el desarrollo, aunque se discutió mucho cuál era esta anormalidad. El psicoanálisis ortodoxo la atribuía a la patología familiar, padres distantes y madres seductoras. La opinión más reciente está influenciada por un estudio realizado en San Francisco por el Kinsey Institute, que encontró pocas pruebas que sostuvieran la tesis de la madre seductora y el padre débil, pero que encontró que, entre los hombres homosexuales, eran comunes las historias de inconformidad con el género en la niñez.[4]

Ninguno de estos puntos de vista explica las historias de vida incluidas en este estudio. Todos crecieron en familias en las que la división del trabajo era la convencional, lo mismo que la estructura de poder. Dean Carrington bromea al decir que su padre era un "hombre victoriano"; la mitad de los padres llevaron la dominación hasta el punto en que se volvía violencia contra sus esposas. Estas últimas trabajaban en el hogar y se dedicaban al cuidado infantil, algunas de ellas trabajaban ocasionalmente y ganaban un salario. En pocas palabras, el firmamento familiar se encontraba en el rango de lo que era numéricamente normal

[4] Krafft-Ebing, 1965 [1886]. Bieber, *et al.*, 1962, y Friedman, 1988, muestran puntos de vista psicoanalíticos que han cambiado con el tiempo. El estudio realizado en San Francisco es el de Bell, *et al.*, 1981.

y socialmente convencional en Australia durante los años cincuenta y sesenta.[5]

Tampoco podemos hablar de que los niños no se conformaran a su género. Estos ámbitos convencionales familiares fueron sitios de prácticas masculinizantes exactamente paralelos a los de las historias de vida heterosexuales. Sus madres les ponían pantalones y no faldas; sus padres les enseñaban a jugar futbol; aprendían sobre la diferencia sexual. Al salir de sus familias se les indujo a participar en grupos de amigos de su mismo sexo, recibieron la educación sexual informal, sexista y común, y estuvieron expuestos a las dicotomías estructuradas con base en el género que predominan en la vida escolar. Mark Richards se involucró con un grupo de amigos rudos que realizaba ciertas actividades criminales; Jonathan Hampden fue jugador de futbol; Gerry Lamont se enfrentó a un padre borracho que agredía a su madre.

Cuando comenzaron a trabajar, la mayoría permaneció masculinizado socialmente. Jonathan Hampden, por ejemplo, trabaja muy a gusto en una actividad relacionada con la industria manual, dominada por hombres. Dean Carrington, a quien citamos bromeando sobre su padre "victoriano", trabaja como conductor de vehículos pesados. Sin importar las preferencias sexuales, él sigue definiendo la masculinidad como una *agencia* sexual, como algo activo, que significa llevar las riendas. Gordon Anderson conduce su oficina de acuerdo con los patrones convencionales que suponen un jefe y una secretaria; además se comporta de forma controlada y autoritaria, lo que se ajusta perfectamente al traje gris, de buen corte, que utilizaba cuando lo entrevistamos. Gordon es un buen estratega en los negocios y sus opiniones sobre política muestran su preparación.

En conclusión, en las vidas de estos hombres podemos detectar un momento de compromiso con la masculinidad hegemónica semejante al de los ambientalistas presentados en el capítulo 5. Como se podía prever, la hegemonía del modelo dominante influencia a todos los demás.

Sin embargo, al igual que en la dinámica familiar de nuestros ejemplos del capítulo 5, las relaciones que construyen al

[5] Como se define en las entrevistas con los otros grupos de hombres en la investigación y en estudios históricos como los de Game y Pringle, 1979; Gilding, 1991.

género permiten otras posibilidades. Las familias no son sistemas mecánicos y fijos; son campos de relaciones en los cuales se negocia el género. Sus configuraciones cambian con el tiempo, cuando las alianzas se forman o se rompen y la gente entra y sale de ellas.

En los hogares en los cuales se tiene una división convencional del trabajo, las relaciones de los niños con sus madres y hermanas son tanto el medio principal de marcar las diferencias sexuales como la *fuente* de alternativas de identificación con el padre. La estructura convencional del hogar patriarcal permite toda una gama de posibilidades para las relaciones emocionales y la construcción del género.

De esta forma, en el caso de Jonathan Hampden podemos encontrar una poderosa identificación con su padre, pero también una identificación importante con su hermana mayor. Esta última se desarrolló, mientras el afecto de su padre se perdió poco a poco. Con el tiempo, Jonathan también repudió la relación con su hermana. Alan Andrews, un niño que creció en el campo, como Damien Outhwaite, siempre estuvo cerca de su madre; en su niñez, casi todas sus amigas eran niñas; siempre ha admirado y se ha sentido cerca de las mujeres. Su madre tuvo que echarlo del nido. Damien, por su parte, evadió el control materno y escapó a la ciudad; sin embargo, también se mantuvo ligado emocionalmente a ella.

En un ámbito extenso, la insistentemente masculinizada cultura pública —en grupos de amigos, escuelas, lugares de trabajo, organizaciones deportivas, medios de comunicación— sostiene las definiciones convencionales de género. Pero su misma insistencia ocasiona que los jóvenes utilicen el género como una forma de resistirse a los adultos y la autoridad establecida.

Esta resistencia puede tomar la forma de una personalidad hipermasculina, que es la que Jonathan Hampden asumió en la adolescencia: fumaba, peleaba y se resistía a la autoridad escolar, como algunos de los jóvenes de clase obrera que discutimos en el capítulo 4. Sin embargo, la resistencia también puede derivar en hacer cosas totalmente no masculinas. Al final de la adolescencia, dos de los hombres de nuestro grupo hicieron justo eso. Damien Outhwaite, al abandonar un medio rural asfixiante y llegar a una escuela en la ciudad, se teñía el cabello, usaba pan-

talones extravagantes, se pintaba las uñas y tejía. Mark Richards, adolescente incontrolable y hostil, cambió completamente y en su vida adulta decidió estudiar enfermería.

En consecuencia, el momento del compromiso es complejo. En algunas de estas vidas podemos encontrar cierto compromiso con la masculinidad hegemónica que presenta formas diversas, desde un fuerte compromiso con ésta hasta una serie de fantasías nerviosas, relacionadas también con ella. Sea lo que sea, el compromiso siempre está ahí. En ningún sentido la homosexualidad se deriva de alguna carencia, de algún vacío derivado del género. Sin embargo, la construcción de la masculinidad se da a través de relaciones que son todo menos monolíticas. La dinámica del género es poderosa y suficientemente compleja y contradictoria como para modularse de diferentes formas. En la vida de estos hombres, la modulación decisiva normalmente se dio después de una experiencia sexual —el descubrimiento de la sexualidad o un descubrimiento en la sexualidad.

El granito de arena: la sexualidad

Para más de la mitad del grupo, el primer contacto sexual importante fue heterosexual. Dos de ellos habían estado casados y eran padres; otros estuvieron a punto de casarse. La primera relación de Dean Carrington fue "una bella experiencia y todavía somos amigos"; incluía buenas relaciones sexuales y cuidado mutuo. Piensa que fácilmente se hubiera casado. En el caso de Alan Andrews, al crecer en el campo, la sexualidad se definía como una relación con una chica. Su madre y su grupo de amigos lo presionaron para que se buscara una novia. Sus amigos se la buscaron. Cuenta una divertida historia en la cual una noche, cuando el grupo acampaba, lo obligaron a entrar en la tienda de una muchacha, pero se equivocó y abrazó a otra chica. Como vimos arriba, la heterosexualidad obligatoria es parte indiscutible del paso a la vida adulta.

> Había mucha presión sobre los jóvenes de 16 o 17 años que eran vírgenes. Y yo lo era. Siempre pensé que sería bueno conocer a la chica correcta. Pero resultó ser un muchacho.

Como Alan deja ver, el discurso público supone que la heterosexualidad siempre está implícita. Sin embargo, la heterosexualidad obligatoria no necesariamente se ponía en práctica. Los relatos describen experiencias entre personas de sexos diferentes y del mismo sexo durante la niñez.

Adam Singer recuerda que "desde que tiene memoria, siempre tuvo un gran interés sexual". Puede dar detalles circunstanciales de juegos sexuales entre amigos de ambos sexos, en la primaria y la secundaria —hasta incluye una deliciosa viñeta de una "colonia nudista" formada por niños de la primaria en los matorrales que se encontraban más allá de la cerca escolar—. Jonathan Hampden también recuerda los juegos sexuales de su niñez, en los cuales se incluían personas de los dos sexos, aunque sus recuerdos son menos idílicos. Lo encontraron jugando con su vecina de siete años. Más adelante recuerda lo que parecen ser masturbaciones mutuas con los niños de su pandilla; fue entonces cuando se dio cuenta de que se prohibía la homosexualidad y comenzó a desarrollar sentimientos de culpabilidad. En uno de los casos, la iniciación sexual en la niñez fue con una mujer adulta, una pariente, y el resultado fue un gran torbellino emocional.

Experiencias como las anteriores, que incluyen compañeros y compañeras sexuales, se encuentran tanto en las historias de vida de adultos heterosexuales como en las de homosexuales. Los contactos sexuales tempranos con niños o con hombres no previenen por sí mismos la heterosexualidad. La investigación realizada en otros países aporta evidencias de que hay más hombres que tuvieron contacto sexual con otros hombres en su juventud que los que se hicieron total o principalmente homosexuales. La sexualidad de la juventud es un campo de posibilidades, no un sistema determinista. Freud apuntó la forma libre de la sexualidad en la niñez (su famoso chiste sobre la "disposición poliforma perversa" de la niñez, pero la localizó en la primera infancia. Casos como los de Adam Singer y Jonathan Hampden muestran que la sexualidad polimorfa se extiende hasta la adolescencia.[6]

[6] Para más evidencia sobre la sexualidad temprana mixta, véanse Kinsey, *et al.*, 1948, p. 168; Shofield, 1965, p. 58. Para una investigación más reciente, véase Turner, 1989. La frase de Freud es de *Three Essays*, 1905.

La homosexualidad adulta, como la heterosexualidad adulta, cierra estas opciones. Es algo que ocurre, que se produce a través de ciertas prácticas específicas, no es algo que esté predeterminado. La limitación sexual incluye la selección de un objeto; este enfoque puede encontrarse en algunas, aunque no en todas, las entrevistas.

En el caso de Mark Richards, el periodo de infelicidad severa y rechazo de la autoridad que desarrolló al inicio de su adolescencia se resolvió cuando lo mandaron a una escuela a la que acudían sólo niños y se enamoró de uno de sus compañeros. Él cuenta su historia como la "clásica historia en un internado... una amistad muy cercana y por si fuera poco... una relación sexual muy fuerte". Se trataba de una relación furtiva, pero completa:

—Nunca nos atraparon, y lo hacíamos en todos lados. Hasta en el Salón de Actos, bajo las escaleras. Se inscribió a las clases de música porque yo asistía a ellas; íbamos los mismos días ...

—*¿Los demás sabían de su relación?*

—No. ¡No! Bueno, no sé, pero creo que no.

Desde entonces, Mark selecciona como objetos sexuales a hombres y no lo duda.

No se trata de una fijación fetichista en una característica particular del objeto. Más bien es la consolidación de la práctica sexual de Mark en torno a una relación lo que creó una estructura que Mark transfirió como un todo a vínculos posteriores. Su vida sexual, de acuerdo con lo anterior, se ha conducido a través de varias relaciones que son relativamente largas. Rechaza la sexualidad de usar y dejar, y comenta, con una ironía bastante densa, que el SIDA ha tenido efectos "maravillosos", ya que "obligó a que todos dejaran de coger por todas partes".

La limitación sexual puede darse, y en el caso de Mark se dio, sin referencia alguna a la identidad homosexual o a cualquier definición social de lo que es gay. La misma relación fue el fundamento. La sexualidad de Adam Singer, hasta cierto punto libre en su niñez, también se consolidó en torno a las relaciones emocionales —que no excluyeron algunas relaciones con mujeres, pero que se centraron más en hombres—. En la preparatoria, Adam

tomó conciencia sexual del aura masculina de los estudiantes mayores: "eran estudiantes como yo, pero su masculinidad era muy, muy fuerte". Como adulto, Adam puede ya expresar su deseo de forma jocosa, pero efectiva: "Un hombre grande, musculoso, que me mime. Me gusta que me cuiden". La selección de un objeto, en este caso, se define a través de imágenes de género contradictorias ("musculoso", "que me mime"), y la contradicción no es abstracta, sino que se corporaliza. En comparación, la imagen de la "mujer correcta", con la cual Adam piensa va a encontrarse algún día, es bastante sombría.

En este caso, el proceso social no puede explicarse a través de nociones como la "identidad homosexual" o el "rol homosexual". Como en los casos heterosexuales discutidos en el capítulo 2, tanto la práctica sexual como las imágenes sexuales se relacionan con cuerpos estructurados con base en el género. Lo que está en juego es dar y recibir placeres corporales. El proceso social se conduce principalmente a través del tacto. Sin embargo, se trata, sin duda alguna, de un proceso social; una práctica interpersonal gobernada por la estructura del género, que tiene una escala mucho mayor.

Un patrón muy similar puede verse en el caso de Dean Carrington, quien también ha tenido relaciones con hombres y mujeres. Cuando se le preguntó cuál era la diferencia, dio una respuesta bastante notable que se centraba en las sensaciones corporales. Vale la pena presentarla con detalle:

> En el sentido tradicional no hay diferencias. Me refiero al sexo anal, o a cualquier otra cosa: besar, tocar, chupar, lamer. Físicamente he hecho lo mismo. Pero tal vez decidí que era más excitante con un hombre. Es que sé cómo estimular a un hombre porque sé cómo me gustaría que me estimularan a mí. Ha resultado bien, ha sido fantástico y me relaciono mejor. Mi amante Betty nunca me habría dicho qué es lo que le gustaba. Todo le gustaba pero jamás se hubiera detenido a decirme "me gusta que me hagas esto así, me gusta que presiones o hazme esto, o ponte esta ropa..."
>
> Creo que me puedo relacionar más con un hombre porque su cuerpo es igual al mío... al tener sexo con un hombre puedo descubrir qué es lo que me gusta más... Aprendo más sobre mi propio cuerpo... Tengo dos pechos, sé como son estas tetas: no son muy grandes,

> son bastante planas, pero son bellas. Y me perdí tantas cosas. Es una pena, una verdadera pena.

La respuesta de Dean va y viene por un terreno de similitudes y diferencias. Es claro que no experimenta diferencias categóricas entre las cualidades eróticas de los sexos; tampoco que establezca prácticas diferentes con ambos. Sus respuestas se ajustan a los descubrimientos de la investigación sobre el repertorio sexual entre hombres gays y bisexuales en Sydney.[7] Las prácticas más comunes en el sexo entre hombres en esta cultura (besarse, abrazarse de manera erótica, etc.) también son comunes en el sexo entre hombres y mujeres. Lo que es diferente con un hombre, aclara Dean, es la *gestalt* del cuerpo: cierta configuración cuya similitud es inquietante y afirmante. Esta similitud permite que la exploración del cuerpo del otro se vuelva un medio de explorar el propio cuerpo.

SER GAY: IDENTIDAD Y RELACIONES

Al parecer, una sexualidad estructurada con base en el género, según la evidencia, será una construcción provisional y gradual. Sin embargo, no podemos decir lo mismo de la identidad social gay. En la actualidad la categoría se encuentra tan bien formada y tan a la mano que se impone a la gente, le guste o no. Damien Outhwaite, al final de su adolescencia rebelde, experimentó esto cuando todavía se encontraba activamente interesado en las mujeres:

> En la universidad iba un tipo que enseguida me identificó como gay, y me daba bastante lata… solía identificar todo lo que hacía como característico de los gays. Por ejemplo, fui el primero en utilizar cierto tipo de pantalones extravagantes cuando comenzaron a ponerse de moda —decidió que era debido a mi condición de gay—. También llevaba mis libros en una bolsa a la espalda —también pensaba que se trataba de un gesto muy gay.

[7] Connell y Kippax, 1990.

Con el tiempo, Damien adoptó esta definición de sí mismo, y la confirmó debido a la opresión —perdió dos trabajos— y su inclusión en las redes sociales gays.

A la posibilidad de ser gay se le ha atribuido actualmente una existencia tan real que es fácil que los hombres experimenten el proceso de adopción de esta definición social como si descubrieran algo sobre ellos mismos. Gordon Anderson explica que "se dio cuenta" de que era gay; Alan Andrews utiliza la misma frase. Alan ofrece un relato clásico de lo que fue aceptarse como gay en seis pasos: *La prehistoria*: crecer en un pueblo en el campo; una familia conservadora y relajada; ninguna tensión particular. *La preparación*: inseguridad propia de la adolescencia —el gusto por estar con chicas, sin que ninguna te guste en especial; juegos sexuales con un amigo, que se echa para atrás. *El contacto*: a los 19 años se encuentra en un *beat* (un lugar para encuentros semipúblicos, algo similar al "salón de té" estadounidense) y tiene sexo con hombres. Entonces sale a buscar más *beats*, le gustan y se siente bien en ellos, pasa unas "maravillosas" vacaciones llenas de sexo en la playa. *El reconocimiento*: 20 años. "Finalmente llegué a la conclusión de que era gay y fui a mi primer baile gay". *La inmersión*: va a su propio ritmo al visitar los bares, tiene muchas relaciones. *La consolidación*: 22 años de edad, conoce al Señor Perfecto y se establece en una relación de pareja; conoce a más amigos gays, se une a algunas organizaciones gays y se lo dice a su padre y madre.

Todo suena en orden y muy cercano a los modelos de etapas de "formación de la identidad homosexual" descritos por la psicología social. Sin embargo, la claridad de la secuencia es engañosa y el resultado no es la identidad homogénea que la psicología del yo suponía y de la cual estos modelos de etapas dependían.

Las primeras experiencias sexuales de Alan en los *beat* fueron decepcionantes. Le tomó tiempo adquirir cierta habilidad y obtener placer. Cuando comenzó a ir a los bares de Sydney —"claramente antisociales... lugares muy fríos"— lo explotaron. Debido a su experiencia de joven del campo, guapo, grande y de hablar lento, seguramente fue considerado un fenómeno en los bares de la ciudad; no le faltaron compañeros. Aunque él buscaba amor y afecto, sus compañeros sólo querían sexo. Siente que cierta pareja lo "violó": "Me obligaron a tener sexo anal con ellos". Se vol-

vió muy crítico de los sementales gays, interpretando su experiencia sexual como una sobrecompensación para su inseguridad. Aprendió a disimular en los grupos heterosexuales, a flirtear de forma clandestina. Cuando les dijo a su padre y madre sobre sus preferencias no le fue muy bien. Su madre se enojó y su padre se negó a hablar. Ambos hicieron lo posible por mantener alejado a Alan de su hermano menor, por si acaso la "corrupción" se contagiaba. Alan no es tan hostil hacia ellos como para que esta situación no le moleste.

En una situación como ésta, "salir del clóset" en realidad significa entrar a un medio gay ya constituido. Entre quienes se dedican a la teoría gay, especialmente quienes se encuentran influenciados por Foucault, existe un fuerte debate respecto a la identidad colectiva que se forma en el medio: sobre si se trata de un medio de regulación social y, en consecuencia, de opresión.[8] La experiencia de Damien Outhwaite, acusado de ser gay debido a sus pantalones y su bolsa, podría entenderse de acuerdo con esta teoría. También, aunque de forma más sutil, la trayectoria de Alan Andrews por los *beats* y bares de Sydney. Mark Richards se distancia del estilo de vida acelerado y de la subcultura gay, de los afeminados y los hombres que se visten de cuero. Esto también puede interpretarse como una crítica a las conformidades internas del mundo gay.

Sin embargo, no hay la menor duda de que Damien, Alan y Mark también experimentaron su sexualidad gay como una forma de libertad, como la capacidad de hacer lo que realmente querían hacer. Las suyas no pueden ser desechadas como conciencias falsas. Dean Carrington expresa más claramente el elemento festivo de "salir del clóset":

> ¡Fervor, frenesí! Hay que hacer todo lo que te has negado a hacer durante 25 años. Haz lo que quieres sexualmente. Y te dedicas a ir a fiestas, a bailar, a beber.

Se trata de una pieza clave en la experiencia inicial de la liberación gay. Sigue siendo una presencia del periodo posterior al SIDA, como lo muestra el éxito continuo del festival lésbico y gay en

[8] Véanse las discusiones de Sargent, 1983; Weeks, 1986.

Mardi Gras —una de las fiestas más populares y concurridas en Sydney—. Para Gordon Anderson, quien tiene razones poderosas para no hacer saber a todo el mundo que es gay, "salir del clóset" (con seguridad perdería su trabajo y probablemente el acceso a sus descendientes), la sexualidad gay y las redes de amistad gay no son tan llamativas. Pero siguen experimentándose como una vertiente de libertad y placer fuera de las restricciones de otros aspectos de su vida.

La libertad sexual, "las fiestas", "levantar los tacones" (frases de Gordon Anderson), aunque importantes, no definen el tipo de conexión que normalmente se busca. Adam Singer llama a su primera experiencia con un hombre "no una relación, sino un encuentro sexual". La mayoría de los otros acepta esta distinción y, como Adam, valora mucho más la "relación".

El ideal que comparten incluye una relación de pareja duradera, tal vez que acepte sexo casual, pero que privilegie el compromiso primario. Lo que valoran en ella es tanto el placer sexual como "la honestidad... el cuidado, el compartir y aprender uno de otro", para usar las palabras de Alan Andrews. Otros mencionan que involucrar emociones mutuas, intereses comunes y sentarse y escuchar al otro son los componentes de relaciones que funcionan.

¿Cómo se lleva este deseo a la práctica? Ésta es la parte más difícil de reportar de las entrevistas, ya que es lo que más les costó a ellos describir. Tres viven con amantes hombres en relaciones duraderas, que en uno de los casos es de once años. De estas relaciones, la más problemática es en la que hay mayor diferencia de edad; al parecer el trato recíproco es lo más difícil de conseguir.

Otros tres buscan conscientemente relaciones duraderas, ya sea reavivando un amor anterior o buscando una nueva pareja. Mientras tanto se las arreglan con "encuentros" o sólo esperan a que se acabe la sequía, como uno de ellos lo explicó. Otro ha tenido encuentros cortos con hombres (más duraderos con mujeres) y ahora está preocupado por la ética de dichos encuentros. Sólo uno de los ocho prefiere emocionalmente los encuentros casuales. Intenta llevar una vida erótica que sea gay sin discusión, con una relación doméstica continua con la madre de sus hijos/as.

El patrón que estos hombres prefieren, como el del mundo heterosexual que conocen, es el que se compromete en una relación duradera de pareja. Sin embargo, conseguirla no es fácil. Los encuentros casuales en los *beats* y bares siguen siendo parte importante de su experiencia total. Todos tuvieron encuentros cortos. Para algunos fue la ruta hacia la sexualidad gay; además, los "encuentros" siguen siendo posibilidades significativas aun cuando hayan establecido relaciones de pareja.

La mayoría de estos hombres tuvieron relaciones sexuales con mujeres, además de con hombres. Técnicamente son bisexuales. Sin embargo, sólo Jonathan Hampden llama así a su identidad sexual, aunque inmediatamente corrige: "Bisexual con una preferencia [por los hombres]". Gerry Lamont juega con el término "bisexual", pero para él es únicamente una forma de rechazar su identidad gay, de la cual siempre se ha apartado. Para él, ser gay es igual a estar fuera de control.

En este momento y en este lugar no existe ninguna categoría social positiva para lo "bisexual"; no existe ninguna identidad intermedia bien definida que los hombres puedan adoptar. Más bien, la bisexualidad se experimenta como la alternancia entre conexiones heterosexuales y homosexuales, o como un acuerdo establecido que las pone juntas al subordinar una a la otra. En otras culturas existen posiciones intermedias mejor definidas.[9] Sin embargo, podemos considerar que en la sociedad europea y estadounidense contemporánea la preferencia sexual es una dicotomía y la bisexualidad es inestable.

Las relaciones entre masculinidades

Como sostuve en el capítulo 3, una masculinidad específica se constituye en relación con otras masculinidades y con la estructura total de las relaciones estructuradas con base en el género. Estas relaciones no son sólo definiciones de la diferencia, sino que involucran prácticas materiales. Históricamente, la relación entre la masculinidad hegemónica y la homosexual ha supuesto

[9] Véase la discusión clásica del asunto en Williams, 1986.

que el sexo entre hombres es un crimen, lo mismo que la intimidación y la violencia fuera de la ley.

Cuando escribí el primer borrador de este capítulo (Sydney, 1991), un grupo de preparatorianos fue acusado por golpear a un hombre gay hasta matarlo en un parque de la ciudad, al cual acudió porque lo llamaron por teléfono para que fuera. Como David McMaster explica en el análisis que hizo al ataque, golpear a alguien hasta matarlo no es fácil: en este caso, supuso que se le pararan en la cabeza, brincaran sobre sus genitales y le reventaran las costillas cuando se lanzaron sobre él con todo su peso. Los ataques a gays son tan comunes como para que se les incluya en la política urbana de Sydney. La investigación etnográfica de James Walker documenta la profundidad de esta homofobia en la cultura juvenil de la ciudad.[10]

A ninguno de los hombres que entrevistamos lo han golpeado, pero sí amenazado. Su conversación da por sentado que se encuentran en un medio homofóbico. Damien Outhwaite ha perdido empleos, Adam Singer ha conservado una carrera que realmente no le interesa mucho, en parte porque es un medio seguro para los hombres gays. Gordon Anderson se queda en el clóset porque teme perder su trabajo y sus hijos/as:

> No quiero dejar de hacer lo que hago. No quiero dejar de ser un buen padre; no puedo imaginarme a mí mismo como alguien que pone su estilo de vida ante todo. Supongo que ése es el precio que tengo que pagar.

Gordon nos da una descripción interesante de cómo tiene que sostener la ilusión de masculinidad heterosexual cuando hombres de negocios lo visitan y tiene que entretenerlos. Tiene amigas que lo acompañan en su departamento y actúan como las anfitrionas: la ilusión se pierde cuando les preguntan en dónde guardan la pimienta.

Entonces, la masculinidad heterosexual se encuentra en la forma de relaciones cotidianas con hombres "normales", que suponen cierta amenaza. Entre las respuestas familiares a esta reac-

[10] Mi opinión sobre la violencia en contra de los gays está influenciada por McMaster, 1991, cuyas descripciones de los daños infligidos en este asesinato he parafraseado. Para la cultura local juvenil, véase Walker, 1988.

ción se encuentran la cautela, la exhibición y la búsqueda de una red gay. Sin embargo, esto no asegura legitimidad. A los hombres heterosexuales se les puede considerar portadores patéticos de ideas anticuadas y de una forma de vida aburrida. Dean Carrington regresó al pueblo en donde creció:

> Vi a mis amigos. Por ejemplo, a uno con el que fui a la escuela... Tiene 25 años, es padre de tres y está atrapado en una rutina. Regresé a verlo a él. Se me ocurrió regresar a mi pueblo natal y ¡me quedé con los ojos abiertos! Todos habían crecido, se habían casado, yo no. Habían hecho "lo correcto", entre comillas.

Alan Andrews tuvo la misma reacción al ver cómo su hermano heterosexual se convertía en un alcohólico. Frente a esta imagen, la masculinidad gay es muy sofisticada y moderna. Negociar la relación con la heterosexualidad es cuestión de establecer distancia cultural y, a menudo, física.

Las relaciones personales no agotan la relación entre masculinidades. La masculinidad hegemónica también se encuentra como una presencia institucional y cultural en las prácticas colectivas. El culto al futbol en la escuela de John Hampden es un buen ejemplo, sustentado por la política escolar y la institucionalización de la confrontación y la agresividad corporales. La autoridad masculinizada en los lugares de trabajo ocasionó fricciones en los casos de Damien Outhwaite y Mark Richards. Adam Singer y Gerry Lamont se distanciaron de sus profesiones masculinizadas.

Sin embargo, la masculinidad hegemónica posee autoridad social y no es fácil confrontarla. Uno de los efectos de la hegemonía es la conformación de percepciones de lo que es gay. Gordon Anderson, comprometido con su estrategia de evasión, critica a los hombres que "ostentan" su condición gay —lo que considera característico de los gays australianos—. (Sin embargo, la misma crítica se hace a los "homosexuales suburbanos" en Estados Unidos).[11] Adam Singer, Damien Outhwaite y Mark Richards rechazan la hipermasculinidad, pero también expresan su disgusto por los gays afeminados (*queens*). Mark lo explica de forma sucinta:

[11] Lynch, 1992.

> Si eres un hombre, ¿por qué no actúas como uno? No eres una mujer, así que no te portes como una de ellas. No hay que darle más vueltas. Y respecto al cuero y todas esas cosas, no las entiendo. Es todo. Soy un gay muy normal.

La dinámica sexual/cultural a la que Mark se refiere es importante. La selección de un hombre como objeto sexual no es sólo la selección de un cuerpo que tiene un pene, es la selección de una masculinidad corporalizada. Los significados culturales de la masculinidad, normalmente, son parte de un paquete. Según esto, la mayoría de los gays son "muy normales". No es sólo cuestión de responsabilidad clasemediera. Posiciones similares tomaron los hombres de la clase obrera no relacionados con la comunidad gay que entrevistamos en un estudio que hicimos un poco después de éste.[12]

Desde el punto de vista de la masculinidad hegemónica, la normalidad se subvierte completamente si el objeto de selección sexual no es el correcto. De ahí el estereotipo heterosexual común de que todos los gays son afeminados. Esta subversión es un rasgo característico de la homosexualidad en una sociedad patriarcal; es independiente del estilo personal o de la identidad de gays como Mark. Por eso, las teorías gay que consideran que la feminización es necesaria en la homosexualidad también tienen cierta razón, aunque no en el sentido que suponen. De acuerdo con las mismas, conseguir la masculinidad gay, según los conceptos de Mark Richards, que son muy comunes y hasta predominantes en los gays urbanos en la actualidad, no es posible.[13]

Frente al cambio

En estas historias de vida, en la forma específica del movimiento entre contextos, el cambio es un tema central. Para algunos el desplazamiento importante se dio desde el conservadurismo del campo hasta las luces de la ciudad. La historia de Dean Carrington sobre los amigos de su niñez que habían hecho "lo co-

[12] Connell, Davis y Dowsett, 1993.

[13] Véase Mieli, 1980.

rrecto" se relaciona tanto con la vida en un pueblo como con la masculinidad. Dean se mudó a Sydney e inmediatamente comenzó a tener sexo con hombres, asumirse como gay y "rugir" en los bares y clubes nocturnos. Para otros, el movimiento se dio dentro de la ciudad, pero entre medios muy distintos —la escuela burguesa *versus* el hogar radical (Mark Richards), el lugar de trabajo de un negocio *versus* una red social gay (Gordon Anderson), una carrera profesional *versus* un movimiento de crecimiento (Gerry Lamont).

El proceso de salir del clóset, de establecerse como homosexual en un mundo homofóbico, otorga casi por necesidad estructura a los relatos. La historia de vida se experimenta como una migración, como un viaje de algún otro lugar al que se habita ahora. A diferencia de los argumentos que consideran a la identidad sexual como una regulación, enfatizaré la *agencia* involucrada en este viaje. Dean Carrington lo resume como un escape y una exploración de sí mismo:

> Ésta es una de las cosas que más me obligó a venir [a Sydney], poder separarme de mi padre y mi madre, pensar en encontrarme a mí mismo, lo que soy, lo que quiero y por qué hacía lo que hacía, por qué cambiaba, de qué me escondía.

En oposición al concepto psiquiátrico tradicional que cree en las relaciones problemáticas con el padre y la madre, la mayoría de estos casos muestran un firme desarrollo del yo que permite la separación sin rechazo. La mayoría de ellos mantiene tan buenas relaciones con su padre y madre como ellos lo permitan.

El deseo de un cambio personal que se desprende de las declaraciones de Dean Carrington puede conducir a una reforma deliberada de la masculinidad, como las que discutimos en el capítulo 5. Damien Outhwaite ha ido todavía más allá: está intentando sopreponerse a su "necesidad de competir" y de dominar. Asistió a un evento del movimiento de hombres en contra del sexismo y quiere seguir trabajando cuestiones relacionadas con la proximidad física, no sexual, con hombres. Jonathan Hampden, a pesar de su incontrolable disgusto por la comida vegetariana, vive en una casa vegetariana, se ha sometido a terapias de

"renacimiento" y ahora "sueña" con abrir un centro de talleres sobre sexualidad.

La exigencia de un cambio en la masculinidad no requiere del apoyo de la contracultura. Uno de los momentos más dramáticos de la historia de Jonathan Hampden es cuando su padre, el profesionista poderoso que al apartarse de la familia influenció el desarrollo de Jonathan, les pidió que se reunieran:

> Se sentó y nos dijo: "¿Qué hice mal?" Fue la primera vez que hablaba del asunto, en realidad fue la primera vez que presentó una actitud abierta frente a nosotros. "¿Qué he hecho mal? Evidentemente no hice bien las cosas. Creí que con trabajar mucho y darles todo tendrían lo que necesitaban". Mis hermanas y mi madre comenzaron a acusarlo. Yo tuve que irme, porque conocía a mi papá y sabía cómo se sentía. Era un hombre orgulloso y no podía verlo así, hecho pedazos. Y ellas soltaron todo: "Durante años te hemos dicho que no queremos tu dinero, te queremos a ti". Al final lo entendió... y lo único que dijo es que se sentía muy mal al respecto, que quería que lo supiéramos. No podíamos creerlo.

Un año después murió de un ataque al corazón. Jonathan piensa que los primeros síntomas de problemas cardiacos fueron los que provocaron esta crisis en la masculinidad de su padre.

Si Jonathan tiene razón, la fractura de las defensas de la masculinidad hegemónica de la vida del señor Hampden se debió a la amenaza de muerte y a la presión de las mujeres (no de Jonathan, porque él "tuvo que irse"). En la vida de la mayoría de los demás hombres esta combinación no se da y la urgencia de cambio no es tan fuerte. Sin embargo, muchos sí sienten esta necesidad de cambio y la idea de que la diferencia sexual se reduce, que los hombres se acercan cada vez más a las mujeres o se parecen más a ellas, se encuentra muy generalizada.

Damien Outhwaite sugiere que el mismo cambio se da en la masculinidad gay, cuando relata la historia de una fiesta en la casa de un joven gay, en una ciudad de provincia. El joven invitó a varias mujeres, y cuando ellas llegaron el gay de mayor edad en la fiesta se fue. Sus redes sociales excluían a las mujeres y lo que hizo este hombre pareció deberse a cierta misoginia —sin embargo, no ocurrió lo mismo con los gays más jóvenes—. En con-

sistencia con lo anterior, los tres hombres más jóvenes del grupo entrevistado, Mark Richards, Dean Carrington y Alan Andrews, son los que más valoran a las mujeres y los que trabajan más su amistad con ellas.

Sin embargo, esta conciencia del cambio tiene pocos efectos políticos. El énfasis de la política de la liberación gay en la afirmación de la identidad gay y la consolidación de las comunidades gays, como Dennis Altman explica en el caso de Estados Unidos, ha tenido un efecto contrario.[14] Los hombres de nuestro grupo no se sentían parte de un movimiento de reforma más amplio. Hasta ahora, el compromiso que tienen con alguna práctica más allá del *yo* es sólo con alguna de características terapéuticas, en la que ayudan a que otros hombres alcancen proyectos individualizados de reforma (los talleres de Gerry Lamont, el centro de sexualidad de Jonathan Hampden).

La falta de conciencia política puede observarse en la postura que el grupo tiene frente al feminismo. Normalmente expresan cierto apoyo al movimiento, pero desaprueban a quienes van "demasiado lejos":

> No soporto a las marimachas que piensan que los hombres son una mierda (Mark Richards).
>
> Nunca he tenido ningún conflicto al respecto. No me gustan los extremos en nada —la idea de liberarse y quemar los brassieres me pone de malas. (Gordon Anderson)

La actitud —y el nivel de ignorancia respecto al feminismo— es la misma que tuvieron los heterosexuales que entrevistamos.

La masculinidad gay como proyecto e historia

Las interpretaciones comunes de la homosexualidad, tanto el esquema tradicional de lo que es normal y lo que se desvía, como los esquemas más recientes de "cultura dominante/subcultura", parecen monolitos cuando se comparan con las realidades de la vida de estos hombres. Sus sexualidades emergieron de negocia-

[14] Altman, 1982.

ciones de muchos tipos y en múltiples ámbitos: relaciones emocionales en el hogar y el mercado sexual; relaciones económicas y en el lugar de trabajo; relaciones de autoridad y amistad. Las presiones en estas relaciones a menudo los lanzaron en direcciones distintas; además de que se vinculan en secuencias diferentes.

Enfatizar esta complejidad no es negar el significado de la estructura social, tampoco significa que no se pueda encontrar cierta estructura en lo que ocurre. En todos los relatos es posible detectar los mismos momentos lógicos, a pesar de la variedad en los detalles: a) compromiso con la masculinidad hegemónica; b) limitación de la sexualidad en torno a las relaciones con hombres; c) participación en las prácticas colectivas de una comunidad gay.

No pretendo que estos puntos generen un nuevo modelo para la formación de la identidad homosexual. No existe una identidad homosexual general, como tampoco existe un identidad heterosexual general. Algunos de los que lo hacen atraviesan otros momentos significativos en la construcción de su sexualidad —como "el cuero y todas esas otras cosas", mencionados por Mark Richards.[15]

Más bien, estos momentos definen un proyecto que se puede documentar en este contexto específico: la formación de una masculinidad homosexual que se realiza históricamente como la configuración de una práctica. Se pueden comparar con los momentos de la reconstrucción de las masculinidades heterosexuales que exploramos en el capítulo 5; además, tienen el mismo punto de partida.

Ninguno de estos momentos define el proyecto, sino su interconexión. La limitación del campo sexual en torno a las relaciones con otros hombres tiene estas características debido al compromiso anterior, aunque limitado, con la masculinidad hegemónica. Los hombres gays no tienen la libertad de inventar nuevos objetos de deseo, tampoco los hombres heterosexuales. Su deseo se estructura de acuerdo con el orden de género existente. Adam Singer no rechaza el cuerpo masculino, sino el cuerpo

[15] Para una descripción detallada de otro de estos momentos, la creación de los hombres que visten cuero, véase M. Tompson, 1991.

masculino que hace cosas femeninas. El erotismo de Dean Carrington se desenvuelve en torno a las similitudes corporales leídas en términos estructurados con base en el género (es decir, en ninguna de las otras formas en las que se pueden leer las diferencias y similitudes corporales; es de notar la atención que da a los pechos, un símbolo importante ligado al género en nuestra cultura). Este erotismo estructurado con base en el género apuntaló la formación de la comunidad urbana gay con la cual estos hombres deben relacionarse como la definición principal de ser gay —algunas veces con dificultad, como en la experiencia que tuvo Alan Andrews en los bares, y algunas otras con alivio— en este momento específico.

¿Cuál es la dirección histórica de un proyecto estructurado de esta forma? ¿Qué posibilidades se abren y cuáles otras se cierran?

Es más fácil considerar a estos hombres productos y no productores de historia. Su política privatizada no tiene gran influencia en el estado de las relaciones de género. El curso de una vida que se concibe como un viaje entre contextos, ejemplificada por la migración literal de Dean Carrington a la comunidad gay, presupone la historia en la cual dichos contextos se han formado. Estos hombres están en una posición en la cual pueden adoptar, negociar o rechazar cierta identidad gay, un escenario comercial gay y redes sociales y sexuales gays, elementos todos que ya estaban formados. Diez años después, son los herederos de un mundo construido por la liberación gay y los "capitalistas rosados" de los años setenta, la generación devastada por el SIDA. Esta generación tampoco tiene un concepto ni un compromiso con dicha historia.

Es aquí donde el panorama se parece al espacio de la teoría de Blachford, quien considera que el cambio social logrado por la política gay es muy limitado. El erotismo estructurado con base en el sexo de estos hombres, la presencia social masculina que la mayoría mantiene, la atención que prestan a las relaciones en pareja privatizadas y su falta de solidaridad con el feminismo apuntan en la misma dirección. En ellos no hay ningún cuestionamiento abierto al género.

Sin embargo, ésta no es la historia completa. El proyecto abre otras posibilidades para el cambio. La primera, la objetivación misma de la homosexualidad que normalmente se teoriza como

una forma de control social es, en el caso de estos hombres, una condición de libertad. Se trata del contrapeso a la heterosexualidad hegemónica que los rodea y que constantemente invade sus vidas, que hace posibles los placeres prohibidos, el elemento festivo de su sexualidad y la construcción de las relaciones a largo plazo con otros hombres gays. (Debemos apuntar que la relación de pareja más larga del grupo comenzó en un *beat*, el sitio clásico de los encuentros casuales).

Aunque la mayoría de estos hombres también ha tenido experiencias sexuales con mujeres, ninguno de ellos tomó ni ha recibido una posición social como bisexual. El punto de referencia tanto para su personalidad como para la selección del objeto sexual es la masculinidad.

La cultura dominante define al hombre homosexual como afeminado. Evidentemente, en el caso de los hombres que entrevistamos aquí, que actúan casi siempre "como hombres", esta definición es incorrecta. Sin embargo, no se equivoca al señalar el ultraje que representan para la masculinidad hegemónica.

La masculinidad del objeto sexual que seleccionaron subvierte la masculinidad de su personalidad y presencia social. Esta subversión es un rasgo estructural de la homosexualidad en una sociedad patriarcal en la cual la masculinidad hegemónica se define como exclusivamente heterosexual y cuya hegemonía se extiende incluso hasta el cuidado de los niños. Nadie puede llegar a ser homosexual sin fracturar de alguna forma la hegemonía. Así que no debe sorprendernos encontrar elementos como los más extravagantes de Damien Outhwaite, la enfermería de Mark Richards, la identificación de Alan Andrews y Jonathan Hampden con las mujeres, junto a otros elementos que sí son característicos de la masculinidad de la corriente principal.

La masculinidad homosexual es una contradicción en el orden de género que se estructura según lo hacen los sistemas occidentales modernos. La evidencia de estas historias de vida (y de otras como ellas) muestra que la contradicción posible se lleva a cabo, incluso se ha vuelto una rutina. El punto de vista apolítico del grupo muestra la estabilización de una alternativa pública a la masculinidad hegemónica. No tienen que pelear defendiendo su existencia como hombres gays, como sí lo tuvieron que hacer las generaciones anteriores. Se trata de una diferencia muy

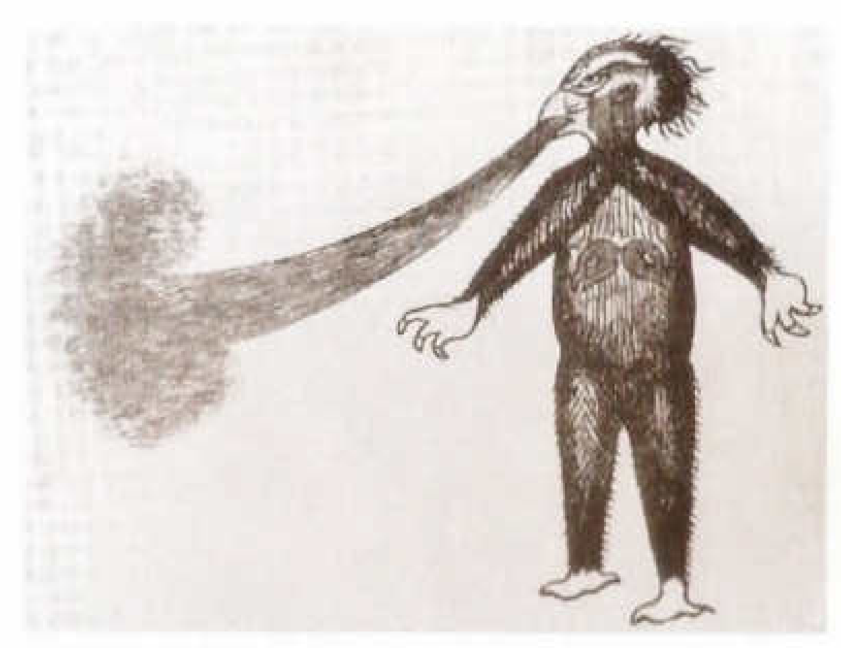
significativa porque surgieron del contexto de la masculinidad hegemónica.

La sexualidad es el punto en el cual este proyecto se rompe, y las relaciones sexuales se encuentran en un punto en el cual se necesita un cambio radical. Respecto a la corriente principal y las relaciones heterosexuales, las relaciones sexuales entre los hombres gays muestran un grado notable de reciprocidad.[16] Con algunas excepciones, se enfatiza la reciprocidad como un ideal y se ejerce en gran medida.

Las condiciones de la reciprocidad son complejas. Incluyen que la pareja tenga edad similar, que pertenezca a la misma clase social (estas condiciones faltaron en las experiencias que vivió Alan Andrews en los bares) y tenga la misma posición ligada al género en la estructura general. De forma irónica, la dificultad para establecer lo que es el tipo de relación considerada más valiosa, las parejas duraderas, también puede convertirse en una presión hacia la reciprocidad en la cultura sexual. Finalmente, también debemos considerar la forma en la cual el cuerpo se involucra en la práctica sexual: el reflejo en el espejo del amante y el amado que, de forma un tanto ingenua, aunque vigorosa, expresó Dean Carrington, en donde la exploración del cuerpo del otro se convierte en la exploración del propio cuerpo.

No estamos refiriéndonos a revolucionarios, pero tampoco a personas que se reprimen completamente. La posición del "gay muy normal" es contradictoria en la política estructurada con base en el género. Las relaciones pacíficas y amistosas con mujeres jóvenes que construyen los hombres jóvenes en sus lugares de trabajo y hogares, junto con la reciprocidad en su propia sexualidad, son indicadores del cambio que estas contradicciones pueden producir.

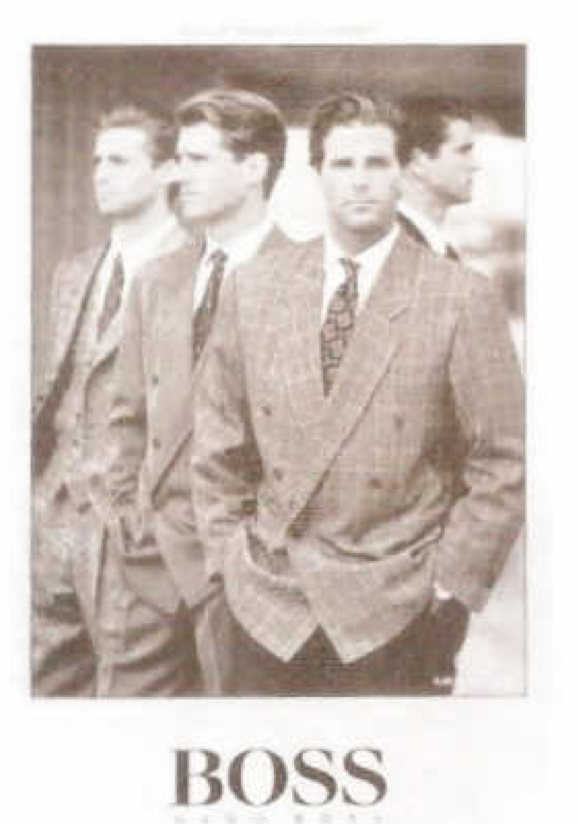
[16] Debo estas observaciones a Sue Kippax; alguna evidencia al respecto puede encontrarse en Connell y Kippax, 1990.



Una lección de imágenes: El actual movimiento mitopoético de los hombres honra al "hombre peludo" por considerarlo el arquetipo de lo masculino profundo. En otras partes del mundo, esta imagen posee un significado muy distinto. Aquí presento una imagen china de un marinero europeo; es de la década de 1850, durante el largo y doloroso proceso a través del cual el comercio y la cultura occidentales (por no mencionar el opio) se impusieron a los chinos. Se llama "El viejo peludo". (Fuente: Hulton Deutsch Collection, Londres)



La masculinidad es un proceso cultural: sin mencionar al género, este anuncio retoma las imágenes del deporte "masculinizado" para vender sus equipos. Al hacerlo, define a la computación personal como del dominio del poder masculino y relaciona el trabajo de oficinas, poco heroico, con un mundo imaginado/recordado de peligros, velocidad y ruido. (Fuente: Seiko Epson Corporation © 1992 Epson America Inc.)

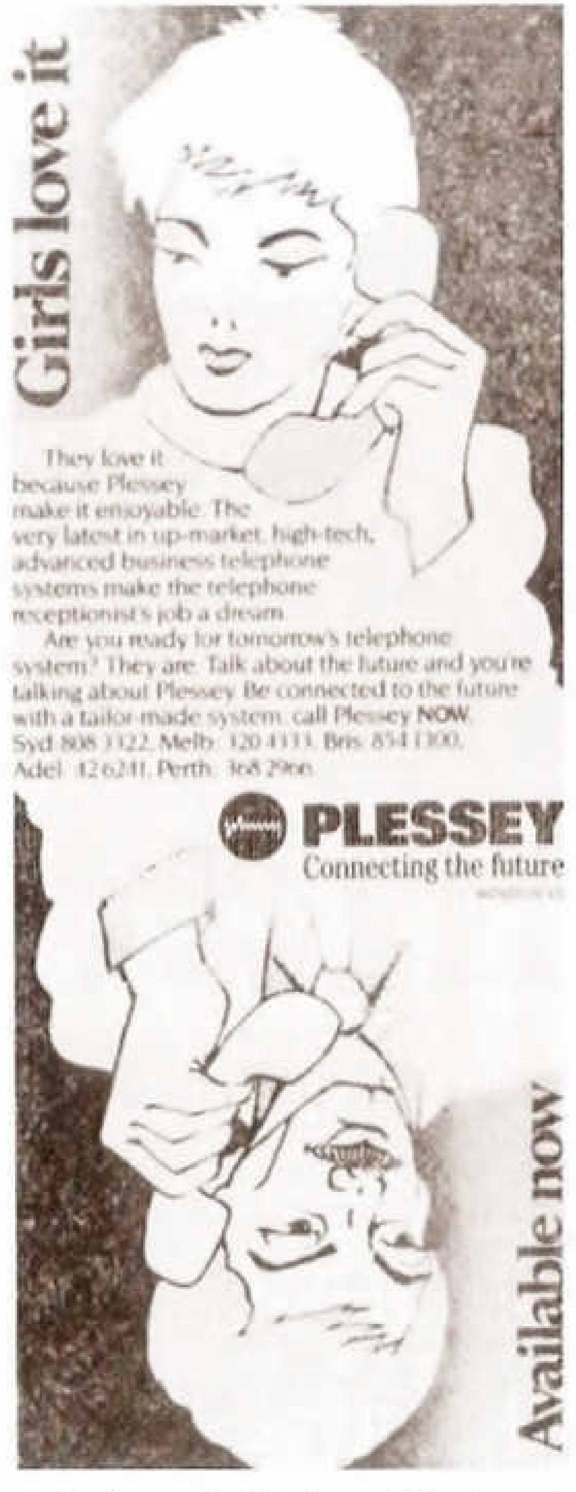




Semiótica de la masculinidad: la creación de las imágenes comerciales de la masculinidad hegemónica se contradice: el placer narcisista que exhibe viola el código al cual se refiere. Estos anuncios muestran dos soluciones. A la izquierda, el poder prohibido y autocontenido queda enfatizado por la multiplicación literal de las imágenes. A la derecha, se presenta una ligera burla al código, que además enfatiza la artificialidad de la imagen. (Fuentes: anuncios encontrados en la revista de la línea Air Canada y en el suplemento de anuncios del Sydney Morning Herald, 1987)



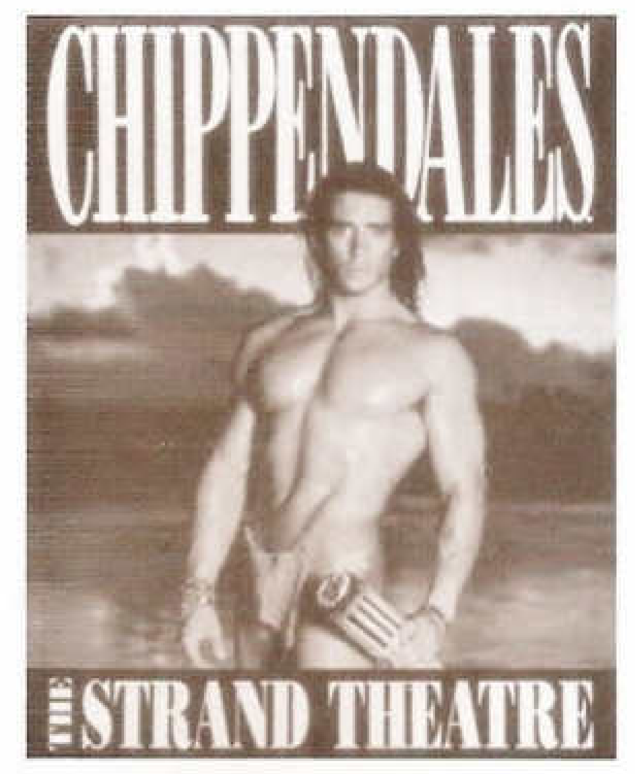
El Estado masculino: el ámbito público se define simbólicamente como un espacio para la masculinidad hegemónica; los espacios reales se encuentran ocupados por hombres reales. La imagen presenta el momento de una sucesión patriarcal, del 20 de enero de 1953. El antes general Dwight Eisenhower es nombrado presidente de lEstados Unidos; lo acompañan (entre otros hombres) Harry Truman y Richard Nixon. (Fuente: Associated Press Ltd. Londres)



Construyendo la diferencia: dos empleados de una oficina hacen lo mismo: hablan por teléfono; sin embargo, la forma de presentarlos es muy distinta. Además de la ropa, el maquillaje, el bigote, el peinado y la diminuta nariz, a la oficinista se le llama "una muchacha"; el hombre sostiene el auricular con firmeza. No existe la menor duda de quién controla la situación. (Fuente: anuncio en el Sydney Morning Herald, 21 de agosto de 1986)



La masculinidad obrera como ejemplo: la rudeza y el valor de los trabajadores se utilizan como símbolo del compromiso al servicio de la corporación. (Fuente: Collier's, 15 de enero 1949)



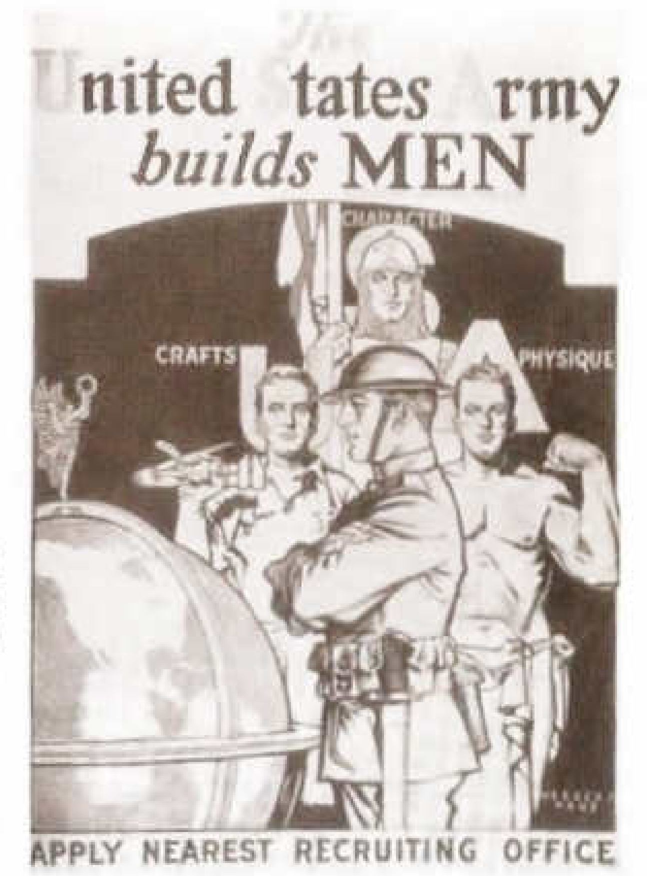
La masculinidad hegemónica como objeto del deseo: anuncio para un espectáculo de *striptease* masculino, dirigido a mujeres heterosexuales; sin embargo, la imagen es muy similar a las que se dirigen al erotismo de los hombres gays. Los accesorios se utilizan para sugerir cierta primitividad, pero debe quedar claro que se trata de la primitividad que controlan los paquetes turísticos. (Fuente: Chippendales World Theatre Show, sólo para damas)



La política de masculinidad de la derecha: ejemplo del género de propaganda del ascenso del poder nazi; el fascismo se presenta como una forma ejemplar de la masculinidad hegemónica. Los soldados, anónimos y casi idénticos, aparecen como guerreros; algunos incluso se presentan con heridas de batalla. Hitler (que era una veterano de guerra con muchas condecoraciones) es en parte profeta y en parte guerrero. La esquina inferior derecha muestra la hegemonía en el trabajo, mientras que las figuras siniestras (los judíos, los comunistas, etc.) representan la cobardía y la corrupción.
(Fuente: Archivo Weimar)



Imágenes de la frontera: es extraño que la "forma del futuro" presentada para el bicentenario australiano fuera una imagen localizada en el pasado colonial; el vaquero blanco en su caballo de trabajo. Sin embargo, la camisa a cuadros se deriva de las imágenes estadounidenses —como la música country de Australia, que se deriva de Nashville, no de Oodnadatta. (Fuente: Autoridades del Bicentenari Australiano, Bicentenary '88, octubre, 1986)



La masculinidad hegemónica y el ejército: imagen fantasiosa de un soldado que aparece en un cartel de reclutamiento para la primera guerra mundial. (Fuente: postal publicada por Schellmark Inc., reproducida de una colección de carteles militares de Meehan, Nueva York)



Jugando con los elementos del género: día de Halloween en Haight Street, San Francisco. Las convenciones de la feminidad se combinan con cuerpos masculinos de tal forma que el resultado es una burla a las diferencias derivadas del género. (Fuente: postal publicada por The Bowler Hat, San Francisco)



Reconformando el género: un ejemplo de las imágenes que enfatizan el placer que los hombres experimentan con los/las bebés. Sin embargo, parecería que este padre todavía no se hunde completamente en el sentimiento oceánico: lleva puesto su reloj. (Fuente: © Noel Butcher 1985, Melbourne Herald, "Un día cálido, un remojón fresco")

CAPÍTULO 7
HOMBRES DE RAZÓN

En los capítulos 4 y 6 discutimos masculinidades marginadas y subordinadas. Este capítulo se centrará en masculinidades hegemónicas y cómplices, específicamente en el potencial para el cambio relacionado con el aspecto de la racionalidad.

Un concepto familiar en la ideología patriarcal es que los hombres son racionales mientras que las mujeres son emocionales. Se trata de una suposición fuertemente arraigada en la filosofía europea. Es una de las ideas directrices de la teoría de los roles sexuales en la forma de la dicotomía instrumental y expresiva. Además, también se encuentra muy extendida en la cultura popular. La ciencia y la tecnología, que según la ideología dominante son motores del progreso, se definen culturalmente como una vertiente masculina. La masculinidad hegemónica establece en parte su hegemonía al reclamar la corporalización del poder de la razón y, por lo tanto, representa los intereses de la sociedad como un todo; es un error identificar la masculinidad hegemónica sólo como una agresión física. La descripción que Victor Seidler hace de la cultura patriarcal enfatiza la separación entre mente y cuerpo, y la forma en la cual la autoridad masculina se conecta con la razón descorporalizada —con lo que se sobrepone a las contradicciones de la corporalización discutidas en el capítulo 2.[1]

En un artículo que cambió el rumbo de las investigaciones, Michael Winter y Ellen Robert sugirieron que la conexión entre la masculinidad y la racionalidad era clave para el cambio. El

[1] Para racionalidad, masculinidad y filosofía europea, véase Seidler, 1989. Para la dicotomía instrumental y expresiva, Parsons y Bales, 1956. Para la masculinización cultural de la ciencia y la tecnología, véase Easlea, 1981, 1983.

capitalismo avanzado significó un aumento en la racionalización de los negocios y de la cultura en su totalidad —dominada cada vez más por la razón técnica, es decir, la razón centrada en la eficiencia de los medios, no en la de los fines últimos—. (La industria de la televisión en Estados Unidos es un ejemplo sorprendente, con una virtuosidad técnica impresionante y recursos enormes dedicados a transmitir basura).

Winter y Robert sostienen que, en la actualidad, la dominación de los hombres sobre las mujeres se legitima gracias a la organización técnica de la producción, y no a la religión ni al uso de la fuerza. Al crecer los niños, su masculinidad se va conformando para ajustarse a las necesidades del trabajo colectivo. La masculinidad como un todo vuelve a conformarse para ajustarse a la economía colectiva y a su cultura domesticada:

> Cada vez es más fácil identificar la masculinidad con los rasgos que representan el proceso por el cual el individuo internaliza las formas de la razón técnica, ya que es la razón técnica misma la que constituye la forma principal de represión en la sociedad contemporánea.[2]

No existe la menor duda de la importancia de estas cuestiones. La racionalización es un tema central de la historia cultural moderna y se reconoce cada vez más su conexión con la construcción social del género. La estrategia de Winter y Robert de considerar el mundo ocupacional dominado por la razón técnica se ha ido haciendo evidente.

Sin embargo, su argumento se sobregeneraliza porque el mundo ocupacional es más limitado que lo que ellos suponen. A lo largo de la historia se ha hecho una división importante entre las formas de masculinidad organizadas en torno a la dominación directa (por ejemplo, la dirección corporativa, la dirección militar) y las formas que se organizan alrededor del conocimiento técnico (por ejemplo, las profesiones, la ciencia). Las últimas han cuestionado a las primeras en busca de la hegemonía en el orden de género de las sociedades capitalistas avanzadas; y no han tenido todo el éxito que esperaban. En la actualidad coexisten como

[2] Winter y Robert, 1980, p. 270.

inflexiones o énfasis alternativos dentro de la masculinidad hegemónica.

Existen ámbitos específicos en los que las masculinidades que se organizan alrededor del conocimiento técnico predominan, especialmente en el mundo ocupacional de la "nueva clase media" —o la nueva clase: obreros entrenados intelectualmente, burguesía de la tecnoestructura o nueva burguesía, según teorías rivales—. Las tendencias comunes en estas teorías son el auge de industrias basadas en el conocimiento, el crecimiento de la educación superior y la multiplicación de cartas credenciales, la influencia de la experiencia y la cultura ocupacional del trabajo profesional y técnico.[3] Propongo explorar las tendencias a la crisis en torno a la racionalidad, enfocándonos en hombres que trabajan en tales ámbitos, que poseen experiencia pero que carecen de la autoridad social otorgada a la riqueza, al estatus de las viejas profesiones o al poder corporativo.

La descripción que sigue se basa en nueve historias de vida de hombres que se encuentran en esta posición. Sus edades varían desde los 25 hasta los 45 años. Sus profesiones son: contador, arquitecto, técnico en computación, periodista, bibliotecario, piloto, psicólogo, profesor y administrador de bienes. Cuatro de ellos viven con sus esposas o amantes, uno está a punto de casarse, dos acaban de separarse y dos llevan mucho tiempo solteros.

Se trata de un grupo más diverso que los discutidos en los capítulos anteriores. El material de estudios de caso es siempre difícil de resumir; sé que aquí fui mucho más selectivo, pero espero aportar detalles suficientes para introducir los distintos elementos.

Construyendo la masculinidad

En casi todo este grupo, como en el caso de los hombres de los capítulos 5 y 6, el hogar en el que pasaron la niñez se organizó de manera convencional. El padre tenía algún empleo y exigía

[3] Hay mucha bibliografía sobre la nueva clase media. Encontré particularmente útil a Gouldner, 1979, que enfatiza el significado cultural de la educación superior, y Sharp, 1983.

la autoridad en la familia; la madre siempre estaba en casa, se encargaba del cuidado infantil y conducía la vida emocional de la familia (El caso de Don Meredith es una excepción, ya que la madre abandonó a su esposo y mantuvo a los hijos por su cuenta). Las relaciones en estos matrimonios pocas veces fueron cálidas, y no se basaron en el apoyo mutuo.

La familia de Chris Argyris se encuentra en el centro de las variaciones. "Papá era el rey", grande (aunque nunca violento), autoritario a su manera, el tipo de persona que "maneja tu vida". Mamá era "dulce, callada, cálida, maravillosa". Siempre estaba atrás, con cierta autoridad delegada —"le voy a decir a tu padre"—. Por lo menos eso era lo que parecía. Con el tiempo, Chris la ha ido considerando como "astuta" y sumamente manipuladora; también ha comenzado a encontrar una parte interna más "suave" en su padre. Sin embargo, en su niñez no debe haber tenido ninguna duda respecto a la polaridad masculino/femenino.

Se lanzó hacia el lado masculino de la misma, volviéndose un buen jugador de futbol y montando una fachada de bebedor y buscapleitos en su grupo de amigos. Señala que en realidad no se relacionaba mucho con mujeres. Tenía varios hermanos, iba a una escuela de "niños" y jugaba futbol para divertirse. Ahora que ya es adulto, le sigue gustando el futbol, a pesar de que, debido a sus principios, se opone a la violencia en cualquier tipo de esfera que no sea la del deporte.

Paul Nikolaou veía ese tipo de grupos de amigos desde fuera. Era hijo único de inmigrantes de clase obrera, trabajadores y pobres. Su descripción pinta una familia fría, jerárquica, con un padre que dominaba a la madre que, a su vez, dominaba a los hijos/as. Paul aprendió de su padre a despreciar a su madre.

Para el padre y la madre, Paul conseguiría una vida mejor gracias a la educación, así que lo obligaron a estudiar mucho; en una escuela dominada por el deporte, pero lo único que consiguieron fue aislarlo. Paul encontró apoyo en un enclave étnico, desde donde ridiculizaban "el esfuerzo consciente de los muchachos anglosajones por ser masculinos... lucirse frente a las niñas y ese tipo de cosas". Contradiciendo el estereotipo anglosajón sobre los hombres mediterráneos, Paul insiste en que lo anterior no "es tan común en la forma de vida europea". Sin embargo, aunque es muy crítico de la definición de masculinidad de la cultu-

ra dominante, no le ocurre lo mismo con la propia. Está a punto de casarse con una joven de su misma comunidad étnica y supone que ella se quedará en casa cuidando bebés mientras él se va a ganar el salario de la casa. Ayudará un poco a cambiar pañales. Esto se debe a la diferencia natural entre los hombres y las mujeres:

> Creo que una mujer tiene más aptitudes físicas y psicológicas para soportar los problemas y tribulaciones de cuidar un hogar, controlarlo y cuidar a una familia. En cambio, un hombre puede no ser más fuerte físicamente... pero... en general sí estará más ávido de trabajo, no digo que sea más ambicioso; y sentirá que tiene mayor responsabilidad de traer el pan a la casa, por ejemplo.

El comentario de Paul sobre los grupos de amigos anglosajones ilustra otro tema: la importancia de los ejemplos negativos. La mitad de los hombres del grupo comentó sobre hombres o masculinidades que los repelían o de los cuales preferían distanciarse. La narración de Hugh Trelawney da múltiples ejemplos. Incluye a los estudiosos (*nerds*) de una de las clases escolares, a un levantador de pesas homosexual de la misma escuela, a "anormales" que ostentaban sus problemas privados, a "picudos" (cuando surfeaba), a gays (por lo menos los afeminados), pero también a los "estúpidos" futbolistas con los que jugaba en la universidad:

> Jamás me aceptaron los del club de futbol, debido a que eran del tipo de los callados pero bravos —sin embargo, tenían una conciencia muy fuerte de cómo te comportabas, de lo que decías sobre ti mismo y lo que decías sobre otros—. Yo tenía afinidad por los que no jugaban futbol y siempre estaban pasados. Ingeniosos y satíricos, hablaban mal de los futbolistas y decían que tenían la cabeza hueca. Así que tampoco pertenecía al grupo, era alguien diferente. Sin embargo, había otros como yo, que jugaban futbol, que tampoco tenían la cabeza hueca. Así que por lo menos había alguien por quien sentía cierta afinidad.

Hugh, en esta bien construida serie de imágenes, ejemplifica perfectamente el carácter relacional de las definiciones de mascu-

linidad. El comentario de Paul Nikolaou también lo hace, además de que enseña de qué forma la definición de masculinidad no es la construcción de un individuo aislado, sino que es el trabajo colectivo de un grupo. En su caso y en relación con su próximo matrimonio, se trata del grupo de amigos étnicos de su adolescencia y de la totalidad de la red étnica.

Don Meredith muestra cómo se construye el género en un grupo ocupacional, el personal de una escuela:

> En general, a mis compañeros les gusta el deporte. Es decir, tenemos un futbolista que da clases a primero. Es muy amigable y afable. A la gente le gusta estar con él. Pero es muy sexista. Y la gente le copia... Creo que influencia a todos. Les gusta bromear, les gusta pasársela bien (lo cual me parece bien)... Pero al referirnos a la cultura del país, no quieren saber nada. El problema son las mujeres; son bastante... supongo que también son sexistas. Les encanta tener a alguien que coquetee con ellas, que juegue con ellas... No me consideran a mí alguien con quien puedan hacerlo.

La masculinidad hegemónica del futbolista de primer año se sostiene con el apoyo cotidiano, incluso de las mujeres. Como Don rechaza el sexismo se le considera "demasiado serio".

Los relatos muestran que de estos procesos masculinizantes se obtienen distintas consecuencias. Charles Lawrence, quien tiene gran movilidad de ascenso en la industria de la alta tecnología, reproduce el estilo personal y los arreglos domésticos de su padre. Su comprensión de la dicotomía de género es completamente convencional: "Nunca he podido comprender a una mujer, se lo aseguro. Mucho menos la forma en la que piensan". Así que cuando declara que su esposa es "muy dedicada y una madre también muy dedicada", resulta bastante sospechoso.

Otros relatos muestran mayores problemas en la reproducción de la masculinidad hegemónica. Peter Blake recuerda cómo reaccionó en una nueva escuela:

> Esperaban que fueras el líder de los hombres, o algo así. Te lo decían explícitamente. El salón de actos, en donde se realizaban las juntas, estaba adornado con banderas de las colonias y los estados. Había placas en honor de quienes murieron en las guerras; a los capitanes

del Primer XI, y del Primer XV, que participaron en grandes debates, quienes eran buenos oradores. Se trataba del clásico modelo australiano de lo que ellos pensaban que una escuela pública inglesa debía ser. Me disgustaba bastante.

A pesar de estas declaraciones, Peter era futbolista. Su disidencia se alimentaba del radicalismo político —era la época de la guerra de Vietnam— y utilizaba una técnica para distanciarse emocionalmente, que había desarrollado en su siempre conflictiva familia. En su vida adulta no se ha comprometido con nada, excepto en un periodo en el cual se dedicó al activismo estudiantil.

Construyendo la racionalidad

Las discusiones respecto a la nueva clase media enfatizan el peso cada vez mayor que tiene la educación formal como un sistema cultural e institucional. Todos los hombres del grupo tienen algún tipo de preparación posterior a la secundaria, la mayoría en universidades. Si consideramos que el sistema educativo australiano es bastante selectivo, esto significa que les fue bien en la escuela; de hecho, a algunos de ellos les fue muy bien. Sin embargo, su pericia práctica se definió de dos formas distintas.

Greg Brook, que ahora es un técnico en computadoras, recuerda que le fue bien en la primaria; absorbía "como esponja" el conocimiento, "siempre fui de los primeros en mi clase". Fue seleccionado para la clase de oportunidades, una rama selectiva del nivel superior de primaria; pasó con facilidad de la preparatoria a la universidad, lo cual significó una promoción social considerable. Su madre trabajaba atendiendo un bar y su padre, que sólo había estudiado la primaria, vendía productos en un camión, porque no podía pagar una tienda.

Desde el punto de vista personal, ésta sería la historia de cómo entró Greg Brook al mundo ocupacional. Desde el punto de vista institucional, muestra un sistema educativo ya organizado para seleccionar y promover a la minoría "inteligente". De eso se tratan las oportunidades derivadas de la clase social y la inscripción selectiva en las universidades. La formación de Greg

como un trabajador preparado, y como persona, se estructuró de acuerdo con la definición institucional amplia que lo consideró con talento. Dicho principio puede observarse incluso en sus relaciones sexuales, ya que él dice que es "quisquilloso y selectivo" con sus mujeres; prefiere a las que son inteligentes, ya que la inteligencia es una forma de ser atractiva. Desde el punto de vista de Greg, a la gente se le examina y se le valora de acuerdo con un mercado de relaciones:

> En lo personal creo que me encuentro un poco más arriba del promedio. Por eso busco a alguien que también esté arriba del promedio. Seguramente cada vez buscaré a alguien mejor.

A Charles Lawrence le fue bien en la escuela, aunque nunca fue el mejor. Hacía mucho deporte. Desarrolló una fuerte ambición por ser piloto aviador. Intentó ingresar a una escuela de cadetes de una línea aérea, pero no tuvo las calificaciones necesarias y no pudo hacerlo. Su familia lo presionaba para entrar a la universidad, pero él decidió ir a cosechar fruta para juntar dinero y poder ir a la escuela de pilotos. Se convirtió en uno calificado, pero se quedó desempleado debido a un periodo de recesión. Aceptó a regañadientes ir a la universidad; se la pasó mal varios meses y entonces pensó: "Si decidí ser un piloto, entonces lo seré". Dio un paso grande e ingresó a la Fuerza Aérea, siguiendo con su idea.

Ahí encontró una educación muy distinta: un régimen vehemente que quería vincular al estudiante con la institución, además de proporcionarle las habilidades técnicas. "Todo estaba relacionado con volar y con la Fuerza Aérea; parecía que lo respirabas". Alaba, aunque no muy efusivamente, el método de enseñanza: no le gustó pero resultó muy efectivo. El conocimiento previo de los estudiantes no se consideraba en lo absoluto. Estaban muy presionados, la retroalimentación era negativa y les enseñaban a considerarse parte de una élite —sólo uno de cada cinco podía seguir—. Además, a los cadetes se les exigía socializar unos con otros, y con los oficiales, exhibir entusiasmo, trabajar muchas horas y ajustarse a las costumbres de la Fuerza Aérea. Se esperaba que se casaran, que vivieran cerca de la base, en hogares patriarcales con esposas casadas con el trabajo.

Charles no permitió que la Fuerza Aérea lo aplastara hasta ese extremo. Se apartó de las amistades superficiales y, en cuanto pudo, consiguió un trabajo en la aviación civil. Ahora está intentando subir su rango en la tripulación aérea, adquiere experiencia volando y prepara su promoción a capitán.

Estos dos casos nos muestran las dos formas en las cuales se define y sostiene la pericia profesional. Greg Brook fue el beneficiario de una definición generalizada del talento intelectual corporalizada en el currículum y la evaluación de la corriente hegemónica. Con su historial académico podía haber seleccionado cualquiera de muchos programas de preparación o de trabajo. Su entrevista no muestra que tuviera alguna prioridad específica, ni interés en explicarnos qué es lo que hacía. No tenía compromiso alguno con una carrera.

El caso de Charles Lawrence es muy distinto porque sí incluye una fuerte vocación. La totalidad de la persona se encuentra comprometida con el trabajo. Sin embargo, esto también tiene sus raíces en lo social. Es fácil detectar una práctica familiar relacionada: su madre lo ayudó a buscar una escuela de aviación y su padre a pagarla. Una vez que entró al mundo de la aviación, especialmente al de la Fuerza Aérea, fue seleccionado por un vigoroso proceso de inducción que lo presionó para ajustarlo al molde institucional.

Esta experiencia especializada difiere de la general no sólo en su contenido sino en su base institucional. A diferencia de casi todos los demás entrevistados, Charles se muestra escéptico respecto a la educación formal. Se distingue de los "que eran realmente listos" en su escuela e insiste que una "inteligencia" como la de su padre depende más del sentido común y la conducta que de la preparación.

Sin embargo, Charles es muy escrupuloso respecto a la importancia de la pericia y las habilidades para volar, sobre llegar a ser "muy eficiente en lo que haces". El grupo de pilotos de la Fuerza Aérea vive y respira de la aviación. La Fuerza Aérea alimenta a esta red de colegas para que sigan entusiasmados y desarrollen sus habilidades. El grupo se encuentra muy masculinizado y es deliberadamente heterosexual (hasta 1992, cuando eran descubiertos, los hombres gays eran expulsados de la milicia australiana). Aunque Charles se resistió a que este contexto lo absorbiera,

es notable que su inclusión en un grupo de amigos técnicos haya sobrevivido a su desplazamiento a la aviación civil. En la actualidad se identifica felizmente con la "tripulación técnica" en sus vuelos, quienes socializan unos con otros y se distinguen enfáticamente de la "tripulación de cabina". A su vez, esta distinción se estructura con base en el género. Según Charles, la tripulación de cabina se compone de mujeres y hombres gays, y él prefiere mantenerse alejado.

El patrón de un grupo de amigos técnicos que sostiene una definición fuertemente masculinizada de la experiencia profesional también se ha documentado en otras industrias; por ejemplo, Cynthia Cockburn ha estudiado la parte relacionada con la ingeniería de las nuevas tecnologías en Gran Bretaña.[4] El mundo ocupacional de Charles Lawrence es una corporalización casi arquetípica de la razón instrumental; no da muchas muestras de alguna presión para reconstruir la masculinidad. Es más, el foco instrumental en las relaciones de medios/fin sirve para limitar el impacto de la preparación en el análisis racional; en consecuencia, las relaciones de género quedan protegidas de cualquier crítica.

Sin embargo, el conocimiento ocupacional no es estático. Se reconstruyen las técnicas y se crean nuevas formas de "experiencia profesional". Peter Streckfuss, por ejemplo, es psicólogo consultor; tuvo que volver a prepararse después de su primera profesión. Su trabajo se ocupa del lado humanista de la psicología, en donde se presentan grandes innovaciones y experimentación. Se relaciona con ideas y actividades vinculadas al movimiento de superación, como las que mencionamos en los capítulos 5 y 6.

El movimiento de superación proporciona a trabajadores como Peter un grupo de colegas técnicos que posee un lenguaje especializado. Posee una institución característica, el taller, en el cual se diseminan ideas y técnicas. El grupo de colegas no se encuentra masculinizado como en el caso de Charles Lawrence. Muchas de las personas que proporcionan la terapia son mujeres, y la ideología común está a favor del feminismo. Además, se reflexiona sobre el género. La sexualidad y las relaciones estruc-

[4] Cockburn, 1985.

turadas con base en el género son elementos fundamentales de la terapia y los talleres; además, se intenta utilizar las técnicas para reformar la masculinidad. La racionalidad técnica puede apuntarse entonces como un proyecto para el cambio.

La profesión y el lugar de trabajo

Jürgen Habermas argumentó que la racionalización de la cultura produce una crisis de motivación en el capitalismo al debilitar las razones culturales del desempeño económico y el consentimiento político.[5] Las masculinidades hegemónicas y cómplices proporcionan una solución posible al problema gracias a la motivación estructurada con base en el género. Alrededor de la mitad de los hombres del grupo tiene profesiones que los comprometen emocionalmente. Charles Lawrence y Peter Streckfuss son buenos ejemplos; Peter es más típico, ya que cambió la dirección de su vida ocupacional.

La otra mitad del grupo posee profesiones que, en comparación, se encuentran emocionalmente vacías. Peter Blake explica que su trabajo no es tanto una vocación, sino una última alternativa:

> Sabía que no quería dar clases, que no quería trabajar en una empresa privada; sabía que no quería una profesión en el servicio público en la cual a fuerzas tuviera que escalar puestos.

Así que se convirtió en bibliotecario. Clyde Watson apenas escogió su profesión como contador; simplemente se dirigió al lugar en el cual su padre ganó dinero. Clyde estudia ahora para obtener un grado en administración. No representa un reto intelectual ni ético, pero sí le da la jerga empresarial que incluye "el obtener metas personales". Clyde utiliza este argumento para explicar por qué no tiene relaciones cercanas con mujeres (sus metas personales son incompatibles) y por qué su hermano es un inútil (no se motiva). El mundo externo es una tierra baldía.

[5] Habermas, 1976, segunda parte, capítulo 7.

Si todo esto ejemplifica la educación en administración, debemos concluir que la crisis de motivación se encuentra en momentos bastante álgidos. Sin embargo, el argumento de Habermas subestima la capacidad de las instituciones para organizar la práctica a nivel colectivo. La racionalidad puede conseguirse sin grandes referencias a los motivos individuales, a través de la estructura del lugar de trabajo. Las entrevistas lo muestran de dos formas distintas.

Charles Lawrence se siente bien en un lugar estructurado en una fuerte división del trabajo y con jerarquías perfectamente definidas: tripulación técnica *versus* tripulación de cabina, segundo oficial/primer oficial/capitán. Peter Blake, quien trabajó durante algún tiempo al otro lado de la puerta del piloto, recuerda la impresión que le causó comenzar a trabajar en una línea aérea después de estar en la contracultura:

> De un mundo en el cual todos usaban el cabello largo y barbas, y fumaban mariguana, comían hongos y no sé qué más, llegaba a un mundo de plástico, conservador, en donde el bigote no podía llegar más allá de las comisuras de la boca y donde tenían que ser muy correctos las 24 horas del día. Fue difícil.

En los lugares de trabajo organizados de esta manera, se supone que los conocimientos superiores se concentran en la parte más alta. La racionalidad de la organización se garantiza con autoridad formal y fuerte control social.

En los lugares de trabajo del segundo tipo el foco se encuentra en metas comunes, no en líneas formales de dirección. Chris Argyris comenzó a trabajar en el servicio público porque se aburría en la oficina de impuestos. La pequeña oficina del sector de la seguridad social que maneja ahora enfatiza rasgos como la igualdad, la informalidad y la colaboración entre los empleados. Con estos elementos se intenta tomar mejores decisiones y ofrecer mejor servicio. Se trata de algo parecido a los casos que mencionamos en el capítulo 5, de las oficinas vinculadas al movimiento ambientalista. Chris aprendió esta forma de actuar cuando vivió en un hogar colectivo y el contexto de las agencias de seguridad social la refuerza. Sin embargo, la presión del trabajo debilita paulatinamente esta decisión (Chris se "estaba volvien-

do loco" y tuvo que recortar su semana laboral a cuatro días), lo mismo que las reglas de contabilidad, que requieren que el comité supervisor tenga un papel formal.

Este estilo de trabajo no es exclusivo de grupos progresistas. Clyde Watson lleva la contabilidad de una pequeña firma que se encuentra en la periferia de la industria financiera. En su entrevista detalló su lugar de trabajo y lo calificó como fluido, ligero, "relajado", liberador. En él, la organización formal es poca y la división del trabajo mínima; cada objetivo o arreglo se solucionan sobre la marcha. Seguramente Clyde exagera la fluidez para enfatizar su importancia; a partir de sus historias se puede concluir que sí hay jefes y que él no es uno de ellos. Sin embargo, la esencia del relato se sostiene. En el negocio el estilo es antiburocrático, las instrucciones son vagas y el estatus puede negociarse. La situación seguramente fue común cuando jóvenes fenómenos manejaron la industria financiera, al final del *boom* especulativo de los años ochenta. La historia de Clyde recuerda las descripciones de los primeros días de Apple Computer y, a otra escala, la famosa *operación chatarra*, dirigida por Michael Milken.[6]

En consecuencia, existen experiencias muy diversas de control en el lugar de trabajo. Por lo tanto, es un poco sorprendente encontrar que para casi todos los miembros del grupo lo relacionado con la dicotomía experiencia *versus* autoridad toma la misma forma. Ya sea en el caso de Charles Lawrence, resistiéndose a la fuerte presión de sus superiores en la Fuerza Aérea, o el de Chris Argyris, luchando con la "muerte en vida" que era trabajar en la oficina de impuestos, siempre se trata de defenderse de la autoridad, de mantenerla a raya. La posición general frente a la autoridad es crítica y algunos de nuestros entrevistados contaron historias de horror sobre jefes rígidos y arrogantes.

Sin embargo, todos estos hombres tienen trabajos que se estructuran de acuerdo con cierta profesión. A menos que mueran o se declaren en bancarrota, con el paso del tiempo ellos también ascenderán y tendrán autoridad sobre otros trabajadores. Algunos ya la tienen. Aunque esto es común en el lugar de trabajo de

[6] Para el caso de Apple Computer, véase Roszak, 1986; para el de la oficina ligada a la *operación chatarra*, véase Vise y Coll, 1991.

Charles Lawrence, estructurado jerárquicamente, no es fácil para todos los demás.

Peter Blake, un inconforme con conciencia, estudiante radical con barba, puede actuar como asistente de vuelo si disimula un poco. Sin embargo, como bibliotecario tiene a sus órdenes a un pequeño grupo de personas. No se encuentra cómodo con la división del trabajo; le molesta tener secretarios o secretarias debido a las relaciones jerárquicas que tiene que establecer. En la actualidad se debate entre supervisar a otro grupo de personal y reconciliar su autoridad con su creencia en la equidad. Por ahora, el resultado es que enfatiza la "comunicación".

En conclusión, podemos argumentar que para este grupo de hombres la relación entre la experiencia profesional y la jerarquía en el lugar de trabajo representa una dificultad característica. La racionalidad técnica no se encuentra *completamente* integrada al orden social jerárquico. Los resultados seguramente serán tan incómodos como los compromisos adoptados por Peter Blake.

Otra consecuencia posible es que el grupo de hombres heterosexuales preparados intelectualmente se divida sobre cuestiones en las cuales la autoridad masculina y la racionalidad técnica en el lugar de trabajo estén a discusión. La igualdad de oportunidades de empleo para las mujeres tiene estas características. Se trata de una estrategia de dirección racional, estructurada con base en la experiencia, ya que obtiene a la persona mejor calificada para el trabajo. Sin embargo, al mismo tiempo corroe la cultura masculina de los lugares de trabajo técnico, al incluir a mujeres en lo que siempre habían sido "clubes para ellos". Entre los hombres, las posibilidades políticas derivadas de divisiones como éstas son significativas.

Lo irracional

La racionalidad del lugar de trabajo es, en consecuencia, equívoca. La ecuación de la masculinidad con la racionalidad se cuestiona aún más en otras ramas de la vida. Los elementos de corporalización —a los que de forma tradicional se les ha considerado tanto un ámbito importante para la definición de masculinidad como una amenaza para el control racional—, discutidos

en el capítulo 2, no pueden evitarse, especialmente en relación con la sexualidad.

Los hombres de este grupo crecieron en un mundo gobernado por la heterosexualidad obligatoria y sus entrevistas documentan la presión personal y cultural que ésta ejerce. Si consideramos esto, resulta extraño que la experiencia homosexual sea común —como un aspecto de las exploraciones sexuales de la niñez o como un elemento de la experiencia adulta—. De hecho, la diversidad en las trayectorias sexuales del grupo es impresionante. Algunos han tenido vidas sexuales muy activas desde sus días de escuela, como Hugh Trelawney, "Animal del Año" en su universidad. Otros no recuerdan ningún erotismo infantil y, en la actualidad, poseen vidas sexuales bastante restringidas. Algunos han seguido el mismo camino desde el principio, como Paul Nikolaou y Charles Lawrence. Otros, como Peter Streckfuss, cambiaron en algún momento la dirección de su sexualidad y se refieren a este cambio como un evento fundamental en sus vidas.

Aunque su práctica *del* sexo varíe, estos hombres comparten una experiencia cultural *sobre* el sexo. Cuando niños, crecieron en hogares patriarcales convencionales en los que la actitud hacia la sexualidad era represiva. La mayoría no recibió ninguna educación sexual de parte de su padre o madre; cuando mucho, sus iglesias les prohibieron hacer ciertas cosas. Si su vida sexual infantil fue activa, se debió a exploraciones ocultas o placeres furtivos.

Durante su adolescencia y primera juventud, el sexo normalmente era fuente de tensiones y ansiedad. Don Meredith, quien se quedaba despierto en la noche para escuchar cuando su padre se acostaba con el ama de llaves, se enamoraba en el día de las muchachas de su escuela; aunque nunca llegó a algo más que sentarse junto a ellas en el autobús. En la universidad, admiraba a las feministas, pero se mantenía a distancia: "Nunca pensé que tuviera algo que resultara atractivo para las mujeres". Después de eso vinieron una serie de fiascos que tensaban sus nervios. En seguida, la pérdida de su virginidad (que Don cuenta muerto de risa y en forma muy estructurada). Aun así, seguía en problemas porque no pudo eyacular. Cada vez sentía mayor ansiedad y pensó en acudir a una hipnoterapia —aunque, al co-

mentar sobre su pareja, dice que el asunto "parecía no importarle".

La sexualidad no es por sí misma fuente de desorganización emocional, en el ámbito de lo irracional, pero sí puede llegar a serlo. Es el resultado final de estas historias de vida.

El potencial de desorganización puede manejarse a través de diferentes estrategias que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo. Puede ocupar una posición prioritaria en una vida en la cual la sexualidad es un espacio limitado, bien definido. Ésta es la estrategia de Paul Nikolaou, quien, como ya mencionamos, está a punto de casarse. Su comunidad étnica lo presiona para mostrarse responsable y preservar hasta el matrimonio tanto su virginidad como la de su novia; sería "vergonzoso" dejarse vencer por la lujuria. Aunque ambos tienen sesiones sudorosas de abrazos y besos, ella siempre las detiene antes de llegar hasta el final. Tanto el dilema como su solución son prácticas colectivas.

La sexualidad también puede manejarse a través de la negociación —de hecho, dándole una forma nueva—. Don Meredith, después de que consiguió perder su virginidad, vivió un estilo de vida bastante distinto. Se preocupa por su pareja, juega mucho antes del coito y habla mucho después; desarrolló también ciertos trucos sexuales, como la penetración con los dedos.

En el grupo es común cierto protocolo sexual que enfatiza la negociación y el placer mutuo entre hombres y mujeres. Greg Brook lo explica así:

> Siempre intento dar la mayor cantidad de placer a mi pareja. Es extraño que piense algo como: "Me toca a mí... Tendrás que esperar tu turno la semana próxima". Es curioso que la mayoría de las mujeres que elijo piensa un poco igual.

Greg siente que en la relación que acaba de terminar no había suficiente comunicación, así que ahora trata de ser más abierto:

> La última relación que tuve con una mujer fue así. Entonces decidí que, si la quiero, se lo voy a decir todo el tiempo. No esperaré un mes, ni una semana, ni siquiera una hora, hay que decir lo que piensas cuando lo piensas. Me siento mejor al hacerlo... Creo que soy mucho más honesto, y obtengo mejores respuestas. Por ser sincero,

de repente, la otra persona también lo es. Si no lo son, tengo la tendencia a no ignorarlas, sólo a apartarme de ellas.

No es fácil alcanzar el equilibrio. La negociación puede incluir una lucha seria con la pareja. Peter Streckfuss, al descubrir la cornucopia de la sexualidad a mediados de los setenta, exigió a su esposa Ann un "matrimonio abierto" . Ella no tuvo mucha opción: él se iba a coger primero y después pedía permiso. Entonces ella hizo lo mismo y "el infierno se desató". En cuanto habían negociado cierto permiso, Peter comenzó a acostarse con las amigas de Ann. "La lastimé mucho". Después de muchas pláticas que duraban toda la noche, llegaron a un acuerdo: las aventuras debían quedar alejadas de la casa; el otro tenía que saber qué ocurría. Por supuesto, las aventuras se acabaron. Ahora, Peter se describe a sí mismo como "solo".

Finalmente, la sexualidad puede objetivarse. Hugh Trelawney, cuyas autoflagelaciones y proyecto de reforma describimos en el capítulo 2, trabaja ahora para una revista pornográfica. Está a la defensiva —"parezco peligroso, supongo"— pero también le gusta recibir atención por su conducta. Pàra otras personas su profesión resulta fascinante y le preguntan si se acuesta con las modelos.

Supongo que al principio era algo excitante, pero no duró mucho; es que te hartas del asunto.

En su lugar de trabajo la sexualidad se encuentra opacada por la rutina y las bromas. Hugh enfatiza la calidad periodística de su trabajo e intenta asimilarlo al periodismo regular.

Hugh se siente bastante incómodo al justificarse a sí mismo, lo cual sugiere que el poder de la racionalidad instrumental se encuentra limitado. Continuamente siente que las relaciones sexuales son una vertiente de la experiencia humana que no debería ser tratada así. El proceso de racionalización se confronta con un orden moral al cual no se ha sometido totalmente.[7]

En otras áreas de la vida distintas a la sexualidad también encontramos límites a la racionalización, incluso una adopción po-

[7] En Poole, 1991, puede encontrarse un excelente análisis al respecto.

sitiva de la irracionalidad. El caso más impresionante es el de Charles Lawrence. Resulta que este técnico responsable, experto en la altamente racionalizada industria de la aviación, es muy supersticioso. Cita a un clarividente de vidas pasadas, atribuye su propio éxito a la "suerte", compra billetes de lotería y, en determinadas situaciones, muestra un profundo fatalismo. (Al pensar en esto recordé un reciente viaje en American Airlines, en el cual leía la revista de vuelo: entre otras cosas incluía horóscopos). Al parecer la racionalidad corporalizada de la tecnología ha acabado con el sentido de *agencia* y ha dejado al mundo controlado por el azar o las fuerzas esotéricas.

Claro que en el mundo del capitalismo avanzado existen amplias tendencias irracionales. Los horóscopos son sólo el comienzo. La expansión de los cultos de la "nueva era" y el resurgimiento de la religión fundamentalista son elementos sorprendentes de Estados Unidos en la actualidad. El renacimiento del fascismo en Europa y el apoyo creciente al racismo y chauvinismo son también espeluznantes. El movimiento mitopoético masculino es parte de este espectro: se superpone a la sensibilidad de la "nueva era", rechaza las demandas de la razón para volver a capturar las emociones primitivas de los hombres. Ninguno de los hombres de este grupo se relacionaba con este movimiento, que realmente tiene poca presencia en Australia. Sin embargo, el ejemplo nos muestra cómo podría encontrar audiencia en la nueva clase media de otros países.

La razón y el cambio

Entonces, resulta que en diversas áreas de la vida de estos hombres la racionalidad se encuentra limitada o cuestionada. No es un hecho que la masculinidad hegemónica y el mundo ocupacional racionalizado del capitalismo avanzado hayan embonado fácilmente.

Es más, en ciertos puntos la resistencia al cambio es clara. Hombres como Charles Lawrence y Paul Nikolaou se colocan en contra del cambio en las relaciones de género y afirman una ideología sexual conservadora apuntalada por las divisiones convencionales del trabajo y por la institución del matrimonio.

Otros hombres se han visto obligados a volver a negociar el lugar masculino de las instituciones, y la negativa no ha sido muy tranquila. Greg Brook, como Charles y Paul, posee una ideología de género bastante convencional:

> Creo que el movimiento feminista ha ido demasiado lejos. Las mujeres son mujeres. Tienen que serlo. A las feministas, como dije —el feminismo realmente extremista—, se les pasó la mano y convirtieron a las mujeres, a esas mujeres, en algo diferente a seres. Ya no son mujeres.

Greg profesa la tolerancia a todo, a las mujeres (reales) como iguales, también a los homosexuales, "siempre y cuando sean discretos".

Sin embargo, a diferencia de Charles y Paul, Greg sí ha tenido mujeres ocupando el lugar de la autoridad en el trabajo. Trabaja para la firma de su hermana y se dio cuenta de que ella insistió en ser la jefa. Ella no sigue las "sugerencias" que él hace sobre el camino que el negocio debe tomar. La tensión creció y:

> Estaba totalmente inmovilizado, con mis músculos agarrotados y como un loco. Me encontraba fuera de su casa [de su novia]; simplemente sentado en el carro, no puedo creerlo. De repente todo comenzó a salir, todos mis músculos, los antebrazos, se agarrotaron. Sostuve el volante con mis manos durante más de una hora. No podía soltarlo. Y ella [la novia], me decía: "Anda, sácalo, sácalo... llora si quieres, haz lo que quieras, di lo que sientas. Lo tienes todo dentro. No te aguantes."

Varias cosas se condensan en este relato: la inscripción de la masculinidad en el cuerpo, la división del trabajo estructurada con base en el género y reflejada en las emociones, el desplazamiento del conflicto. El hecho mismo de que Greg, en su momento de crisis emocional, se agarre al volante del carro es muy significativo. Hay un vínculo simbólico entre los carros y la masculinidad de los jóvenes; además, su hermana había rechazado sus intentos por manejar el negocio.

La racionalidad económica pura es incompatible con la autoridad categórica de los hombres sobre las mujeres. Se trata de la

contradicción sobre la cual trabajan las reformas a favor de la equidad de oportunidades. Sin importar lo limitada que sea, la racionalidad instrumental del mercado de trabajo tiene la capacidad de fracturar el género. En el caso de Greg Brook la vemos fracturando la masculinidad hegemónica de una forma muy clara.

Todos los hombres del grupo, sin importar si se resisten a ellos o si los adoptan, reconocen que se están dando cambios en las relaciones de género. Y la adaptación a los cambios no siempre se da de una forma muy elegante. Peter Streckfuss cuenta cómo cada vez realiza más labores domésticas:

> Hago más labores que tradicionalmente han sido consideradas femeninas. Limpio, trabajo, cocino, lavo.

Sin embargo, critica a su esposa porque no realiza las "tareas masculinas equivalentes", como cortar la madera y arreglar motores. Entonces se lanza en contra de las feministas:

> Ahora me molestan los gemidos de todas estas mujeres que dicen que hacen todas las cosas, que creen en la igualdad. Pero no saben en dónde está la pinche varilla que mide el nivel de gasolina en un motor (jaque mate); ni siquiera se preocupan por saber qué es. Eso es lo que me molesta.

En ciertas circunstancias, adoptar el cambio en la masculinidad se orienta a tomar el camino de la racionalidad. Éste es el caso de Hugh Trelawney. Después de una crisis física y emocional bastante grande, sintió que necesitaba "cambios fundamentales":

> Reexaminé la forma en la que me relacionaba con la gente, mi condición de competencia constante, de conciencia de mi estatus. En especial, me concentré en la forma en que me relacionaba con las mujeres. Me di cuenta de que ya no era esa persona que odiaba la consideración automática de que las mujeres son inferiores y la idea de que no ganaran lo mismo. En el fondo era un chauvinista. Seguía considerando la cuestión amor/sexo como un juego, un juego divertido, algo como el futbol.

Así que Hugh decidió cambiar su personalidad. Escucharía más a la gente, sería más simpático, construiría relaciones, sería más abierto y vulnerable, y menos competitivo:

> Intento no resultar amenazador. Sólo soy yo, mi persona. La gente sigue buscando mis áreas vulnerables, y yo intento mostrarlas más. Es como intentar ser más un ser humano que una máquina. Pensaba que el objetivo era intentar ser lo menos humano posible; significaba que tendrías que enfrentarte a menos traumas emocionales en la vida si los enfrentabas como si fueras una máquina.

El proyecto sigue las mismas líneas que la reforma a la masculinidad discutida en el capítulo 5. Sin embargo, en la práctica, los cambios no son tan fundamentales como Hugh sugiere. Sigue buscando relaciones de una noche, rechaza el compromiso ("sigo compitiendo") y considera que puede seguir haciéndolo porque hay un porcentaje mayor de mujeres que tienen su edad. Sabe de las críticas que las feministas hacen a los hombres como él; le molestan y las rechaza. Piensa que lo que hace está bien si no le miente a su mujer. Diferencia la revolución sexual del feminismo y desacredita a la rama radical del mismo porque está convencido de que su propósito es deshacerse de los hombres.

Hugh también desacredita la liberación gay —"putos en puteros"—, aunque se apresura a decir que lo que los gays hacen no le molesta. Después se queja de los gays "femeninos" que se preocupan por el color de sus cortinas. Sí, sí le gustaría cambiar la forma en la cual los hombres tratan a las mujeres. No, no quiere participar en una "competencia para ver quién es más sensible entre los hombres... el resultado es que acaban siendo muy aburridos". Al trabajar en una revista pornográfica, sean cuales sean sus intenciones, está relacionado con el comercio de la sexualidad de las mujeres y legitima cierta heterosexualidad predatoria entre los hombres.

Hasta aquí presenté la mezcla de buenas intenciones del movimiento de superación ("persona" es un término jungiano), el miedo, el resentimiento y la mala fe de Hugh; en todas estas cuestiones él muestra con claridad particular las confusiones y reacciones producidas por su intento de cambiar la masculinidad opresiva sin confrontar las estructuras sociales que la producen.

Como mencioné al comienzo del capítulo, la racionalidad es parte de la legitimación moderna del patriarcado. Puede incluso llegar a ser considerada una parte realmente importante de ella. Sin embargo, se trata de una legitimación peligrosa. Como lo muestran estas historias de vida, la racionalidad es hasta cierto punto un elemento perturbador de las relaciones de género. Sus formas sociales (como la racionalidad del mercado y la igualdad legal) corroen la jerarquía del género y sostienen la resistencia feminista. Su institucionalización en el mercado de trabajo que se estructura con base en el conocimiento corroe la autoridad y produce tensiones en la masculinidad hegemónica. La razón técnica puede movilizarse para un proyecto de cambio, aun cuando no se dirija a los objetivos últimos de éste.

Consideradas de cerca, las masculinidades hegemónicas y cómplices no son más monolíticas que las masculinidades que se encuentran subordinadas y marginadas. En estas vidas, aunque surgen de una misma zona del espectro social, podemos ver contrastes entre el patriarcado doméstico y las aventuras sexuales; entre la experiencia generalizada y la especializada; entre los lugares de trabajo equitativos y los jerárquicos, entre puntos de vista hostiles y conciliatorios con el feminismo. Hasta podemos ver los intentos de reforma y modernización, con límites bastante bien definidos. Al intentar abordar la política del cambio en la masculinidad, como haré en la tercera parte del libro, será importante considerar todas estas complejidades.

TERCERA PARTE

HISTORIA Y POLÍTICA

CAPÍTULO 8
LA HISTORIA DE LA MASCULINIDAD

Hemos visto que las masculinidades se dan en momentos y lugares específicos, y que siempre están sujetas al cambio. Las masculinidades son, por decirlo en una palabra, históricas, como documentaron los estudios que presentamos en el capítulo 1. Sin embargo, hasta aquí esta argumentación no ha tenido profundidad histórica ni escala adecuada.

Para comprender el patrón actual de masculinidades, necesitamos analizar el periodo en el cual se formó. Debido a que la masculinidad sólo existe en el contexto de una estructura completa de relaciones de género, necesitamos localizarla en la formación del orden de género moderno como una totalidad —proceso que ha llevado alrededor de cuatro siglos—. Las historias locales de masculinidad recientemente publicadas proporcionan detalles esenciales, pero también necesitamos un argumento de mayor alcance.

La investigación etnográfica es la que le ha dado escala al problema y ha aclarado sus *conexiones* vitales: el crecimiento sin precedente del poder europeo y estadounidense, la creación de los imperios globales y la economía capitalista global, y el encuentro inequitativo de los órdenes de género en el mundo colonizado. Dije "conexiones" y no "contextos" porque el punto fundamental es que las masculinidades no sólo toman forma a partir del proceso de expansión imperial, también son parte activa de dicho proceso y ayudan a conformarlo.

La cultura popular hace evidente lo anterior. Los ejemplos de masculinidad, legendarios o reales —desde Paul Bunyan en Canadá, pasando por Davy Crockett en Estados Unidos, hasta Lawrence de Arabia en Inglaterra—, a menudo han sido hombres de las zonas fronterizas. Cuando era niño, en Australia, jugaba un

juego que era, por extraordinario que parezca, un ritual de expansión imperial de Estados Unidos, el cual atravesaba el Pacífico en los *comics* y las imágenes de masculinidad hollywoodenses: se trataba de la repetición de las guerras entre "indios y vaqueros" en la frontera. No podremos entender las conexiones entre la masculinidad y la violencia que se dan en el nivel personal sin comprender que se trata también de una conexión global. Las masculinidades europeas y estadounidenses tuvieron mucho que ver con la violencia mundial, gracias a la cual la cultura europea y estadounidense se volvieron dominantes.

Lo que sigue es, inevitablemente, sólo un esbozo de una historia muy compleja. Sin embargo, necesitamos trazar ciertas relaciones en una historia tan llena de significados importantes para nuestra situación actual.

La producción de la masculinidad en la formación del orden de género moderno

En el periodo que comprende aproximadamente de 1450 a 1650 (el "largo" siglo XVI, usando la útil frase del historiador francés Fernand Braudel) se conformó la economía capitalista moderna en torno al Atlántico Norte, y el orden de género moderno comenzó a tomar forma en esa región. Podemos mencionar cuatro eventos que parecen ser particularmente importantes en la conformación de la práctica social que ahora llamamos "masculinidad".

En primer lugar se encuentra el cambio cultural que produjo nuevas formas de comprender la sexualidad y la individualidad en las metrópolis europeas. Cuando el catolicismo medieval, que ya estaba cambiando, se vio fracturado por la expansión de la cultura secular renacentista y la Reforma protestante, también se fracturaron conceptos poderosos, establecidos desde hacía mucho tiempo, de las vidas de los hombres. El sistema monárquico se derrumbó. El poder que tenía la religión para controlar el mundo intelectual y regular la vida cotidiana comenzó su lenta e irreversible debacle.

Por un lado, esto ayudó al énfasis cultural en ascenso del hogar conyugal —ejemplificado nada menos que con la figura de

Martín Lutero, un monje casado—. La heterosexualidad marital reemplazó a la abstinencia monástica como la forma más honorable de sexualidad. A este desplazamiento siguió la autoridad cultural de la heterosexualidad obligatoria.

Por otro lado, el nuevo énfasis en la expresión individual y en la relación personal, sin mediación, con Dios desembocaría en el individualismo y el concepto del yo autónomo. Para la idea de la masculinidad se necesitaban también ciertos requisitos culturales, que ya definimos en el capítulo 3: un tipo de persona cuyo carácter, estructurado con base en el género, es la razón por la cual actúa de cierta forma. La filosofía clásica, desde Descartes hasta Kant, como argumenta Victor Seidler, construyó la razón y la ciencia a través de las oposiciones con el mundo natural y las emociones. Las definiciones de la masculinidad, como una estructura de la personalidad marcada por la racionalidad, y de la civilización europea occidental, portadora de la razón en un mundo sumido en la ignorancia, forjaron un vínculo cultural entre la legitimación del patriarcado y la legitimación del imperio.[1]

El segundo evento fue la creación de los imperios marítimos llevada a acabo por los países con fronteras al Atlántico —Portugal y España, y luego los Países Bajos, Francia e Inglaterra (los imperios terrestres de Rusia y Estados Unidos, y los imperios marítimos de Alemania, Italia y Japón se formaron en una segunda ola de imperialismo).

El imperio fue una empresa que, desde el principio, se estructuró con base en el género; fue el resultado de las acciones de hombres segregados debido a sus actividades como soldados y comerciantes marítimos. Cuando las mujeres europeas fueron a las colonias, sólo iban como esposas o criadas a hogares controlados por los hombres. Sin incluir a algunas monarcas (como Isabel y Elizabeth), los Estados imperiales creados para gobernar los nuevos imperios se encontraban formados únicamente por hombres y desarrollaron un sistema que se basaba en la fuerza que proporcionaban los cuerpos organizados de los hombres.

[1] Para la razón, la masculinidad y la filosofía clásica, véase Seidler, 1989, capítulo 2. Fromm, 1942, inició el análisis de algunos de los temas que presentamos aquí.

Quienes utilizaban la fuerza en las fronteras coloniales, los "conquistadores", como fueron llamados en el caso español, probablemente fueron el primer grupo en ser definido como tipo cultural masculino, según el sentido moderno. El conquistador fue una figura desplazada de las relaciones sociales tradicionales; era a menudo muy violento en su búsqueda de tierras, oro y conversos; alguien difícil de controlar para el Estado imperial (era notable la hostilidad que existía entre las autoridades reales y Hernán Cortés, conquistador español de México). En la historia de los imperios, la pérdida del control en las colonias es un tema recurrente que se relaciona con la formación de ejemplos masculinos.

Una consecuencia inmediata fue el conflicto sobre la ética de la conquista y la exigencia de formas de control. La famosa denuncia de Bartolomé de las Casas del baño de sangre (resultado de la violencia incontrolable de los conquistadores españoles) en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, es un momento significativo de la historia de la masculinidad. "Las causas de sus villanías son su avaricia y ambición insaciables, las más grandes que se hayan visto en el mundo". La retórica de Las Casas era literalmente correcta. Se trataba de algo nuevo en el mundo: su propio trabajo fue la primera crítica abierta a una forma de género ascendente.[2]

El tercer evento clave fue el crecimiento de las ciudades que funcionaban como centros del capitalismo comercial, especialmente Amberes, Londres y Amsterdam; así se creó un nuevo espacio para la vida cotidiana. La forma resultó más anónima y se regulaba de manera más coherente que la frontera o el campo.

Las principales consecuencias de este cambio en el género sólo fueron visibles hasta los siglos XVII y XVIII, pero no las mencionaré debido al espacio. El cambio en las condiciones de la vida cotidiana reforzó el individualismo. Una racionalidad calculadora, combinada con la "primera revolución industrial" y la acumulación de riquezas debida al comercio, la esclavitud y las colonias, comenzó a permear la cultura urbana. Se trata de lo

[2] Fray Bartolomé de las Casas, 1992 [1552], p. 31. Esto no quiere decir que su crítica utilizara terminología derivada de la estructura del género; su lenguaje es el mismo de la evangelización católica y la moralidad política.

que se menciona en la tesis de Max Weber como la "ética protestante"; es importante notar el carácter ligado al género que tiene el "espíritu del capitalismo". El primer exponente, según Weber, es Benjamin Franklin, de quien cita:

> Las acciones más insignificantes afectan el crédito de un hombre. El sonido de tu martillo trabajando a las cinco de la mañana o las ocho de la noche, tranquilizará a quien te ha prestado dinero durante seis meses más. Pero si te ve en una mesa de billar o escucha tu voz en una taberna cuando deberías estar trabajando, al día siguiente enviará a alguien a cobrarte su dinero...

Un hombre, literalmente, es significado. La cultura y los lugares de trabajo empresariales del capitalismo comercial institucionalizaron una forma de masculinidad al crear y legitimar muevas formas de trabajo y de poder, estructuradas con base en el género, en la contaduría, el taller y el mercado.

Sin embargo, ésta no fue la única transformación derivada del género que se dio en las ciudades comerciales. El mismo periodo vio el surgimiento de las subculturas sexuales. Las más documentadas son las casas *molly*, de principios del siglo XVIII en Londres, en donde *molly* es un término utilizado en la jerga inglesa para referirse a los hombres afeminados que se encontraban en casas y tabernas específicas, y cuyas prácticas dependientes del género incluían el travestismo, bailar juntos y tener intercambios sexuales entre ellos.

La historia del periodo señala un desplazamiento en las ideologías médicas respecto al género. El cambio se dio, en un principio, cuando las anomalías dependientes del género se atribuían libremente a cuerpos hermafroditas; y más adelante con una división clara de los cuerpos, que se estructuraban de acuerdo con una dicotomía: cualquier anomalía se explicaba como una desviación de género. La necesidad de tener una identidad personal como hombre o como mujer, en vez de sólo ocupar un lugar en el orden social como una persona con un cuerpo masculino o femenino (incluso hermafrodita), se fortaleció gradualmente en la cultura europea. La percepción de Mary Wollstonecraft de las bases sociales del carácter de género de las mujeres, en contraste con el de los hombres, proporcionó la esencia de su *Vin-*

dication of the Rights of Woman (*Reivindicación de los derechos de la mujer*), a fines del siglo XVIII.[3]

El cuarto evento fue el comienzo de la guerra civil europea a gran escala. Las guerras religiosas de los siglos XVI y XVII, que derivaron en las guerras dinásticas de los siglos XVII y XVIII, no sólo relocalizaron a algunos reyes y obispos, también perturbaron la legitimidad del orden de género. El "mundo puesto de cabeza" por las luchas revolucionarias podía ser el del género, además del orden de clase social. En los países de habla inglesa, los cuáqueros, una secta religiosa y política que emergió de las revueltas producidas por la guerra civil en Inglaterra, hicieron la primera defensa pública de la igualdad religiosa de las mujeres. No sólo proclamaron el principio, sino que dieron en la práctica un importante papel organizador a las mujeres.

Este desafío fue acallado (aunque su memoria perduró). El Estado fuertemente centralizado, otro producto de las guerras civiles europeas, consolidó el orden patriarcal. En la era de la monarquía absoluta, el Estado proporcionó una institucionalización a mayor escala del poder de los hombres. Los ejércitos profesionales construidos en las guerras religiosas y dinásticas, además de en la conquista imperial, se convirtieron en parte fundamental del Estado moderno. En la Europa medieval, la valentía militar como una prueba de honor era un elemento de clase de la caballería —relación de la cual se burla *El Quijote*, de Cervantes—. Paulatinamente se convirtió en un elemento de la masculinidad y el nacionalismo, transición que puede verse en la obra más chauvinista de Shakespeare:

> ¡Adelante, adelante nobles ingleses, que tenéis en vuestras venas la sangre de los padres probados en la guerra, de padres que, parecidos a otros tantos Alejandros, combatieron en estas regiones desde la mañana hasta la noche, y no envainaron sus espadas hasta que les faltó tema de lucha![4]

[3] Para la cita de Franklin, véase Weber, 1976 [1904-1905], p. 49. Para las casas *molly*, Bray, 1982, capítulo 4. Sobre los cuerpos y los géneros, Trumbach, 1991; sobre la identidad fija, Foucault, 1980b; y sobre la formación del carácter de género, Wollstonecraft, 1975 [1792].

[4] *La vida del rey Enrique V*, acto III, escena I. [Nota a la traducción: la versión que aquí reproducimos es la de Shakespeare, *Obras completas*. Traducida

En el siglo XVIII, por lo menos en los casos de los países europeos con litorales y en Estados Unidos, se puede hablar de un orden de género en el cual ya se había producido y estabilizado una masculinidad según el concepto moderno —carácter individual estructurado con base en el género, definido por su oposición a la feminidad e institucionalizado tanto en la economía como en el Estado—. Ya en este periodo podemos definir un tipo hegemónico de masculinidad y describir algunas de sus relaciones con las formas subordinadas y marginadas.

A pesar de que la historia ha puesto su atención en el cambio cultural que se desarrolló en las ciudades, la clase que dominó el mundo del Atlántico Norte en el siglo XVIII fue la de los terratenientes hereditarios, la aristocracia. George Washington es un buen ejemplo de esta clase social y de su forma hegemónica de masculinidad. Basada en la posesión de tierras, esta masculinidad aristócrata tenía relaciones económicas capitalistas (producción para el mercado, cobro de rentas), a pesar de que enfatizó el cálculo racional estricto de los comerciantes.

Tampoco se basó en un concepto del individuo aislado. La posesión de tierras dependía del reino; la unidad social se definía tanto por el linaje como por el individuo. Por ejemplo, la política británica de Walpole y los Pitts seguía las instrucciones de las familias que, por patronazgo, controlaban el aparato estatal. El gobierno británico en la India y Estados Unidos se organizó de acuerdo con la misma estructura.

La masculinidad de la aristocracia se encontraba fuertemente integrada al Estado. Ésta se encargaba de la administración local (a través de jueces de paz, en el sistema británico) y proveía de personal al aparato militar. No sólo acaparaba los puestos de

---

por Luis Astrana Marín. Tomo II. México, Aguilar, 1991. Todas las citas en español de Shakespeare fueron tomadas de esta edición]. El discurso de Enrique se estratifica de acuerdo con las clases sociales; ésta es la parte dirigida a la nobleza. Así que "noble" aquí, normalmente corregido a "el más noble", puede incluir cierto eco de "nobleza". Shakespeare, como Cervantes, también era adepto a desinflar la ideología relacionada con el valor: "¿Es que el honor puede reponer una pierna? No. ¿O un brazo? No. El honor, ¿no tiene, pues, ninguna habilidad en cirugía? No. ¿Es, pues, una cosa insensible? No. ¿Qué es el honor? Una palabra. ¿Qué es esa palabra de honor? Aire. ¡Un adorno costoso!" [*La vida del Rey Enrique IV*, parte I, acto V, escena I]. Para la historia de los cuáqueros, véase Bacon, 1986, capítulo 1.

los oficiales del ejército y la marina, sino que ellos mismos reclutaban a quienes llenarían sus filas. En la intersección de la participación directa en la violencia y la ética del honor familiar se desarrolló la institución del duelo. La voluntad de enfrentar a un oponente en un combate cara a cara, potencialmente letal, era una prueba fundamental para la masculinidad aristócrata. Las afrentas al honor provocaban estos combates.

Así podemos ver que la masculinidad de la aristocracia era enfática y violenta. Sin embargo, entonces, el orden de género no se encontraba tan fuertemente regulado como lo estaría después. Por ejemplo, un caballero francés, el Caballero d'Eon, podía cambiar del género femenino al masculino sin que se le desacreditara socialmente (aunque sí fue objeto de la curiosidad de los demás durante toda su vida). Las licencias en las relaciones sexuales, especialmente con las mujeres de las clases bajas, eran un privilegio del rango. Hasta cierto punto eran celebradas, por parte de los "libertinos". Al parecer las relaciones homosexuales definían cada vez más a cierto tipo de hombres, aunque en los escritos del Marqués de Sade éstas siguen siendo consideradas parte del libertinaje en general.

La masculinidad aristócrata incluía la autoridad doméstica sobre las mujeres, a pesar de que ellas ocupaban un papel muy importante al formar y mantener la red de alianzas que unía a la aristocracia —se trata de las estrategias tan cuidadosamente desmenuzadas en las novelas de Jane Austen.

La masculinidad aristócrata también suponía relaciones brutales con la fuerza laboral campesina, que seguía siendo la mayor parte de la población. La frontera social estaba delimitada por el código de honor, que no se aplicaba fuera de la aristocracia. El control se ejercía gracias a desalojos, encarcelamientos, flagelaciones, deportaciones y ejecuciones (en la horca). La aplicación de esta violenta disciplina no estaba en las manos de profesionales especializados; la ejercía la administración local, desde el campo inglés y el estado esclavista de Virginia de George Washington, hasta la nueva colonia de las Antípodas —en donde Samuel Marsden, el *Pastor Flagelador*, se hizo famoso como juez de paz.[5]

[5] Este esbozo sobre la masculinidad de la aristocracia se hizo a partir de muchas fuentes, principalmente británicas, estadounidenses y australianas. Para

LAS TRANSFORMACIONES

La historia de la masculinidad europea y estadounidense durante los últimos dos siglos puede comprenderse como la fractura de la masculinidad de la aristocracia, su desplazamiento gradual por parte de las formas hegemónicas y el surgimiento de toda una serie de masculinidades subordinadas y marginadas. Las razones de este cambio son muy complejas, pero creo que hay tres esenciales: los cuestionamientos de las mujeres al orden de género, la lógica del proceso de acumulación estructurado con base en el género del capitalismo industrializado y las relaciones de poder del imperio.

El cuestionamiento de las mujeres ya se ha documentado bastante bien. En el siglo XIX se vivió un cambio histórico en la política de género: el surgimiento del feminismo como una forma de política de masas —la movilización por los derechos de las mujeres, especialmente el del sufragio, en ámbitos públicos—. Este hecho se relacionó fuertemente con el crecimiento del Estado liberal y su resguardo en los conceptos de ciudadanía.

Sin embargo, los cuestionamientos femeninos al orden de género no se limitaron al movimiento por el sufragio, ya que su alcance no era mucho. Las mujeres aristócratas y de la clase media tuvieron un papel muy activo en las reformas a la moral y las costumbres domésticas de principios del siglo XIX, que cuestionaron fuertemente los privilegios sexuales de los hombres aristócratas. Las mujeres obreras, al evolucionar el sistema industrial, cuestionaron la dependencia económica que tenían de los hombres. A fines del siglo XIX, las mujeres de clase media cuestionaron también los privilegios de los hombres con el movimiento de abstinencia. Así, cambiaron las condiciones que mantenían el patriarcado, lo mismo que el tipo de masculinidad que podía considerarse hegemónica.

---

d'Eon, véase Kates, 1991; sobre el duelo, véase Kiernan, 1988. Para las relaciones entre los aristócratas y la fuerza laboral de las Antípodas, véase Connell e Irving, 1992, capítulo 2. Es curioso que el teórico más famoso del libertinaje, miembro de esta clase social, tomara lo que ya era un punto de vista anticuado sobre la sodomía como una expresión del entusiasmo generalizado por lo perverso, Sade, 1966 [1785].

Con la expansión de las economías industrializadas y el crecimiento de los Estados burocráticos (fueran liberales o autócratas), el poder político y económico de la aristocracia poseedora de tierras declinó. Se trató de un proceso lento en el cual se tomaron medidas retrógradas para conservar los privilegios. Por ejemplo, la aristocracia prusiana, los *Junkers*, mantuvo el control del Estado alemán hasta el siglo XX. En esta transición, algunas de las formas de la masculinidad aristócrata se pasaron a los hombres de la burguesía. El historiador Robert Nye nos proporciona un extraordinario ejemplo: en Francia se transfirió el espinoso código de honor, centrado en la institución del duelo, a la burguesía. El número de duelos en Francia se incrementó a fines del siglo XIX y se estableció la profesión del maestro de duelos, que introducía a los hombres al código y les enseñaba las técnicas de lucha con espada.[6]

A pesar de que algunos hombres morían en los duelos, se trataba de una definición simbólica de masculinidad a través de la violencia. Los combates verdaderos comenzaron a organizarse cada vez más. Los ejércitos de masas de las guerras revolucionarias y napoleónicas se convirtieron en ejércitos de reclutas que tenían cuerpos permanentes de oficiales, los cuales, reclutados al principio entre la aristocracia, se convirtieron en portadores de códigos de masculinidad aristócrata; el cuerpo de oficiales prusiano es el ejemplo más conocido. (En los cuarenta, los generales de Hitler todavía tenían este antecedente). Sin embargo, el contexto social ya había cambiado. Los nuevos oficiales se profesionalizaron y fueron entrenados en escuelas militares.

La violencia se combinaba con la racionalidad, con las técnicas de organización burocrática y los constantes avances tecnológicos en armamento y transporte. Las fuerzas armadas se reorganizaron para tenerlas bajo el control de un centro de conocimientos técnicos, el *estado mayor*, institución creada por los prusianos y copiada con temor por las otras grandes potencias. Si los escritos de Las Casas pueden considerarse documentos fundamentales de la primera masculinidad moderna, tal vez el equivalente en el siglo XIX sea el clásico *De la guerra*, de Carl von Clausewitz, que proclamaba una tecnología social de violencia racionaliza-

[6] Nye, 1993.

da a la mayor escala posible. Clausewitz fue uno de los reformadores que crearon el nuevo ejército prusiano.[7]

La técnica social de la violencia racionalizada burocráticamente, junto a la clara superioridad del armamento, fue lo que hizo casi invencibles a los Estados y colonos europeos en las guerras coloniales del siglo XIX. Sin embargo, dicha técnica amenazaba con destruir a la sociedad que la sostenía: la destrucción de la primera guerra mundial condujo a los levantamientos revolucionarios de 1917-1923. Después de una década de luchas, los únicos que consiguieron estabilizar el orden capitalista en Europa fueron los movimientos fascistas.

En términos de género, el fascismo fue la afirmación desnuda de la supremacía masculina en sociedades que habían estado influenciadas por la igualdad de las mujeres. Para conseguir lo anterior, el fascismo promovió nuevas imágenes de masculinidad hegemónica, glorificó la irracionalidad (el "triunfo de la voluntad", el pensar "con la sangre") y la violencia sin restricciones del soldado en las líneas del frente. Su dinámica condujo a una nueva y mucho más devastadora guerra mundial.[8]

La derrota del fascismo en la segunda guerra mundial detuvo el impulso a esta masculinidad hegemónica. Sin embargo, no acabó con la institucionalización burocrática de la violencia. El mismo Hitler había modernizado sus fuerzas armadas y se entusiasmaba con las armas de alta tecnología; de esta forma el fascismo apoyó la racionalización. El Ejército Rojo y las fuerzas armadas de Estados Unidos, que triunfaron en 1945, continuaron multiplicando su capacidad destructiva al construir arsenales nucleares. En China, Paquistán, Indonesia, Argentina, Chile y la mayor parte de África, ejércitos con tecnologías menos sofisticadas siguieron ocupando un papel central en la política de sus respectivos países. En la actualidad, las fuerzas armadas del mundo incluyen alrededor de veinte millones de personas, la gran mayoría hombres, y su organización se conforma siguiendo la de los ejércitos de las potencias del Atlántico Norte.

[7] Clausewitz, 1976 [1832]. Sobre el cuerpo de oficiales prusianos, véase Wheeler-Bennet, 1953, y sobre el concepto de *estado mayor*, Dupuy, 1977.

[8] Sobre las imágenes masculinas en los orígenes del fascismo alemán, véase Theweleit, 1987; para el desarrollo que tuvo por parte de la dirigencia nazi, véase, por ejemplo, Manvell y Fraenkel, 1960.

El significado creciente de la pericia técnica militar tuvo análogos en otra parte de la economía. El siglo XIX vivió el nacimiento de la escuela primaria de masas, y el XX añadió los sistemas de educación secundaria y universitaria públicos. Se inventaron los institutos de investigación de las corporaciones y las oficinas de gobierno. Los mercados laborales fueron transformados al multiplicarse las profesiones que necesitaban preparación. En la actualidad, una de las dos personas más ricas en Estados Unidos es un especialista en programación de computadoras, un hombre cuya compañía diseñó el sistema operativo de la computadora que estoy utilizando para escribir este texto (además de varios millones más de computadoras).[9]

Estas tendencias han producido otra fractura en la masculinidad hegemónica. La práctica organizada en torno a la dominación era cada vez menos compatible con la práctica que se organizaba en torno a la experiencia o los conocimientos técnicos. La administración se separó de las profesiones y las relaciones entre ambas se volvieron problemas crónicos para las corporaciones y el Estado. (El uso adecuado de especialistas es un elemento clásico de la ciencia de la administración; mientras que la idea misma de la "ciencia de la administración" muestra el prestigio de la especialización). En las clases gobernantes capitalistas y en las élites comunistas, la división entre quienes estaban dispuestos a reprimir a sus trabajadores (conservadores/la mano dura) y quienes estaban dispuestos a otorgar concesiones basados en la fuerza del avance tecnológico y el crecimiento económico (liberales/reformistas) se recrudeció.

Cierta polaridad se desarrolló en la masculinidad hegemónica entre la dominación y la especialización técnica. Sin embargo, en este caso, ninguna versión ha conseguido desplazar a la otra. En la actualidad coexisten como prácticas dependientes del género, algunas veces en oposición y algunas otras en concordancia. Las campañas comerciales y políticas se dirigen a ellas como versiones alternativas de la masculinidad hegemónica —"con fuerza contra el crimen" *versus* "supercarreteras informáticas", para

[9] Se trata de Bill Gates, dueño de una parte de Microsoft Corporation y con una fortuna que la revista *Forbes* (19 de octubre 1992) supone es de 6.3 billones de dólares.

utilizar algunos ejemplos de la política actual de Estados Unidos—. Las historias de vida de la nueva clase discutidas en el capítulo 7 muestran algunas de las tensiones de esta situación.[10]

La violencia y las licencias fueron expulsadas a las colonias, simbólica y hasta realmente, cuando la masculinidad hegemónica de la metrópoli se sometió a la racionalización. En la frontera de los asentamientos blancos, la regulación no era efectiva, la violencia era endémica y las condiciones físicas muy difíciles. Industrias como la de la minería ofrecían ganancias espectaculares que se basaban en el azar. Una proporción de género bastante desequilibrada permitió la masculinización cultural de la frontera.

El estudio que realizó Jock Phillips en Nueva Zelanda, discutido en el capítulo 1, muestra el contraste entre dos grupos de hombres y dos descripciones culturales de masculinidad: el hombre de la frontera, soltero y alborotador; y el granjero, pionero, casado y sedentario. La distinción es común en la frontera occidental de Estados Unidos y Canadá. Es un hecho sorprendente que incluso antes de que las fronteras se acabaran, con la derrota militar de los pueblos nativos y la expansión de los asentamientos blancos en el continente, los hombres de la frontera fueran utilizados como ejemplos de masculinidad.

Las novelas de James Fenimore Cooper y el "salvaje oeste" de Búfalo Bill Cody fueron los primeros pasos de un camino que conduciría al género de películas del oeste y a un culto autoconsciente al heroísmo masculino desarticulado. El historiador John MacKenzie ha mostrado qué tan similar era el culto al cazador, a fines del siglo XIX, en el imperio británico. La selva, la cacería y la habilidad para vivir en el bosque se unieron en una ideología concreta de virilidad gracias a figuras como la de Robert Baden-Powell, fundador del movimiento de niños exploradores, y Theodore Rossevelt en Estados Unidos.[11]

El movimiento de exploradores celebraba la frontera, pero en realidad se trataba de un movimiento de niños en la metró-

[10] Esta división en facciones se discute en muchos lugares, un ejemplo conocido es Galbraith, 1967.

[11] Phillips, 1987; para temas similares en Estados Unidos, véase Stein, 1984. Sobre el "cazador", véase MacKenzie, 1987. Marsh, 1990, apunta que estas imágenes pueden llegar a estar muy alejadas de la realidad de la vida metropolitana.

poli. Ocupó un lugar entre la serie de intentos que hubo por controlar formas particulares de masculinidad entre los niños. Otros momentos de esta historia incluyen la reforma que en el siglo XIX se dio en la escuela pública de la élite británica, en el periodo posterior al del doctor Arnold; la Brigada de Niños de la Iglesia Anglicana, dirigida a la juventud de las clases obreras; a finales del siglo, el movimiento de las juventudes alemanas, las juventudes de Hitler, que se convirtieron en una institución de masas cuando los nazis llegaron al poder en Alemania; y los diversos intentos de preparar militarmente a los niños de las escuelas secundarias gracias a cuerpos de cadetes del ejército, institución que seguía operando en Australia cuando yo estudié la preparatoria en 1960. (Llegué al rango de cabo y aprendí a disparar un rifle Lee-Enfield, el arma técnicamente más avanzada en la guerra de los Bóers).

Lo más sorprendente de estos movimientos no fue tanto el éxito, que siempre fue limitado, sino la persistencia con la cual las ideologías del patriarcado lucharon por controlar y dirigir la reproducción de la masculinidad. Es evidente que este hecho se ha convertido en un problema significativo en la política de género.[12]

¿Por qué se convirtió en un problema? Ciertos estudios de fines del siglo XIX, como el de Jeffrey Hantover sobre los niños exploradores en Estados Unidos, expresaron su temor de que los niños se feminizaran debido a la demasiada influencia de las mujeres. Esto nos hace pensar en los cambios que se dieron en la organización de la vida doméstica. La presión ejercida por las mujeres en contra de la masculinidad de la aristocracia fue parte de la dinámica histórica que condujo a una institución clave de la cultura burguesa: la ideología y práctica de las "esferas separadas". Con esta frase se definía una esfera de acción doméstica para las mujeres, que contrastaba con una esfera de acción económica y política para los hombres.

La división se sostenía por una ideología que consideraba natural la diferencia entre las mujeres y los hombres, que no sólo era promovida por ideólogos (por ejemplo, era parte del culto a los duelos en Francia), sino que también era aceptada por el feminismo del siglo XIX. La esfera de las mujeres se encontraba, en

[12] Varios de estos movimientos se documentan en Mangan y Walvin, 1987.

la práctica común, subordinada a la de los hombres. Sin embargo, dentro de ella las mujeres burguesas podían emplear gente a su servicio, administrar negocios (con asesoras como Mrs. Beeton) y ser hasta cierto punto autónomas. En esa esfera se incluía la crianza de los niños.[13] Casi al mismo tiempo, la masculinidad hegemónica se purificaba en términos de la sexualidad. Como los historiadores gays han mostrado, a fines del siglo XIX se definió con claridad al "homosexual" como un tipo social. Era una delimitación médica y legal. En periodos históricos anteriores, la sodomía se consideraba oficialmente como un acto que podía realizarse por cualquier hombre que se rendía ante el mal. El deseo homosexual comenzó entonces a definir a un tipo específico de hombre, el "invertido", según el punto de vista médico más común. Se hicieron nuevas leyes que establecían que el contacto homosexual era un crimen (en la enmienda de Labouchère de 1885, en Inglaterra, se le consideró una obscenidad flagrante); el resultado fue que la policía vigiló rutinariamente a los "pervertidos".

Desde el punto de vista de la masculinidad hegemónica, con esto se expulsó el potencial del placer homoerótico de lo masculino y se le colocó en un grupo desviado, asimilado simbólicamente a las mujeres y los animales. No existía el reflejo en el espejo del tipo "heterosexual". Es más, la heterosexualidad se convirtió en requerimiento de virilidad. La contradicción entre esta definición "purificada" de la masculinidad y las condiciones reales de la vida emocional entre los hombres de los grupos militares y paramilitares alcanzó niveles de crisis en el fascismo. Ayudó a justificar, y tal vez motivó, el asesinato de Ernst Röhm, el dirigente homosexual de los *Storm-troopers*, en 1934, por orden de Hitler.[14]

En los países urbanos, el desplazamiento gradual de la aristocracia por los hombres de negocios y burócratas fue análogo al de la transformación de las poblaciones campesinas en clases obreras urbanas e industriales. Este cambio también tuvo una

[13] Hantover, 1978. Este esbozo de la ideología y la práctica de las "esferas separadas" es una simplificación; para detalles más complejos en la Inglaterra de clase media, véase el maravilloso estudio de Davidoff y Hall, 1987.

[14] Weeks, 1977; D'Emilio y Freedman, 1988. La política sexual de la expulsión de Röhm se encuentra en Orlow, 1969, 1973, capítulo 3.

dimensión vinculada al género. El sistema de las fábricas intensificó la división entre la casa y el lugar de trabajo, y el dominio de los sueldos en dinero cambió las relaciones económicas en el hogar. La expansión de la producción industrial derivó en el surgimiento de formas de masculinidad organizadas en torno a la capacidad de obtener un salario, las habilidades mecánicas, el patriarcado doméstico y la solidaridad combativa entre los asalariados.

De hecho, las mujeres ocuparon un lugar muy importante entre la fuerza laboral original de las fábricas textiles de la revolución industrial, y también estuvieron presentes en las minas de carbón, las imprentas y las fundidoras. Se involucraron en la militancia industrial, a veces como dirigentes de las huelgas, como Mary Blewett apunta en el caso de las tejedoras de Fall River, Massachusetts. La expulsión de las mujeres de la industria pesada fue entonces un proceso clave en la formación de la masculinidad obrera, relacionada con la estrategia del salario familiar y fundamentada en la ideología burguesa de las esferas separadas. El movimiento sindical de artesanos puede considerarse pieza fundamental de la institucionalización de este tipo de masculinidad.[15]

Sin embargo, sólo una parte de la clase obrera estaba sindicalizada o tenía un salario familiar. La creación de esta masculinidad respetable y disciplinada se oponía dialécticamente al desarrollo de masculinidades desordenadas y rudas entre las "peligrosas" clases marginadas. El miedo causado por ellas puede notarse hasta en los socialistas revolucionarios, como, por ejemplo, en las salvajes declaraciones de Friedrich Engels sobre los pobres urbanos:

> Los *lumpenproletariat*, esa escoria de elementos depravados de todas las clases, con cuarteles en las grandes ciudades, son el peor de todos los aliados posibles. Esa chusma es completamente sobornable y completamente desvergonzada... Cada dirigente de los obreros que utiliza a estos pillos como guardias, o confía en ellos como apoyo, se muestra, por esa acción, como un traidor al movimiento.

[15] Blewett, 1990. Para el salario familiar y la expulsión de las mujeres de la industria, véase Seccombe, 1986; Cockburn, 1983.

Estos grupos casi no han atraído la atención de quienes se dedican a la historia del género, aunque su presencia ha sido documentada por la historia que se ocupa de las clases sociales en estudios como el de los "parias de Londres" o el "nuevo sindicalismo" de finales del siglo XIX, y de lugares de trabajo como los talleres de husos y los mercados que empleaban mano de obra eventual.[16]

Fuera de la metrópoli, la lógica económica del imperio condujo a cambios extraordinarios en la población cuando las fuerzas laborales se movieron de un continente a otro. Con esto me refiero a la emigración de colonos "libres" a Nueva Zelanda, Australia, Canadá y Argelia, y la esclavitud violenta o el empleo obligatorio en muchos otros casos. En éstos se incluyen el envío de esclavos africanos al Caribe y América del Norte; el envío de mano de obra contratada de la India y el Caribe, partes de África, Malaya y Fiji; el envío de mano de obra china para construir los ferrocarriles estadounidenses y la mano de obra de convictos de Inglaterra e Irlanda en Australia.

El legado de estos movimientos en la población normalmente ha sido una jerarquía racial de considerable importancia para la construcción de masculinidades —tanto de manera simbólica como en la práctica—. Como apuntamos en el capítulo 3, la masculinidad negra se ha representado como una amenaza sexual y social para las culturas blancas dominantes. Esta ideología estructurada con base en el género alimentó la vigilancia y el racismo políticos en asentamientos localizados desde Estados Unidos y Sudáfrica hasta la Francia contemporánea.

Las realidades de las masculinidades en las fuerzas laborales transplantadas se conformaron y orientaron por las condiciones de los asentamientos, que normalmente incluían la pobreza y labores muy pesadas, además de la fractura de familias y comunidades. Algunas de las complejidades resultantes pueden encontrarse en el estudio de Chandra Jayawardena sobre los cañeros en Guyana, a mediados de los años cincuenta, descendientes de la fuerza laboral transplantada desde la India a fines del siglo XIX.

[16] Engels, 1969 [1870], p. 63. Un clásico de la investigación analítica de clase sobre los pobres en las ciudades es Stedman Jones, 1971, quien indica que la actitud de Engels hacia los pobres se suaviza cuando los considera candidatos a organizarse.

Sus creencias y prácticas sociales enfatizaban la igualdad y la solidaridad social, "mati" o camaradería. Esta solidaridad se expresaba bebiendo mucho —siempre en grupos—. Entre estos hombres se discutía por ofensas al honor y a estas discusiones se les llama "pase de ojo" (*eye-pass*); su lógica es muy distinta a la de los duelos de la burguesía francesa. No se basaban en demandas de honor individual, sino en el rechazo colectivo a tales demandas, que habrían fracturado a la comunidad de trabajadores pobres. En este caso, la afirmación de la masculinidad buscaba la igualdad y no la competencia".[17]

En las colonias que no se desplazó ni masacró a la población, sino que se le subordinó como fuerza laboral para la zona —la mayor parte de América Latina, India y el sureste de Asia, además de algunas partes de África—, las consecuencias derivadas del género incluyeron la reconformación de la cultura local bajo la presión de los colonizadores. En la India, los británicos construyeron imágenes distintas de masculinidad para los diferentes pueblos que gobernaron; por ejemplo, contrastaron a los afeminados bengalíes con los fieros shicks y pathans. Como en el caso de la ideología de la masculinidad militar blanca que discutimos anteriormente, estas imágenes probablemente tuvieron un papel importante en el reclutamiento y el control social.

Comúnmente se sugiere que el machismo latinoamericano fue el producto de las relaciones entre culturas durante la época colonial. Los conquistadores proporcionaron la provocación y el modelo; el catolicismo español, la ideología de la abnegación femenina; y la opresión económica bloqueó cualquier otra fuente de autoridad masculina. Como Walter Williams ha mostrado, el colonialismo español también incluyó un ataque violento y sostenido a la homosexualidad habitual en las culturas nativas. Este hecho tuvo gran influencia en las expresiones contemporáneas de masculinidad. En México, por ejemplo, la presentación pública de la masculinidad es agresivamente heterosexual, aunque a menudo la práctica sea bisexual.[18]

[17] Jayawardena, 1963.

[18] Para las construcciones británicas de la masculinidad bengalí, véase Sinha, 1987. Para el machismo, véase la discusión que presentamos en el capítulo 1, y para el ataque colonial español y sus consecuencias a largo plazo, Williams, 1986, capítulo 7.

La historia de la masculinidad, como ya debe haber quedado claro, no es lineal. No puede identificarse una forma de desarrollo principal a la cual las demás se subordinen, no existe ningún desplazamiento simple de lo "tradicional" a lo "moderno". En vez de esto, en el mundo creado por los imperios europeos se observan estructuras complejas de relaciones derivadas del género en las cuales masculinidades dominantes, subordinadas y marginadas interactúan constantemente, cambian las condiciones de existencia de las demás y se transforman.

Ahora bien, recordando esta perspectiva histórica, banal pero necesaria, vayamos a la condición actual del asunto.

El momento presente

La idea de que vivimos un momento en el cual el papel sexual masculino tradicional se está suavizando es tan poco adecuada como la idea de que una masculinidad verdadera y natural se está recuperando. Ambas suposiciones ignoran a la mayoría del mundo. Para entender lo que ocurre en esta red mundial de instituciones y relaciones de género se requiere una perspectiva muy distinta.

A nivel global, el cambio más profundo lo representa la exportación del orden de género europeo y estadounidense hacia el mundo colonizado. Todo indica que esta tendencia se acelera. Conforme el orden del mundo capitalista se hace más completo, mientras más sistemas de producción locales se vinculan a los mercados globales y el trabajo local lo hace a los sistemas de salarios, las versiones locales de las instituciones patriarcales occidentales sientan sus reales. En ellas debemos incluir a las corporaciones, las burocracias estatales, los ejércitos y los sistemas de educación masiva. Ya mencioné la escala de los ejércitos occidentalizados en el mundo contemporáneo. Los sectores educativos son algo más grandes (en los países en desarrollo existen aproximadamente 140 maestros por cada 100 soldados); los sectores corporativos son todavía más grandes.

Esto proporciona una base institucional sólida para los cambios en la ideología y las imágenes estructuradas con base en el género, además de cambios en la práctica cotidiana. La expor-

tación de la ideología vinculada al género de Europa y Estados Unidos puede observarse en los medios masivos de los países en desarrollo. Un ejemplo notable es el éxito de Xuxa, en Brasil, como un icono de la feminidad —una modelo rubia que se ha hecho muy popular, y muy rica, gracias a un programa de televisión para niños—. (En el mismo país, escuadrones de la muerte masculinos asesinan a niños de la calle que no tienen pantallas de televisión). Los regímenes de género también se transforman en la práctica cotidiana. Por ejemplo, las costumbres indígenas de erotismo con el mismo sexo, en lugares tan apartados como Brasil y Java, convergen en el modelo urbano occidental de la "identidad gay".[19]

Por primera vez en la historia, parece que todos los regímenes de género indígenas zozobrarán bajo la presión institucional y cultural. Algunas configuraciones de género ya desaparecieron. Por ejemplo, la tradición confuciana de la homosexualidad masculina en China, y las "pasiones de la manga cortada" (así llamadas por la historia del emperador que prefirió cortar una manga de su bata a molestar a su amante dormido). Otro ejemplo es el de la tradición de erotismo heterosexual y la libertad sexual de las mujeres en el Hawai polinesio. Decir que desaparecieron tal vez sea demasiado mecánico. Estas dos tradiciones fueron destruidas deliberadamente bajo la influencia de la homofobia y el puritanismo misionero occidentales.[20]

Un orden de género global, cada vez más visible y coordinado, reemplaza la diversidad de órdenes de género. Los arreglos de género europeos y estadounidenses son hegemónicos en este sistema. Una prueba dramática es la historia reciente de Europa Oriental. Al colapsarse los regímenes estalinistas e instalarse las economías de mercado, también se instalaron las ideologías occidentales de género y las garantías estatales de igualdad para las mujeres (que nunca se aplicaron consistentemente, pero tenían cierto poder práctico) se perdieron.

Sin embargo, el orden de género global no es homogéneo, no se trata sólo de *clonar* la cultura europea y estadounidense. La investigación feminista que se ocupa de las obreras de la fábrica global

[19] Para la sorprendente historia de Xuxa, véase Simpson, 1993. Para el surgimiento de la identidad gay en Brasil, véase Parker, 1985; en Java, Oetomo, 1990.

[20] Hinsch, 1990; Ortner, 1981.

de la producción multinacional moderna muestra que se construyen posiciones diferenciadas: los casos de las ensambladoras de electrónicos en Malasia, las prostitutas en Filipinas y Tailandia y las trabajadoras de la industria del vestido en México.[21]

Lo mismo ocurre en el caso de los hombres, aunque los estudios al respecto no sean tantos. En Japón, por ejemplo, el programa de modernización del régimen meiji, a finales del siglo XIX, condujo a una gran expansión del sistema educativo y a la competencia por el acceso a los trabajos administrativos y burocráticos. Esto propició a su vez el surgimiento del "hombre de salario", el criado deferente, pero competitivo, de las oligarquías corporativas que dominó la economía japonesa. (El término data de la primera guerra mundial, aunque los países de habla inglesa apenas lo descubrieron hace un par de décadas). Se trata de un ejemplo notable de una forma de masculinidad específica de una clase social, que sólo es concebible en una economía capitalista globalizada, pero también es específica, cultural y políticamente hablando.[22]

También debemos registrar la fuerza de las reacciones en contra del orden de género occidental. La más dramática, en las últimas dos décadas, se ha dado en aquellas partes del mundo islámico en donde, después de la independencia política, se reafirmó la autoridad patriarcal de los hombres. Quienes obligan a las mujeres a utilizar velos y apartarse de los ámbitos públicos siguen una política de género con los mismos gestos de la política anticolonial. (No se trata de algo esencial al Islam; el país islámico más grande del mundo, Indonesia, no presta la menor atención al velo.)[23]

Colectivamente hablando, los hombres de los países metropolitanos son los principales beneficiarios del orden global contemporáneo. La característica más impactante de su situación histórica es el poder creciente, respecto al mundo natural y los servicios de otras personas, que la acumulación y concentración de la riqueza les ha dado. Debemos registrar la escala de dicha concentración. Cálculos recientes suponen que la quinta parte

[21] Fuentes y Ehrenreich, 1983.
[22] Kinmonth, 1981.
[23] Para esta dinámica en Argelia, véase Knauss, 1987.

más rica de la población del mundo recibe el 83% del total de los ingresos mundiales; la quinta parte más pobre recibe sólo el 1.4%. (Los estudios realizados a nivel nacional muestran que la distribución de la riqueza es sustancialmente más inequitativa que la distribución de los ingresos).[24]

Este poder amplificado se aplica de diversas formas. Como consumo de recursos (por ejemplo, petróleo y minerales del resto del mundo), sostiene un nivel de comodidades materiales que antes sólo tenía la aristocracia. Como inversión en tecnología, ha eliminado casi toda la mano de obra de los procesos de producción en los países ricos y, como apuntamos en el capítulo 7, reestructurado las jerarquías ocupacionales. De esta forma, los usos y placeres materiales de los cuerpos masculinos han cambiado dramáticamente.

Al mismo tiempo, la riqueza de los países metropolitanos sostiene industrias de servicios muy elaboradas. En ellas, los significados simbólicos de la masculinidad son complejos —especialmente en los medios masivos, el deporte comercial y el transporte (los carros veloces y los camiones pesados son vehículos de la masculinidad en cualquier sentido). La riqueza y la tecnología metropolitanas también sostienen a las fuerzas armadas masculinizadas, que han alcanzado una capacidad de destrucción impresionante y que se utiliza periódicamente en contra de enemigos del tercer mundo (Vietnam, Camboya, Afganistán, Iraq).

Si consideramos sólo estas circunstancias, no debe sorprendernos encontrar entre los hombres de los países ricos una conciencia extendida del cambio en el orden del género. En todos los grupos australianos que discutimos en la segunda parte del libro pudimos apreciarlo, en distintas formas. En otros países también es posible documentar este sentido de un cambio importante. Tal vez lo más sorprendente sea el sentido de un cambio incontrolable de la dislocación de las relaciones de género. Dicho sentido se encuentra, también, muy extendido.[25]

[24] Para estos datos, véase el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas 1992.

[25] A pesar de tener ciertos defectos como investigación, Hite (1981) documenta por lo menos el tema; como lo hacen, aunque de otra forma, todo el género de libros sobre hombres que discutimos en el capítulo 1 y la terapia de masculinidad que veremos en el capítulo 9.

El enorme crecimiento del poder material de los hombres de la metrópoli ha ido acompañado, como argumentaré, por una intensificación de las tendencias a la crisis en el orden de género. En el capítulo 3 sugerí un marco para comprender estas tendencias a la crisis. Es claro que han derivado en una pérdida mayor de la legitimidad del patriarcado; diferentes grupos de hombres se enfrentan a esta pérdida de diversas formas.

El signo más claro de esta pérdida, que es el rasgo más importante del momento actual del orden de género en los países ricos, es el cuestionamiento abierto que las feministas han hecho a los privilegios de los hombres. Gracias a la riqueza y al control de los medios masivos de comunicación de estos países, dicho cuestionamiento circuló por todo el mundo conforme se le articuló. Ha tomado diversas formas. El feminismo "occidental" se encuentra ahora ocupado en una negociación compleja y tensa con el feminismo del "tercer mundo" sobre el legado del colonialismo y el racismo.[26]

Como antes sugerí, el cuestionamiento a la heterosexualidad hegemónica que han hecho los movimientos lésbicos y gays es, por lógica, tan profundo como el cuestionamiento al poder masculino debido al feminismo, aunque no han circulado de la misma forma. La mayoría de los hombres heterosexuales pueden marginar este cuestionamiento y considerarlo como algo de una minoría que no los afecta a ellos.

Los movimientos de oposición abrieron una serie de posibilidades para las relaciones de género que también son nuevas desde el punto de vista histórico. Jeffrey Weeks, entre otros, apunta la reciente multiplicación de subculturas e identidades sexuales. Como sostuve en el capítulo 6, la estabilización de las comunidades gays y la identidad social gay en las metrópolis derivan en que el orden de género contiene ahora cierta alternativa permanente. El gay muy normal es todavía una oposición leal, lo sabemos, pero la heterosexualidad hegemónica no puede ya monopolizar la imaginación de la forma en que lo hacía antes.[27]

[26] Para una descripción de esta negociación, véase Bullbeck, 1988.

[27] Weeks, 1986. Mayores evidencias de esta estabilización de la alternativa pueden encontrarse en Herdt, 1992.

La expansión de posibilidades no depende sólo de la creciente variedad de la práctica sexual actual. También se ha dado un florecimiento del pensamiento utópico sobre el género y la sexualidad, un sentido de posibilidades históricas en expansión. La ciencia ficción feminista podrá sonar exótica, pero cuando se le compara con el "oeste espacial" de la supremacía masculina, que solía monopolizar la ciencia ficción (y lo sigue haciendo), el avance en la imaginación es bastante claro. El pensamiento utópico sobre la sexualidad y el género también aparece en otras tipologías, y podemos mencionar por lo menos el cine, la pintura, el reggae y el rock.[28]

Resulta entonces que los hombres de los países metropolitanos viven un momento histórico paradójico. Como una colectividad, más que cualquier otra categoría de personas antes que ellos, tienen el poder —los recursos acumulados, las técnicas sociales y físicas— para darle forma al futuro. Gracias al trabajo de las feministas, los movimientos de liberación sexual y el pensamiento utópico se han abierto más futuros posibles que los que jamás se habían reconocido.

Sin embargo, la categoría de los "hombres" en los países ricos no es un grupo capaz de pensar y elegir una nueva dirección histórica. Las diferencias dentro de esta categoría, como hemos visto, son profundas. Aunque los miembros de ésta compartan algún interés, debido a la distribución inequitativa de los recursos en el mundo y entre los hombres y las mujeres de los países ricos, todo parece indicar que rechazarán el cambio utópico y defenderán el *statu quo*.

En esta situación, su propio género se vuelve una cuestión de la cual no pueden escapar. El significado de la masculinidad, la variedad de masculinidades, las dificultades para reproducir la masculinidad, la naturaleza del género y la extensión de la desigualdad de género se cuestionan y se debaten con furia. Creo que, en este momento histórico, el crecimiento del interés en la masculinidad no es accidental. El tema no se olvidará, aunque la atención de los medios a manifestaciones tan exóticas como el movimiento mitopoético de los hombres sí lo haga.

[28] Pienso en trabajos como los de Le Guin, 1973, y Piercy, 1976.

Estas circunstancias han producido una gran variedad de políticas que se ocupan de la masculinidad; se trata de más intentos por definirla, y propiciar su reproducción, de los que había habido hasta ahora. En el siguiente capítulo presentaré con mayor detalle las principales formas de esta política de la masculinidad.

CAPÍTULO 9
LA POLÍTICA DE LA MASCULINIDAD

La política de los hombres y la política de la masculinidad

La política pública, como casi cualquier otra que definamos, es una política de hombres. Éstos predominan en los gabinetes, los estados mayores, el servicio civil de mayor rango, los partidos políticos y los grupos de presión, además de hacerlo en los niveles ejecutivos de las corporaciones. Los dirigentes se reclutan para encabezar redes de hombres. Las pocas mujeres que llegan hasta arriba, como Indira Gandhi y Margaret Thatcher, lo hacen por su extraordinario uso de las redes de hombres, no de mujeres.

Sólo en una región del mundo, en Escandinavia, las mujeres han ocupado, como grupo, posiciones políticas de alto nivel. En Finlandia, el 39% del Parlamento lo constituyen las mujeres; en Noruega el 36% (datos de 1993). La situación más común es similar a la de los datos obtenidos en 1990 en Italia, en donde el 15% del Parlamento estaba integrado por mujeres, y en Estados Unidos, el 7%. En Japón, que es el patriarcado más impenetrable entre los países ricos, el 2% de quienes integraban el Parlamento eran mujeres en ese mismo año. En un estudio reciente realizado a 502 burócratas de alto nivel en Japón, sólo tres eran mujeres —menos del 1%.[1]

Así es como normalmente se presentan los datos en las discusiones sobre la "igualdad de oportunidades". Al pensar en la masculinidad es mejor presentarlas al revés y notar que el 98% del Parlamento japonés está formado por hombres, el 93% del Con-

[1] Datos de representación parlamentaria tomados de la Unión Interparlamentaria, reportados por el *San Francisco Chronicle*, 12 de septiembre de 1993, y del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas 1992, p. 191. Los datos de los servidores civiles de alto rango japoneses son de Kim, 1988.

greso de Estados Unidos son hombres, etc. Vale la pena mencionar que la representación política en los países desarrollados es marginalmente más patriarcal que en los países en desarrollo, promediando 87% en contra del 86% (datos de 1990).

La política es, como siempre, política de los hombres. Los intentos de las mujeres por compartir el poder revelan una defensa a ultranza de éste, operada por los hombres detrás de las barricadas: desde la exclusión legal, pasando por las reglas de reclutamiento formales que exigen experiencia, calificaciones y "méritos" más difíciles de conseguir para ellas, hasta una rica variedad de prejuicios y suposiciones informales que operan en favor de ellos. Detrás de estas barreras de inclusión, en los niveles más altos del poder y apenas visibles desde afuera, se aplican estrategias de autorreproducción por parte de las élites que tienen el poder. En ellas se incluyen el tráfico de dinero e influencias, la selección de sucesores, la tutoría a ayudantes y aliados; y siempre se insiste en la selección de hombres para el poder.

El cuestionamiento feminista a esta estructura no ha tenido realmente mucho éxito, excepto en Escandinavia. Tres años después del fin de la Década para las Mujeres de las Naciones Unidas (1975-1985), los hombres seguían ocupando el 85% de los puestos de representación en todo el mundo. Cinco años después, en 1993, la cifra se había elevado otra vez al 90%.

Sin embargo, sí se ha cuestionado la situación, que se ha convertido en un tema práctico e intelectual. Poco a poco ha emergido una teoría del Estado como institución patriarcal.[2] Como apunté en la parte final del capítulo 8, durante las últimas dos décadas, la posición de los hombres en las relaciones de género, área que por costumbre era campo de la política, también se ha convertido en objeto de la política.

Definiré como "política de la masculinidad" aquellas movilizaciones y luchas que se ocupan del significado del género masculino y de la posición de los hombres en las relaciones de género. En una política así, la masculinidad es tema principal y no se le considera sólo como contexto.

La política de la masculinidad se ocupa del poder ejemplificado en las estadísticas que acabamos de presentar —la capacidad

[2] Hice un resumen de esta situación en Connell, 1990.

de ciertos hombres de controlar los recursos sociales a través de procesos estructurados con base en el género— y del tipo de sociedad que dicho poder produce. Se trata de un tema muy amplio, mucho mayor al que se reconoce en la mayoría de las discusiones sobre masculinidad. El control que tienen los hombres sobre los recursos y los procesos que sostienen a este poder no son, evidentemente, las únicas fuerzas que conforman el mundo. Pero sí influencian sustancialmente cuestiones como la violencia, la desigualdad, la tecnología, la contaminación y el desarrollo mundial. La política de la masculinidad se ocupa de la conformación del poder estructurado con base en el género que se desprende de estos elementos. Es una fuerza en el contexto de algunas de las cuestiones más irrevocables de nuestro tiempo.

Como lo he señalado a lo largo del libro, la masculinidad no es un patrón único. Por esto, la política de la masculinidad tomará muchas formas, aunque no un número infinito. En la actualidad, en los países ricos existen cuatro formas principales de política de la masculinidad; cada una tiene una relación definida con la estructura total de relaciones de género. En este capítulo las iré discutiendo, considerando las formas de la práctica en las cuales los conceptos de masculinidad se encuentran incluidos, sus bases estructurales en las relaciones de género y su significado para la pregunta general de la justicia de género.[3]

La terapia de masculinidad

La política de la masculinidad sobre la cual se habla más en la actualidad, especialmente en Estados Unidos, se centra en curar las heridas provocadas por las relaciones de género en los hombres heterosexuales.

Sus orígenes se remontan a principios de los años setenta, al declive de la nueva izquierda y al crecimiento de la terapia de la contracultura. Las técnicas, utilizadas por primera vez en la psiquiatría y la psicología clínica, salieron del ámbito clínico y fueron

[3] Como el párrafo especifica, en este capítulo estoy interesado sólo en la política de la masculinidad entre los hombres. También existe una política vinculada a la masculinidad entre las mujeres; mencioné algunas de las versiones feministas en el capítulo 1.

seguidas por el público general. Los empresarios del movimiento de aumento de conciencia crearon un medio que adoptó gran variedad de prácticas y cultos: análisis de intercambios, medicina basada en el uso de hierbas, religiones "orientales", artes marciales, bioenergética, masajes, terapia neojungiana y, en su momento, mitologías *new age*, y diversos tipos de programas de recuperación en doce pasos. Aunque principalmente se dio en Estados Unidos, el medio también se desarrolló en otros países ricos. En los capítulos 5 y 7 nos referimos a la versión australiana del mismo.

Las principales técnicas utilizadas en el medio terapéutico son asistir a una terapia individual, sumergirse en la meditación individual con la ayuda de un guía o una guía y acudir a grupos permanentes o talleres, normalmente dirigidos por alguien que cobra ciertos honorarios. En estos grupos y talleres, quienes acuden comparten sus emociones y experiencias, adquieren mayor conocimiento de sí mismos y la aceptación de su grupo.[4]

A finales de los años sesenta, en cuanto la liberación de las mujeres centró su atención en temas como el de la masculinidad y el rol masculino, estos elementos se reinterpretaron como cuestiones terapéuticas. Durante los años setenta se dio una especie de explosión de grupos, talleres y consejeros y consejeras que se ocupaban de "los hombres y el feminismo", "la sexualidad masculina", "la liberación de los hombres" y "las cuestiones de hombres". A finales de los setenta se escribieron muchos libros que tomaban esta experiencia terapéutica como fuente. Algunos de sus títulos son *The Hazards of Being Male* (*Los riesgos de ser hombre*), *Sex and the Liberated Man* (*El sexo y el hombre liberado*), *Tenderness is Strength* (*La ternura es fortaleza*), *Men in Transition* (*Hombres en transición*). Artículos similares aparecieron en las revistas de psicoterapia, con títulos como "Réquiem por Superman".[5]

Al principio esta actividad se encontraba cerca del feminismo, por lo menos del feminismo liberal. Los primeros grupos tera-

[4] Esta descripción se deriva en parte de las entrevistas que discutí en los capítulos 5 y 7, en parte del material publicado en Estados Unidos. La mayor ayuda me la dio un empresario terapeuta entrevistado en el proyecto de historia de vida; no lo cito porque lo identificaría como individuo.

[5] Goldberg, 1976; Ellis, 1976; Lyon, 1977; Solomon y Levy, 1982 (este libro marca la conexión con la psiquiatría oficial, además del comienzo de la reacción); Silverberg, 1984.

péuticos para hombres fueron llamados "grupos de aumento de conciencia". Tenían una actitud bastante crítica respecto al "rol masculino tradicional". La razón de ser de la terapia era que los hombres necesitaban ayuda para salir del rol masculino y volverse más sensibles y expresivos emocionalmente. El psiquiatra Kenneth Solomon, por ejemplo, formuló explícitamente que el objetivo de la "terapia del rol de género" era llevar al cliente hacia la androginia.

No se trató de algo sencillo para los y las terapeutas. En un ensayo muy perceptivo de 1979, Sheryl Bear y sus colegas observaron que la psicoterapia tendía a ignorar los contextos sociales, a ser conservadora respecto al género y a exigir un comportamiento estereotípico en sus clientes. El aumento de la conciencia sería importante para los y las terapeutas.

Sin embargo, estas advertencias fueron desechadas cuando se dio un cambio importante, marcado por el ensayo de Jack Kaufman y Richard Timmers publicado cuatro años después. En él se describía a un grupo de hombres terapeutas estadounidenses que, al principio, apoyaban al feminismo, pero después se dieron cuenta de que les faltaba algo; así que decidieron buscar lo masculino. Utilizaban técnicas de terapia de grupo comunes e imágenes (nada comunes) tomadas del poeta Robert Bly, para sobreponerse a su resistencia a encontrar al "hombre peludo", lo masculino profundo. Cuando encontraron a este masculino profundo se ayudaron unos a otros a iniciarse en el mismo.[6]

La principal dirección seguida por la terapia de masculinidad en los años ochenta fue este intento de restaurar el pensamiento de la masculinidad, que se había perdido o dañado debido a los cambios sociales recientes. Fue muy popular en Estados Unidos. El libro de Bly, *Iron John*, un *bestseller* que no se encontraba en ninguna parte en 1990 y 1991, impulsó la publicación de muchos otros libros que lo seguían. La serie de ideas sobre la restauración y el origen común puede observarse si analizamos cuatro libros sobre hombres, que ya constituyen un género, que fueron muy populares, basados en la terapia de masculinidad.[7]

[6] Bear *et al.*, 1979; Kaufman y Timmers, 1983.

[7] Farrell, 1986 y 1993; Goldberg, 1988; Bly, 1990; Keen, 1991. Comparaciones: Farrell, 1971-1972; Farrell, 1974; Goldberg, 1976. En otro lugar ya hice una crítica a Bly, en Connell, 1992.

El libro de Warren Farrell, *Why Men Are the Way They Are* (*Por qué los hombres son como son*), es particularmente punzante porque Farrell escribió uno de los primeros libros sobre hombres, *The Liberated Man* (*El hombre liberado*). A principios de los años setenta organizó una red de apoyo a hombres para NOW, la organización feminista más grande de Estados Unidos. Ayudó también a formar varios grupos de conciencia para hombres e impulsó manifestaciones públicas que apoyaron las causas feministas. Criticó vigorosamente el "sistema de valores masculino" y la forma en la cual los hombres quedaban atrapados en el rol masculino. En uno de sus primeros ensayos, Farrell no dudó en llamar a los hombres "la clase dominante" que necesitaba renunciar a su posición de privilegio.

Una década después las cosas habían cambiado mucho. Según Farrell, se había prestado demasiada atención a la experiencia de falta de poder de las mujeres y era hora de prestar atención a la experiencia de falta de poder de los hombres. Como esto parecía contradecir los hechos que había notado a principios de los setenta, Farrell volvió a definir el poder, pero ya no lo hacía considerando el mundo público sino el mundo interior de las emociones. Como los hombres no *sentían* que emocionalmente controlaran sus vidas, entonces carecían de poder. Los hombres no debían sentirse culpables de lo que estaba mal en el mundo, ya que las mujeres tenían la misma culpa. Si las mujeres querían que los hombres cambiaran, entonces las *mujeres* debían hacer que esto ocurriera cambiando las expectativas emocionales de los hombres. Sin embargo, Farrell pensaba que esto no ocurriría. En ese momento consideraba que las psicologías de los hombres y de las mujeres eran muy distintas y que se revelaban en sus "fantasías primarias" (Para los hombres: sexo con muchas mujeres bellas; para las mujeres: un hogar seguro).

(Desde que escribí este capítulo, Farrell publicó otro libro sobre el tema, *The Myth of Male Power*, *El mito del poder masculino*. Repite estos mismos argumentos con mayor vehemencia, ataca con más amargura al feminismo, pone más énfasis en la base biológica de la diferencia sexual y un nuevo respeto por, ¿adivinen quién?, Robert Bly y los rituales masculinos).

El libro de Herb Goldberg *The Inner Male* (*El varón interior*), también fue un retroceso respecto a otro que escribió en los años

setenta, *The Hazards of Being Male*. Como lo indica el subtítulo, *Surviving the Myth of Masculine Privilege* (*Sobreviviendo el mito de los privilegios masculinos*), Goldberg se encontraba en los años setenta bastante más a la derecha que Farrell. A finales de los años ochenta sus caminos eran convergentes. Goldberg también afirmaba que los hombres no debían sentirse culpables por los problemas derivados del género. Habían tratado de liberarse pero no habían podido; así que los hombres estaban muy confundidos y resentidos. La liberación falló porque negó las diferencias emocionales básicas entre las mujeres y los hombres, las cuales, desde su punto de vista, eran personalidades inconscientes, polarizadas, el macho *versus* la madre-tierra. Esta "contracorriente de género" subvirtió cualquier política consciente del cambio. La terapia podía ayudar a los hombres y mujeres a reducir su actitud defensiva y, entonces, les permitiría comunicarse mejor. Goldberg no fue preciso respecto a cómo podría esto solucionar problemas mayores; aparentemente esperaba que la terapia tendría algún efecto en los líderes de opinión.

Sin embargo, Goldberg sí tenía claro qué estrategia rechazaría. Su primer libro había respetado al feminismo como una fuente de cambios positivos. En *The Inner Male* ese respeto desapareció. El rasgo más sorprendente del libro es la serie de estudios de caso, hostiles, de mujeres "liberadas" y sus compañeros viajeros masculinos: Marilyn, la macha; Ann, la reina helada liberada; Karen, la engullidora liberada; Alice, la loca hacedora de la liberación total; Benjamin, el humanista totalitario, etc. Al final, Goldberg admitiría que no se trataba de casos reales. Los había inventado para mostrar su "percepción y creencia" de que la gente "liberada" estaba a la defensiva y era engañosa. Este pasaje es una lectura obligatoria para cualquiera interesado en el estatus epistemológico de la psicología popular.[8]

El libro de Robert Bly, *Iron John*, ha sido considerado como una novedad tan sorprendente que es importante notar todo lo que tiene en común con otros libros anteriores sobre hombres. Al igual que Farrell y Goldberg, Bly pensó que el feminismo había tratado injustamente a los hombres; éstos no debían aceptar la culpa; debían reconocer y celebrar sus diferencias respecto a

[8] Goldberg, 1988, pp. 186-187.

las mujeres. Como Farrell y Goldberg, Bly rechazó la política de igualdad social y enfatizó el ámbito emocional. Los puntos que ignora —la raza, la sexualidad, la diferencia cultural, la clase— son casi los mismos. La diferencia es que Bly enfatizó la separación que tuvieron los hombres de sus padres y la señaló como la fuente del daño emocional; también enfatizó cierta necesidad de iniciación entre los hombres, a diferencia de una negociación entre ellos y las mujeres.

Sin embargo, sus argumentos daban el mismo tipo de respuesta a las dificultades derivadas del género: una terapia de masculinidad. El simbolismo ecléctico y la búsqueda de arquetipos de Bly, además de la atención mediática a las particularidades de su movimiento (tocar tambores, pretender ser guerreros), no debe disimular lo anterior. La esencia del "movimiento mitopoético de los hombres" es la técnica de grupo del medio terapéutico común. Algunos empresarios arman talleres terapéuticos; los participantes contribuyen con descripciones de sus emociones y experiencias, y obtienen la validación del grupo a cambio. Los populares cultos terapéuticos de las dos últimas décadas normalmente combinaron estas técnicas con la personalidad del líder, y un ritual y jerga específicos. Bly había proporcionado ya todo esto a los talleres y reuniones durante una década completa, antes de publicar su *Iron John*.

Sam Keen, en *Fire in the Belly* (*Fuego en el estómago*), compartió con Bly los mismos conceptos de masculinidad, ligeramente jungianos, que la suponían un sistema emocional originado en los arquetipos. Keen, como Farrell, venía del contexto de los "grupos y psicoterapias de conciencia"; como Goldberg, Bly y Farrell, se preocupaba por las relaciones emocionales, tenía un método especulativo y lo satisfacían fragmentos de evidencia. Keen también prescribió una terapia para la masculinidad dañada, un viaje de recuperación. Al igual que la idea de Bly, de la iniciación mítica a la masculinidad, la terapia de Keen incluía una separación de la feminidad para encontrar una verdad masculina más profunda.

Sin embargo, Keen consideraba que se trataba de un viaje psíquico, no de un culto separatista de hombres. Conectó la recuperación de la masculinidad con la recuperación del planeta y de la sociedad, atacada por la homofobia, el racismo y la degra-

dación ambiental. En pocas palabras, para Keen la terapia de masculinidad era parte de un proyecto mayor de reforma, por muy metafórico que fuera su lenguaje.

La principal tendencia de la terapia de masculinidad no es reemplazar una política de reforma, sino apoyarla. El contexto político es importante. Las declaraciones de Goldberg en contra de las mujeres y hombres "liberados" son muy similares a los ataques de Reagan a los "liberales" en la misma época. El último libro de Farrell ataca lo "políticamente correcto" y, de hecho, cualquier iniciativa política en favor de las mujeres. Sin embargo, también es importante considerar cierta dinámica interna. Como lo ejemplifican los casos de los capítulos 5 y 7, los hombres occidentales de clase media a menudo experimentan el feminismo como una acusación y algunos adoptan cierta culpa propia. Los primeros debates de la liberación de los hombres probablemente aumentaron el sentido de culpabilidad. El desplazamiento hacia la derecha en la terapia de masculinidad durante los años ochenta ofreció confianza en lugar de presiones y una forma personal de resolver la culpabilidad —en lugar de cambiar la situación que la producía.

La base estructural de esta forma de la política de la masculinidad es la masculinidad cómplice definida en el capítulo 3. A través de sus temas, esto es lo que indican los terapeutas. No debemos culpar a sus clientes, en el sentido en el que no son ellos los portadores de la masculinidad hegemónica. Pero tampoco son los oprimidos. Autores como Farrell, Goldberg y Bly simplemente suponen lectores blancos, heterosexuales, de clase media y estadounidenses. Los hombres a los que se dirigen son los que se benefician silenciosamente del patriarcado, sin ser militantes que lo defiendan.

Este grupo es la base de la política en un sentido literal. Pagan para ir a las sesiones de terapia, talleres y conferencias, y compran libros y revistas. Los límites de la terapia de masculinidad dependen de sus propios intereses. Están preparados para ajustar sus relaciones con las mujeres, pero no para reformarlas en una forma esencial. Así que el compromiso inicial con el feminismo era superficial y se dio un desplazamiento que los pondría en contra de dicho movimiento. En el horizonte no se ve ninguna forma de alianza con los hombres gays. (En 1993, cuando la

administración de Clinton negó las garantías explícitas a las personas gays contratadas, o por contratarse, en el ejército, ninguna protesta se originó en este grupo). La absorción en uno mismo, consecuencia práctica importante de la terapia de masculinidad, y la traducción de problemas sociales de los hombres en preguntas de psicología pura se encuentran conectadas con el profundo interés que este grupo tiene en limitar los trastornos revolucionarios, derivados de las relaciones de género, que eran parte de su programa a principios de los años setenta.

Entonces, para entender el significado de la terapia de masculinidad como una forma de política de la masculinidad, debemos ir más allá de su preocupación por las heridas emocionales y la curación personal de los hombres. La mayor consecuencia de las formas populares de terapia de masculinidad es cierta adaptación de las estructuras patriarcales a través de la *modernización* de la masculinidad. Y es que, a pesar de que textos como el de Bly son nostálgicos y las imágenes mitopoéticas pueden ser sorprendentemente reaccionarias, la tendencia de la práctica terapéutica es hacia un ajuste entre hombres y mujeres, que se da en las relaciones personales. Es en esto en lo que la terapia de masculinidad es diferente, políticamente hablando, de la política de la masculinidad de mano dura que discutiremos en la siguiente sección.

No debemos abandonar este tema sin mencionar que la terapia de masculinidad no es la única forma en la cual la terapia, y hasta las ideas jungianas, puede utilizarse en la política de la masculinidad. El terapeuta británico John Rowan, en *The Horned God* (*El dios con cuernos*), un libro también publicado a fines de los ochenta, ofrece otras opciones.

Rowan, como Farrell, comenzó en grupos de hombres contrarios al sexismo y desarrolló una amplia experiencia en el medio terapéutico. Sin embargo, Rowan buscó formas de sostener el compromiso continuo de los hombres con el feminismo. La imagen del "dios con cuernos", en un contexto de conciencia de diosas, es su intento por encontrar apoyo arquetípico para los hombres en un mundo en el cual las mujeres son fuertes y los hombres permanecen vinculados a ellas, en lugar de intentar separarlos. El objetivo de este trabajo terapéutico no es la restauración de la masculinidad, ni la promoción de la androginia (a la cual cri-

tican por considerarla basada en una dicotomía patriarcal masculino/femenino), sino el cambio revolucionario en las relaciones entre las mujeres y los hombres. El carácter de este proyecto será considerado en el capítulo 10.[9]

El cabildeo sobre posesión y utilización de armas: en defensa de la masculinidad hegemónica

En 1987, un asesinato múltiple, particularmente aterrador, cometido por un joven en Melbourne, produjo una protesta pública en Australia en contra de las armas automáticas y cualquier armamento en general. Las encuestas de opinión parecían indicar que se prefería un mayor control de las armas. El presidente del nuevo Partido Laboral del estado vecino de Nueva Gales del Sur, un político (*machine politician*) que necesitaba el mandato popular, legisló de forma estricta en contra de las armas y a comienzos del año siguiente participó en una elección. Fue derrotado. La sabiduría convencional atribuyó su derrota a una vigorosa campaña en favor de la posesión de armas que tuvo gran apoyo, especialmente en las áreas rurales.

Fue la primera vez que Australia experimentó una campaña de este tipo. El cabildeo sobre posesión y utilización de armas es común y poderoso en Estados Unidos. Se volvió particularmente influyente desde que, en 1977, una movilización de derecha consiguió expulsar a la vieja dirigencia de la Asociación Nacional de Rifles (NRA) y convirtió a esta asociación en una de masas que promovía activamente la posesión y utilización de armas. Al discutir sobre la legislación que controla las armas, el NRA normalmente vencía por diez a uno a este cabildeo. En un libro extraordinario, *Warrior Dreams* (*Sueños de guerrero*), William Gibson rastreó los vínculos entre la NRA, la industria armamentista y una variedad de grupos paranoicos entrenados para la violencia y para promover los mitos de la "nueva guerra"

[9] Rowan, 1987. Claro que hay gran variedad de posiciones entre los terapeutas. A menudo intentan liberar a la masculinidad, por ejemplo, Silverberg, 1984, quien también celebra la masculinidad, o de plano la mezclan eclécticamente, como Keen, 1991.

—articulados en la fantasía pero con consecuencias demasiado reales.[10]

El que la pistola sea un símbolo del pene, además de un arma, es ya un cliché. Las organizaciones armamentistas poseen un estilo cultural que es convencionalmente masculino; las revistas de caza y de armas visten a sus modelos con camisas a cuadros y botas para enfatizar su masculinidad. Al cabildeo sobre posesión y utilización de armas no le cuesta mucho concluir que los políticos que intentan quitarnos las pistolas están castrándonos. Tanto en lo simbólico como en lo práctico, quien defiende la posesión de armas defiende también la masculinidad hegemónica.

La mayor parte del tiempo, defender al orden patriarcal no requiere de una política de la masculinidad explícita. Dado que los hombres heterosexuales, seleccionados socialmente por la masculinidad hegemónica, controlan las corporaciones y el Estado, mantener rutinariamente a estas instituciones es normalmente suficiente. Éste es el núcleo del proyecto colectivo de la masculinidad hegemónica y la razón por la cual este proyecto no es visible como tal durante la mayor parte del tiempo. Casi nunca se necesita hacer explícita la masculinidad como un tema. Se habla de seguridad nacional, de ganancia corporativa, de valores familiares, religión verdadera, libertad individual, competitividad internacional, eficiencia económica o avances científicos. El trabajo diario de instituciones que defienden términos como los anteriores garantiza el dominio de un tipo específico de masculinidad.

Sin embargo, de todas formas se presentan tendencias a la crisis en el orden de género; esto se debe a que la masculinidad hegemónica se vuelve un tema y surge una política del tipo de la que cabildea la utilización y posesión de armas. El intercambio que se desarrolla entre el mantenimiento de rutina y la política de la masculinidad explícita puede seguirse en diferentes ámbitos de la práctica. Discutiré brevemente tres de ellos: la violencia masculina, la promoción de masculinidades ejemplares y la dirección de organizaciones.

[10] Leddy, 1987, contando la historia de la NRA desde una posición que apoya la posesión y utilización de armas, incidentalmente la revela como un éxito de la política de la nueva derecha; Gibson, 1994.

Ya mencioné la mezcla de violencia abierta y acoso de menor grado que utilizan los hombres heterosexuales para subordinar a los hombres gays. Es claro que los hombres que golpean a los gays a menudo se consideran una especie de vengadores de la sociedad, que castigan a los traidores de la virilidad. La investigación sobre violencia doméstica encuentra algo muy similar. Los esposos que golpean a sus mujeres comúnmente sienten que ejercen un derecho, mantienen el orden en la familia y castigan la "delincuencia" de sus esposas —especialmente su incapacidad de mantenerse en su lugar (por ejemplo, cuando no realizan las labores domésticas de acuerdo con los requerimientos del esposo o cuando le contestan).[11]

El propósito del ejército es ejercer la violencia a la mayor escala posible; ningún otro ámbito ha ocupado un lugar tan trascendente en la definición de la masculinidad hegemónica en la cultura europea y estadounidense. La literatura de ficción sobre combates tiene esto bastante claro, desde el respaldo a la violencia, en *The Red Badge of Courage* (*La roja insignia del valor*, 1895), hasta la terrible refutación en *All Quiet in the Western Front* (*Todo en calma en el frente occidental*, 1929). La figura del héroe es central en las imágenes culturales de lo masculino en Occidente (punto que los arquetipos del "guerrero" y el "héroe" de la nueva ola de libros neojungianos refuerzan). Los ejércitos han aprovechado estas imágenes para reclutar soldados. "El ejército de los Estados Unidos construye HOMBRES", podía leerse en un cartel de reclutamiento, en 1917, que mostraba a un mesomorfo ario como atleta, artesano, guerrero y soldado.

Sin embargo, estaríamos muy equivocados si pensáramos que las operaciones militares en realidad se basan en el heroísmo guerrero. Otro documento de la misma guerra evidencia la distancia entre la imagen y la práctica. James McCudden, el más grande as de la aviación británica, que había derribado 57 aeronaves alemanas, terminó su autobiografía un poco antes de mo-

[11] La relación entre la masculinidad hegemónica y la violencia es un tema que ocupa un lugar importante en la bibliografía sobre la masculinidad, lo que la distingue de la bibliografía sobre el rol sexual. Véanse Fasteau, 1974; Patton y Poole, 1985; Kaufman, 1993; Russell, 1982 (sobre la violación en el matrimonio) y Ptacek, 1988 (sobre la violencia doméstica), quienes documentan la racionalización que ya mencionamos en el texto.

rir, en 1918. Su carrera en la aviación comenzó como mecánico. El libro muestra su gran interés en los aspectos técnicos del vuelo, su actitud respetuosa frente a los alemanes y una aproximación calculadora y cuidadosa a la batalla. Es difícil encontrar algo más alejado de la imagen pública de pilotos combatientes como caballeros hipermasculinos del aire —los "jinetes combatientes" de la novela *The Right Stuff*, de Tom Wolfe—; McCudden mismo despreciaba esta "táctica de caballería aérea". Sin embargo, los editores patriotas de su libro lo llamaron *Flying Fury* (*El valor con alas*).

Las tropas en las trincheras compartían la cautela de McCudden. Tony Ashworth, en una notable pieza de investigación, muestra que durante gran parte de la guerra, y en muchas partes del frente occidental, las tropas operaron un sistema de "vive y deja vivir" que limitaba la violencia real. Los acuerdos tácitos con las tropas enemigas y el control social ejercido por las comunidades rurales se convirtieron en treguas o agresiones ritualizadas que podían evitarse con facilidad —para la furia de los altos mandos—. El trabajo que realizó Paul Fussell sobre los soldados estadounidenses del frente en la segunda guerra mundial confirma el vacío que existe entre las imágenes promovidas por los medios y la realidad cotidiana, llena de aburrimiento y tiranía mezquina (la que las tropas llamaban "cobarde"). Para la minoría que realmente combatía, la realidad cotidiana estaba llena de miedo extremo, consecuencia que dependía del azar y las muertes desagradables —la forma más común de morir era desmembrado por efecto de la artillería—. Las técnicas de la guerra industrializada no tienen que ver con las convenciones del heroísmo individual.[12]

Sin embargo, culturalmente hablando, las imágenes del heroísmo masculino no son irrelevantes. Se necesita algo que mantenga unido al ejército y conserve a los hombres en línea o, por lo menos, lo suficientemente controlados para que la organización produzca sus violentos efectos. Parte de la lucha por la hegemonía en el orden de género incluye la utilización de la cultura con propósitos disciplinarios: establecer normas, alegar poseer

[12] Crane, 1925 [1895]; Remarque, 1929; McCudden, 1973 [¿1918]. Wolfe, 1980; Ashworth, 1980; Fussell, 1989.

la aprobación popular y desacreditar a aquellos que no alcanzan la talla. La producción de masculinidades ejemplares es, entonces, parte de la política de la masculinidad hegemónica.

La importancia de las masculinidades ejemplares probablemente ha aumentado durante los dos últimos siglos debido al declive de las legitimaciones religiosas del patriarcado occidental. Algunos de los géneros más importantes de la cultura popular comercial se centran en masculinidades ejemplares: las películas del Oeste, el *thriller*, la transmisión deportiva (que se organiza cada vez más como un espectáculo que se centra en estrellas millonarias) y el cine de Hollywood.

Ahora bien, el simbolismo de la masculinidad en estos géneros no es fijo. Joan Mellen, al estudiar las películas estadounidenses, rastreó la forma en la cual el rango emocional permitido a los héroes masculinos desde comienzos del siglo XX se volvió más estrecho. Hollywood se concentró cada vez más en la violencia como prueba de masculinidad. El libro de Mellen se publicó a fines de los años setenta, justo cuando Stallone y Schwarzenegger se volvían estrellas importantes: la tendencia continuó. Al parecer se creó, como respuesta a la presión cada vez mayor de la igualdad de género, un mercado para las representaciones de poder en un ámbito que los hombres podían todavía considerar exclusivo para ellos: el de la violencia plena.

En cierto sentido, la masculinidad ejemplar también se colectivizó. El éxito de la revista *Playboy* en los años cincuenta es un buen ejemplo. Los lectores de esta revista se colocaban en la posición de un héroe sexual corporativo que consumía un abastecimiento infinito de "muchachas" deseables. La corporación de Playboy manejó una comercialización doble de esta fantasía cuando, en 1960, abrió los primeros clubes Playboy. Los lectores se convirtieron en socios y las mujeres empleadas estaban grotescamente subordinadas a ser "conejitas". El auge que ha tenido la industria pornográfica en video indica que dicha colectivización sigue ocurriendo.[13]

[13] Mellen, 1978, es una descripción sin pretensiones y más sensible a las diferencias que Easthope, 1986. Sobre la Corporación Playboy, véase Miller, 1984. Ehrenreich, 1983, interpreta la historia como parte de un "escape del compromiso" por parte de los hombres estadounidenses, el cual tiende a confundir la ideología con la realidad y se olvida de la reconstitución colectiva de la masculinidad.

La actividad corporativa detrás de las celebridades de los medios y la comercialización del sexo nos lleva al tercer ámbito de la política de la masculinidad hegemónica: la dirección de las organizaciones patriarcales. Las instituciones no se mantienen a sí mismas; alguien tiene que ejercer el poder para que se den cambios en él. La historia ofrece excelentes descripciones de ello. En el capítulo 1 mencionamos la investigación de Michael Grossberg sobre la formación de la profesión legal en Estados Unidos; otro ejemplo es el análisis de Michael Roper sobre el carácter cambiante de la autoridad masculina en las compañías manufactureras británicas.

El hecho de que las relaciones de poder tengan que practicarse permite divergencias en cuanto a *cómo* se practicarán. En el capítulo 8 discutimos la divergencia entre las estrategias de masculinidad que enfatizan la dirección y aquellas que enfatizan la experiencia. Se trata de algo familiar en administración y política, lo mismo que el conflicto entre directivos y profesionales, entre liberales y represores, entre empresarios y burócratas. Incluso aparece en la administración de ejércitos, entre los generales y los tecnócratas.

Tales divergencias pueden hacer que la política de género involucrada sea difícil de ver. Cuando las estrategias están funcionando no se puede apreciar el cuartel general del patriarca, con banderas y limosinas. Entre los diferentes grupos de hombres, cada uno con un proyecto de masculinidad hegemónica distinta, es común que se establezcan conflictos. Un ejemplo clásico es la pelea anual entre policías y motociclistas en las carreras de motociclismo de Bathurst, Australia.[14]

Es importante entonces reconocer que se defiende activamente la masculinidad hegemónica y la posición de dominación económica, ideológica y sexual de los hombres heterosexuales. Esta defensa toma varias formas y a veces tiene que rendirse o cambiar de táctica. Sin embargo, sus recursos son formidables y, en décadas recientes, frente a los cuestionamientos históricos, ha tenido un éxito impresionante.

Las consecuencias de esta defensa no son sólo que los cambios dependientes del género se hagan más lentos o que se reviertan,

[14] Cunneen y Lynch, 1988.

como en los casos de la representación parlamentaria y el término de las garantías para las mujeres en Europa Oriental. Las consecuencias también se encuentran en las tendencias a largo plazo del orden institucional dominado por la masculinidad hegemónica. Estas tendencias incluyen el creciente poder destructor de la tecnología militar (nada menos que la expansión de las armas nucleares), la degradación a largo plazo del medio ambiente y el aumento de la desigualdad económica en el mundo. Debido a que las instituciones centrales del orden mundial mantienen una masculinidad competitiva y orientada hacia la dominación, cada una de estas tendencias se vuelve más peligrosa y difícil de revertir.

La liberación gay

La principal alternativa a la masculinidad hegemónica en la historia occidental reciente es la masculinidad homosexual, y la oposición política más explícita a ella entre los hombres se debió al movimiento de liberación gay.

Durante el último siglo, la mayor parte de las formas de acción política por parte de hombres homosexuales ha sido muy cautelosa y limitada en sus objetivos. El Comite Científico y Humanitario de Magnus Hirschfeld, pionero en su campo, establecido en 1897, dependía demasiado del estatus de Hirschfeld como doctor y de la suposición de que presentaba un discurso científico. Una segunda generación, que trabajaba a través de organizaciones como la Sociedad Mattachine en Estados Unidos (1950) y la Sociedad para la Reforma de las Leyes Homosexuales (1958) en Gran Bretaña, usó tácticas de cabildeo discretas para influenciar al Estado. Jeffrey Weeks, al referirse a esta última organización, remarcó que se trataba de un "típico grupo de presión de la clase media, orientado a una cuestión única", caracterizado por ser demasiado cauteloso y por su deseo de respetabilidad.[15]

[15] Weeks, 1977, p. 171. Para esta historia en Estados Unidos, véase D'Emilio, 1983; en Canadá, Kinsman, 1987; en Australia, Wotherspoon, 1991. El trabajo historiográfico de Wolff, 1986, sobre Hirschfeld es pobre, pero contiene material útil.

Éstos no fueron los únicos intentos de hacer una política de la homosexualidad, pero sí se caracterizan por su moderación. Incluso existió una tendencia que se apartaba de las cuestiones de género (la mayor parte de la teoría del siglo XIX interpretó a los homosexuales como si fueran un género intermedio) e intentaba hacer una política de derechos individuales no vinculada al género.

El movimiento de liberación gay, impulsado por los disturbios Stonewall, en 1968, en Nueva York —provocados por la resistencia a una irrupción policiaca en un bar gay— representó en su momento un cambio muy dramático comparado con la cautela de las décadas anteriores. Desde entonces, la historia enfatizó las continuidades y rastreó el crecimiento gradual de las comunidades gays urbanas, ambas electrificadas por la liberación gay. Sin embargo, todavía se daría una ruptura mayor en el objeto de su política. Su proximidad con el feminismo radical, que también crecía en esos años de forma explosiva, y el cuestionamiento de los años sesenta al poder establecido permitieron a la liberación gay constituirse como un reto explícito a la masculinidad hegemónica y al orden de género en el cual se encontraba incluida.

Sus proposiciones señalaban como fuentes de la opresión gay a los hombres heterosexuales, el patriarcado, la familia y el heterosexismo. Como Dennis Altman lo expone en *Homosexual: Oppression and Liberation* (*El homosexual: la opresión y la liberación*):

> Nosotros, de muchas formas representamos el cuestionamiento más flagrante a todo lo que se relaciona con una sociedad organizada en torno a la idea de la familia nuclear y a las diferencias de géneros fuertemente diferenciadas.[16]

Las ideas psicoanalíticas incitaron a ciertas teorías de la liberación gay, especialmente las europeas, a argumentar que la política gay expresaba la necesidad de un radicalismo de género. Se trataba de algo necesario porque la homosexualidad era la verdad reprimida de la masculinidad convencional. Guy Hocquenghem sostuvo, en *Homosexual Desire* (*El deseo homosexual*), que el homosexual existe primero en la imaginación de la gente "normal" y se produce como un tipo extraño cuando el flujo del de-

[16] Altman, 1972, p. 56.

seo se vuelve edípico, esto es, cuando cae bajo el influjo de la familia patriarcal. El deseo conectado al ano es lo que queda del mundo paranoico de la normalidad masculina, en el cual las mujeres son el único objeto sexual legítimo y los poseedores de falo luchan entre sí para obtener poder y riquezas.

El psicoanálisis de Mario Mieli no fue tan vanguardista como el de Hocquenghem, pero su doctrina de género, expuesta en *Homosexuality and Liberation* (*La homosexualidad y la liberación*), es aún más contundente. La opresión que ejercen los hombres heterosexuales sobre los hombres homosexuales, argumenta, es una consecuencia directa de la represión de lo femenino en los hombres, al intentar reforzar la supremacía masculina. La fuerza de dicha represión genera violencia. La homosexualidad de los hombres necesariamente contiene la feminidad; cualquier política radical de la liberación gay debe aceptarlo. Entonces, Mieli celebra a los *queens*, travestis, al brillo, humor y parodia como partes esenciales de cierta política transformadora. David Fernbach, en *The Spiral Path* (*La ruta espiral*), menos impetuoso pero más sistemático, presentó al sistema de género como base de la situación de las mujeres y los hombres homosexuales. Para Fernbach, el objetivo de la política homosexual era necesariamente abolir el género mismo.[17]

Sin embargo, este cuestionamiento radical al género no se convirtió en la ruta principal que siguió la política o la vida de la comunidad gay. No fueron los *drag queens*, sino los "clones de Castro Street", vestidos con jeans y camisetas, bigotes y pelo corto, quienes impusieron el estilo de las comunidades gays a finales de los años setenta. La diversificación de escenarios sexuales enfatizó el uso del cuero, del sadomasoquismo y el intercambio rudo. Como algunos argumentaron, tal vez exista un elemento paródico en la adopción de estilos hipermasculinos por parte de los hombres gays. Sin embargo, es claro el desplazamiento cultural que los alejaba de la feminidad.

Al mismo tiempo, se reconfiguró la política de la comunidad gay. La alianza con el feminismo se debilitó cuando la rama liberal de este último ocupó un lugar en lo convencionalmente establecido y el feminismo radical se orientó hacia el separatismo.

[17] Hocquenghem, 1978; Mieli, 1980; Fernbach, 1981.

Cuando los representantes gays ocuparon cargos en los gobiernos municipales y los hombres de negocios gays desarrollaron una presencia política, emergió una nueva forma de política institucional. En la política urbana de Estados Unidos, el impulso revolucionario de la liberación gay fue reemplazado por algo que se parecía a la política de los grupos de presión étnica, que buscaba un espacio dentro del sistema en lugar de intentar sobrepasarlo.

La epidemia de VIH/SIDA reforzó esta tendencia. Las organizaciones gay funcionaron como grupos de presión (cabildeando para obtener fondos y cambios de políticas) y como proveedores de servicio (cuidado, investigación, educación). Han exigido cierta representación electoral en una serie de comités, consejos, encuestas y mesas de discusión. No se trata de algo monolítico. La política contestataria continuó, por ejemplo, con ACTUP y Nation Queer. Sin embargo, la política de grupos de presión es la tendencia principal. El gay muy normal del capítulo 6 se refiere tanto a un patrón en las cuestiones públicas como en la vida privada.[18]

Sin embargo, aunque las comunidades gays desecharon la teoría de la liberación gay, quienes hacían política homofóbica seguían creyendo en ella. A mediados de los años ochenta, el abuso espeluznante en contra de los homosexuales acompañó a la epidemia de VIH. Los primeros años noventa en Estados Unidos presenciaron una nueva ola de campañas homofóbicas. Agitadores de la derecha religiosa consideraban a los hombres gays como un ejército de quebrantadores de la ley, que violaba las órdenes de Dios y amenazaba tanto a la familia como al orden social en general. La homofobia popular, hasta donde puedo rastrear sus intereses, no se refiere a Dios, pero sí es muy gráfica en cuanto al sexo. La sexualidad anal genera un gran disgusto y el sexo anal receptor es marca de feminización. El humor homofóbico entre los hombres heterosexuales sigue incluyendo al quiebre de cintura, la forma de caminar y alusiones a la castración.[19]

[18] El significado del desplazamiento masculino entre los hombres gays fue muy debatido; véase Humpries, 1985. El paralelismo con la política étnica aparece en Altman, 1982, y Epstein, 1987.

[19] Bryant, 1977, ofrece una descripción autobiográfica de las campañas homofóbicas; Altman, 1986, investiga la política homofóbica en la epidemia de VIH. Para la homofobia popular me he basado en las entrevistas de la segunda parte; Bersani, 1987, sugiere que estos temas siguen resonando en Estados Unidos.

Estos temas no se encuentran ausentes de la escena cultural gay. Los espectáculos de travestis todavía son muy populares, aunque los espectadores usen botas de obrero; además, también han sido utilizados con mucha eficacia como vehículos de la educación respecto al SIDA. Los estilos personales de *camp* y *nellie* se han mantenido junto al estilo *clon*; Judy Garland sigue siendo muy popular. Cierto grado de disidencia de género persiste junto a la disidencia sexual y en la actualidad está siendo retomado por la teoría y el estilo "queer".

Entonces, podemos decir que existe una política de la masculinidad inevitable dentro de la homosexualidad de los hombres contemporáneos, además de la que existe en torno a la misma. La base estructural de esta política es el tipo principal de masculinidad subordinada del orden de género contemporáneo. La turbulencia de la historia que acabamos de narrar muestra que las relaciones entre la política y su base social están muy lejos de ser simples. No podemos considerar a la comunidad gay como una fuente homogénea de política radical de género.

Es más, la base se encuentra dividida. Como argumenté en el capítulo 6, la definición social del objeto de deseo a través de la masculinidad hegemónica crea una contradicción, dentro y en torno a la masculinidad gay, que ningún cambio de estilo puede borrar. El crecimiento de una política respetable en las comunidades gays, al estilo de la política de las etnias, depende de observar las convenciones de tal forma que los representantes gays puedan operar en ayuntamientos, oficinas bancarias y comités médicos. Mario Mieli, con su traje de flores y sus tacones plateados, no llevará la comida a la casa. Sin embargo, la asimilación total es imposible si consideramos la estructura total de las relaciones de género. La masculinidad hegemónica prohíbe el placer anal receptor y se opone a la asimilación. Siguen produciéndose ataques homofóbicos en los que hombres gays son asesinados, sin importar sus estilos personales.[20]

Por sí sola, ninguna comunidad gay generará automáticamente una política de masculinidad opositora. Sin embargo, la presencia de una alternativa estable a la masculinidad hegemónica

[20] Para el traje y los tacones, véase Mieli, 1980, p. 197. Los asesinatos incluyen a uno de los primeros representantes elegidos, Harvey Milk, en San Francisco.

—logro irreversible del último cuarto de siglo— reconfigura la política de la masculinidad en su totalidad y convierte a la disidencia de género en una posibilidad permanente. Los cuestionamientos prácticos y teóricos al orden de género continuarán surgiendo, no necesariamente de parte de una comunidad gay pacificada de manera total, pero sí de la situación definida por su presencia.

La política de salida

En el concepto de práctica se encuentra implícito el principio de que la acción social es siempre creativa. Ningún hombre heterosexual se compromete mecánicamente a defender el orden de género, de la misma forma en que un hombre gay se comprometerá mecánicamente a rechazarlo. Puede ser que los hombres heterosexuales se opongan al patriarcado e intenten salir de los mundos de la masculinidad hegemónica y cómplice.

Ésta era la intención del ala radical de la liberación de los hombres en los años setenta. Su estrategia era que los hombres se enfrentaran a su masculinidad (normalmente entendida como las expectativas internalizadas del rol sexual) y que la cambiaran para adherirse a una política de justicia social. La lógica correspondía al momento del desafío definido en el capítulo 5.

El alcance y las intenciones de esta política se ilustran bien en el documento británico de 1980 llamado "Autodefinición mínima del movimiento antisexista de los hombres", presentado en una conferencia en Bristol. El documento expresaba su apoyo a la liberación de las mujeres y la liberación gay, y rechazaba el racismo y el imperialismo. Sostenía que el poder que ejercían los hombres sobre las mujeres distorsionaba también las vidas de los primeros; para cambiar esta situación se necesitaba la acción conjunta de los hombres. Hablaba de nuevas relaciones con los niños y las niñas, además de un cambio en las relaciones que existían entre el trabajo y la vida doméstica. El cambio requería de crear una cultura antisexista y de reformar la vida personal.[21]

Esta política y la primera fase de la terapia de masculinidad compartían cierto terreno común: la idea de que las vidas de los

[21] Conferencia de Hombres Antisexistas en Bristol, 1980.

hombres se encontraban dañadas y necesitaban ser reparadas. Aunque también existía una gran diferencia. Para la primera era muy importante cuestionar las desigualdades sociales derivadas del género, especialmente la subordinación de las mujeres. Tanto en la acción como en la teoría se suponía ligeramente que se trataba de hombres que ayudaban al movimiento de las mujeres: hombres que llenaban los salones de las conferencias de mujeres, hombres a quienes se pedía leer libros feministas, hombres que discutían bajo la supervisión de mujeres.

Es más, algunos textos estadounidenses proponían tener un papel auxiliar; por ejemplo el *Effeminist Manifesto* (*Manifiesto afeminista*), escrito en Nueva York en 1973, y de forma más sostenida, John Stoltenberg, en su *Refusing to be a Man* (*Rehusándose a ser un hombre*), de publicación reciente. Los vehementes argumentos de Stoltenberg en contra de la pornografía ejemplifican el problema obvio de la estrategia. ¿A qué tipo de feminismo tienen que auxiliar los hombres? —ya que las feministas mismas están divididas en su opinión respecto a muchas cuestiones, no sólo en ésta—. ¿Cómo puede una política cuyo elemento principal es el enojo con los hombres ayudar a que los hombres se movilicen?[22]

Considerando lo anterior, resulta sorprendente lo persistentes que han sido los intentos de organizar una política contraria al sexismo entre los hombres. La antología de Jon Snodgrass, *For Men Against Sexism* (*Para hombres en contra del sexismo*), documenta los esfuerzos estadounidenses llevados a cabo en los años setenta; por su parte, Andrew Tolson, en *The Limits of Masculinity* (*Los límites de la masculinidad*), hace lo mismo con los grupos británicos del mismo periodo. La revista británica *Achilles Heel* (*El talón de Aquiles*) publicaba debates teóricos y prácticos de gran nivel desde finales de los años setenta. Las discusiones alemanas en contra del sexismo pueden encontrarse en Georg Brzoska y Gerhard Hafner; la experiencia canadiense en *Cracking the Armour* (*Rompiendo la armadura*), de Michael Kaufman. En Australia hubo grupos como Hombres en Contra del Patriarcado, y en Suecia se ha discutido sobre los hombres y el feminismo.

[22] Dansky, *et al.*, 1977; Stoltenberg, 1990. Para críticas feministas al movimiento en contra de la pornografía, véase Segal y McIntosh, 1993.

En los últimos años, en las universidades de Estados Unidos se imparten cada vez más cursos antisexistas sobre masculinidad.

El intento más sostenido en Estados Unidos por organizar un movimiento de hombres es la Organización Nacional de Hombres en Contra del Sexismo (NOMAS, por sus siglas en inglés), fundada a principios de los años ochenta. Anteriormente era la Organización Nacional para los Hombres que Cambian; el cambio de nombre de los años noventa fue parte de un intento de definir una política antisexista más aguda. El cambio refleja la tensión entre la terapia de masculinidad y la política de salida que se da en la organización y su revista asociada, *Changing Men* (*Hombres que Cambian* o *Cambiar a los Hombres*). La publicación es al mismo tiempo un intento de popularizar las perspectivas contrarias al sexismo, un medio en el cual quienes aplican la terapia pueden obtener publicidad y un espacio para que el arte y la literatura exploren los "temas de los hombres". Construir y mantener esta organización en los años ochenta fue una tarea formidable. Alrededor de ella no cristalizó ningún movimiento amplio; NOMAS parece encontrarse bien establecida en las universidades y en el medio terapéutico; sin embargo, no ha llegado mucho más lejos.[23]

Vale la pena mencionar ciertas características comunes de estos esfuerzos (por lo menos en los países de habla inglesa). La escala de los proyectos organizados en contra del sexismo entre los hombres es pequeña; no hay ninguna movilización que pueda compararse con los movimientos feminista o gay. Campañas específicas pueden obtener mucho más apoyo. La mayor ha sido la campaña del Listón Blanco, en Canadá, que se opuso a la violencia contra las mujeres. Recordando a las mujeres asesinadas en 1989 en la escuela de ingeniería de la Universidad de Montreal, se convirtió en una acción de masas que obtuvo el apoyo de un amplio espectro de hombres (incluyendo a hombres importantes de la política y los medios), además del de las mujeres.

Sin embargo, el patrón general depende de grupos pequeños y no muy estables. La cuidadosa investigación que realizó Paul Lichterman en un grupo antisexista llamado MOVE (por las siglas

[23] Snodgrass, 1977; Tolson, 1977; Seidler, 1991 (una colección de material de *Achilles Heel*); Brzoska y Hafner, 1988; Kaufman, 1993; Bengtsson y Frykman, 1988.

en inglés de Hombres Venciendo a la Violencia), de Estados Unidos, que trabajaba con hombres que golpeaban a otras personas y que discutía temas de masculinidad y violencia, muestra lo difícil que era para ellos sostener una posición consistentemente crítica respecto a la masculinidad. El impulso feminista había sido desplazado gradualmente y el tono del grupo estaba determinado por un grupo de psicólogos y psicólogas que habían adquirido un compromiso en el desarrollo de una especialidad profesional en problemas de los hombres.[24]

Los proyectos antisexistas de los hombres normalmente incluyen a hombres heterosexuales y gays, y hacen poca diferencia entre ellos. A menudo se desarrollan en el contexto de otras políticas radicales, como la ambientalista o el socialismo. Este punto hace evidente la falta de una base social bien definida, cuestión a la que después regresaré.

Para terminar, estos proyectos comparten la experiencia de no tener, hasta cierto punto, legitimidad. La opinión feminista, que a veces recibe gustosa los esfuerzos hacia el cambio, se ha mostrado escéptica respecto a organizarse con los hombres, incluso hostil, y los trata como si fueran trampas reaccionarias. Los medios de comunicación masiva satirizan constantemente al "sensible hombre nuevo", sin mencionar a los hombres que militan en el feminismo. Desde el punto de vista de la masculinidad hegemónica, sólo se trata de hombres que, de manera ridícula, intentan convertirse en mujeres.[25]

Se trata, por supuesto, de otra forma de comprender la frase "rechazando ser un hombre" —salirse del género, en lugar de intentar conducir un política disidente dentro del mismo—. En este caso limitante de la política de la masculinidad, la práctica se vuelve hacia la masculinidad que se vive no para modernizarla ni restaurarla, sino para desmantelarla.

Los argumentos de Mario Mieli sobre lo necesario que era que los hombres gays se feminizaran y sobre la feminidad reprimida de los hombres heterosexuales lo condujeron a una estrate-

[24] Lichterman, 1989.

[25] Una respuesta feminista temprana y completamente hostil a la liberación de los hombres puede encontrarse en Hanisch, 1975. Un acercamiento más comprensivo está en Segal, 1990, capítulo 10, quien examina los elementos de la estrategia.

gia "transexual" de liberación. El travesti (*radical drag*), combinar elementos de género (por ejemplo, un vestido con una barba), fue una táctica de la liberación gay de principios de los años setenta.

Como hemos visto, la corriente principal de la vida de la comunidad gay se separó de forma decisiva de la ruta de Mieli. La salida de la masculinidad que violaba al género ha sido definida cada vez más, no tanto como una estrategia política, sino como una identidad sexual especializada: más exactamente, dos, el "travesti" y el "transexual". La sexología médica sostiene esta definición al crear síndromes derivados del flujo de la práctica. La disidencia se vuelve —tomando una maravillosa expresión de los *Archives of Sexual Behavior* (*Archivos de comportamiento sexual*)—, "disforias de género no homosexuales". Al incluir en la terminología médica la disidencia sexual se obtiene un procedimiento quirúrgico que se vuelve criterio de seriedad. Los doctores heterosexuales se vuelven árbitros de la elegancia: los "transexuales" deben adaptarse a la ideología de género médica para obtener el premio que representa la castración quirúrgica y la remodelación de genitales. La masculinidad hegemónica regula incluso la salida de la masculinidad.[26]

La reinserción que ha hecho la cirugía de la dicotomía de género no ha eliminado la ambigüedad de género de la cultura. El *drag* es endémico en el teatro, por ejemplo. En *Vested Interests*, Marjorie Garber documentó ingeniosamente el travestismo como un tema de ansiedad cultural en una increíble variedad de ámbitos, desde los libros de detectives hasta la televisión, incluyendo la música popular y las revistas de antropología. La teoría lacaniana que sostiene su análisis es ahistórica, y Garber tiende a homogeneizar situaciones muy diferentes. Sin embargo, otro estudio mucho más sensible conduce al mismo punto. Carol Clover, en *Men, Women and Chain Saws* (*Hombres, mujeres y sierras eléctricas*) muestra cómo el género del cine de horror que se desarrolló en los años setenta y ochenta respondía a la desestabi-

[26] El autor de la frase es Blanchard, 1989. El excelente estudio de Bolin, 1988, refuta a Raymond, 1979, pero las observaciones que este último hace a la política sexual de la profesión médica están bien documentadas. Millot, 1990, desde una perspectiva lacaniana, apunta la resolución imperfecta proporcionada por la cirugía.

lización cultural de la masculinidad durante el periodo. Las películas utilizaban personajes ambivalentes, o personajes cuyos significados estructurados con base al género cambiaban en la película, y —lo más sorprendente de todo— hacían que los jóvenes espectadores ocuparan una posición de identificación con los personajes femeninos.[27]

Estos tratamientos de la ambigüedad de género, no como un síndrome sino como una forma de la política cultural, armonizan con el modelo de política sexual de Mieli; juntos ofrecen una clave importante para las fuentes de la política antisexista de los hombres. No se trata de una política de masculinidad con base en una forma mayor de masculinidad, como son las otras tres formas discutidas en este capítulo. Más bien, se trata de una política que surge en relación con la estructura *completa* del orden de género.

El punto al que quiero llegar es que la conformación de la masculinidad, en el momento de compromiso descrito en los estudios de caso de la segunda parte, se estructura no sólo gracias a relaciones sociales inmediatas, sino también al patrón del orden de género como un todo. La masculinidad se conforma en relación con una estructura general de poder (la subordinación de las mujeres a los hombres) y en relación con un simbolismo de la diferencia (la oposición entre la feminidad y la masculinidad). La política de los hombres contraria al sexismo es una disidencia dirigida en contra de la primera; la violación del género es una disidencia en contra de la última. No necesitan ir juntas —de ahí que ciertas feministas rechacen la idea de que el transexualismo sea la reafirmación del patriarcado—, pero sí pueden hacerlo.

Debido a que la política de salida se relaciona con la estructura total del orden de género, no tiene una base local. No puede ser comprendida como el interés concreto de cualquier grupo de hombres, ya que los hombres en general se benefician de la subordinación de las mujeres. Así que articular la política de salida es difícil y en raras ocasiones se vuelve una política de masas.

[27] Garber, 1992; Clover, 1992. Para las diversas formas de travestismo, véase Kirk y Heath, 1984, quienes junto a fotografías rutilantes presentan evidencias muy interesantes tomadas de historias orales del medio travesti/gay de Londres, durante los años cuarenta y cincuenta, antes de que el proceso del síndrome demarcador apareciera.

Resistirse a la integración de la personalidad en torno a la subordinación de las mujeres o la dicotomía masculino/femenino es exponerse a la desintegración, el vértigo dependiente del género que discutimos en el capítulo 5. Se trata exactamente de lo contrario a la terapia de masculinidad. La política de salida parece entonces que va a ser episódica. Al mismo tiempo, puede surgir de cualquier lugar de la estructura. Es imposible que se libere del orden de género.

Es difícil suponer que la política de salida sea el camino hacia el futuro de los hombres heterosexuales, considerando que opera desde los márgenes de la política sexual de masas como una toma de conciencia vacilante de las negaciones radicales de la masculinidad hegemónica. Pero también es difícil imaginar un futuro sin ella. Representa, más que cualquier otra forma contemporánea de la política de la masculinidad, el potencial para el cambio en la totalidad del orden de género. En el capítulo final discutiré algunas formas gracias a las cuales este potencial puede llevarse a la práctica.

CAPÍTULO 10

LA PRÁCTICA Y LA UTOPÍA

Tu padre yace enterrado bajo cinco brazas de agua;
Se ha hecho coral con sus huesos;
Los que eran ojos son perlas.
Nada de él se ha dispersado,
Sino que todo ha sufrido la transformación del mar
En algo rico y extraño.

SHAKESPEARE, *La tempestad*
[Trad. de Luis Astrana Marín]

Este capítulo considerará lo que nuestro conocimiento actual sobre la masculinidad representa para el proyecto de justicia social en las relaciones de género. Dicho proyecto nos obliga a pensar *en* nuestras situaciones actuales y *más allá* de ellas, sobre la práctica presente y la utopía posible.[1]

En los libros sobre hombres es común asignar a cada quien la etiqueta de un arquetipo seleccionado de un mito o una historia. Creo que se trata de una costumbre bastante sana. ¿En qué contador de historias podemos pensar que sea mejor que Shakespeare? Mi cita no pretende hacernos recordar algún arquetipo del pasado distante, sino la dimensión utópica de nuestra relación con el futuro. Se trata de la canción que Ariel, el genio del aire, le canta a un joven náufrago. Como todo lo que ocurre en la maravillosa obra *La tempestad*, la canción es una ilusión. Sin embargo, como cualquier fantasía, crea un mundo de posibilidades, que permanece como contrapunto cuando Próspero rompe

[1] Al decir "utopía" pienso en el sentido que le da Mannheim, 1985 [1929], al término, esto es, a un marco de pensamiento que trasciende la situación social existente, fundamentándose en el interés que un grupo oprimido tiene en dicha trascendencia.

su báculo, hunde su libro y la vida mundana se reestablece. También en nuestro mundo necesitamos un contrapunto. Lo que obtendríamos de un proyecto de justicia social en la política sexual sería, con seguridad, algo "rico y extraño", nada que hayamos tenido antes.

La conciencia histórica

Los estudios de caso de la segunda parte mostraron la conciencia extendida respecto a la presencia de turbulencias y cambios en las relaciones de género. La conciencia respecto al cambio que puede observarse en estos hombres australianos no es excepcional. Ya en los años setenta, investigaciones realizadas en Estados Unidos documentaron la conciencia de cambio de hombres y su ambivalencia frente al mismo. Las primeras investigaciones de la teoría del "rol masculino" ya intentaban comprender el cambio que se daba en los años cincuenta en el rol sexual, a pesar de la reputación de conservadora que esa década tiene. Existían muchas razones para dicha conciencia. Los cambios masivos en las proporciones de empleo de mujeres casadas se daban en los países industriales aún antes de que surgiera el movimiento de liberación de las mujeres; el cambio en la práctica heterosexual ya era un hecho, considerando el aumento en la seguridad de los anticonceptivos; y la estructura de las familias cambiaba debido a mayores esperanzas de vida, al aumento del número de divorcios y el descenso de la fertilidad.[2]

Sin embargo, otros patrones no sufrieron ningún cambio. Tanto en la metrópoli como en la periferia, los hombres siguieron obteniendo dividendos del patriarcado. Por ejemplo, en 1990 el ingreso medio de los hombres en Estados Unidos era 197% del ingreso medio de las mujeres. En casi todas las regiones del mundo, en los años noventa, los hombres virtualmente monopolizan los niveles de élite en las corporaciones y el poder estatal. Los hombres heterosexuales de todas las clases se encuentran

[2] Para información sobre los hombres estadounidenses en los años setenta, véase Komarovsky, 1973; Shostak, 1977. Para la preocupación de los años cincuenta en el cambio del rol sexual masculino, Hacker, 1957.

en una posición en la cual pueden ordenar los servicios sexuales de las mujeres, a través de la compra, la costumbre, la fuerza o la presión. Los hombres siguen monopolizando el control de las armas y, casi completamente, la maquinaria pesada y las nuevas tecnologías. Es evidente que aún persisten la desigualdad en los recursos y las asimetrías en la práctica. El alcance del patrón europeo/estadounidense del patriarcado en el mundo, rastreado en el capítulo 8, a menudo erosiona las bases locales de la autoridad de las mujeres.[3]

Así que el "cambio" que esta conciencia incluye no se relaciona con el desmoronamiento de las estructuras institucionales y materiales del patriarcado. En los países industrializados, lo que se ha desmoronado es la *legitimación* del patriarcado. En el capítulo 4 cité a un joven de la clase obrera, con un historial de violencia, desempleo y encarcelamiento, que se refería a los derechos de igualdad de las mujeres y se quejaba de los "cabezas duras prejuiciados" que no los consideraban. Para mí, la amplitud del cambio en la legitimación durante el último siglo se resume en su comentario.

Los hombres que se volvieron feministas no forman multitudes. Los ecologistas del capítulo 5 representan una clara minoría. Sin embargo, los términos que subyacen en esta discusión han cambiado. En cualquier foro público, y cada vez más también en foros privados, rechazar la igualdad de las mujeres y mantener la homofobia requieren justificaciones. Claro que tales justificaciones se dan, pero el simple hecho de que el patriarcado deba dar excusas y defenderse de los supuestos culturales respecto a la igualdad proporciona una cualidad histérica a la sociobiología, la ideología que cabildea sobre las armas, el ala derecha de la terapia de masculinidad y el populismo religioso de los "valores tradicionales" de la nueva derecha.

En ciertos medios, como las redes de profesionales jóvenes y de intelectuales de las ciudades occidentales, la igualdad doméstica y la repartición equitativa del trabajo en el hogar ya son cues-

[3] Para la desigualdad de ingresos, véase la Oficina de Censo de Estados Unidos, 1990. Los datos que presento son los sueldos medios de quienes, con 15 o más años, tienen sueldos. Una demostración clásica de la presión en los regímenes de género locales y la autoridad de las mujeres está en el estudio de Pearlman (1984) de los pueblos mazatecos en México.

tión de sentido común. La cantidad de hombres que cuida de tiempo completo a sus bebés depende (como apunta Lynne Segal en *Slow Motion*) de los arreglos económicos que lo permitan; lo importante aquí es considerar que en muchos hogares es así como *deben hacerse* las cosas. Algunas instituciones también funcionan para que la igualdad tenga mayor alcance. El sistema educativo tiende a igualar el acceso a sus instancias y su peso económico ha crecido. Dentro del mismo Estado patriarcal existen unidades específicas que trabajan de acuerdo con los intereses de las mujeres, por ejemplo, en programas de igualdad de oportunidades, servicios y campañas para evitar la violencia en contra de ellas. Este tipo de cambio institucional y localizado consolida el cambio en la ideología de género.

El surgimiento de una conciencia histórica sobre el género se da en el centro de estos cambios culturales, en un nivel más profundo que el del concepto liberal de la "igualdad de derechos" en el que comúnmente se expresa. El conocimiento respecto a que el género es una estructura de las relaciones sociales, abierto a la reforma social, emergió de una manera más lenta que el correspondiente conocimiento respecto a la clase. Sin embargo, durante los siglos XIX y XX, dicho conocimiento sí surgió en la metrópoli, estimulado no sólo por la dinámica de género del capitalismo industrial (como se pensó comúnmente), sino también por el encuentro imperial con los órdenes de género dramáticamente diferentes de los pueblos "nativos". A su vez, para estos pueblos nativos, la historicidad de género se hizo violentamente obvia debido a la conquista y a los sistemas coloniales bajo los cuales tenían que tratar con los regímenes de género de los colonizadores.

Casi en todas partes, la historicidad de género se registró en primer lugar como una cuestión relativa a las mujeres: el "problema de las mujeres" del siglo XIX, "las cuestiones de mujeres" del siglo XX. Esto es resultado de la estructuración patriarcal de la cultura misma, y del hecho de que la política de género fue antes que nada una política de masas en las luchas de mujeres (por los derechos de propiedad, por el voto, por sueldos iguales). La aplicación al caso de los hombres se dio enseguida, aunque con dificultad. La historia del psicoanálisis y la teoría del rol sexual que presentamos en el capítulo 1 revela la larga lucha que se dio

para expresar una conciencia, histórica y en desarrollo, de la masculinidad en el lenguaje de la ciencia.

Esta conciencia brotó con los movimientos de liberación de las mujeres, de la liberación gay y de la liberación de los hombres. Los milenios del patriarcado podían haberse acabado entonces. Las condiciones tecnológicas existían, el cambio de conciencia nos había alcanzado. En la bibliografía de la liberación de los hombres, este sentimiento de que se desarrollaba un gran drama histórico evidenció lo que de otra forma hubieran sido propuestas modestas de reforma y retóricas vagas de cambio. La mayoría de los escritos de los años setenta suponían que la masculinidad se encontraba en crisis y que dicha crisis conduciría a un cambio. Al final tendríamos un mundo en el cual la masculinidad, como la entendemos ahora, se habría extinguido y sería reemplazada por cierto tipo de androginia. La "política de salida" discutida en el capítulo 9 incluye este sentido de un final, sin importar qué tan muda haya quedado su retórica.

El cambio de las presuposiciones culturales sobre la masculinidad, marcado por los movimientos de liberación de principios de los años setenta, es irreversible. Las ideologías más conservadoras que han aparecido en el panorama son variedades de conciencias históricas sobre la masculinidad, no se trata de regresos a la conciencia prehistórica. Todas aceptan el hecho de las transformaciones sociales de la masculinidad. Algunas, incluyendo las de la sociobiología y las del teórico conservador George Gilder, desaprueban el hecho, pensando que la sociedad se ha alejado demasiado de la naturaleza.[4] Otras adoptan la posibilidad de transformar al género. Por ejemplo, la terapia de masculinidad se basa en técnicas sociales para cambiar la masculinidad en las direcciones recomendadas por los y las diferentes terapeutas y gurúes. La política del cabildeo sobre la posesión y utilización de armas intenta revivir la masculinidad perdida, lo cual también presupone una masculinidad que se puede perder y volver a recuperar. Ninguna tendencia asume —nadie podría hacerlo— que los hombres y la masculinidad simplemente son como son.

[4] Gilder, 1975. Esta idea se encuentra muy extendida; se trata de la fórmula más simple de conservadurismo de género, bajo la hegemonía de la ciencia, discutida en el capítulo 1.

Creo que la conciencia histórica es la característica distintiva de la política contemporánea de la masculinidad, además del horizonte del pensamiento contemporáneo sobre la propia masculinidad. Sin embargo, mientras que la liberación de los hombres creía que la conciencia apocalíptica de la historicidad de la masculinidad misma definía el objetivo político —la aniquilación de la masculinidad—, nosotros sabemos que en el horizonte existen diversas políticas a seguir. Por eso debemos examinar los propósitos de la acción.

Los propósitos de la acción

La conciencia del cambio histórico en el género, aunque da pie a cierta política de cambio, también la limita. Si se tienen contextos cambiantes y grupos diversos, ¿en qué principios comunes podría basarse la política?

Es fácil concluir que en ninguno. Dos cuerpos de opinión muy respetables lo establecen así: el pluralismo liberal y el posmodernismo. El pluralismo liberal, ideología principal del capitalismo parlamentario, no reconoce ninguna base continua en la política más allá de los intereses individuales. Dichos intereses se van sumando en los grupos cambiantes; las contradicciones y la tensión ocasionada por ellos constituyen el proceso político. El posmodernismo, escéptico (de manera justificable) respecto a la idea de un individuo prepolítico, también rechaza la alternativa colectiva y la idea de una "fundamentación" para la política. Con los "grandes relatos" de la modernidad desacreditados, la política en el posmodernismo se convierte en un caleidoscopio de afirmaciones y resistencias cuyo fin nadie puede formular, mucho menos pronosticar.

Ambas posiciones subestiman la ontoformatividad de la práctica (definida en el capítulo 2), la capacidad de crear una realidad social. La oposición no es sólo "resistencia", hace que existan nuevos arreglos sociales (aunque sea parcialmente). Así, el feminismo no sólo cuestiona el que se determine la posición discursiva de las mujeres, sino que también incluye la construcción de nuevos servicios de salud, la definición de nuevas escalas de sueldos, la creación de hogares más pacíficos, la colectivización del

cuidado infantil, etc. El movimiento laboral intenta crear lugares de trabajo más democráticos; los movimientos anticolonialistas construyen estructuras de autogobierno. Todos estos movimientos crean formas culturales nuevas y hacen que nuevos conocimientos circulen.

En la mayoría de estos proyectos se encuentra implícito, como condición para el éxito de otros, el principio de la justicia social, que en la mayoría de los casos significa la búsqueda de la igualdad. Buscar la justicia social no quiere decir buscar la uniformidad, como claman reiteradamente los que están en contra de la igualdad. El filósofo Michael Walzer mostró convincentemente cómo la misma noción de "igualdad compleja" es requisito para el concepto contemporáneo de justicia. Las cuestiones de la justicia surgen en esferas de la vida que se estructuran de maneras distintas y que no pueden reducirse una a la otra.[5] Se trata de una experiencia común en cualquier tipo de práctica política que incluya más de una simple cuestión.

En las relaciones de género la igualdad compleja se ocupa de diferentes estructuras dentro del orden de género, definido en el capítulo 3. Buscar justicia social en las relaciones de poder quiere decir cuestionar el predominio de los hombres en el Estado, las profesiones y la dirección; también incluye acabar con la violencia que los hombres ejercen contra las mujeres. Además, significa cambiar las estructuras institucionales que hicieron posibles tanto el poder de la élite como la violencia cuerpo a cuerpo. Buscar la justicia social en la división del trabajo derivada del género significa terminar con los dividendos patriarcales en la economía monetaria, compartir el peso del trabajo doméstico e igualar el acceso a la educación y la preparación (que sigue siendo muy inequitativa en el mundo). Buscar la justicia social en la estructura de catexis significa terminar con el estigma de la diferencia sexual y con la imposición de la heterosexualidad obligatoria, además de reconstruir la heterosexualidad con base en la reciprocidad y no en las jerarquías. Para conseguir esto, es necesario sobrepasar la ignorancia producida socialmente, que hace de la sexualidad un ámbito para el miedo y un vector de enfermedad.

[5] Walzer, 1983.

Entendida así, la justicia social en las relaciones de género es un interés generalizable, pero no una demanda de uniformidad. La igualdad compleja es precisamente la condición requerida para la diversidad como una práctica real, para exploraciones abiertas de la posibilidad humana. La justicia social no implica el "terrorismo" que el posmodernismo atribuye a la proposición de universales; es más, la justicia social es lo que se implica en una lucha contra el terror, comprendido como el ejercicio de la fuerza (en lugar de una forma de discurso). Buscar la justicia social no agota la política, sino que proporciona una línea base generalizable para un ámbito como el de la política de la masculinidad. Éste es el fundamento de la posición respecto a la construcción de conocimiento sobre la masculinidad que vimos en el capítulo 1.

Las estadísticas de la desigualdad indican que los hombres, no las masculinidades, son el grupo con ventaja. Carole Pateman apunta que los hombres ejercen el poder no sobre un género, sino sobre las mujeres corporalizadas, y ejercen el poder como un sexo.[6] Se trata de una falla importante de los propósitos políticos, no sólo de un juego de palabras. ¿Acaso es una política de justicia social dirigida en contra de las ventajas y el poder de los hombres? ¿O se dirige en contra de la forma presente de la masculinidad? Si se refiere fundamentalmente a las ventajas de los hombres, entonces la angustia sobre la construcción social de la masculinidad no viene al caso. En lugar de aniquilar la masculinidad (o disminuirla) deberíamos prepararnos para reformar la maquinaria económica y política. Si el problema es básicamente la masculinidad, el cambio estructural se dará después de la reconformación de la personalidad. Sin embargo, en ese caso, el proyecto actual del cambio personal está radicalmente incompleto porque ignora la masculinidad de la personalidad de las *mujeres* (aunque a menudo reconoce la feminidad de los hombres); el proceso no puede confinarse a la terapia o la política entre los hombres.

Aunque la mayor parte de la discusión de la masculinidad no se expresa al respecto, a partir de los principios psicoanalíticos y de construcción social se desprende que las mujeres son por-

[6] Véase la discusión sobre este punto de Pringle, 1992.

tadoras de la masculinidad, lo mismo que los hombres. Las niñas se identifican con los padres, al igual que con las madres. Las niñas colocan a sus madres en la posición de objetos de deseo edípico (proceso distinto al vínculo preedípico discutido en el capítulo 5). Las personalidades de las mujeres tienen diversas capas, al igual que las de los hombres (lo que no significa que sigan el mismo patrón). Las niñas y las mujeres participan en instituciones y prácticas masculinizadas, desde las burocracias hasta el deporte competitivo. Atestiguamos momentos espectaculares de la separación de géneros (como la final de patinaje de figura en los juegos olímpicos) y a menudo perdemos de vista, como apunta Barrie Thorne en *Gender Play* (*Juego de género*), cierta rutina que se encuentra en el contexto de la integración de género. Ahora bien, esta integración no se da en igualdad de condiciones. Se da en el contexto de las instituciones patriarcales en las cuales el "hombre es la norma", o lo masculino tiene la autoridad. Para conseguir que la masculinidad deje de ocupar este lugar requeriríamos de un proyecto de cambio en las vidas de las mujeres y de los hombres. El punto de la justicia no parece residir en convencer a las niñas de que no jueguen beisbol o a las mujeres de que no desarrollen sus habilidades burocráticas.

Sin embargo, si *sólo* nos centráramos en desmantelar las ventajas que tienen los hombres sobre las mujeres a través de una política de igualdad de derechos tendríamos que abandonar nuestro conocimiento respecto a cómo esas ventajas se reproducen y se defienden. Tendríamos que abandonar el concepto que supone la masculinidad como una práctica; suponer que existió cierto accidente cósmico por el cual los cuerpos con pene aterrizaron en una posición de poder y procedieron a reclutar a sus amigos con pene para remplazarlos eternamente. Éste es el punto de vista del feminismo liberal: cierto prejuicio irracional mantiene a las mujeres ajenas al Senado de Estados Unidos y al Parlamento japonés, para la mala suerte de las naciones implicadas.

Los defensores del patriarcado saben que no es así. La defensa de la injusticia en las relaciones de género se refiere constantemente a la diferencia, a una oposición masculino/femenina que define un lugar para los cuerpos de las mujeres y otro para los cuerpos de los hombres. Sin embargo, nunca se trata de una "diferencia" en un sentido meramente lógico. Como vimos en el

capítulo 2, la diferencia corporal se vuelve realidad social a través de las prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo, en las cuales las relaciones sociales de género se experimentan en el cuerpo (como excitación sexual y su contrario, como tensiones musculares y postura, como comodidad e incomodidad) y ellas mismas se constituyen en la acción corporal (en la sexualidad, el deporte, el trabajo, etc.). La organización social de estas prácticas en un orden de género patriarcal constituye la diferencia como dominación, como jerarquía ineludible. Lo anterior se documenta en dos décadas de crítica cultural feminista —y que, claro, ya era visible desde antes; consideremos a gente como Alfred Adler.

El patrón diferencia/dominación no significa ninguna separación lógica, sino que sugiere una supremacía apabullante. Involucra relaciones sociales inmediatas y temas culturales amplios. Puede manifestarse de manera violenta en prácticas corporales como la violación y la violencia doméstica. En algunos países en los cuales los niveles de subsistencia son muy bajos se ejecuta en formas tan elementales como el que los niños obtengan más comida que las niñas. Podríamos rastrear los problemas de diferencia/dominación casi infinitamente en escenarios sociales donde hombres y mujeres interactúan; en la ocupación del espacio de niños y hombres, la gran cantidad de calles por las cuales las mujeres caminan con miedo, la intrusión de niños en los juegos de niñas en los parques, la interrupción del discurso de las mujeres en las conversaciones, etc.[7] Se trata de formas de ejecutar la masculinidad hegemónica en la vida diaria; porque es ésta, y no cualquier otra forma marginada o subordinada, la que ocupa el polo masculino de la diferencia en la cultura patriarcal.

El patrón diferencia/dominación ha impregnado tanto la cultura, las instituciones y las prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo que limita a la política, basada en los derechos, que busca la reforma. Más allá de cierto punto, la crítica de la dominación se rechaza por tratarse de un ataque a la diferencia —un proyecto que corre el peligro del vértigo dependiente

[7] Para el patrón derivado del género de la violencia doméstica, véase Dobash, *et al.*, 1992. Para los prejuicios ligados al género en el desarrollo, Elson, 1991; evidencia sobre malnutrición en Bangladesh, Nepal y Bostwana aparece en Taylor, 1985. Para un estudio reciente de interacciones véase Thorne, 1993.

del género y la violencia—. En términos lacanianos, significa atacar el falo, el punto de intersección entre la dominación patriarcal de la cultura y la experiencia corporal de la masculinidad. En términos freudianos más ortodoxos, significa revivir el miedo a la castración. Aun si consideramos que éstas son sólo las primeras aproximaciones a la psicología de la masculinidad, sugieren la profundidad de la resistencia a la que se enfrentarán. El torbellino emocional y los sentimientos de culpabilidad descritos por los ambientalistas del capítulo 5 ejemplifican dicha resistencia, aun cuando las circunstancias son favorables. En otras circunstancias, el proyecto será totalmente rechazado al considerarlo un intento de convertir a los hombres en mujeres. La violencia en contra de los hombres gays, a quienes la ideología patriarcal trata como hombres afeminados, indica el odio que en la práctica puede liberarse.

De aquí se desprende que una estrategia que *desvincule* al género (*degendering strategy*), un intento por desmantelar la masculinidad hegemónica, es inevitable; una política de la justicia social, basada en derechos y que no marque la desigualdad a partir del género no puede desarrollarse sin ella.

La desvinculación del género y la recomposición

La estrategia de desvinculación del género no sólo se aplica al nivel de la cultura y las instituciones, sino también al nivel del cuerpo —el terreno elegido por los defensores del patriarcado, en el que el miedo a que los hombres se conviertan en mujeres es más agudo—. No es mera coincidencia que justo en el mismo momento histórico en el cual se dio el cambio más radical en el orden de género, también se inventara un procedimiento quirúrgico para hacer la transformación. La impresionante consecuencia es que la *cirugía* proporciona la construcción popular del cambio de género, un procedimiento desarrollado por hombres autoritarios y con recursos sobre cuerpos anestesiados.

Una política de justicia social necesita cambiar la práctica que se refleja en el cuerpo y se deriva del mismo, no para perder la *agencia,* sino para extenderla, al trabajar sobre la *agencia* del cuerpo —exactamente lo que la anestesia niega—. En lugar de la des-

corporalización involucrada en la reforma del rol, lo que se necesita es una recorporalización para los hombres, una búsqueda de formas distintas de usar, sentir y mostrar sus cuerpos.

La recorporalización se incluye, por ejemplo, cambiando la distribución del trabajo en los primeros cuidados infantiles. Además de los cambios institucionales requeridos, también se incluye una dimensión corporal importante. El trabajo con bebés depende mucho del sentido del tacto, desde preparar la leche, cambiar los pañales y arrullar a una pequeña persona para que se duerma. Involucrarse en esta experiencia supone desarrollar en los cuerpos masculinos capacidades diferentes a las que se desarrollan para la guerra, el deporte y el trabajo industrial. También supone experimentar otros placeres. Me sorprende ver cómo aparecen postales, carteles y hasta videos de rock en los cuales se muestran hombres que arrullan bebés, imágenes que muestran claramente el placer sensual derivado de dicha acción.

Apoyar la desvinculación del género es repetir un viejo debate feminista sobre la igualdad y la diferencia. A finales de los años setenta se repetía que la estrategia que desvinculaba al género de la igualdad, en vez de ayudar a que las mujeres consiguieran cierta afirmación las debilitaba, porque les exigía volverse como los hombres; la igualdad significaba ser igual, y la cultura de las mujeres podía perderse. Una estrategia que se base desde el inicio en una crítica de la masculinidad no se enfrentaría exactamente a esta situación, pero sí a una relacionada con ella. Abolir la masculinidad hegemónica puede suponer también suprimir, además de la violencia y el odio, la cultura positiva producida en torno a la primera. En ella se incluyen las historias de héroes del *Ramayana*, la *Ilíada* o *El crepúsculo de los dioses*, además de placeres conjuntos, como el beisbol que se juega entre vecinos; la belleza abstracta en campos como el de las matemáticas puras; la ética del sacrificio para ayudar a otros. Todo esto constituye una herencia que bien vale la pena conservar, tanto en el caso de las mujeres y las niñas como en el caso de los niños y los hombres. (Lo mismo podríamos decir de la rica herencia de la cultura femenina para los niños, los hombres, las niñas y las mujeres).

Exigir dicha herencia, al encaminarnos hacia la justicia social, requiere de romper los términos del viejo debate y aceptar la dife-

rencia y la desvinculación del género al mismo tiempo. Tales estrategias han sido propuestas de vez en cuando. La política gay transexual de Mario Mieli utiliza toda una serie de símbolos —heterosexuales y gays, femeninos y masculinos—, en lo que constituye una improvisación que cambia constantemente. La "teoría queer" propone una estrategia muy similar. La exploración que hace Wendy Chapkis de la política de la apariencia en las mujeres propone seguir el camino de una "revolución más colorida", en la que haya espacio para el placer, la creatividad y la diversidad.[8] La idea es recomponer, en lugar de borrar, los elementos culturales del género. El resultado será una especie de multiculturalismo de género.

Aunque la estrategia pueda sonar exótica, la práctica cotidiana subyacente en ella no lo es. La investigación de la diferencia sexual discutida en el capítulo 1 mostró que lo que durante mucho tiempo se suponía eran características ligadas al género se compartían entre los hombres y las mujeres. Es muy práctico combinar simbólicamente las actividades vinculadas al género: los levantadores de pesas pueden trabajar en jardines de niños, las lesbianas pueden utilizar chamarras de cuero, los niños pueden aprender a cocinar.

Sin embargo, Chapkis argumenta, con razón, que jugar con los elementos del género puede resultar benigno sólo si el "trato que contiene el paquete" que une a la belleza con el estatus se hace explícito. La estrategia de recomposición se encuentra íntimamente ligada al proyecto de la justicia social. Dado dicho proyecto, los elementos de la cultura patriarcal podrán no sólo recombinarse, sino desarrollarse de diversas formas. Por ejemplo, el heroísmo se encuentra tan ligado al constructo de masculinidad hegemónica que, en la cultura de masas contemporánea, es casi imposible representar a los hombres gays como héroes. El proyecto de justicia social hace que celebrar el heroísmo de los hombres gays que surge de su homosexualidad se vuelva posible —resistirse a las masacres, explorar los límites de la experiencia, enfrentarse a la epidemia del VIH y del SIDA. El heroísmo no tiene por qué ser considerado negativo.

[8] Mieli, 1980; Chapkis, 1986. En Connell, 1987, capítulo 13, esbocé el marco conceptual de esta estrategia.

Dadas las posibilidades de recombinación, un mundo desvinculado del género y vuelto a configurar resultaría familiar. Sin embargo, no debemos subestimar la diferencia que existe entre la configuración de dicho mundo y el nuestro. En la actualidad sólo existen ciertos vistazos a dicha configuración, en lo que se ha llamado "política prefigurativa" en Gran Bretaña y en la ficción utópica feminista.[9] El camino hacia el que vamos es realmente "rico y extraño"; por lo tanto, es también fuente de miedo y de deseo.

Las formas de la acción

El principal modelo para la acción política en la masculinidad de los países ricos se deriva del "movimiento de los hombres". En los años setenta se le llamaba "movimiento de liberación de los hombres", que surgió de la imitación directa del movimiento de liberación de las mujeres y recibió cierta influencia de la liberación gay. En su base se encontraban numerosos "grupos de aumento de conciencia de hombres", que con el tiempo simplemente serían denominados "grupos de hombres" y que se manejaban independientemente. Estos grupos se unían a veces en conferencias o campañas sobre temas específicos; sin embargo —al igual que con otros herederos de la nueva izquierda de los años sesenta—, cada grupo decidió su propia ruta y el movimiento, como una entidad, estaba notablemente descentralizado.

Este modelo político tiene las virtudes de ser flexible, antiautoritario e inventivo. El mismo grupo puede dedicarse tanto a vidas personales como a agendas públicas, lo que puede verse en los grupos mencionados en el capítulo 9.[10] Los grupos de hombres en Gran Bretaña, Estados Unidos y Australia han sostenido una amplia gama de actividades, desde explorar cuestiones relacionadas con el género en sus propias vidas (el fundamento sólido de todo) hasta publicar revistas, organizar manifestaciones, ofrecer cuidado infantil durante las conferencias feministas,

[9] Para la "política prefigurativa", véase Rowbotham, Segal y Wainwirght, 1979, pp. 71-78. Piercy, 1976, es un ejemplo notable de la ficción utópica.

[10] La mejor explicación sobre este tipo de grupos está en Lichterman, 1989.

establecer programas para prevenir la violencia, organizar grupos de representación teatral y otras acciones más.

Sin embargo, la flexibilidad que permite dicha inventiva también permite un cambio hacia otro tipo de política. El grupo estadounidense estudiado por Paul Lichterman se apartó de la crítica sistemática de la masculinidad buscando una posición "promasculina". Grupos de hombres influenciados por la tendencia terapéutica se constituyeron como la base del movimiento "mitopoético" de los años ochenta en Estados Unidos; lo mismo que el más amplio movimiento de terapia de masculinidad de la última década, que opera a un nivel mayor al que nunca tuvo la liberación de los hombres. Quedó probado que el espacio de un movimiento descentralizado y antiautoritario podía ser ocupado por gurúes empresariales y profesionistas de la psicología.

En el análisis más detallado que se ha hecho de los problemas de la liberación de los hombres, Andrew Tolson notó el problema que subyacía en el mismo; lo hizo basándose en la experiencia de un grupo de hombres antisexistas en Gran Bretaña. El modelo de un movimiento de liberación no puede aplicarse al grupo que ocupa la posición de poder; como Tolson lo explica, "en cierto sentido éramos imperialistas en una rebelión de esclavos."[11] El aumento de conciencia en hombres heterosexuales no conducía a la movilización y la afirmación del grupo, como sí lo hacía en el caso de las mujeres y los gays; aunque al principio se ganó en penetración, al final se llegó a la marginación y la desintegración.

La liberación de los hombres, como la primera forma de política de salida que describí en el capítulo 9, intentó fundamentar su proyecto en el eje del poder del patriarcado, en el hecho de la dominación de las mujeres y no en ninguna forma particular de masculinidad. El feminismo, y no un grupo socialmente definido de hombres, era su fundamento estructural. No debe sorprendernos que de lo anterior resultara un argumento tenso y enrollado en contra de las relaciones entre los hombres antisexistas y el movimiento de las mujeres (argumento que sigue teniendo eco en la bibliografía teórica reciente).[12] Tampoco es

[11] Tolson, 1977, p. 143.

[12] Para las primeras etapas, véase la explicación de Tolson y Snodgrass, 1977. Para los ecos recientes, el barroquísimo debate (mezclado con el postestructura-

sorprendente que el movimiento fuera inestable y que la terapia de masculinidad lo desplazara inmediatamente —terapia que *se basa* en una forma particular de masculinidad y articula el interés de un grupo sustancial de hombres.

El problema estructural de la política antisexista entre los hombres debe ser confrontado de inmediato, ya que siempre se evade. Las formas comunes de la política radical descansan en movilizar la solidaridad en torno a un interés compartido. Esto es común en la política de la clase obrera, en los movimientos de liberación nacionales, en el feminismo y en la liberación gay. Sin embargo, *no* puede constituirse como la principal forma de la política antisexista entre los hombres porque el proyecto de justicia social en las relaciones de género se dirige en *contra* de los intereses que comparten. A grandes rasgos, la política antisexista puede producir desunión entre los hombres y no ser una fuente de solidaridad. Las tendencias de los años ochenta siguen una lógica rigurosa: mientras los grupos de hombres y sus gurúes más enfatizaban la solidaridad entre los hombres (ser "positivos respecto a los hombres"; buscar lo "masculino profundo", etc.) más fácil resultaba abandonar las cuestiones de justicia social.

Si esto fuera lo único que pudiéramos decir con respecto a las formas de la acción, más valdría que nos retiráramos de la discusión. Sin embargo, como anoté en el capítulo 9, la política antisexista sigue ahí, tanto entre hombres heterosexuales como entre hombres gays. En ciertos contextos (las ciencias sociales académicas, por ejemplo) sigue creciendo. Esto podemos entenderlo si atendemos las otras posibilidades estratégicas que se abren gracias a la estructura de las relaciones de género, y permiten formas de política que no dependen del modelo del "movimiento". Dos características generales del orden de género crean estas posibilidades: las complejidades y contradicciones de las relaciones que construyen la masculinidad y la interacción del género con otras estructuras sociales.

En capítulos anteriores de esta obra ya documenté la multiplicidad de formas que toma la masculinidad en la cultura y las relaciones sociales, además de las capas e identificaciones con-

lismo y el esnobismo literario), véase Jardine y Smith, 1987; y (mucho más respetuoso hacia sus lectores y lectoras) Hearn y Morgan, 1990.

tradictorias que se dan en la masculinidad al nivel de la personalidad. Es muy útil recordar que el psicoanálisis existencialista (capítulos 1 y 5) lee estas contradicciones como compromisos o proyectos contradictorios llevados a cabo por la misma persona. Las tendencias a la crisis en las relaciones de género, identificadas teóricamente en el capítulo 3 y rastreadas a través de los estudios de caso de la segunda parte, tienen como foco grupos particulares, pero, en general, se dan en la vida de todos los hombres. Considerando esto, existen múltiples bases dentro de las relaciones de género para que los proyectos políticos transformen la masculinidad (por lo menos de forma parcial); además, estas bases se presentan extensamente. La renovación repetida de la política antisexista entre los hombres es, desde este punto de vista, poco sorprendente. Podemos confiar en que la resistencia, y los intentos de cambio, siempre serán convenientes.

Sin embargo, los mejores prospectos para la política de la masculinidad pueden encontrarse fuera de la política de género pura, en las intersecciones de éste con otras estructuras. Existen ciertas situaciones en las cuales la solidaridad entre los hombres se persigue por otras razones aparte de la masculinidad, razones que pueden sostener un proyecto de justicia de género, especialmente en donde exista una solidaridad explícita con las mujeres que se encuentren en la misma circunstancia. Estas situaciones surgen de partidos laborales y socialistas, en los sindicatos, el movimiento ambientalista, la política comunitaria, los movimientos de resistencia anticolonial, los movimientos para la democracia cultural y los movimientos para la equidad racial.

La importancia de la política de la masculinidad en estos contextos se reconoció particularmente en Gran Bretaña —ésta es una de las razones por las cuales la calidad del trabajo teórico sobre la masculinidad en Gran Bretaña es impresionante—. La discusión incluye particularmente a la clase y el movimiento laboral. No se espera encontrar un mundo feliz directamente prefigurado en la vida de la clase obrera. Las carencias derivadas de la clase social generan expresiones horrendas de supremacía masculina, como la experiencia británica de la violencia entre quienes asisten al futbol o el racismo de los *skinheads*. Sin embargo, las carencias de este tipo no sólo resultan en la violencia hacia los otros.

Las huelgas y los cierres de fábricas a menudo resultan en políticas de género progresistas, desde las luchas laborales en Fall River, en Massachusetts, durante el siglo XIX, hasta la amarga huelga de los mineros de carbón en Gran Bretaña, en 1984, donde la militancia de las mujeres comenzó a cambiar el orden de género de una industria fuertemente masculinizada. Los hombres del Partido Laboral de Australia proporcionaron apoyo político clave a las iniciativas feministas en la burocracia y al crecimiento de los servicios para las mujeres. En un periodo reciente en el cual el Partido Laboral controlaba el gobierno federal, se produjo una estrategia nacional única en contra de la violencia hacia las mujeres. En 1979 y 1980, los Acereros Unidos de América ejercieron suficiente presión para que se contrataran mujeres en la fundidora Hamilton, de Canadá. Algunos años antes, la Federación de Obreros de la Construcción de Nueva Gales del Sur apoyó la entrada de obreras a sitios que se encontraban totalmente masculinizados.[13]

No menciono estos casos para sugerir que el laborismo oficial sea una esperanza blanca para las mujeres (podría dar otra lista igual de larga de las veces que los sindicatos pelearon para mantener a las mujeres fuera de sus industrias, además de que puedo mencionar a patriarcas del Partido Laboral muy siniestros); lo que intento hacer es mostrar el rango de posibilidades en las cuales la política de género y de clase pueden interactuar. La política de la masculinidad que surge de estas interacciones y que, por lo tanto, se desarrolla en gran variedad de contextos de movimientos de clase, étnicos y sociales, no conformaría un "movimiento de hombres" unificado. Una razón es que casi cada paso exige de la acción conjunta con las mujeres. Otra razón es que las luchas sociales en los lugares de trabajo, instituciones, comunidades y regiones inevitablemente poseen lógicas divergentes y muestran a menudo los contrastantes intereses de diferentes grupos de hombres.

En vez de un movimiento de hombres, de lo que hablamos es de una *política de alianzas*. Aquí, el proyecto de justicia social de-

[13] Robins, 1984, sobre la violencia en el futbol (desde el punto de vista de los jóvenes); Barnsley Women Against Pit Closures 1984, sobre el género en la huelga de carbón; Corman, *et al.*, 1993, sobre los acereros; Burgmann, 1980, sobre los trabajadores de la construcción. Para la estrategia australiana, véase National Committee on Violence Against Women, 1992.

pende de la sobreposición de intereses entre diversos grupos (en lugar de la movilización de un grupo en torno a un interés común). La sobreposición puede ser temporal, pero no tiene que serlo. No hay nada que prohíba alianzas a largo plazo, que son muy comunes en política.

La creencia de que una política de alianzas significa pluralismo, compromiso y, por lo tanto, contención, se encuentra muy difundida. Denunciar estos compromisos e insistir en la pureza revolucionaria es un gesto militante común que no es desconocido en la política antisexista de los hombres; mencionemos, por ejemplo, el caso de quienes se oponen activamente a la pornografía.[14] Creo que el pluralismo en necesario, pero no la contención. Si comprendemos el patriarcado como una estructura histórica, en lugar de una dicotomía eterna de hombres que abusan de mujeres, entonces un proceso histórico acabará con él. El problema estratégico consiste en generar presiones que se acumulen hacia cierta transformación de la estructura total; la mutación estructural es el final del proceso, no el principio. En las etapas iniciales, cualquier iniciativa que presione hacia el cambio histórico vale la pena.

La educación

A pesar de que las escuelas son un espacio muy rico para estudiar la reproducción de las masculinidad (desde *Learning to Labour* hasta *Gender Play*), y aunque la mayoría de la gente que hace investigación sobre la masculinidad esté en la industria educativa (como académicos y estudiantes), es sorprendente que se haya discutido tan poco sobre el papel de la educación en la transformación de la masculinidad. Las discusiones sobre "el género y la educación" se concentran sobre todo en la educación de las niñas y en cuestiones de feminidad. Algún debate se ha dado sobre la introducción de los "estudios de hombres" en las universidades estadounidenses. Claro que existe cierta bibliografía sobre la educación de los niños si pensamos en el doctor Arnold, pero hay muy poca discusión que se base en la investigación sobre la masculinidad, acerca de la educación de los niños en los sistemas

[14] Tal vez el ejemplo reciente mejor conocido es el de Stoltenberg, 1990.

modernos de educación masiva, y mucho menos sobre los principios que incluirían a las niñas y los niños en un proceso educativo enfocado en la masculinidad.[15]

Creo que todas estas cuestiones son muy importantes y que la educación es un espacio clave para la política de alianzas. Cualquier trabajo significativo que realicen hombres sobre estas cuestiones deberá ser producto de una alianza con mujeres, ya que ellas llevan mucho tiempo dedicadas a las cuestiones de género en la educación y poseen el conocimiento práctico respecto a cómo realizarlo. Los programas deben incluir la diversidad de las masculinidades y las intersecciones del género con la raza, la clase y la nacionalidad; de lo contrario se caerá en un campo estéril, localizado entre la celebración y la negación de la masculinidad.

La importancia de la educación para la política de la masculinidad se deriva de la ontoformatividad de las prácticas de género, del hecho de que nuestros decretos respecto a lo que es masculinidad y feminidad hacen que cierta realidad social se ponga en acción. La educación se discute a menudo como si sólo incluyera información, maestros y maestras que aplican dosis medidas de hechos en las cabezas de sus alumnas y alumnos; sin embargo, ésta es sólo una parte del proceso. A un nivel más profundo, la educación es la formación de capacidades para la práctica.[16] Una agenda que incluya a la justicia social en la educación debe ocuparse de todo el rango de capacidades para la práctica de la justicia, de la forma en que estas capacidades se desarrollan y distribuyen, y de la forma en que se ponen en acción.

Por lo tanto, la estrategia educativa debe ocuparse sobre todo de los planes y programas de estudio. La justicia curricular, como argumento en *Schools and Social Justice* (*Las escuelas y la justicia social*), significa organizar el conocimiento desde el punto de vista del que tenga menos ventajas.[17] Se trata de la idea opuesta

[15] Yates, 1993, termina su excelente revisión de la educación de las niñas enfatizando la poca atención que se le ha prestado a la educación de los niños y su contribución a la desigualdad sexual. Algunos intentos por evitar esto pueden encontrarse en Inner City Education Centre (Centro Educativo del Interior de la Ciudad) 1985, Askew y Ross, 1988. Para el debate sobre "los estudios de los hombres", véase Farrant y Brod, 1986; Hearn y Morgan, 1990.

[16] Connell, 1994.

[17] Connell, 1993.

a la práctica social actual, que organiza el conocimiento desde el punto de vista de los privilegiados. No abandonamos el conocimiento existente, sino que lo reconfiguramos para abrir las posibilidades que las desigualdades sociales actuales esconden.

Una forma de seguir este camino es pluralizar las fuentes del contenido curricular. Se trata de seguir la lógica de programas y currículos multiculturales, desarrollada en la idea de Jean Blackburn sobre un currículum que incluya cuestiones de género.[18] Un segundo paso se tomaría cuando los planes y programas de estudio que incluyen al género inviertan la hegemonía que caracterizó a los viejos programas y currículos. Por ejemplo, en lugar de pedir a los y las estudiantes que participen en el proceso educativo en torno a los intereses de la clase media, se pedirá a los y las estudiantes de clase media que participen en el aprendizaje organizado en torno a los intereses de la clase trabajadora.

Este segundo paso es decisivo para las relaciones de género, además de delicado. Pedirles a los niños que participen en programas organizados en torno a los intereses de las niñas, a los y las heterosexuales a participar en programas organizados en torno a los intereses de las lesbianas y los gays, exige una capacidad de empatía, de tomar el punto de vista del otro, que sistemáticamente se niega en la masculinidad hegemónica. Todo lo que sabemos sobre las relaciones de género en las escuelas y colegios nos sugiere que hacerlo será muy difícil. (Notemos la burla hacia los niños que en los patios de las escuelas primarias se interesan por los juegos de las niñas; notemos qué tan pocos hombres en las escuelas se inscriben en las materias que se centran en cuestiones de género). Sin embargo, este paso busca lo que siempre ha sido una meta clásica de la educación —ampliar la experiencia, buscar la justicia, participar ampliamente en la cultura—, y se aplica a una de las áreas más importantes de la vida de los y las estudiantes. El interés parecería ser alto, no así el apoyo. Muchos maestros y muchas maestras dan el paso en la práctica cotidiana de sus clases, con recursos limitados y poco apoyo teórico o político. Una de las cosas más útiles que la investigación académica podría hacer es proporcionarles los recursos y el apoyo que necesitan.

[18] Véase Yates, 1993, p. 89; Blackburn lo llamó "currículum que incluye la sexualidad".

Hablar del conocimiento organizado desde el punto de vista de los menos privilegiados no significa construir programas que sólo traten las experiencias de este tipo de personas. (Es más, los planes y programas de estudios no pueden reflejar sólo la experiencia de un grupo; siempre deben incluir la crítica de la experiencia, una selección de la cultura). Los planes y programas que busquen la justicia social deben también examinar la experiencia de los privilegiados. En términos prácticos, se trata de la mejor forma en que los hombres heterosexuales y los niños pueden abordar las cuestiones de género —a veces es la única forma de entrada.

En este punto, la investigación de la ciencia social sobre la masculinidad es un recurso esencial que permite discutir un amplio rango de situaciones y proporciona modelos para explorar las realidades locales. Por ejemplo, los momentos de compromiso con la masculinidad hegemónica, los de distanciamiento y separación que exploramos en el capítulo 5, pueden estudiarse en muchos otros contextos y muchas otras vidas. Los muchachos de la escuela preparatoria canadiense entrevistados por Blye Frank muestran cómo la separación se consigue debido a la intimidación:

> Me aseguro de no caminar de forma muy femenina. He hecho algo de modelaje, pero si caminara así en la escuela, todo mundo se daría cuenta. Me han molestado bastante. Se burlan de mí y me dicen: "¿Acaso te crees que eres una flor".[19]

Cuando él pueda contestar afirmativamente esta pregunta sin peligro, entonces habremos avanzado algo.

Las expectativas

Una cosa es definir una estrategia política y otra muy distinta llevarla a la práctica. Debemos considerar los medios. En los inicios de la liberación de los hombres, los activistas podían sentirse como parte de un oleaje que llevaría al cambio histórico. La ola se rompió y no dejó ningún medio en la playa para conseguir ma-

[19] Frank, 1993, p. 56.

yor progreso. En la actualidad hablamos de un "movimiento de los hombres" en parte por corrección política y en parte porque ciertas actividades parecen un movimiento social. Sin embargo, si observamos fríamente el escenario político del mundo capitalista industrial tendremos que concluir que el proyecto de transformación de la masculinidad casi no tiene ningún peso político —ninguna eficacia en las políticas públicas, ninguna fuente de organización, ningún fundamento popular y ninguna presencia en la cultura de masas (con excepción de un pie de página al feminismo y una crítica a los excesos de la terapia de masculinidad). En comparación, la liberación gay se transformó en nuevas formas de la política de la comunidad gay que se enfrentó a la epidemia de VIH/SIDA, fundó una serie de instituciones nuevas, consiguió cambios importantes en la práctica social (a través de la estrategia, basada en la colectividad, del sexo seguro) y obtuvo una voz en una serie de debates políticos.[20]

Si sólo hacemos un simple cálculo de intereses, podríamos predecir que cualquier movimiento de hombres en contra de la masculinidad hegemónica sería muy débil. El interés general de los hombres en el patriarcado es formidable. Quienes reformaron los roles sexuales[21] lo subestimaron, y todavía en la actualidad se subestima; es por eso que me ha costado tanto trabajo articularlo en este libro.

El interés de los hombres en el patriarcado se condensa en la masculinidad hegemónica y se defiende por toda una maquinaria cultural que exalta dicha masculinidad hegemónica. Se institucionaliza en el Estado; en las vidas de los hombres heterosexuales se refuerza gracias a la violencia, la intimidación y el ridículo —la experiencia de los adolescentes de la escuela preparatoria en Canadá es demasiado común—; además, se refuerza por la violencia en contra de las mujeres y los hombres gays. El patrón europeo/estadounidense que involucra a los hombres en el patriarcado se extiende a todo el mundo gracias a la globalización de la cultura y las relaciones económicas. Su sostén en la metró-

[20] Para la acción de la comunidad gay y su efecto en la práctica, véase Kippax, *et al.*, 1993.

[21] Incluso los más sofisticados políticamente hablando: Goode, 1982, quien reconoce las complejidades del cambio en las relaciones de género, pero no se refiere a la violencia, la homofobia, el poder institucional ni el Estado.

poli toma fuerza del proceso que convierte en producto a las masculinidades ejemplares, como en el caso de las estrellas deportivas, y de la forma en la cual la política del cabildeo sobre las armas y los medios comerciales se coluden para celebrar la violencia. El interés de los hombres en el patriarcado también se sostiene por la forma en que las *mujeres* se involucran con éste, como puede verse en el apego a las religiones patriarcales, en los relatos de las novelas rosas, en la forma en la cual refuerzan la diferencia/dominación en las vidas infantiles; todo esto sin mencionar el activismo de las mujeres en contra del derecho al aborto y la homosexualidad.

Sin embargo, este interés, por muy formidable que parezca, presenta fisuras debido a las complejidades de la construcción social de la masculinidad que rastreamos en este libro. Existen diferencias y tensiones entre las masculinidades hegemónicas y las cómplices; oposiciones entre la masculinidad hegemónica y las masculinidades marginadas y subordinadas. Cada una de estas configuraciones de la práctica se divide internamente, y no sólo por las distintas capas que constituyen la personalidad según el psicoanálisis, sino también por las contradicciones derivadas del género al nivel de la personalidad. La forma en la cual se realizan en la vida social varía, como hemos visto una y otra vez, según la interacción del género con la clase social, las relaciones raciales y las fuerzas de la globalización. (La globalización, al contrario de lo que la mayoría de las teorías metropolitanas del cambio cultural sostiene, construye situaciones muy distintas en la metrópoli y la periferia).

Entonces, el interés de los hombres en el patriarcado no actúa como una fuerza unificada en la estructura homogénea. Al reconocer esto podremos ir más allá del pensamiento estratégico unidimensional que fluyó de modelos anteriores del patriarcado.[22] En el contexto de la amplia deslegitimación del patriarcado, los intereses relacionales de los hombres en la riqueza de las mujeres y las niñas podrían desplazar los intereses, específicos al género, de los mismos hombres en la supremacía. Cierta sensibilidad heterosexual, sin homofobia, podría tomar forma; así, las alian-

[22] Y que, debemos mencionarlo, sigue presente en algunas versiones del feminismo —por ejemplo, MacKinnon, 1989—. Compárese con Walby, 1989, y Nicholson, 1990.

zas entre los hombres heterosexuales y la política gay podrían ser posibles. El patrón de cambio en el patriarcado de los países metropolitanos —discutido al comienzo de este capítulo— permitiría que el arreglo común de masculinidades continuara produciéndose e institucionalizándose, pero también sería posible una reconfiguración cultural de sus elementos. De ahí la paradoja de la política de la masculinidad en los años ochenta: una política de género reaccionaria en el Estado y los medios de comunicación masiva (en las potencias capitalistas principales), y el desplazamiento de la liberación de los hombres que apoyaba al feminismo debido a la terapia de masculinidad; sin embargo, al mismo tiempo ocurren cambios progresistas en muchas de las relaciones que estaban fuera del control estatal y en el análisis crítico de la masculinidad hegemónica que alcanza nuevos niveles de precisión y sofisticación.

La década de los años noventa, al igual que las anteriores, no produce un movimiento de hombres unificados en contra del patriarcado. Los hombres siguen manteniéndose al margen de la defensa del patriarcado debido a las contradicciones e intersecciones de las relaciones de género; cada vez se abren más posibilidades de reconfigurar y transformar las masculinidades. Desarrollar una política que siga estas tendencias —sin el mito de la liberación, considerando completamente el interés compartido de los hombres en el patriarcado y, en consecuencia, esperando poco del modelo de un "movimiento de hombres"— exige nuevas formas de inventar, además de conocimientos precisos.

Creo que existe la posibilidad de nuevas políticas de masculinidad en nuevos ámbitos: por ejemplo, la política de los planes y programas de estudio, el trabajo en torno al VIH/SIDA y la política en contra del racismo. Creo que requerirá de nuevas formas, que incluyan a hombres y mujeres, y se centrará en el trabajo en alianzas, no tanto de "grupos de hombres". Creo que será más internacionalista que lo que la política de la masculinidad lo ha sido hasta ahora y que cuestionará la "globalización desde arriba", como otros movimientos democráticos lo han hecho.[23]

[23] Para fundamentar algunas de estas predicciones, nos referimos antes a la política de los programas y planes de estudio. La epidemia de VIH es sobre todo una epidemia heterosexual a escala mundial (Mann, *et al.*, 1992); la política de la sexualidad masculina incluida en esta expansión considera tanto a los hom-

En cierto sentido se trata de una política más allá de intereses, una política de meras posibilidades. Tal vez esa sea otra forma de expresar el interés que todas las personas de este planeta tenemos en la justicia social, la paz y el equilibrio con el mundo natural.

bres heterosexuales como a los homosexuales. Gibson, 1994, apunta la intersección de la masculinidad hegemónica con el racismo en lo que llama "la cultura paramilitar" en Estados Unidos (cuestionar a una supone cuestionar a la otra). La sugerencia de alianzas entre las mujeres y los hombres se sigue de la discusión anterior de la masculinidad en las mujeres y la feminidad en los hombres, y lo que han hecho las mujeres por el patriarcado. Para la globalización desde abajo, véase Brecher, *et al.*, 1993.

BIBLIOGRAFÍA

ADLER, Alfred. 1928. "Psychologie der Macht", en F. Kobler (ed.), en *Gewalt und Gewaltlosigkeit*, pp. 41-46. Zúrich, Rotapfelverlag.

___ 1956. *The Individual Psychology of Alfred Adler: A Systematic Presentation in Selections from his Writings*. Nueva York, Basic Books.

___ 1992 [1927]. *Understanding Human Nature*, trad. de Colin Brett. Oxford, Oneworld.

ADORNO, Theodor W., Else FRENKEL-BRUNSWIK, Daniel J. LEVINSON y R. NEVITT SANFORD. 1950. *The Authoritarian Personality*. Nueva York, Harper.

ALTMAN, Dennis. 1972. *Homosexual: Oppression and Liberation*. Sidney, Angus & Robertson.

___ 1982. *The Homosexualization of America, the Americanization of the Homosexual*. Nueva York, St Martin's Press.

___ 1986. *AIDS in the Mind of America*. Nueva York, Anchor/Doubleday.

Anti-Discrimination Board, New South Wales. 1982. *Discrimination and Homosexuality*. Sidney, Anti-Discrimination Board.

ARMSTRONG, Pat, y Hugh ARMSTRONG. 1990. *Theorizing Women's Work*. Toronto, Garamond Press.

ASHWORTH, Tony. 1980. *Trench Warfare 1914-1918: The Live and Let Live System*. Nueva York, Holmes & Meier.

ASKEW, Sue, y Carol ROSS. 1988. *Boys Don't Cry: Boys and Sexism in Education*. Milton Keynes, Open University Press.

BACON, Margaret Hope. 1986. *Mothers of Feminism: The Story of Quaker Women in America*. San Francisco, Harper & Row.

BADINTER, Elisabeth. 1992. *XY: de l'identité masculine*. París, Odile Jacob.

BALSWICK, Jack O., y Charles PEEK. 1971. "The inexpressive male: a tragedy of America Society", en *The Family Co-ordinator* 20, pp. 363-368.

Barnsley Women Against Pit Closures. 1984. *Women Against Pit Closures*. Barnsley.

BEAR, Sheryl, Michael BERGER y Larry WRIGHT. 1979. "Even cowboys sing the blues: difficulties experienced by men trying to adopt non traditional sex roles and how clinicians can be helpful to them", en *Sex Roles* 5, pp. 191-198.

BEAUVOIR, Simone de. 1972 [1949]. *The Second Sex*. Harmondsworth, Penguin.

BELL, Alan P., Martin S. WEINBERG y Sue KIEFER HAMMERSMITH. 1981. *Sexual Preference: Its Development in Men and Women*. Bloomington, Indiana University Press.

BEM, Sandra L. 1974. "The measurement of psychological androgyny", en *Journal of Consulting and Clinical Psychology* 42, pp. 155-162.

BENGTSSON, Margot y Jonas FRYKMAN. 1988. *Om Maskulinitet: Mannen som Forskningsprojekt*. Estocolmo, Delegationen för Jämställdhetsforskning.

BERSANI, Leo. 1987, December. "Is the rectum a grave?", en *October*, pp. 197-222.

BETHAL, Marshall. 1985. "The mythic male: spectrum of masculinity", en *Colorado Institute of Transpersonal Psychology Journal* 2, pp. 9.

BIEBER, lrving *et al.* 1962. *Homosexuality: A Psychoanalytic Study*. Nueva York, Basic Books.

BIRRELL, Susan, y Cheryl L. COLE. 1990. "Double fault: Renee Richards and the construction and naturalization of difference", en *Sociology of Sport Journal* 7, pp. 1-21.

BITTMAN, Michael. 1991. *Juggling Time: How Australian Families Use Time*. Camberra, Commonwealth of Australia, Office of the Status of Women.

BLACHFORD, Gregg. 1981. "Male dominance and the gay world", en Kenneth Plummer (ed.), *The Making of the Modern Homosexual*, pp. 184-210. Londres, Hutchinson.

BLANCHARD, Ray. 1989. "The classification and labeling of non-homosexual gender dysphorias", en *Archives of Sexual Behavior* 18, pp. 315-334.

BLAUNER, Bob. 1989. *Black Lives, White Lives: Three Decades of Race Relations in America*. Berkeley, University of California Press.

BLEWETT, Mary H. 1990. "Masculinity and mobility: the dilemma of Lancashire weavers and spinners in late-nineteenth-century Fall River Massachusetts", en Mark C. Carnes y Clyde Griffen (eds.), *Meanings for Manhood: Constructions of Masculinity in Victorian America*, pp. 164-177. Chicago, University of Chicago Press.

BLOCH, Ruth H. 1978. "Untangling the roots of modern sex roles: a survey of four centuries of change", en *Signs* 4, pp. 237-252.

BLY, Robert. 1990. *Iron John: A Book About Men*. Reading, MA, Addison-Wesley.

BOEHM, Felix. 1930. "The femininity complex in men", en *International Journal of Psycho-Analysis* 11, pp. 444-469.

BOLIN, Anne. 1988. *In Search of Eve: Transsexual Rites of Passage*. South Hadley, MA, Bergin & Garvey.

BÖLL, Heinrich. 1973. *Group Portrait with Lady*. Nueva York, McGraw-Hill.

BOLTON, Ralph. 1979. "Machismo in motion: the ethos of Peruvian truckers", en *Ethos* 7, pp. 312-342.

BRANNON, Robert. 1976. "The male sex role: our culture's blueprint of manhood, and what it's done for us lately", en Deborah S., David y Robert Brannon (eds.), *The Forty-Nine Percent Majority: The Male Sex Role*, pp. 1-45. Reading, MA, Addison-Wesley.

BRAY, Alan. 1982. *Homosexuality in Renaissance England*. Londres, Gay Men's Press.

BRECHER, Jeremy, John BROWN CHILDS y Jill CUTLER (eds). 1993. *Global Visions: Beyond the New World Order*. Boston, South End Press.

Bristol Anti-Sexist Men's Conference. 1980. "A minimum self-definition of the anti-sexist men's movement", en *Achilles Heel* 2-3.

BRITTAN, Arthur. 1989. *Masculinity and Power*. Oxford, Blackwell.

BRYANT, Anita. 1977. *The Anita Bryant Story: The Survival of our Nation's Families and the Threat of Militant Homosexuality*. Old Tappan, NJ, Revell.

BRZOSKA, Georg, y Gerhard HAFNER. 1988. *Möglichkeiten und Perspektiven der Veränderung der Männer*. Bonn, BMJFFG.

BUCHBINDER, Howard, Varda BURSTYN, Dinah FORBES y Mercedes STEEDMAN. 1987. *Who's On Top? The Politics of Heterosexuality*. Toronto, Garamond Press.

BULBECK, Chilla. 1988. *One World Women's Movement*. Londres, Pluto Press.

BURGMANN, Meredith. 1980. "Revolution and machismo", en Elizabeth Windschuttle (ed.), *Women, Class and History*, Australia, Fontana.

CANAAN, Joyce E., y Christine GRIFFIN. 1990. "The new men's studies: part of the problem or part of the solution?", en Jeff Hearn y David Morgan (eds.), *Men, Masculinities and Social Theory*, pp. 206-214. Londres, Unwin Hyman.

CARNES, Mark C., y Clyde GRIFFEN (eds.). 1990. *Meanings for Manhood: Constructions of Masculinity in Victorian America*. Chicago, University of Chicago Press.

CARRIGAN, Tim, R. W. CONNELL y John LEE. 1985. "Toward a new sociology of masculinity". *Theory and Society* 14, pp. 551-604.

CASS, Vivienne C. 1990. "The implications of homosexual identity formation for the Kinsey model and scale of sexual preference". en D. P. McWhirter *et al.* (eds.), *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*, pp. 239-266. Nueva York, Oxford University Press.

CHAPKIS, Wendy. 1986. *Beauty Secrets: Women and the Politics of Appearance*. Boston, South End Press.

CHARLESWORTH, M., L. FARRALL, T. STOKES y D. TURNBULL. 1989. *Life Among the Scientists: An Anthropological Study of an Australian Scientific Community*. Melbourne, Oxford University Press.

CHESLER, Phyllis. 1978. *About Men*. Londres, Women's Press.

CHODOROW, Nancy. 1978. *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. Berkeley, University of California Press.

___ 1985. "Beyond drive theory: object relations and the limits of radical individualism", en *Theory and Society* 14, pp. 271-319.

CHRISTIE, Richard, y Marie JAHODA (eds.). 1954. *Studies in the Scope and Method of "The Authoritarian Personality"*. Glancoe, IL, Free Press.

CLAUSEWITZ, Carl von. 1976 [1832]. *On War*. Princeton, Princeton University Press.

CLIFFORD, James, y George E. MARCUS (eds.). 1986. *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley, University of California Press.

CLOVER, Carol J. 1992. *Men, Women, and Chain Saws: Gender in the Modern Horror Film*. Princeton, Princeton University Press.

COCKBURN, Cynthia. 1983. *Brothers: Male Dominance and Technological Change*. Londres, Pluto Press.

___ 1985. *Machinery of Dominance: Women, Men, and Technological Know-How*. Londres, Pluto Press.

___ 1991. *In the Way of Women: Men's Resistance to Sex Equality in Organizations*. Londres, Macmillan.

COLE, Edwin Louis. 1974. *Maximized Manhood: A Guide to Family Survival*. Springdale, PA, Whitaker House.

COLLINSON, David, David KNIGHTS y Margaret COLLINSON. 1990. *Managing to Discriminate*. Londres, Routledge.

COMER, Lee. 1974. *Wedlocked Women*. Leeds, Feminist Books.

CONGDON, Kirby. 1975. *Chain Drive*. Llanfynydd: Unicorn.

CONNELL, R. W. 1979. "The concept of role and what to do with it", en *Australian and New Zealand Journal of Sociology* 15, pp. 7-17.

___ 1982. "Class, patriarchy, and Sartre's theory of practice", en *Theory and Society* 11, pp. 305-320.

___ 1983. *Which Way is Up? Essays on Sex, Class and Culture*. Sidney, Allen & Unwin.

___ 1985. "Masculinity, violence and war", en Paul Patton y Ross Poole (eds.), *War/Masculinity*, pp. 4-10. Sidney, Intervention.

___ 1987. *Gender and Power: Society, the Person and Sexual Politics*. Cambridge, Polity Press.

___ 1989. "Cool guys, swots and wimps: the interplay of masculinity and education", en *Oxford Review of Education* 15, pp. 291-303.

___ 1990. "The state, gender, and sexual politics: theory and appraisal", en *Therny and Society* 19, pp. 507-544.

___ 1992. "Drumming up the wrong tree", en *Tikkun* 7, 31-36.

___ 1993. *Schools and Social Justice*. Filadelfia: Temple University Press.

___ 1994. "Transformative labour: theorizing the politics of teachers' work", en Mark B. Ginsburg (ed.), *The Politics of Educators' Work and Lives*. Nueva York, Garland.

CONNELL, R. W., M. DAVIS y G. W. DOWSETT. 1993. "A bastard of a life: homosexual desire and practice among men in working-class milieux", en *Australian and New Zealand Journal of Sociology* 29, pp. 112-135.

CONNELL, R. W., y G. W. DOWSETT (eds.). 1992. *Rethinking Sex: Social Theory and Sexuality Research*. Melbourne, Melbourne University Press.

CONNELL, R. W., y T. H. IRVING. 1992. *Class Structure in Australian History*. Melbourne, Longman Cheshire.

CONNELL, R. W., y Susan KIPPAX. 1990. "Sexuality in the AIDS crisis: patterns of sexual practice and pleasure in a sample of Australian gay and bisexual men", en *Journal of Sex Research* 27, pp. 167-198.

CONSTANTINOPLE, Anne. 1973. "Masculinity-femininity: an exception to a famous dictum?", en *Psychological Bulletin* 80, pp. 389-407.

CORMAN, June, Meg LUXTON, David LIVINGSTONE aud Wally SECCOMBE. 1993. *Recasting Steel Labour: The Stelco Story*. Halifax, Fernwood.

COULSON, Margaret A. 1972. "Role: a redundant concept in sociology? Some educational considerations", en J. A. Jackson (ed.), *Role*, pp. 107-128. Cambridge, Cambridge University Press.

CRAIB, Ian. 1987. "Masculinity and male dominance". *Sociological Review* 34, pp. 721-743.

CRAIG, Steve (ed.). 1992. *Men, Masculinity and the Media*. Newbury Park, CA, Sage.

CRANE, Stephen. 1975 [1895]. *The Red Badge of Courage*. Charlottesville, University Press of Virginia.

CUMMINGS, Katherine. 1992. *Katherine's Diary: The Story of a Transsexual*. Melbourne, Heinemann.

CUNNEEN, Chris, y Rob LYNCH. 1988. "The social-historical roots of conflict in riots at the Bathurst bike races", en *Australian and New Zealand Journal of Sociology* 24, pp. 5-31.

CURRY, Timothy John. "A little pain never hurt anyone: athletic career socialization and the normalization of sport injury". *Gregoty Stone Symposium*, Las Vegas, 9 de febrero de 1992.

CURTHOYS, Ann. 1988. *For and Against Feminism: A Personal Journey into Feminist Theory and History*. Sidney, Allen & Unwin.

DALLA COSTA, Mariarosa, y Selma JAMES. 1972. *The Power of Women and the Subversion of the Community*. Bristol, Falling Wall Press.

DANSKY, Steven, John KNOEBEL y Kenneth PITCHFORD. 1977. "The effeminist manifesto". en Jon Snodgrass (ed.), *For Men Against Sexism*, pp. 116-120. Albion, CA, Times Change Press.

DAVIDOFF, Leonore, y Catherine HALL. 1987. *Family Fortunes: Men and Women of the English Middle Class*. Londres, Hutchinson.

DELEUZE, Gilles, y Felix GUATTARI. 1977. *Anti-Oedipus: Capitalism and Schizophrenia*. Nueva York, Viking.

D'EMILIO, John. 1983. *Sexual Politics, Sexual Communities: The Making of a Homosexual Minority in the United States 1940-1970*. Chicago, University of Chicago Press.

D'EMILIO, John, y Estelle B. FREEDMAN. 1988. *Intimate Matters: A History of Sexuality in America*. Nueva York, Harper & Row.

DESMOND, Adrian, y James MOORE. 1992. *Darwin*. Harmondsworth, Penguin.

DEVOR, Holly. 1989. *Gender Blending: Confronting the Limits of Duality*. Bloomington e Indianapolis, Indiana University Press.

DINNERSTEIN, Dorothy. 1976. *The Mermaid and the Minotaur: Sexual Arrangements and Human Malaise*. Nueva York, Harper & Row.

DOBASH, R. Emerson y Russell P. DOBASH. 1992. *Women, Violence and Social Change*. Londres, Routledge.

DOLTO, Françoise. 1974. *Dominique: Analysis of an Adolescent*. Londres, Sonvenir Press.

DONALDSON, Mike. 1991. *Time of our Lives: Labour and Love in the Working Class*. Sidney, Allen & Unwin.

___ 1993. "What is hegemonic masculinity?", en *Theory and Society* 22, pp. 643-657.

DULL, Diana, y Candace WEST. 1991. "Accounting for cosmetic surgery: the accomplishment of gender", en *Social Problems* 38, pp. 54-70.

DUNCAN, Margaret Carlisle, Michael A. MESSNER, Linda WILLIAMS y Kerry JENSEN. 1990. *Gender Stereotyping in Televised Sports*. Los Angeles, Amateur Athletic Foundation of Los Angeles.

DUPUY, T. N. 1977. *A Genius for War: The German Army and General Staff 1807-1945*. Londres, Macdonald & Jane's.

EAGLY, Alice H. 1987. *Sex Differences in Social Behavior: A Social-Role Interpretation*. Hillsdale, NJ, Lawrence Erlbaum.

EASLEA, Brian. 1981. *Science and Sexual Oppression: Patriarchy's Confrontation with Woman and Nature*. Londres, Weidenfeld & Nicolson.

___ 1983. *Fathering the Unthinkable: Masculinity, Scientists and the Nuclear Arms Race*. Londres, Pluto Press.

EASTHOPE, Anthony. 1986. *What a Man's Gotta Do: The Masculine Myth in Popular Culture*. Londres, Paladin.

EDWARDS, Anne R. 1983. "Sex roles: a problem for sociology and for women", en *Australian and New Zealand Journal of Sociology* 19, pp. 385-412.

EHRENREICH, Barbara. 1983. *The Hearts of Men: American Dreams and the Flight from Commitment*. Londres, Pluto Press.

ELLENBERGER, Henri F. 1970. *The Discovery of the Unconscious: The History and Evolution of Dynamic Psychiatry*. Nueva York, Basic Books.

ELLIOTT, Arthur J. 1992. *The Publican and the Priest*. Sidney, Artway Productions.

ELLIS, Albert. 1976. *Sex and the Liberated Man*. Secaucus, NJ, Lyle Stuart.

ELLMANN, Richard. 1987. *Oscar Wilde*. Londres, Hamish Hamilton.

ELSON, Diane (ed.). 1991. *Male Bias in the Development Process*. Manchester, Manchester University Press.

ENGELS, Friedrich. 1969 [1870]. Preface to "The Peasant War in Germany", en Karl Marx y Friedrich Engels, *Selected Works*, vol. 2, pp. 158-165, Moscú, Progress.

ENLOE, Cynthia. 1990. *Bananas, Beaches and Bases: Making Feminist Sense of International Politics*. Berkeley, University of California Press.

EPSTEIN, Cynthia Fuchs. 1988. *Deceptive Distinctions: Sex, Gender and the Social Order*. New Haven, Yale University Press.

EPSTEIN, Steven. 1987. "Gay politics, ethnic identity: the limits of social constructionism", en *Socialist Review*, pp. 9-54.

ERIKSON, Erik H. 1950. *Childhood and Society*. Londres, Imago.

___ 1951. "Sex differences in the play configurations of preadolescents", en *American Journal of Orthopsychiatry* 21, pp. 667-692.

___ 1968. *Identity, Youth and Crisis*. Nueva York, Norton.

FARRANT, Patricia, y Harry BROD (eds.). 1986. "Men's studies". Special Issue of *Journal of the National Association for Women Deans, Administrators and Counselors* 49, p. 4.

FARRELL, Warren. 1971-1972. "Male consciousness-raising, from a sociological and political perspective", en *Sociological Focus* 5, pp. 19-28.

___ 1974. *The Liberated Man, Beyond Masculinity: Freeing Men and their Relationships with Women*. Nueva York, Random House.

___ 1986. *Why Men Are the Way They Are: The Male-Female Dynamic*. Nueva York, McGraw-Hill.

___ 1993. *The Myth of Male Power: Why Men are the Disposable Sex*. Nueva York, Simon & Schuster.

FASTEAU, Marc Feigen. 1974. *The Male Machine*. Nueva York, McGraw-Hill.

FERNBACH, David. 1981. *The Spiral Path: A Gay Contribution to Human Survival*. Londres, Gay Men's Press.

FINE, Gary Alan. 1987. *With the Boys: Little League Baseball and Preadolescent Culture*. Chicago, University of Chicago Press.

FINE, Michelle. 1991. *Framing Dropouts: Notes on the Politics of an Urban Public High School*. Albania, State University of New York Press.

FOUCAULT, Michel. 1977. *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. Nueva York, Pantheon.

___ 1980a. *The History of Sexuality*, vol. 1, *An Introduction*. Nueva York, Vintage.

___ 1980b. *Introduction to Herculine Barbin: Being the Recently Discovered Memoirs of a Nineteenth-Century French Hermaphrodite*. Nueva York, Pantheon.

FRANK, Blye. 1993. "Straight/strait jackets for masculinity: educating for 'real' men", en *Atlantis* 18, pp. 47-59.

FRANZWAY, Suzanne, Dianne COURT y R. W. CONNELL. 1989. *Staking a Claim: Feminism, Bureaucraty and the State*. Sidney, Allen & Unwin; Cambridge, Polity Press.

FREUD, Sigmund. 1953 [1900]. *The Interpretation of Dreams. Complete Psychological Works, Standard Edition*, vols. 4-5. Londres, Hogarth.

___ 1953 [1905]. *Three Essays on the Theory of Sexuality. Complete Psychological Works, Standard Edition*, vol. 7. Londres, Hogarth.

___ 1955 [1909a]. *Analysis of a Phobia in a Five-Year-Old Boy. Complete Psychological Works, Standard Edition*, vol. 10, pp. 1-149. Londres, Hogarth.

___ 1955 [1909b]. *Notes Upon a Case of Obsessional Neurosis. Complete Psychological Works, Standard Edition*, vol. 10, pp. 151-249. Londres, Hogarth.

___ 1955 [1917]. *From the History of an Infantile Neurosis. Complete Psychological Works, Standard Edition*, vol. 17. Londres, Hogarth.

FREUD, Sigmund. 1961 [1930]. *Civilization and its Discontents. Complete Psychological Works, Standard Edition*, vol. 21. Londres, Hogarth.

FRIEDMAN, Richard C. 1988. *Male Homosexuality: A Contemporary Psychoanalytic Perspective*. New Haven, Yale University Press.

FROMM, Erich. 1942. *The Fear of Freedom*. Londres, Rontledge & Kegan Paul.

FUENTES, Annette, y Barbara EHRENREICH. 1983. *Women in the Global Factory*. Boston, South End Press.

FUSSELL, Paul. 1989. *Wartime: Understanding and Behavior in the Second World War*. Nueva York, Oxford University Press.

GALBRAITH, John K. 1967. *The New Industrial State*. Boston, Houghton Mifflin.

GAME, Anne, y Rosemary PRINGIE. 1979. "The making of the Australian family", en *Intervention* 12, pp. 63-83.

— 1983. *Gender at Work*, Sidney, Allen & Unwin.

GARBER, Marjorie. 1992. *Vested Interests: Cross-Dressing and Cultural Anxiety*. Nueva York, Routledge.

GARRISON, Dee. 1981. "Karen Horney and feminism", en *Signs* 6, pp. 672-691.

GERSCHICK, Thomas J., y Adam STEPHEN MILLER. 1993. "Coming to terms: masculinity and physical disability", en *American Sociological Association Annual Meeting*, Miami.

GIBSON, James William. 1994. *Warrior Dreams: Paramilitary Culture in Post-Vietnam America*. Nueva York, Hill & Wang.

GILDER, George. 1975. *Sexual Suicide*. Nueva York, Bantam.

GILDING, Michael. 1991. *The Making and Breaking of the Australian Family*. Sidney, Allen & Unwin.

GILMORE, David D. 1990. *Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity*. New Haven, Yale University Press.

GIROUX, Henry A. 1983. *Theory and Resistance in Education: A Pedagogy for the Opposition*. Nueva York, Bergin & Garvey.

GLASER, Barney G., y Anselm L. STRAUSS. 1967. *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*. Nueva York, Aldine.

GOLDBERG, Herb. 1976. *The Hazards of Being Male. Suiviving the Myth of Masculine Privilege*. Nueva York, Nash.

— 1988. *The Inner Male: Overcoming Roadblocks to Intimacy*. Nueva York, Signet.

GOLDBERG, Steven. 1993. *Why Men Rule: A Theory of Male Dominance*. Chicago, Open Court.

GOODE, William J. 1982. "Why men resist", en Barrie Thorne y Marilyn Yalom (eds.), *Rethinking the Family*, pp. 131-150. Nueva York, Longman.

GOULDNER, Alvin W. 1979. *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class*. Nueva York, Continuum.

GRANT, Judith, y Peta TANCRED. 1992. "A feminist perspective on state bureaucracy", en Albert J. Mills y Petia Tancred (eds.), *Gendering Organizational Analysis*, pp. 112-128. Newbury Park, CA, Sage.

GROSSBERG, Michael. 1990. "Institutionalizing masculinity: the law as a masculine profession", en Mark C. Carnes y Clyde Grifen (eds.) *Meaningsfor Manhood: Constructions of Masculinity in Victorian America*, pp. 133-151. Chicago, University of Chicago Press.

GROSZ, Elizabeth A. 1990. *Jacques Lacan: A Feminist Introduction*. Londres, Routledge.

GRUNEAN, Richard, y David WHITSON. 1993. *Hockey Night in Canada: Sport, Identities and Cultural Politics*. Toronto, Garamond Press.

HABERMAS, Jürgen. 1976. *Legitimation Crisis*. Londres, Heinemann.

HACKER, Helen Mayer. 1957. "The new burdens of masculiniry", en *Marriage and Family Living* 19, pp. 227-233.

HANISCH, Carol. 1975. "Men's liberation". en *Feminist Revolution*, pp. 60-64. Nueva York, Redstockings.

HANTOVER, Jeffrey P. 1978. "The boy scouts and the validation of masculinity", en *Journal of Social Issues* 34, pp. 184-195.

HARDING, Sandra. 1991. *Whose Science? Whose Knowledge? Thinking from Women's Lives*. Ithaca, NY, Cornell University Press.

HARRISON, James. 1978. "Warning: the male sex role may be dangerous to your health", en *Journal of Social Issues* 34, pp. 65-86.

HARTLEY, Ruth E. 1959. "Sex-role pressures and the socialization of the male child", en *Psychological Reports* 5, pp. 457-68.

HEARN, Jeff. 1987. *The Gender of Oppression: Men, Masculinity, and the Critique of Marxism*. Brighton, Wheatsheaf.

HEARN, Jeff, y David MORGAN (eds.). 1990. *Men, Masculinities and Social Theory*. Londres, Unwin Hyman.

HERDT, Gilbert H. 1981. *Guardians of the Flutes: Idioms of Masculinity*. Nueva York, McGraw-Hill.

___ (ed.). 1982. *Rituals of Manhood: Male Initiation in Papua New Guinea*. Berkeley, University of California Press.

___ (ed.). 1984. *Ritualized Homosexuality in Melanesia*. Berkeley, University of California Press.

___ (ed.). *Gay Culture in America: Essays from the Field*. Boston, Beacon Press.

HEREK, Gregory. 1986. "On Heterosexual masculinity: some psychical consequences of the social construction of gender and sexuality", en *American Behavioral Scientist* 29, pp. 563-577.

HERZFELD, Michael. 1985. *The Poetics of Manhood: Contest and Identity in a Cretan Mountain Village*. Princeton, Princeton University Press.

HEWARD, Christine. 1988. *Making a Man of Him: Parents and their Sons' Education at an English Public School 1929-1950*. Londres, Routledge.

HINSCH, Bret. 1990. *Passions of the Cut Sleeve: The Male Homosexual Tradition in China*. Berkeley, University of California Press.

HITE, Shere. 1981. *The Hite Report on Male Sexuality*. Nueva York, Knopf.

HOCH, Paul. 1979. *White Hero, Black Beast: Racism, Sexism and the Mask of Masculinity*. Londres, Pluto Press.

HOCQUENGHEM, Guy. 1978 [1972]. *Homosexual Desire*. Londres, Allison & Busby.

HOLLWAY, Wendy. 1984. "Gender difference and the production of subjectivity", en J. Henriques *et al.* (eds.), *Changing the Subject*, pp. 227-263. Londres, Methuen.

HOPPER, Columbus B., y Johnny MOORE. 1983. "Hell on wheels: the outlaw motorcycle gangs", en *Journal of American Culture* 6, pp. 58-64.

___ 1990. "Women in outlaw motorcycle gangs", en *Journal of Contemporary Ethnography* 18, pp. 363-387.

HORKHEIMER, Max (ed.). 1936. *Studien über Autorität und Familie*. París, Alcan.

HORNEY, Karen. 1932. "The dread of woman: observations on a specific difference in the dread felt by men and by women respectively for the opposite sex", en *International Journal of Psycho-analysis* 13, pp. 348-360.

HUMPHRIES, Martin. 1985. "Gay machismo", en Andy Metcalf y Martin Humphries (eds.), *The Sexuality of Men*, pp. 70-85. Londres, Pluto Press.

HUNT, Pauline. 1980. *Gender and Class Consciousness*. Londres, Macmillan.

HUTTON, D. (ed.). 1987. *Green Politics in Australia*. Sidney, Angus & Robertson.

IMPERATO-MCGINLEY, Julianne, Ralph E. PETERSON, Teofilo GAUTIER y Erasmo STURLA. 1979. "Androgens and the evolution of male-gender identity among male pseudohermaphrodites with 5-alpha-reductase deficiency", en *New England Journal of Medicine* 300, pp. 1233-1237.

Inner City Education Centre. 1985. *Boys Own: Boys, Sexism and Change*. Sidney, Inner City Education Centre.

IRIGARAY, Luce. 1985. *This Sex Which Is Not One*. Ithaca, NY, Cornell University Press.

JARDINE, Alice, y Paul SMITH (eds.). 1987. *Men in Feminism*. Nueva York, Methuen.

JAYAWARDENA, Chandra. 1963. *Conflict and Solidarity in a Guianese Plantation*. Londres, Athlone Press.

JEFFORDS, Susan. 1989. *The Remasculinization of America: Gender and the Vietnam War*. Bloomington, Indiana University Press.

JONES, Ernest, ed. 1924. *Social Aspects of Psycho-Analysis*. Londres, Williams & Norgate.

JUNG, Carl G. 1953 [1928]. "The relations between the ego and the unconscious", en *Collected Works*, vol. 7, *Two Essays on Analytical Psychology*. Londres, Routledge & Kegan Paul.

___ 1982. *Aspects of the Feminine*. Princeton, Princeton University Press.

KATES, Gary. 1991. "D'Eon returns to France: gender and power in 1777",

en Julia Epstein y Kristina Straub (eds.), *Body Guards: The Cultural Politics of Gender Ambiguity*, pp. 167-191. Nueva York, Routledge.

KAUFMAN, Jack, y Richard L. TIMMERS. 1983. "Searching for the hairy man", en *Social Work with Groups* 6, pp. 163-175.

KAUFMAN, Michael. 1993. *Cracking the Armour: Power, Pain and the Lives of Men*. Toronto, Viking.

KEEN, Sam. 1991. *Fire in the Belly: On Being a Man*. Nueva York, Bantam.

KELLER, Evelyn Fox. 1985. *Reflections on Gender and Science*. New Haven, Yale University Press.

KEMPER, Theodore D. 1990. *Social Structure and Testosterone: Explorations of the Socio-bio-social Chain*. New Brunswick, NJ, Rutgers University Press.

KESSLER, S., D. J. ASHENDEN, R. W. CONNELL y G. W. DOWSETT. 1985. "Gender relations in secondary schooling", en *Sociology of Education* 58, pp. 34-48.

KESSLER, Suzanne J., y Wendy MCKENNA. 1978. *Gender: An Ethnomethodological Approach*. Nueva York, Wiley.

KIERNAN, V. G. 1988. *The Duel in European History: Honour and the Reign of Aristocracy*. Oxford, Oxford University Press.

KIM, Paul S. 1988. *Japan's Civil Service System: Its Strutcture, Personnel and Politics*. Nueva York, Greenwood Press.

KIMMEL, Michael S. 1987. "Rethinking 'masculinity': new directions in research", en Michael S. Kimmel (ed.), *Changing Men: New Directions in Research on Men and Masculinity*, pp. 9-24. Newbury Park, CA, Sage.

KIMMEL, Michael S., y Thomas E. MOSMILLER (eds.). 1992. *Against the Tide: Pro-Feminist Men in the United States, 1776-1990, a Documentary History*. Boston, Beacon Press.

KING, Dave. 1981. "Gender confusions: psychological and psychiatric conceptions of transvestism and transsexualism", en Kenneth Plummer (ed.), *The Making of the Modern Homosexual*, pp. 155-183. Londres, Hutchinson.

KINMONTH, Earl H. 1981. *The Self-Made Man in Meiji Japanese Thought: From Samurai to Salary Man*. Berkeley, University of California Press.

KINSEY, Alfred C., Wardell B. POMEROY y Clyde E. MARTIN. 1948. *Sexual Behavior in the Human Male*. Filadelfia, Saunders.

KINSMAN, Gary. 1987. *The Regulation of Desire: Sexuality in Canada*. Montreal, Black Rose Books.

KIPPAX, Susan, R. W. CONNELL, G. W. DOWSETT y June CRAWFORD. 1993. *Sustaining Safe Sex: Gay Communities Respond to AIDS*. Londres, Falmer Press.

KIRK, Kris, y Ed HEATH. 1984. *Men in Frocks*. Londres, GMP.

KLEIN, Alan M. 1993. *Little Big Men: Bodybuilding Subculture and Gender Construction*. Albania, State University of New York Press.

KLEIN, Melanie. 1928. "Early stages of the Oedipus conflict", en *International Jaurnal of Psycho-Analysis* 9, pp. 167-180.

KNAUSS, Peter R. 1987. *The Persistence of Patriarchy: Class, Gender and Ideology in Twentieth Century Algeria*. Nueva York, Praeger.

KOMAROVSKY, Mirra. 1964. *Blue Collar Marriage*. Nueva York, Vintage.

_ 1973. "Cultural Contradictions and sex roles: the masculine case", en *American Journal of Sociology* 78, pp. 873-884.

KOSÍK, Karel. 1976. *Dialectics of the Concrete: A Study on Problems of Man and the World*. Dordrecht, D. Reidel.

KRAFFT-EBING, R. von. 1965 [1886]. *Psychopathia Sexualis*. Nueva York, Paperback Library.

KRISTEVA, Julia. 1984. *Revolution in Poetic Language*. Nueva York, Columbia University Press.

LAING, R. D. 1960. *The Divided Self: An Existential Study in Sanity and Madness*. Londres, Tavistock.

_ 1961. *Self and Others*. Londres, Tavistock.

LAING, R. D., y A. ESTERSON. 1964. *Sanity, Madness and the Family: Families of Schizophrenics*. Londres, Tavistock.

LAKATOS, Imre. 1970. "Falsification and the methodology of scientific research programmes", en Imre Lakatos y Alan Musgrave (eds.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, pp. 91-196. Cambridge, Cambridge University Press.

LAPLANCHE, J., y J. B. PONTALIS. 1973. *The Language of Psycho-Analysis*. Nueva York, Norton.

LAQUEUR, Thomas W. 1990. *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*. Cambridge, MA, Harvard University Press.

LAS CASAS, Bartolomé de. 1992 [1552]. *The Devastation of the Iudies: A Brief Account*. Baltimore, Johns Hopkins University Press.

LEDDY, Edward F. 1987. *Magnum Force Lobby: The National Rifle Association Fights Gun Control*. Lanham, MD, University Press of America.

LE GUIN, Ursula. 1973. *The Left Hand of Darkness*. Londres, Panther.

LENNEY, Ellen. 1979. "Androgyny: some audacious assertions towards its coming of age", en *Sex Roles* 5, pp. 703-719.

LEWES, Kenneth. 1988. *The Psychoanalytic Theory of Male Homosexuality*. Nueva York, Simon & Schuster.

LICHTERMAN, Paul. 1989. "Making a politics of masculinity", en *Comparative Social Research* 11, pp. 185-208.

LIVINGSTONE, David W., y Meg LUXTON. 1989. "Gender consciousness at work: modification of the male breadwinner norm among steelwork-

ers and their spouses", en *Canadian Review of Sociology and Anthropology* 26, pp. 240-275.

LYNCH, Frederick R. 1992. "Nonghetto gays: an ethnography of suburban homosexuals", en Gilbert H. Herdt (ed.), *Cay Culture in America*, pp. 165-201. Boston, Beacon Press.

LYON, Harold C. Jr. 1977. *Tenderness is Strength*. Nueva York, Harper & Row.

LYOTARD, Jean-François. 1984. *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*. Minneapolis, University of Minnesota Press.

MCCALL, Michal M., y Judith WITTNER. 1990. "The good news about life history", en Howard S. Becker y Michal M. McCall (eds.), *Symbolic Interaction and Cultural Studies*, pp. 46-89. Chicago, University of Chicago Press.

MACCOBY, Eleanor Emmons, y Carol NAGY JACKLIN. 1975. *The Psychology of Sex Differences*. Stanford, CA, Stanford University Press.

MCCUDDEN, James T. B. 1973 [¿1918?]. *Flying Fury: Five Years in the Royal Flying Corps*. Folkestone, Bailey Brothers & Swinfen.

MACKENZIE, John M. 1987. "The imperial pioneer and hunter and the British masculine stereotype in late Victorian and Edwardian times", en J. A. Mangan y James Walvin (eds.), *Manliness and Morality: Middle-Class Masculinity in Britain and America, 1800-1940*, pp. 176-198. Manchester, Manchester University Press.

MACKINNON, Catharine A. 1989. *Toward a Feminist Theory of the State*. Cambridge, MA, Harvard University Press.

MCMAHON, Anthony. 1993. "Male readings of feminist theory: the psychologization of sexual politics in the masculinity literature", en *Theory and Society* 22, pp. 675-695.

MCMASTER, David. 1991. "One does not stir without the 'other': homophobia, masculinity and intention". BA Honours Research Essay. Sidney, Macquarie University, Sociology Discipline.

MAJORS, Richard G., y Jacob U. GORDON. 1994. *The American Black Male: His Present Status and his Future*. Chicago, Nelson-Hall.

MALINOWSKI, Bronislaw. 1927. *Sex and Repression in Savage Society*. Londres, Routledge & Kegan Paul.

___ 1932. *The Sexual Life of Savages in North-Western Melanesia*. Londres, Routledge & Kegan Paul.

MANGAN, J. A., y James WALVIN (eds.) 1987. *Manliness and Morality: Middle-Class Masculinity in Britain and America, 1800-1940*. Manchester, Manchester University Press.

MANN, Jonathan M., Daniel J. M. TARANTOLA y Thomas W. NETTER (eds.). 1992. *AIDS in the World*. Cambridge, MA, Harvard University Press.

MANNHEIM, Karl. 1985 [1929]. *Ideology and Utopia: An Introduction to the Sociology of Knowledge*. San Diego, Harcourt Brace Jovanovich.

MANVEL, Roger, y Heinrich FRAENKEL. 1960. *Doctor Goebbels: His Lift and Death*. Londres, Heinemann.

MARCUSE, Herbert. 1955. *Eros and Civilization: A Philosophical Inquiry into Freud*. Boston, Beacon Press.

MARSH, Margaret. 1990. "Suburban men and masculine domesticity, 1870-1915", en Mark C. Carnes y Clyde Grifen (eds.), *Meanings for Manhood: Constructions of Masculinity in Victorian America*, pp. 111-127. Chicago, University of Chicago Press.

MARX, Karl. 1969 [1849]. "Wage labour and capital", en Karl Marx y Frederick Engels, *Selected Works*, vol. 1, pp. 142-174. Moscú, Progress.

MAY, Robert. 1980. *Sex and Fantasy: Patterns of Male and Female Development*. Nueva York, Norton.

1986. "Concerning a psychoanalytic view of maleness", en *Psychoanalytic Review* 73, pp. 579-597.

MEAD, Margaret. 1950. *Male and Female: A Study of the Sexes in a Changing World*. Londres, Gollancz.

1963 [1935]. *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*. Nueva York, William Morrow.

MELLEN, Joan. 1978. *Big Bad Wolves: Masculinity in the American Film*. Londres, Elm Tree Books.

MESSERSCHMIDT, James W. 1993. *Masculinities and Crime: Critique and Reconceptualization of Theory*. Lanham, MD, Rowman & Littlefield.

MESSNER, Michael A. 1992. *Power at Play: Sports and the Problem of Masculinity*. Boston, Beacon Press.

MESSNER, Michael A., y Don SABO (eds.). 1990. *Sport, Men and the Gender Order: Critical Feminist Perspectives*. Champaign, IL, Human Kinetics Books.

METCALFE, Andrew W. 1988. *For Freedom and Dignity: Historical Agency and Class Structures in the Coalfields of NSW*. Sidney, Alen & Unwin.

MIELI, Mario. 1980 [1977]. *Homosexuality and Liberation: Elements of a Gay Critique*. Londres, Gay Men's Press.

MIES, Maria. 1986. *Patriarchy and Accumulation on a World Scale: Women in the International Division of Labour*. Londres, Zed Books.

MILLER, Russell. 1984. *Bunny: The Real Story of Playboy*. Londres, Michael Joseph.

MILLOT, Catherine. 1990. *Horsexe: Essay on Transsexuality*. Brooklyn, Autonomedia.

MITCHELL, Juliet. 1971. *Woman's Estate*. Harmondsworth, Penguin.

1975. *Psychoanalysis and Feminism*. Nueva York, Vintage.

MODJESKA, Nicholas. 1990. "The Duna PALENA NANE and the sociology

of bachelor cults". Macquarie University School of Behavionral Sciences.

MORGAN, Robin (ed.). 1970. *Sisterhood is Powerful*. Nueva York, Vintage.

MORIN, Jack. 1986. *Anal Pleasure and Health: A Guide for Men and Women*. Burlingame, CA, Yes Press.

National Committee on Violence Against Women. 1992. *The National Strategy on Violence Against Women*. Camberra, Australian Government Publishing Service.

NATTRASS, Nicoli. 1992. *Profits and Wages: The South African Economic Challenge*. Harmondsworth, Penguin.

NICHOLS, Jack. 1975. *Men's Liberation: A New Definition of Masculinity*. Nueva York, Penguin.

NICHOLSON, Linda J. (ed.). 1990. *Feminism/Postmodernism*. Nueva York, Routledge.

NYE, Robert A. 1993. *Masculinity and Male Codes of Honor in Modern France*. Nueva York, Oxford University Press.

O'CONNOR, James. 1987. *The Meaning of Crisis: A Theoretical Introduction*. Oxford, Blackwell.

OETOMO, Dede. 1990. "Patterns of bisexuality in Indonesia". Universitas Airlangga, Faculty of Social and Political Sciences.

ORLOW, Dietrich. 1969, 1973. *The History of the Nazi Party*, 2 vol. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.

ORTUER, Sherry B. 1981. "Gender and sexuality in hierarchical societies: the case of Polynesia and some comparative implications", en S. B. Ortner y H. Whitehead (eds.), *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Sexuality*, pp. 360-409. Cambridge, Cambridge University Press.

PANKEJEFF, Sergius. 1971. *The Wolf-Man, By the Wolf-Man*. Nueva York, Basic Books.

PARKER, Richard. 1985. "Masculinity, femininity, and homosexuality: on the anthropological interpretation of sexual meanings in Brazil", en *Journal of Homosexuality* 11, pp. 155-163.

PARSONS, Anne. 1964. "Is the Oedipus complex universal? The Jones-Malinowski debate revisited and a South Italian "nuclear complex'", en *The Psychoanalytic Study of Society* 3, pp. 278-326.

PARSONS, Talcott, y Robert F. BALES. 1956. *Family, Socialization and interaction Process*. Londres, Routledge & Kegan Paul.

PATTON, Paul, y Ross POOLE (eds.). 1985. *War/Masculinity*. Sidney, Intervention Publications.

PEARLMAN, Cynthia L. 1984. "Machismo, Marianismo and change in indigenous Mexico: a case study from Oaxaca", en *Quarterly Journal of Ideology* 8, pp. 53-59.

PERKINS, Roberta. 1983. *The 'Drag Queen' Scene: Transsexuals in King's Cross*. Sidney, Allen & Unwin.

PHILLIPS, J. O. C. 1980. "Mummy's boys: Pakeha men and male culture in New Zealand", en Phillida Bunkle y Beryl Hughes (eds.), *Women in New Zealand Society*, pp. 217-243. Allen & Unwin.

— 1984. "Rugby, war and the mythology of the New Zealand male", en *New Zealand Journal of History* 18, pp. 83-103.

— 1987. *A Man's Country? The Image of the Pakeha Male, A History*. Auckland, Penguin.

PIERCY, Marge. 1976. *Woman on the Edge of Time*. Nueva York, Knopf.

PLECK, Elizabeth H., y Joseph H. PLECK (eds.). 1980. *The American Man*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall.

PLECK, Joseph H. 1976. "The male sex role: definitions, problems, and sources of change", en *Journal of Social Issues* 32, pp. 155-164.

— 1977. "Men's power with women, other men, and society: a men's movement analysis", en D. Hiller y R. Sheets (eds.), *Women and Men: The Consequences of Power*, Cincinnati, University of Cincinnati, Office of Women's Studies.

— 1981. *The Myth of Masculinity*. Cambridge, MA, MIT Press.

PLECK, Joseph H., y Jack SAWYER (eds.). 1974. *Men and Masculinity*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall.

PLUMMER, Ken. 1983. *Documents of Life: An Introduction to the Problems and Literature of a Humanistic Method*. Londres, Allen & Unwin.

POOLE, Ross. 1991. *Morality and Modernity*. Londres, Routledge.

PRINGLE, Rosemary. 1992. "Absolute sex? Unpacking the sexuality/gender relationship", en R. W. Connell y G. W. Dowsett (eds.), *Rethinking Sex: Social Theory and Sexuality Research*, pp. 76-101. Melbourne, Melbourne University Press.

PTACEK, James. 1988. "Why do men batter their wives?", en Kersti Yllö y Michele Bograd (eds.), *Feminist Perspectives on Wife Abuse*, pp. 133-157. Newbury Park, CA, Sage.

PUSEY, Michael. 1991. *Economic Rationalism in Canberra: A Nation-Building State Changes its Mind*. Londres, Cambridge University Press.

RAYMOND, Janice G. 1979. *The Transsexual Empire*. Boston, Beacon Press.

REICH, Wilhelm. 1970 [1933]. *The Mass Psychology of Fascism*. Nueva York, Farrar, Strauss & Giroux.

— 1972. *Sex-pol: Essays, 1929-1934*. Nueva York, Vintage.

REIK, Theodor. 1967 [1957]. *Of Love and Lust: On the Psychoanalysis of Romantic and Sexual Emotions*. Nueva York, Farrar, Strauss.

REMARQUE, Erich Maria. 1929. *All Quiet on the Western Front*. Boston, Little, Brown & Co.

RHODE, Deborah L. (ed.). 1990. *Theoretical Perspectives on Sexual Difference*. New Haven, Yale University Press.

RICH, Adrienne. 1980. "Compulsory heterosexuality and lesbian existence", en *Signs* 5, pp. 631-660.

RIESMAN, David. 1952. *Faces in the Crowd: Individual Studies in Character and Politics*. New Haven, Yale University Press.

ROBINS, David. 1984. *We Hate Humans*. Harmondsworth, Penguin.

ROPER, Michael, y John TOSH (eds.). 1991. *Manful Assertions: Masculinities in Britain since 1800*. Londres, Routledge.

ROSE, Sonya O. 1992. *Limited Livelihoods: Gender and Class in Nineteenth-Century England*. Berkeley, University of California Press.

ROSE, Steven, Leon J. KAMIN y R. C. LEWONTIN. 1984. *Not in our Genes: Biology, Ideology and Human Nature*. Harmondsworth, Penguin.

ROSENBERG, Rosalind. 1982. *Beyond Separate Spheres: The Intellectual Roots of Modern Feminism*. New Haven, Yale University Press.

ROSSI, Alice S. 1985. "Gender and parenthood", en Alice S. Rossi (ed.), *Gender and the Life Course*, pp. 161-191. Nueva York, Aldine.

ROSZAK, Theodore. 1986. *The Cult of Information: The Folklore of Computers and the True Art of Thinking*. Nueva York, Pantheon.

ROTUNDO, E. Anthony. 1993. *American Manhood: Transformations of Masculinity from the Revolution to the Modern Era*. Nueva York, Basic Books.

ROUDINESCO, Elisabeth. 1990. *Jacques Lacan & Co.: A Histoiy of Psychoanalysis in France, 1925-1985*. Chicago, University of Chicago Press.

ROWAN, John. 1987. *The Horned God: Feminism and Men as Wounding and Healing*. Londres, Routledge & Kegan Paul.

ROWBOTHAM, Sheila, Lynne SEGAL y Hilary WAINWRIGHT. 1979. *Beyond the Fragments: Feminism and the Making of Socialism*. Londres, Islington Community Press.

RUBIN, Gayle. 1975. "The traffic in women: notes on the 'political economy' of sex", en Rayna R. Reiter (ed.), *Toward an Anthropology of Women*, pp. 157-210. Nueva York, Monthly Review Press.

RUBIN, Lillian B. 1976. *Worlds of Pain: Life in the Working-Class Family*. Nueva York, Basic Books.

RUSSELL, Diana E. H. 1982. *Rape in Marriage*. Nueva York, Macmillan.

SACO, Diana. 1992. "Masculinity as signs: poststructuralist feminist approaches to the study of gender", en Steve Craig (ed.), *Men, Masculinity and the Media*, pp. 23-39. Newbury Park, CA, Sage.

SADE, Donatien Alphonse-Françoise, Marqués de. 1966 [1785]. *The 120 Days of Sodom, and Other Writings*. Nueva York, Grove Press.

SARGENT, Dave. 1983. "Reformulating (homo) sexual politics", Judith Allen y Paul Patton (eds.), *Beyond Marxism*, pp. 163-182. Sidney, Intervention.

SARTRE, Jean Paul. 1958 [1943]. *Being and Nothingness: An Essay on Phenomenological Ontology*. Londres, Methuen.

___ 1968 [1960]. *Search for a Method*. Nueva York, Vintage.

___ 1976 [1960]. *Critique of Dialectical Reason, I: Theory of Practical Ensembles*. Londres, NLB.

SCHIEFFELIN, E. L. 1982. "The Bau A ceremonial hunting lodge: an alternative to initiation", en Gilbert H. Herdt (ed.), *Rituals of Manhood: Male Initiation in Papua New Guinea*, pp. 155-200. Berkeley, University of California Press.

SCHOFIELD, Michael. 1965. *The Sexual Behavior of Young People*. Boston, Little, Brown & Co.

Schools Commission. 1975. *Girls, School and Society*. Camberra, Schools Commission.

SECCOMBE, Wally. 1986. "Patriarchy stabilized: the construction of the male breadwinner wage norm in nineteenth-century Britain", en *Social History* 2, pp. 53-75.

SEGAL, Lynne. 1987. *Is the Future Female? Troubled Thoughts on Contemporary Feminism*. Londres, Virago.

___ 1990. *Slow Motion: Changing Masculinities, Changing Men*. Londres, Virago.

___ (ed.). 1983. *What Is To Be Done About the Family?* Londres, Penguin Books & Socialist Society.

SEGAL, Lynne, y Mary MCINTOSH (eds.). 1993. *Sex Exposed: Sexuality and the Pornography Debate*. New Brunswick, NJ, Rutgers University Press.

SEIDLER, Victor J. 1989. *Rediscovering Masculinity: Reason, Language and Sexuality*. Londres, Routledge.

___ (ed.) 1991. *Achilles Heel Reader: Men, Sexual Politics and Socialism*. Londres, Routledge.

SENNETT, Richard, y Jonathan COBB. 1973. *The Hidden Injuries of Class*. Nueva York, Vintage.

SHARP, Geoff. 1983. "Intellectuals in transition", en *Arena* 65, pp. 84-95.

SHOSTAK, Arthur B. 1977. "The women's liberation movement and its various impacts on American men", en *Journal of Sociology and Social Welfare* 4, pp. 897-907.

SILVERBERG, Robert Allen. 1984. "Requiem for Superman: men in psychotherapy", en *Arete* 9, pp. 21-35.

SILVERMAN, Martin. 1986. "The male superego", en *Psychoanalytic Review* 73, pp. 427-444.

SIMPSON, Amelia. 1993. *Xuxa: The Mega-Marketing of Gender, Race and Modernity*. Filadelfia, Temple University Press.

SINHA, Mrinalini. 1987. "Gender and imperialism: colonial policy and the ideology of moral imperialism in late nineteenth-century Bengal", en Michael S. Kimmel (ed.), *Changing Men: New Directions in Research on Men and Masculinity*, pp. 217-231. Newbury Park, CA, Sage.

SMITH, Joan. 1989. *Misogynies*. Londres, Faber & Faber.

SMITH, Margaret, y David CROSSLEY. 1975. *The Way Out*. Melbourne, Lansdowne Press.

SNODGRASS, Jon (ed.). 1977. *For Men Against Sexism: A Book of Readings*. Albion, CA, Times Change Press.

SOLOMON, Kenneth, y Norman B. LEVY (eds.). 1982. *Men in Transition: Theory and Therapy*. Nueva York, Plenum Press.

STACEY, Judith. 1990. *Brave New Families: Stories of Domestic Upheaval in Late Twentieth Century America*. Nueva York, Basic Books.

STACEY, Judith, y Barrie THORNE. 1985. "The missing feminist revolution in sociology", en SOCIAL PROBLEMS 32, pp. 301-316.

STAPLES, Robert. 1982. *Black Masculinity: The Black Male's Role in American Society*. San Francisco, Black Scholar Press.

STEARNS, Peter N. 1979. *Be a Man! Males in Modern Society*. Nueva York, Holmes & Meier.

STEDMAN JONES, Gareth. 1971. *Outcast London: A Study in the Relationship between Classes in Victorian Society*. Oxford, Clarendon Press.

STEIN, Howard F. 1984. "Sittin' tight and bustin' loose: contradiction and confiict in mid-western masculinity and the psycho-history of America", en *Journal of Psychohistory* 11, pp. 501-512.

STEPANSKY, Paul E. 1983. *In Freud's Shadow: Adler in Context*. Hillsdale, NJ, Analytic Press & Lawrence Erlbaum.

STOLLER, Robert J. 1968. *Sex and Gender: On the Development of Masculinity and Femininity*. Nueva York, Science House.

___ 1976. *Sex and Gender*, vol. 2, *The Transsexual Experiment*. Nueva York, Jason Aronson.

STOLLER, Robert J., y Gilbert H. HERDT. 1982. "The development of masculinity: a cross-cultural contribution", en *American Psychoanalytical Association Journal* 30, pp. 29-59.

STOLTENBERG, John. 1990. *Refusing to Be a Man*. Londres, Fontana.

STRATHERN, Marilyn. 1978. "The achievement of sex: paradoxes in Hagen gender-thinking", en E. Schwimmer (ed.), *The Yearbook of Symbolic Anthropology*, pp. 171-202. Londres, Hurst.

___ 1981. "Self-interest and the social good: some implications of Hagen gender imagery", en S. B. Ortner y H. Whitehead (eds.), *Sexual Mean-*

ings: The Cultural Construction of Gender and Sexuality, pp. 166-169. Cambridge, Cambridge University Press.

___ 1991. *Partial Connections*. Savage, MD, Rowman & Littlefield.

SULLIVAN, Edmund V. 1984. *A Critical Psychology: Interpretation of the Personal World*. Nueva York, Plenum.

TACEY, David J. 1990. "Reconstructing masculinity: a post-Jungian response to contemporary men's issues". *Meanjin* 49, pp. 781-792.

TAYLOR, Debbie. 1985. "Women, an analysis", en *Women, A World Report*, pp. 1-98. New Internationalist. Londres, Methuen.

THEBERGE, Nancy. 1991. "Reflections on the body in the sociology of sport", en *Quest* 43, pp. 123-134.

THEWELEIT, Klaus. 1987. *Male Fantasies*. Cambridge, Polity Press.

THOMAS, William I., y Florian ZNANIECKI. 1927. *The Polish Peasant in Europe and America*. Nueva York, Knopf.

THOMPSON, Keith (ed.). 1991. *To Be a Man: In Search of the Deep Masculine*. Los Angeles, Tarcher/Perigee.

THOMPSON, Mark (ed.) 1991. *Leatherfolk: Radical Sex, People, Politics, and Practice*. Boston, Alyson Publications.

THORNE, Barrie. 1993. *Gender Play: Girls and Boys in School*. New Brunswick, Rutgers University Press.

TIEFER, Leonore. 1986. "In pursuit of the perfect penis", en *American Behavioral Scientist* 29, pp. 579-599.

TIGER, Lionel. 1969. *Men in Groups*. Nueva York, Random House.

TIGER, Lionel, y Robin FOX. 1971. *The Imperial Animal*. Nueva York, Holt, Rinehart & Winston.

TOLSON, Andrew. 1977. *The Limits of Masculinity*. Londres, Tavistock.

TROIDEN, Richard R. 1989. "The formation of homosexual identities", en *Journal of Homosexuality* 17, pp. 43-73.

TRUMBACH, Randolph. 1991. "London's Sapphists: from three sexes to four genders in the making of modern culture", en Julia Epstein y Kristina Straub (eds.), *Body Guards: The Cultural Politics of Gender Ambiguity*, pp. 112-141. Nueva York, Routledge.

TURNER, Bryan S. 1984. *The Body and Society*. Oxford, Blackwell.

TURNER, Charles F. 1989. "Research on sexual behaviors that transmit HIV: progress and problems", en *AIDS* 3, pp. 863-869.

TYSON, Phyllis. 1986. "Male gender identity: early developmental roots", en *Psychoanalytic Review* 73, pp. 405-425.

United Nations Development Programme. 1992. *Human Development Report*. Nueva York, Oxford University Press.

United States Burean of the Census. 1990. *Census of Population, Social and Economic Characteristics, United States, 1990. CP-2-1*.

URRY, John. 1970. "Role analysis and the sociological enterprise", en *Sociological Review* 18, pp. 351-364.

VALVERDE, Mariana. 1985. *Sex, Power and Pleasure*. Toronto, Women's Press.

VANCE, Carole S. 1989. "Social construction theory: problems in the history of sexuality", en Dennis Altman *et al.* (eds.), *Homosexuality, Which Homosexuality?*, pp. 13-34. Amsterdam y Londres, Uitgeverij An Dekker/Schorer & GMP.

VISE, David A., y Steve COLL. 1991. *Eagle on the Street*. Nueva York, Charles Scribner's Sons.

WALBY, Sylvia. 1989. "Theorising patriarchy", en *Sociology* 23, pp. 213-234.

WALKER, James C. 1988. *Louts and Legends: Male Youth Culture in an Inner-City School*. Sidney, Allen & Unwin.

WALKER, Linley. 1989. "Australian maid". Doctoral Dissertation. Sidney, Macquarie University, School of Behavioural Sciences.

WALZER, Michael. 1983. *Spheres of Justice: A Defense of Pluralism and Equality*. Nueva York, Basic Books.

WARING, Marilyn. 1988. *Counting for Nothing: What Men Value and What Women are Worth*. Wellington, Allen & Unwin and Port Nicholson Press.

WATNEY, Simon. 1980. "The ideology of GLF", en Gay Left Collective (ed.), *Homosexuality: Power and Politics*, pp. 64-76. Londres, Allison & Busby.

WATSON, Ian. 1990. *Fighting Over the Forests*. Sidney, Allen & Unwin.

WEBER, Max. 1976 [1904-1905]. *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. Nueva York, Scribner.

WEEDON, Chris. 1987. *Feminist Practice and Poststructuralist Theory*. Oxford, Blackwell.

WEEKS, Jeffrey. 1977. *Coming Out: Homosexual Politics in Britain, from the Nineteenth Century to the Present*. Londres, Quartet.

___ 1986. *Sexuality*. Londres, Horwood & Tavistock.

WEHR, Gerhard. 1987. *Jung: A Biography*. Boston, Shambhala.

WEINBERG, George H. 1973. *Society and the Healthy Homosexual*. Nueva York, Anchor.

WEST, Candace, y Don H. ZIMMERMAN. 1987. "Doing gender", en *Gender and Society* 1, pp. 125-151.

WEXLER, Philip. 1992. *Becoming Somebody: Toward a Social Psychology of School*. Londres, Falmer.

WHEELER-BENNETT, John. 1953. *Nemesis of Power: The German Army in Politics, 1918-1945*. Londres, Macmillan.

Wilderness Society. 1983. *Franklin Blockade, by the Blockaders*. Hobart, Wilderness Society.

WILLIAMS, Christine L. 1989. *Gender Differences at Work: Women and Men in Nontraditional Occupations*. Berkeley, University of California Press.

WILLIAMS, Walter L. 1986. *The Spirit and the Flesh: Sexual Diversity in American Indian Culture*. Boston, Beacon Press.

WILLIS, Paul. 1977. *Learning to Labour: How Working Class Kids get Working Class Jobs*. Farnborough, Saxon House.

___ 1978. *Profane Culture*. Londres, Routledge & Kegan Paul.

___ 1979. "Shop floor culture, masculinity and the wage form", en J. Clarke, C. Chritcher y R. Johnson (eds.), *Working Class Culture*, pp. 185-198. Londres, Hutchinson.

WILSON, Bruce, y Johanna WYN. 1987. *Shaping Futures: Youth Action for Livelihood*. Sidney, Allen & Unwin.

WILSON, Edward O. 1978. *On Human Nature*. Cambridge, MA, Harvard University Press.

WILSON, Elizabeth. 1987. *Adorned in Dreams: Fashion and Modernity*. Berkeley, University of California Press.

WINTER, Michael F., y Ellen R. ROBERT. 1980. "Male dominance, late capitalism, and the growth of instrumental reason", en *Berkeley Journal of Sociology*, pp. 249-280.

WOLFE, Tom. 1980. *The Right Stuff*, Nueva York, Bantam.

WOLFF, Charlotte. 1986. *Magnus Hirschfeld: A Portrait of a Pioneer in Sexology*. Londres, Quartet.

WOLLSTONECRAFT, Mary. 1975 [1792]. *Vindication of the Rights of Woman*. Harmondsworth, Penguin.

WOTHERSPOON, Gary. 1991. *City of the Plain: History of a Gay Sub-culture*. Sidney, Hale & Iremonger.

YATES, Lyn. 1993. *The Education of Girls: Policy, Research and the Question of Gender*. Hawthorn, Victoria, Australian Council for Educational Research.

YEATS, William Butier. 1950. *Collected Poems*. Londres, Macmillan.

ÍNDICE

SEGUNDA PARTE
CUATRO ESTUDIOS SOBRE LA DINÁMICA DE LA MASCULINIDAD

TERCERA PARTE
HISTORIA Y POLÍTICA

Masculinidades,
editado por el Programa Universitario
de Estudios de Género de la UNAM,
se terminó de imprimir en junio de 2003
en los talleres de Grupo Edición, S.A. de C.V.,
Xochicalco 619, colonia Vértiz-Narvarte,
03600, México, D.F.
Para su composición se usaron tipos
de la familia New Aster.
Se tiraron 1 000 ejemplares.

Masculinidades

R. W. Connell

Masculinidades ofrece una extensa introducción a un nuevo campo del conocimiento y la política, además de ser una notable síntesis del mismo. El libro examina y valora la historia de los intentos que, desde el psicoanálisis, las ciencias sociales y los movimientos a favor del cambio social, se han dado para crear conocimientos sobre la naturaleza de la masculinidad.

Connell sostiene que aun cuando no es posible comprender a los hombres y la masculinidad aislados, sí podemos encontrar nuevas formas de pensar acerca de cómo se involucran los hombres con un mundo que está determinado por el género. No existe una masculinidad "única", sino masculinidades múltiples que pueden comprenderse por medio del análisis social de las relaciones que dependen del género. En este libro se examina el desarrollo contemporáneo de las masculinidades a través de las historias de vida de cuatro grupos de hombres, entrevistados especialmente para este estudio, que se enfrentan a diferentes experiencias de cambio. Algunos intentan transformar sus relaciones dependientes del género y otros se resisten a dichos cambios. Sus trayectorias hacia la masculinidad hegemónica, y en contra de la misma, se siguen con detalle; algunas de estas historias son muy divertidas, mientras que otras resultan trágicas.

Después de analizar detalladamente las vidas de hombres particulares, el texto se centra en un ámbito mayor y muestra que las masculinidades modernas son producto de una historia que se extiende durante cuatrocientos años, en la que el género se relacionó estrechamente con el imperio y la creación de una economía global. En años recientes han surgido nuevas formas de la política de la masculinidad, que se examinan al final del libro conforme se desarrollaron en los países occidentales, incluyendo la "terapia de masculinidad", que actualmente ha sido muy seguida; además, se discuten las maneras en las cuales los hombres pueden buscar la justicia social en un mundo dependiente del género.

Este volumen abre nuevos caminos y, sin embargo, es muy accesible. Quienes estudian la sociología, la política y el género lo encontrarán sumamente interesante, como lo hará cualquiera que tenga interés en el futuro de las relaciones dependientes del género.

R. W. Connell es profesor de Educación en la Universidad de Sydney, en Australia. Es autor de *Escuelas y justicia social* y *Género*.

ISBN 970-32-0712-X





PUEG

Programa Universitario de Estudios de Género

Universidad Nacional Autónoma de México
Programa Universitario de Estudios de Género